

*Sin ninguna  
duda,  
el mejor  
escritor  
del género  
de  
intriga.*

*Graham Greene*

# las fronteras sombrias

**eric ambler**

Lectulandia

¿El incidente de Basilea era realmente importante? Encuentros furtivos, soborno, egoísmo patriótico... Nada era consistente, nada era palpable.

Y al final tan solo quedaban las fronteras de la oscuridad y del miedo.

**Lectulandia**

Eric Ambler

# **Las fronteras sombrías**

ePub r1.0

Titivillus 18.01.2016

Título original: *The dark frontier*  
Eric Ambler, 1936  
Traducción: E. Jou  
Diseño de cubierta: J. Gracia

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A Betty Disson

## *Declaración de Henry Barstow, Esq.*

*F. R. S., D. S. C. Físico de Park Lane,  
Wimbledon, Surrey*

Según me han informado, los acontecimientos narrados en este libro relatan una parte de mi vida transcurrida durante el período comprendido entre el 17 de abril y el 26 de mayo del año pasado.

Estos son unos hechos que no puedo confirmar ni negar. Me mostraron una fotografía, tomada por un reportero gráfico y enviada por el Cónsul de Inglaterra en Ixania, en la cual una persona de gran parecido conmigo está bajando de un automóvil aparcado frente a las escalinatas de la Cámara de Diputados, en Zovgorod. Desgraciadamente, una parte de su rostro se halla oscurecida por el cuerpo de un soldado que se interpuso en el ángulo de enfoque de la lente. De cualquier manera, sus facciones tienen características demasiado vulgares para que yo pueda aceptar esta fotografía como una prueba de mi presencia en aquella pintoresca ciudad. La circunstancia de que en el fondo aparezcan ametralladoras y alambradas la hace aún más improbable. Me ponen nervioso las armas de fuego y detesto el ruido producido por sus disparos.

En la narración de Mr. William L. Casey, del *Tribune*, de Nueva York, el cual se hallaba en Zovgorod por aquel tiempo, se reflejan evidencias más importantes de esta espantosa historia. Lamento que el relato de Mr. Casey ofrezca ese toque de veracidad. Pero prevengo al lector, tal como me previne a mí mismo, que los periodistas americanos tienen un temperamento excitado y son propensos a dejarse llevar por la imaginación hasta el punto de engañarse a sí mismos. Estoy seguro de que Mr. Casey me perdonará este escepticismo estudiado.

*Estos nombres, naturalmente, son ficticios. El lector comprenderá la razón de esa reserva exagerada cuando conozca los hechos. De cualquier modo, la inclusión de nombres podría ser considerada como contraria a los Actos Oficiales Secretos (1911 y 1921).*

Si lo que él escribe es verdad, no hay duda de que el colaborar conmigo le ocasionó graves contratiempos. Por otra parte, tiene el perfecto derecho de preguntarme: «Bien, ¿qué hizo usted durante aquellas cinco semanas?» No sabría responder. También podría hacer referencia al camarero, George Rispoli, del Hotel Royal, de París, y al resto de las pruebas, tan cuidadosa y lógicamente detalladas por mi otro biógrafo, y yo tendría que admitir una vez más lo que, en mi fuero interior, jamás dudé: que la historia es verdadera.

De momento, he aquí algunos hechos indiscutibles.

Con cuarenta años de edad y soltero, soy, profesionalmente, físico y, durante los cuatro meses anteriores al 17 de abril, presté mis servicios en una fábrica de instrumentos, dedicada a la producción de una nueva pieza de maquinaria astronómica altamente complicada. Mi trabajo en dicha pieza exigía absoluta precisión e innumerables cálculos matemáticos. Durante muchas semanas trabajé prácticamente día y noche. Pronto el cansancio comenzó a afectar mi mente. El día 10 de abril consulté a mi médico, el Dr. Rowe.

Su respuesta no fue demasiado alentadora. Recibí lo que puede considerarse un ultimátum. Debía tomarme inmediatamente unas largas vacaciones, o tendría que sufrir las consecuencias: un colapso nervioso.

Me comprometí a abandonar el trabajo y, uno o dos días después, partía solo, en automóvil, hacia Truro, en Cornualles, con la idea de descansar allí durante una o dos semanas, y después, quizás, cruzar el Canal hasta Bretaña. Dejé Wimbledon a las seis y media del día 17 de abril. No tenía de quién despedirme. Una nota para mi madre, que vive en Kensington, una tarjeta para mi hermana, en Norwich, y algunas instrucciones a mi ama de llaves para el remite de las cartas completaron mis previsiones domésticas. Llevaba conmigo cincuenta libras y una maleta. El resto del equipaje lo ató a la baca del coche.

A la una y media de la tarde me encontraba en Launceston, en donde me detuve para almorzar en el Royal Crown Hotel.

A partir de aquí mi memoria me traiciona. Me acuerdo de haber entrado en el hotel, pero no salido. Recuerdo también que llevé una copa de jerez a mis labios; pero he olvidado por completo qué comí a continuación. Del siniestro Mr. Groom, no sé nada. Me viene a la memoria, muy vagamente, que me sentí indispuesto y me fui a descansar en la sala de recepción del hotel. Allí cayó en mis manos un libro en cuya portada había una ilustración que representaba a un hombre asegurando una automática. Creo que esperaba que cesase de llover. Debía de estar muy excitado; el siguiente recuerdo es el de haber conectado el limpiaparabrisas cuando empezaba a ascender por la carretera que cruzaba el pantano. Tengo conciencia de que conduje durante unos veinte y tantos kilómetros; creo que entonces me adormecí. Después solo sé que me encontré en el expreso Basilea-París, entre Mülheim y Belfort, con el *Chef de train* empeñado en hacerme tragar considerable cantidad de coñac. Eso sucedió el día 26 de mayo, unas cinco semanas más tarde. No tengo ni idea de lo que

ocurrió en ese ínterin. En aquellos momentos solo poseía las ropas que vestía, la cartera y el pasaporte. Mi memoria de nuevo se confunde en ese punto, pero tengo la certeza de que cuando examiné mi cartera en el tren, en ella había una fotografía de mujer (a la cual no reconocí). Luego, no pude encontrar ni la fotografía ni el pasaporte.<sup>[\*]</sup>

[\*] Posteriormente fui informado de que se habían «extraviado». La embajada inglesa en París me facilitó los documentos necesarios para regresar a Inglaterra.

Después del día 26 de mayo sucedieron muchas cosas. Durante algunos meses estuve gravemente enfermo. Cuando me contaron esta historia por primera vez, estaba casi finalizando mi convalecencia en Brighton. Me afectó de una manera sorprendente. Leer la biografía propia es siempre una experiencia insólita. Con todo, en mi caso, el juicio que debía emitir sobre mí mismo se vio atenuado por un sentimiento curioso de simpatía hacia ese jovial Henry Barstow, con su entusiasmo, su vanidad y sus osadías melodramáticas. Al otro lado de la ventana de mi habitación, las ramas de los árboles aparecían desnudas; las noches eran interminables y mis pensamientos se perdían por las regiones crepusculares de la convalecencia. En aquellas circunstancias, él y su historia increíble me obsesionaron. Solía pasarme las horas pensando en él y en su Condesa. Sin embargo, al recuperar la salud esos sueños desaparecieron. Quizás todavía vaguen como un fantasma por los recovecos de mi mente. ¿Quién lo sabe? Para mí ya no son más que una sombra, sin rostro: como un hombre detrás de la luz.

HENRY BARSTOW

Enero, 193...

## ***Primera parte - El hombre que cambió de idea***

## 1 — 17 de abril

Eran las doce y media. El Profesor Barstow estaba fatigado. Aquel día había conducido durante 280 kilómetros. Se sintió aliviado cuando, cuarenta y cinco minutos después, aparcó su coche en el patio del Royal Crown Hotel, en Launceston.

Bajó, desperezóse, y, con cuidado metódico, desconectó el motor, sacó las llaves y cerró las puertas.

El Profesor Barstow lo hacía todo metódicamente, desde la aplicación de las leyes de la electrodinámica a un caso de aberración electrónica hasta el acicalado de su gato persa de pelo azul. Su misma apariencia denotaba orden. El rostro delgado, pálido, los labios prietos y el perfecto corte del traje de un tono ceniza oscuro expresaban con muda elocuencia la precisión de sus costumbres. Sus conferencias en la Royal Society eran comentadas y respetadas por su desapasionada exposición de los hechos y su cautelosa admisión de las teorías. «Barstow», declaró en cierta ocasión un eminente biólogo, «sería un genio confuso si no fuese tan científicamente confuso». Esta observación, hecha a raíz de la publicación del estudio crítico del Profesor Barstow sobre las transformaciones de Lorentz, fue, sin exagerar, sorprendente. La verdad, quizás, es que él mismo desconfiaba por completo de su imaginación, estado éste plausible o lamentable, según se considere.

En aquellos momentos, desconfiaba más que nunca de ella, pues le obligaba a pensar en lo que no quería creer; es decir, que era un hombre enfermo que debería estar dormitando tranquilamente en un hotel veraniego, en lugar de conducir su coche por las empinadas carreteras de las montañas.

Rechazó esta idea firmemente, entró en el hotel y pidió un buen bistec. Mientras esperaba, tomó una copa de jerez.

Pensó que había transcurrido bastante tiempo desde sus últimas vacaciones. Y de pronto, sin una razón evidente, le vinieron a la memoria las horas pasadas en Cambridge, olvidadas desde hacía tiempo, y aquellos días de primavera en que tomó la decisión de abandonar una brillante carrera de físico y probar fortuna en la «diplomacia».

¡Qué extraño pensar en ello! Porque ahora le embargaban los mismos sentimientos de entonces. Aquello sucedió en un año en que tuvo que aplicarse mucho para superar los exámenes de matemáticas. Quince horas diarias de estudio; demasiado para un adolescente. No sorprende que hubiera llegado al borde del agotamiento; y mucho menos que la diplomacia se hubiese mostrado repentinamente tan atractiva, a pesar de que siempre le había fascinado. Con frecuencia en su imaginación se forjaban escenas en las que se veía a sí mismo con el cerebro organizador de tratados secretos y de *rapprochements*, de ocultas intrigas veladas por los compases de la música de Mozart, Gluck y Strauss, con Talleyrand y Metternick

observando entre bastidores. Pero lo curioso era cómo estos sueños no morían con el tiempo. Medio cerebro se convertía en una máquina de inspirado razonamiento, mientras que la otra mitad vagaba por sombrías fronteras, por países extraños en donde aventura, amor y muerte inesperada estaban al acecho del viajero.

Desde luego, ni aventura ni muerte súbita habían predominado en su carrera diplomática —él sabía esto muy bien—; sin embargo, sí vivió un amor, profesado platónicamente hacia la esposa de mediana edad del último socio de su padre, que le obligó a reintegrarse a su trabajo albergando en su interior una pasión no declarada y sin esperanza. Pero aquella pasión tan solo duró una semana. Suspiró.

Aún seguía pensando en el pálido tinte de sus locuras juveniles, cuando empezó a almorzar. Saboreó el bistec calmosamente. El comedor estaba vacío, a excepción de él y de un hombre rollizo de cabellos grises, al que no había prestado ninguna atención hasta que, levantando la vista del plato, notó con sorpresa que le observaba fijamente.

—Un hermoso día, ¿verdad? —comentó el hombre de los cabellos grises, al encontrarse sus miradas.

—Sí —dijo el Profesor Barstow. Y, para no mostrarse rudo, concluyó—: Sí, mucho.

Siempre se sentía un poco torpe cuando era interpelado por extraños, y no se esforzó en continuar la conversación. Pero el hombre de los cabellos grises era persistente.

—¿Estará mucho tiempo en Launceston?

El Profesor Barstow movió la cabeza.

—Me dirijo a Truro —dijo—. ¿Se hospeda en el hotel? —preguntó por cortesía.

El hombre asintió, pensativo. Inesperadamente aproximó su silla a la mesa del Profesor Barstow, inclinándose hacia adelante con expresión preocupada.

—Hace apenas seis meses me hallaba en China. Anteriormente estuve en América del Sur. Y mucho antes en Turquía. Durante seis años he vivido fuera de Inglaterra. En estos seis años he pensado en mi futuro, en cuándo podría quedarme en casa y aposentarme definitivamente. Ahora ya estoy en casa, y ¿qué encuentro?

El Profesor Barstow, sin demasiado interés, meneó la cabeza seriamente. Pensó que sería un empleado civil que ejercía su profesión en las colonias. Era un hombre notoriamente hablador.

El hombre de los cabellos grises tomó su café con gesto dramático.

—¡Nada —exclamó—, absolutamente nada! Hace ya un mes que he llegado. Durante los primeros días, me alegraba el espectáculo de los campos verdes y los setos recortados, pero ahora me hastía. Con lo único con que me he encontrado es con una especie de mosquito egipcio y un paisaje de bombas extractoras de petróleo.

—Me temo que está usted exagerando, ¿no?

—Quizás —respondió el otro sombríamente—. Pero cuando se nutre el alma con una esperanza, la realidad puede desilusionarnos.

Decepcionado por el tono emotivo que iba tomando la conversación, el Profesor intentó cambiar de tema.

—¿Está usted jubilado?

El hombre de los cabellos grises, antes de responder, le miró por un momento. El Profesor no era un hombre impresionante, pero se le ocurrió pensar que se precipitó en su primer juicio. Dos ojos fríos y calculadores, bajo unas cejas blancas y espesas, se clavaron en él. Su dueño ignoró la pregunta.

—Dígame —inquirió pensativo—, creo que le he visto en algún lugar.

El Profesor sintió, más que vio, aquellos ojos fríos que le escrutaban mientras respondía.

—Hará más o menos un año —contestó— fui, por espacio de dos días, lo que los periodistas acostumbra llamar «una noticia». Mi fotografía fue difundida por la prensa en circunstancias muy comprometedoras para mí.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —dijo, golpeándose triunfalmente las rodillas—. Nunca olvido un rostro, aunque los nombres algunas veces me confunden. Un minuto, solo un minuto, no me lo diga —prosiguió diciendo, cuando el Profesor abrió la boca para hablar—. Su nombre, vamos a ver... su nombre es... Barstow... Profesor Barstow...

—Tiene una memoria sorprendentemente buena, señor.

—Cultivada, Profesor, cultivada —se jactó el hombre de los cabellos grises. Miró al Profesor con renovado interés—. Si no recuerdo mal —dijo—, usted provocó cierta conmoción al anunciar que la energía atómica sería en breve aprovechada para uso y abuso de la humanidad, o palabras en ese sentido.

—No fue nada de eso —protestó con irritación el Profesor—. La declaración que hice delante de la Asociación Británica fue groseramente interpretada. Todo lo que dije se resume a que el importante desarrollo producido en el campo hasta ahora inexplorado de la energía atómica, podría, al final, resultar nefasto; es solo una inocente conjetura que provocó una tempestad de sensacionalismos.

Su interlocutor, que se había aproximado aún más al Profesor, demostraba una gran atención.

—Sorprendente coincidencia, muy sorprendente —murmuró con aparente indiferencia—. Profesor, me gustaría que bebiera algo conmigo.

El profesor aceptó sin titubear. Su pasada experiencia con la prensa todavía le afligía y quería aprovechar la oportunidad de explicarse delante de tan simpático auditorio.

A partir de aquí, la conversación se generalizó. El hombre de los cabellos grises se llamaba, según averiguó el Profesor, Simón Groom. Hablaba con soltura y sin parar. Su conocimiento de los acontecimientos acaecidos en el extranjero era notable.

El Profesor, lector asiduo de la página internacional de *The Times*, se enteró, por primera vez, de la historia de una crisis reciente. Los hechos le eran descritos con una asombrosa familiaridad, lo cual no le permitía dudar. Empezó a hacer conjeturas sobre la misteriosa naturaleza de la profesión de Simón Groom. El interrogante le

sería contestado muy pronto. Groom, una vez más, derivó la conversación hacia el trabajo del Profesor.

—Debe usted saber, Profesor —comenzó a decir, cortando con sumo cuidado la punta del puro—, que me es imposible dejar de pensar que, cuando en su conferencia aludió al hecho de que el aprovechamiento de la energía atómica podría al final resultar nefasto, no se le escapó el aspecto sensacionalista de este punto.

Se recostó en su asiento y miró al Profesor burlonamente. El Profesor permaneció en silencio. Su primer pensamiento fue el de que Groom era uno de tantos endiablados periodistas, intentando atraparlo en una trampa. Por centésima vez maldijo el impulso que un año atrás lo desplazó del firme camino de los hechos hacia el fango resbaladizo de la sospecha.

—Mr. Groom —dijo secamente—, no estoy dispuesto a añadir ni una palabra más a mis declaraciones originales. Todo este asunto es lamentable y profundamente desagradable para mí.

Groom no se dio por vencido. Sonrió y se sacó el puro de la boca.

—Profesor, le ruego que me disculpe. Comprendo que antes de hacer esta pregunta debí exponerle mis razones. La suerte me ha llevado junto al único hombre capaz de prestarme ayuda. Trataré de explicarme.

Sin esperar a que el Profesor replicara, prosiguió:

—¿Oyó hablar de la firma Cator & Bliss? Veo que sí. Cator & Bliss, Profesor, como usted probablemente ya debe saber, es una de las mayores organizaciones mundiales de armamentos. Nosotros y nuestras filiales suministramos gran parte del armamento del mundo. Schneider Creusot Company, nuestro propio grupo de Vickers-Armstrong, Skoda, Bethlehem Steel Corporation, Du Pont y otras pequeñas fábricas lo proveen del resto.

Hizo una pequeña pausa.

—Profesor —continuó diciendo—. Le agradecería que me diera su palabra de que mantendrá la mayor reserva sobre lo que voy a contar.

Es de dudar que cualquier cosa pudiera inducir al Profesor a negar, en aquel instante, la garantía solicitada. Así pues, asintió con gravedad.

—Puede usted confiar en mí.

Simón Groom echó una lenta bocanada de humo antes de seguir hablando.

—Un curioso comentario sobre los ideales y las aspiraciones del hombre —dijo— es que nunca se llega a conocer tan bien al ser humano como cuando éste ha creado un arma de destrucción. En Inglaterra demostramos nuestra inconsciente comprensión de este hecho desconfiando de todo lo nuevo. Los franceses son más concretos. Dicen: «*Le mieux est l'ennemi du bon*». Hay infinidad de estos casos. La aviación, por ejemplo, alcanzó mayor desarrollo en 1915 que durante todos los años anteriores. Los conocimientos adquiridos por los químicos comerciales, en su interés en conseguir explosivos más destructivos y gases venenosos más virulentos, duplicó el tamaño de los libros de química. Incluso la medicina progresó considerablemente.

Esto sucedió, naturalmente, porque la conservación de la energía humana se ha vuelto más necesaria que deseable —añadió con una sonrisa apenas esbozada.

El Profesor levantó las cejas.

—Adonde pretendo llegar, Profesor —prosiguió Groom—, es a lo siguiente: la guerra, con su correspondiente demanda de instrumentos ofensivos y defensivos, es el principio, a fin de cuentas, de los esfuerzos más constructivos de hoy día. Los buques de guerra de ayer se convirtieron en los trasatlánticos actuales. Las fortificaciones de hierro y hormigón de los frentes de batalla han dado lugar a los maravillosos edificios de la zona norte londinense. Teniendo presente estos hechos, Profesor, ¿cuál es —preguntó— el campo más lógico para el desarrollo de una nueva y poderosa fuerza, tal como la de la energía atómica aplicada?

—Los ideales de la ciencia son constructivos, no destructivos —respondió con rudeza el Profesor—. En el pasado se especuló vergonzosamente con la ciencia; pero ésta, al fin, aprendió a defenderse.

Simón Groom movió la cabeza.

—No, Profesor, está usted equivocado. Mientras los científicos sean hombres, la ciencia no puede defenderse. El deseo de poder cobijado en el corazón de todos los humanos impide que esto suceda. Los acontecimientos prueban con creces que no tiene usted razón. ¡La primera bomba atómica ya ha sido experimentada!

De las innumerables sensaciones que cruzaron por la mente del Profesor, la más destacada fue la de una temerosa sospecha. ¿Estaría conversando con un loco? Parecía la explicación más lógica. Pero recapacitó al encontrarse con la mirada penetrante de aquel hombre. La sospecha desapareció; sin embargo, el miedo empezó a adueñarse de él. ¿Y suponiendo que fuera verdad? Finalmente se rió.

—Tiene un sentido del humor bastante cruel, ¿no cree?

—Me imaginé que se reiría —dijo el otro con gran calma—. Olvídese ahora de lo que está pensando, Profesor, y permítame que le haga una pregunta. ¿En qué laboratorio del mundo considera que podría producirse este desarrollo? Hablo, naturalmente, desde un punto de vista práctico, no teórico.

El Profesor reflexionó durante unos instantes.

—Bien —dijo al fin—. El desarrollo en el que pensaba, la última vez que di mi conferencia, podría proceder de una o dos fuentes. Es difícil atribuir la supremacía a cualquier institución. Existen, según creo, laboratorios con equipos muy modernos capaces de efectuar experimentos de esta índole en Londres, Chicago, Shenectady, París y Berlín. Escoja usted entre éstos.

Simón Groom estaba atónito.

—¡Lástima, Profesor! Contaba con que sería capaz de ayudarme. Tal cosa no sucedió en ninguno de estos lugares. ¿Oyó hablar de Zovgorod? ¿No? Zovgorod es la capital de Ixania, y fue precisamente aquí en donde se realizó este trabajo.

El Profesor rió disimuladamente.

—Mr. Groom —dijo—, es usted un excelente actor, pero su imaginación le

traiciona. El costo del material para la realización de este trabajo desbordaría todo el presupuesto de Ixania.

—Hablo en serio, Profesor —replicó firmemente el interpelado—. Es éste un asunto en que jamás bromearía. Mi historia puede parecerle asaz melodramática, casi absurda. Es melodramática, la realidad es con frecuencia desconcertante, mas no absurda. He aquí los hechos.

Hizo una pausa solemne y miró de reojo el puro.

—Ixania —dijo— es un Estado con aspiraciones nacionalistas. Puede perfectamente dudar del derecho que este pedazo improductivo de suelo tiene de coronar con éxito tales ambiciones. Depende de su filosofía particular. Un discípulo de Rousseau diría que «sí» con todo el fervor de su credo sentimental. Respecto a mí, me decanto mejor hacia el punto de vista nietzschiano. Sea como fuere, hace tiempo que Ixania aspira a llegar muy lejos, escudándose en esta especie de envidia gananciosa que sienten los débiles hacia los poderosos. Ahora, en respuesta a sus ruegos, ha producido un genio. Sus campesinos son miserables, los burgueses están corrompidos y el gobierno es incompetente; así y todo, por un capricho de la biología o del destino, o de ambos, este hecho ha sucedido realmente.

Simón Groom se interrumpió por un instante. El puro parecía fascinarlo. La expresión de descreimiento del Profesor se había evaporado. Se inclinó hacia adelante.

—¿Quién es ese genio?

Groom despidió el humo de su boca.

—No se sabe demasiado sobre él —respondió—. Sus antecedentes son confusos; quizás existe algún motivo para ello. Se educó en Zurich y estudió en la Universidad de Bonn, aunque nadie sabe cómo sucedió tal cosa. En Bonn fue un estudiante brillante. El tema de su tesis planteaba una pregunta que dejó perplejo a su profesor de Física. Defendió una teoría que posteriormente fue reconocida, por lo que, muy impertinentemente, exigió, fundándose en ella, la cátedra de Física. De Bonn marchó a Chicago, en donde trabajó bajo las órdenes del profesor Thomson durante seis años. Hará aproximadamente tres años abandonó Chicago, a consecuencia, creo, de un escándalo, y regresó a Zovgorod. Su nombre es Kassen.

El Profesor profirió una exclamación.

Kassen —repitió con interés—. He oído hablar de él.

—Pensé que así sería —asistió Groom—. Causó gran impresión en el Instituto McTurk.

—¿Pero qué tiene que ver Kassen con las bombas atómicas? En cierta ocasión leí un artículo suyo en *Proceedings of the Physcal Research Society*. Se trataba, recuerdo, de un trabajo de limitadas posibilidades, o, en todo caso, desprovisto de sensacionalismo.

—Ciertamente; pero como ya destaqué, además de científico también es un hombre. Kassen fue doblemente humillado en Bonn y en Chicago; y, con razón o sin

ella, alimenta profundo odio contra el mundo. Conociendo el temperamento ya de por sí rencoroso del ixanio, esto no me sorprende. De cualquier manera, con odio o sin odio, la bomba fue construida. Las pruebas se realizaron hace tres semanas. Estaba presente un representante de Cator & Bliss, por supuesto con carácter extraoficial. La experiencia tuvo lugar en las montañas, a unos doscientos kilómetros de Zovgorod. Las consecuencias de la explosión fueron registradas en Bucarest, a unos cientos de kilómetros de distancia, como un movimiento sísmico de escasa importancia. En conclusión, una pequeña bomba de Kassen, apenas un poco mayor que una granada de Mills, hizo estallar toneladas de roca.

—¡Esto es terrible! —exclamó el Profesor y, aunque su razón inconscientemente le impulsaba a corroborar esta declaración, añadió—: ¡E increíble!

—Terrible, sin duda —convino Groom—, pero no increíble. Sabe perfectamente que para que un explosivo común actúe con efectividad depende de la dilatación súbita y máxima de su volumen. El trinitrotolueno, por ejemplo, cuando es detonado con fulminato de mercurio, se expande más o menos unas quinientas mil veces su volumen en una fracción de segundo. La bomba de Kassen, según alcanzo a comprender, tiene una expansión de este tipo. Su explosión provoca alteraciones de características atómicas en la roca común de sílice o en la tierra circunvecina, produciendo gran cantidad de gases inactivos como el nitrógeno, el argón o el helio. En otras palabras, la tierra es utilizada como un potente explosivo. La bomba de Kassen es, simplemente, una suerte de detonador.

El Profesor permanecía callado. Miró de soslayo a través de la ventana hacia el jardín situado delante del hotel. La brisa balanceaba graciosamente algunos narcisos. Se respiraba paz en aquella tarde de primavera. El Profesor acusó la extraña sensación de acabar de despertar de una pesadilla, con las borrosas imágenes del terror grabadas aún en su mente. Esforzábese en sostener la mirada de Groom; pero se dio cuenta de que estaba temblando.

—¿Por qué me habla de todo esto?

Su interlocutor se inclinó hacia adelante.

—Hace apenas quince días, un representante de Ixania llegó a Inglaterra, declarando que deseaba adquirir maquinaria para acondicionar una fábrica destinada a la producción de pasteles. Casualmente, una de las firmas que visitó está controlada por Cator & Bliss, y como el pedido especificaba un tipo de maquinaria especial, fue remitido a la oficina central. Nada de extraño hay en eso. Lo sorprendente es que los detalles presentados o eran fruto del trabajo de un hombre completamente ignorante del proceso de fabricación de dulces o bien de alguien que deseaba adaptar la fábrica para otros fines. Algunas personas tomaron cartas en el asunto, obligando a cerrar el contrato a cualquier precio. Por el momento, esta circunstancia provocará el retraso en cualquier tentativa de fabricación de bombas Kassen a gran escala.

El Profesor comenzó a inquietarse.

—Mr. Groom, no puedo dejar de considerar que esas confidencias son... creo...

bastante indiscretas. Por otra parte, soy un perfecto extraño y...

Groom le interrumpió levantando la mano.

—Profesor —manifestó—. Aprendí a confiar solo en dos cosas: en el destino y en mi propia intuición. Ambos me han impulsado a creer que ésta era una oportunidad importante, que no puedo dejar escapar. Es absolutamente imprescindible que obtengamos una completísima información sobre la fabricación de la bomba Kassen. Mi propósito al revelarles estos hechos no es tan indiscreto como se imagina. Quiero proponerle algo. Sin embargo, antes considero que es mi obligación explicarle mi posición un poco más claramente. Soy representante en el extranjero de Cator & Bliss y uno de los directores de la compañía. Cualquier propuesta que le presente podrá ser confirmada por escrito en menos de dos horas, en caso de que fuera necesario. Mis colegas de la administración tienen depositada completa confianza en mí en esos asuntos. ¿De acuerdo?

El Profesor asintió silenciosamente.

Groom prosiguió con aire muy profesional.

—En definitiva, mi propuesta es la siguiente; en estos momentos estoy pendiente de recibir noticias del regreso del representante de Ixania a Zovgorod. Confiamos en que lo hará en breve. Yo debo seguirle. Mis agentes en Ixania irán tras su pista y tratarán de descubrir la fuente de donde proceden sus instrucciones. Mi conocimiento del funcionalismo de Ixania nos facilitará la obtención de los informes que precisamos. Es muy posible, no obstante, que intenten darme informaciones falsas. Es por esto que necesito un consejero técnico. Los recursos técnicos de Cator & Bliss no tienen, naturalmente, rival en su campo de acción, pero éste es un trabajo de naturaleza más especializada. En todo el mundo solo existe un hombre que conoce las posibilidades de la energía atómica aplicada mejor que usted, y su nombre es Kassen. Pero podemos invertir la balanza. Profesor Barstow, deseo que venga usted conmigo a Zovgorod. Le ofrezco el puesto de consejero técnico de Cator & Bliss.

## ***2 — 17 y 18 de abril***

Transcurrieron unos instantes antes de que el Profesor Barstow fuese capaz de sopesar el sentido de las palabras de aquel hombre.

—Entiendo —exclamó por fin.

—Es natural —prosiguió diciendo Groom cortésmente—. Su posición con relación a Cator & Bliss se mantendría dentro de un terreno confidencial. Respecto a sus honorarios, no habrá inconveniente, creo, en que estipule usted mismo las condiciones, siempre que sean razonables. La única condición que debemos imponer es que el resultado de su trabajo deberá ser propiedad exclusiva de Cator & Bliss.

El Profesor procuró autodominarse.

—¿Y si rechazase su oferta?

—En esta contingencia improbable, deberá recordar, por supuesto, que me dio su palabra de que todo lo que le dijera debería ser tenido como estrictamente confidencial. Me permito sugerirle también que, en su calidad de ciudadano responsable, y llegado tal caso, se lo pensará antes de desencadenar una crisis internacional que sin lugar a dudas acabaría en una guerra, siempre y cuando supongamos que pudiera convencer a alguien de aceptar esta verdad bastante increíble. Sin embargo —añadió—, confío en que no se plantee el problema de su negativa, Profesor. Hay muchas cosas en juego. Imagínese qué consecuencias para Europa si este Estado de tercera categoría, por una jugarreta del destino, se hiciese con el poder absoluto. El poder debe ser para los fuertes. Si el poder cae en manos de los débiles, el resultado es la tiranía. Ahora, Profesor, tiene la oportunidad de servir no solo a la ciencia, sino también a la civilización. Verá cómo sus esfuerzos serán compensados.

El Profesor se levantó con decisión. Habló muy claramente.

—Mr. Groom, ya he hecho referencia a que no se debe especular con la ciencia. Ahora lo repito. Solicita mi cooperación en un trabajo que, según dice, beneficiará por igual a la ciencia y a la civilización. Permítame corregirle. Es una labor que solo servirá a una parte de la población: a los accionistas de Cator & Bliss. Si lo que me ha contado es verdad, si ese tal Kassen ha perdido la razón hasta el punto de poner su capacidad al servicio del esfuerzo destructivo, en lugar del creativo, es un asunto que la humanidad, como un todo, debería resolver. Mi respuesta a su proposición es no.

Groom sonrió.

—¿Se desprende de su actitud, Profesor —preguntó—, que tiene la intención de informar a la Sociedad de Naciones de nuestra conversación?

—Según me recordó hace unos momentos —replicó el Profesor—, le di mi palabra de que respetaría la confianza que ha depositado en mí, aunque, realmente, muy pocos me creerían si faltara a ella. Con todo, tengo la esperanza de que al fin esto no será más que un sueño muy desagradable del cual he de despertar muy pronto.

Groom suspiró.

—¡Ah, Profesor! —murmuró—. Si tan siquiera pudiésemos barajar realidad y fantasía con tanta facilidad. Personalmente, creo que, en cuestiones de ética, todo depende del punto de vista de cada uno. Aún tengo confianza en que en este asunto llegue a estar de acuerdo con mi punto de vista.

Por primera vez el Profesor Barstow perdió el dominio de sí mismo.

—¡Jamás! —exclamó con firmeza.

Groom se levantó sin precipitación. Sus labios se crispaban en una sonrisa, pero en sus ojos, que perforaban sin piedad la fatigada mente del Profesor, se adivinaba reticencias de gélida ira. Su voz parecía provenir de una distancia muy lejana.

—Lo lamento, Profesor, pero no puedo aceptar su negativa. Durante los próximos días pienso estar en el Hotel Ritz, en París. Hoy mismo tomaré el avión. En caso de que cambie de idea...

Pero el Profesor ya no le escuchaba. Un terrible sopor inundaba su cerebro, sopor que, excepto las palpitaciones de su corazón, le paralizó por completo. Gracias a un tremendo esfuerzo recuperó su presencia de ánimo; pero cuando, por fin, levantó la vista, Groom ya se había marchado.

Se recostó en la silla, levantó la taza, y, descubriendo que el café estaba frío, apoyó la cabeza en su mano y miró fijamente a través de la ventana.

El cielo aparecía nublado y caía una fina llovizna. Entre sus confusos pensamientos destacó un deseo intenso de aplazar su partida hacia Truro. De nuevo tuvo la sensación de acabar de despertar de una pesadilla. La sangre galopaba en su cabeza. Se levantó y abandonó el comedor. «En caso de que cambie de idea...» Las palabras pronunciadas por Groom mientras se marchaba se ajustaron al ritmo de sus pulsaciones. El Profesor trató de no pensar en ellas. Estaba a punto de perder el control de sí mismo. Sin saber qué hacía, cruzó el vestíbulo hasta la sala de estar completamente desierta.

Un leño incandescente se consumía en la chimenea. El Profesor se dejó caer en una butaca situada junto a ella. Se sentía cómodo, estaba caliente, hacía poco había saboreado un buen almuerzo, se notaba fatigado. Las circunstancias le aconsejaban dormir. Pero su mente sobreexcitada le impedía conciliar el sueño. Una horrible y persistente visión le agobiaba.

Se encontraba en una colina. Abajo se extendía un valle florido en donde varios niños jugaban. El viento le hacía llegar sus voces, finas y estridentes. Se dio cuenta, sin embargo, de que los niños no estaban solos. Cerca de ellos, escondidos en una elevación del terreno, se hallaban unos hombres, hombres uniformados. Parecían estar discutiendo muy seriamente acerca de una cosa bastante pequeña, ya que él no podía distinguirla. Un minuto después se dispersaron corriendo. Hormigueaban por toda la colina. Se detuvieron y dieron media vuelta para mirar el campo florido y a los niños jugando. Reinaba un gran silencio, perturbado sólo por el sonido de las voces infantiles. Repentinamente, sintió un gran estremecimiento bajo sus pies. Delante suyo, el campo se convulsionó. Con un rugido atronador se abrió en él un

inmenso cráter que se ensanchó para despedir un chorro de tierra oscura. Entonces cayó el telón, muy despacio, como impulsado por el viento, para ocultar la escena del fondo. El Profesor despertó profiriendo un grito de horror.

Un leño cayó encima de las brasas y quedó oscilante. Durante unos instantes, el Profesor permaneció mirándolo fijamente, mientras en su mente bullían todavía las imágenes espantosas de aquel sueño.

Al mismo tiempo que restituía el leño a su lugar, intentó poner en orden sus pensamientos. ¿Por qué, se preguntó, seguía pensando en eso? ¿Él, un inteligente y respetable hombre de ciencia, dejarse convencer por las extravagancias desafortunadas de un desconocido? ¡Qué absurdo! Sin embargo, por más que se esforzaba, no conseguía catalogar a Simón Groom como a un lunático inofensivo. Aquel mirar tranquilo, calculador, penetrante, y su manera de comportarse pausada, segura y autoritaria no eran de ninguna manera síntomas de imbecilidad. Seguía luchando por olvidarse de todo.

«¡Pero supongamos que sea verdad!»

A pesar de sus esfuerzos, las dudas le iban consumiendo. ¡Todo eran conjeturas! Tal como Groom había observado, nadie creería su historia y, aun dándose la circunstancia de que alguien hiciera caso de sus palabras, las consecuencias podrían llegar a ser desastrosas. En definitiva, quizás sería mejor que Cator & Bliss y Cía. llevasen el asunto a su modo y solo para beneficio de sus propios accionistas. Porque, al fin, este poder estaría mejor en sus manos que en las del Gobierno de Ixania. Cator & Bliss podría, al menos, distribuir el poder recién adquirido entre los que pagasen por él. El Gobierno de Ixania, en cambio, con toda seguridad que lo utilizaría para imponer sus pretensiones territoriales a sus infortunados vecinos.

—La Balanza del Poder —murmuró el Profesor consigo mismo— debe de ser salvaguardada.

¿Pero acaso no se había venido diciendo esto desde hacía cientos de años? ¿El Cardenal Wolsey no lo había ya profetizado con respecto a la política exterior de Enrique VIII? ¿Cada uno de los estadistas europeos no habían luchado, desde entonces, por lo mismo? ¿Y no seguían luchando todavía, con sus pactos, tratados y alianzas? Así y todo hubo guerras; y sin duda siempre las habría. ¿Qué otra cosa se podría esperar, si las personas que deseaban la paz creían firmemente que la «seguridad nacional» consistía en prepararse para la lucha? ¿Qué más cabría esperar de una balanza de poder cuyo contrapeso solo puede ser tierra, armas, mano de obra y materiales; en otras palabras, *dinero*? Los actuales estallidos de guerra podrían ser declarados por medio de intercambios de ultimátum, manifestaciones de odio y movimientos de tropas defensivos, pero las guerras reales son perpetradas por los que tienen el privilegio de mover a su gusto el fiel de la balanza, entremetiéndose con el dinero internacional y con el valor monetario; los que, con objetivos particulares,

provocan las condiciones económicas y sociales que alimentan la guerra. La cuantía más notable de los presupuestos nacionales de hoy se destina a las guerras pasadas y futuras. Incluso parece que las guerras son la actividad mayor y más importante del Gobierno.

¿Cuál es la solución? Obviamente, el sistema presenta un fallo: la estructura monetaria que posibilita esa intrusión. Convendría que ésta fuera alterada, pero entre tanto, mientras todos los pueblos del mundo intentan aprender cómo hacerlo, la vieja estructura podría sufrir un colapso y aniquilarlos. Este invento de Kassen, por ejemplo; la ciencia no esperaría a que las circunstancias sociales la transformaran ni una bendición. Dentro de un mundo mejor, la finalidad de este invento hubiera sido constructiva: la provisión de poder. Pero en el caso de Kassen, su genio, pervertido y contaminado por el salvajismo arcaico de un nacionalismo desenfrenado, produciría una invención infernal. Nadie comprendía mejor que el Profesor que esta situación era inevitable. La ciencia cogió al hombre común desprevenido. Ahora ya era demasiado tarde para hablar de nuevos órdenes mundiales. Su destrucción era inminente. Como tantas otras veces, este hombre común conducía su Ford, su Citroën, su Opel o su Morris-Cowley; incluso su esposa bañaba a sus hijos y zurcía sus calcetines. Pero al mismo tiempo, en el laboratorio de un débil Estado de Europa Oriental, en la sala de reuniones de Cator & Bliss, y en aquel mismo hotel, otros hombres se ocupaban de destruir los cimientos en que se apoyaba.

¿Cuál era el medio para detenerlos? Y aun cuando cupiese la posibilidad de hacerlo, ¿quién lo intentaría? Y aun suponiendo que fuera posible advertir del peligro al hombre: común, y organizarlo para su entrada en acción, ¿cómo habría que proceder? La misma existencia de una fuerza organizada podría provocar la conflagración que se pretendía evitar. No, la única oportunidad para el hombre común consistía en la aparición de un hombre extraordinario que luchara por él; alguien con cualidades y aptitudes sobrehumanas, capaz de frustrar los esfuerzos combinados de Kassen, del Gobierno de Ixania y de Cator & Bliss y realizar un trabajo limpio y efectivo. ¿En dónde podría hallarse este hombre? Con auténtico desespero, tomó un libro que estaba en el sofá contiguo a su butaca y que había sido dejado allí por su dueño. Estaba abierto, cara abajo, mostrando toda la sobrecubierta de un intenso color amarillo. La mitad estaba dedicada a la propaganda de las obras de la editorial; en la portada, sobre un dibujo en tres colores de un hombre de rostro muy delgado, con una mandíbula azul y una pistola automática, se leía el título en letras de color rojo sangre:

CONWAY CARRUTHERS, DEPTO. Y

El primer impulso del profesor fue el de dejar el libro en su lugar inmediatamente.

Era propiedad de otra persona. Sin embargo, el último párrafo de la página le llamó la atención. Comenzó a leer.

*Carruthers se puso tenso —decía el párrafo— y, entonces, con la agilidad de una pantera saltó y se agarró a la cornisa con ambas manos. Abajo podía ver a Krask ascendiendo obstinadamente por la escalera de incendios con una automática brillando en su mano. No había tiempo que perder. Carruthers tensó de nuevo sus músculos y se dejó caer hasta el refugio que le ofrecía el hueco de la ventana. Por unos momentos podía considerarse a salvo. Pero Krask le vio y Carruthers oyó cómo quitaba el seguro de su Mauser. Por, primera vez en su vida Carruthers se hallaba ante un dilema: regresar a la finca significaba su perdición cierta. Schwartz se encargaría de eso. Krask, una vez desarmado, podría ser liquidado fácilmente; pero no debía olvidar su Mauser. Krask tenía fama de ser infalible en sus disparos. Sin embargo, los extraordinarios recursos que habían convertido el nombre de Carruthers en el más temido y odiado por los criminales de todos los continentes acudieron en su auxilio. Con rapidez, pero con serenidad. Carruthers desató de su cintura una larga y delgada cuerda de seda. Fue hecha expresamente para él por un pescador japonés al cual había salvado la vida. A pesar de ser muy delgada, podía soportar el peso de un hombre y le había auxiliado en muchos aprietos. Ahora, con la habilidad que proporciona la práctica, hizo un nudo corredizo en la cuerda y se la enrolló en la mano. Caminó cautelosamente hacia el borde de la cornisa. Krask solo se hallaba unos seis metros más abajo, jadeante y maldiciendo. Por su rostro cadavérico se escurría el sudor, pero estaba preparado para disparar su automática. Carruthers ajustó definitivamente el nudo. Un cowboy de Arizona, con el cual trabó amistad, le había enseñado todos los secretos del lazo. Con un silbido, la cuerda serpenteó hacia abajo. Krask apenas la oyó. De lo único de que se dio cuenta fue de que la Mauser le fue arrebatada de las manos. Quedó desconcertado. Entonces el pánico se apoderó de él. Dio media vuelta para correr. No consiguió ir muy lejos.*

*—¡Un paso más —exclamó Carruthers con suavidad, pero con un timbre de voz incisivo—, y es hombre muerto!*

El profesor Barstow suspiró. Hacía años que no leía nada parecido. Barstow, el matemático, no podía hacer lugar a Barstow, el romántico. Sin embargo, el romanticismo nunca muere en el corazón de los hombres. La razón pura es capaz de destronarlo; la vida cotidiana es incapaz de fomentarlo; pero con todo sobrevive, para impulsar a los hombres en sus momentos de flaqueza, para estimularlos en sus momentos de fortaleza. La razón había desgastado al Profesor hasta el punto de provocar en él un colapso. Aquella fantasía, encarnada en la figura tan brillantemente trazada de Conway Carruthers, le atraía. Es, pues, comprensible que el Profesor abriese el libro por la primera página y comenzase a leerlo en serio...

El verdadero aficionado a las historias de aventura y misterio tan solo exige una

cosa de sus héroes: capacidad. Sea detective, o sea un maestro en asuntos criminales, debe ser siempre un ejemplo. Si se viese perdido, debe ser solo por un instante; su vasto bagaje de experiencias debe procurarle en ese momento oportuno el arma idónea para la situación crítica, o una retahíla de ideas que sin trabas le lleve, aunque indirectamente, al final deseado.

El Profesor Barstow no era ninguna excepción entre estos lectores.

Conway Carruthers satisfacía con creces estas exigencias.

Nada era ajeno a los poderes de este hombre notable. Su edad, a juzgar por sus relaciones con otros personajes del libro, debía oscilar entre los cuarenta años. No obstante, en contraposición a este juicio estaba la evidencia de su aspecto físico, que le daba el aire de un atleta olímpico de veinticinco. Por otra parte, durante su vida adulta, siempre tuvo ocasión de salvar vidas ajenas o de prestar favores a nativos de un sinnúmero de países. La gratitud de esos afortunados contribuyó espléndidamente en su triunfo. Habiéndose hallado en más de una ocasión frente a frente con la muerte, había conseguido burlar su suerte gracias a cualquier ardid que le enseñara un indio patagonio o un campesino árabe. El resultado de un apoyo humanitario dado a un nigromante chino o a un estibador de Batavia le había librado del desastre en más de una situación aparentemente desesperante. Con todo, esa curiosa *sapiencia* habría sido inútil sin su portentosa capacidad de discernir el carácter y los móviles humanos. Realmente, su facilidad para presentir a sus enemigos estaba igualada a su ingenio para imaginarlos. Bastaba con que Carruthers se aproximase lo suficiente a un hombre para, observando si sus ojos estaban situados uno demasiado cerca del otro (el Profesor imaginó de paso si la conformación del hueso frontal podría verse, de hecho, influenciada por ciertas consideraciones morales), poder leer la mente del individuo en cuestión como en un libro abierto. A través de aquel mirar de acero de sus ojos verdes y fríos, sucesos aparentemente inocentes se convertían en acontecimientos de un tinte siniestro y real. Desde el brillo del puñal asesino apuntando hacia sus espaldas (percibido en el momento crucial), hasta el más mínimo ruido producido al girar la llave de un escritorio, nada escapaba a su atención. Además, era la discreción personificada. Reyes, reinas, ministros, potentados orientales, embajadores, todos derramaban confidencias en sus oídos. En aquella cabeza esbelta y bien perfilada se albergaban secretos de estado capaces de inspirar el más prodigioso respeto, pero los labios de Conway Carruthers estaban sellados irrevocablemente. Liberado del recelo y de la vanidad, de la estupidez y de la flaqueza del hombre común, pertenecía a aquella ilustre élite que contaba entre sus componentes a Sherlock Holmes, Raffles, Arsenio Lupin, Bulldog Brummond y Sexton Blake.

El Profesor, habiéndose olvidado momentáneamente de Groom y de su negocio, se sumergió en la lectura de las aventuras de Conway Carruthers tras las huellas de su presa. En Londres, vio cómo se frustraba un atentado contra la vida de Carruthers; en París, vio como el *Chef de la Sûreté* recibía a Carruthers con los honores de un viejo

amigo; en un suburbio de Berlín, vio cómo Carruthers salía airoso de un negocio entre estafadores internacionales. Carruthers, el eternamente competente Carruthers, con una cruel sonrisa en sus labios finos y un brillo de acero en sus ojos, prosiguió su caza seguido ansiosamente por el Profesor que había leído ya cuarenta y tres páginas cuando le interrumpió la realidad.

Resulta interesante, aunque quizás inútil, meditar sobre el papel que jugó el dueño del libro en nuestra historia. Podemos destacar, de momento, que escogió para hacer su entrada el instante justo en que el Profesor daba vuelta a la página cuarenta y cuatro.

Era un hombrecillo que vestía pantalones anchos ajustados debajo de la rodilla.

—Dejé un libro en aquel sofá —empezó a decir.

El Profesor se sobresaltó y, sintiéndose culpable, presentó sus excusas al tiempo que devolvía el libro de *Conway Carruthers*.

—No se disculpe, por favor —le atajó el hombre—. Sé perfectamente lo que ocurre en esos casos. Una vez tomo en mis manos una de esas «drogas», no puedo dejarla hasta que la termino. Esto es lo que me gusta: una narración excelente que nos inhiba de preocupaciones. A mi esposa le encanta que de sus lecturas se desprenda un fondo de realidad, pero ¡demonios!, ¿qué se saca de leer sobre la vida real? Que me den *Carruthers*. ¡No existe nada tan real como él!

El Profesor asintió distraídamente, pero, mientras contemplaba el agua de la lluvia que goteaba espasmódicamente por las ventanas, las palabras de despedida de aquel hombre aún sonaban en su cerebro: «¡*No existe nada tan real como él!*».

Si al menos Conway Carruthers *hubiese sido* real. En los recursos, en la capacidad de aquel fantástico personaje, había algo curiosamente atractivo. Carruthers habría sabido luchar contra Kassen y su bomba. Carruthers habría sabido imponerse a Groom. Y, sobre todo, Carruthers habría sabido qué convenía hacer en su situación. Si por lo menos él se hallase sentado allí, en aquella silla, con sus cenicientos ojos acerados alerta, sus dedos largos, finos y sensibles manipulando el tabaco con calma y precisión. En la fatigada mente del Profesor la fantasía se volvió realidad, hasta el punto de confundirse con la realidad misma.

«Y después», murmuró Carruthers, «tenemos la obligación de salvar a la civilización». Por un instante, el trazo inflexible de sus labios se suavizó. Pero pronto recobró su rigidez. «Lo primero que debo hacer —se dijo con severidad— es ponerme en contacto con Cator & Bliss. Esta noche parto hacia Zovgorod».

Con gran sorpresa, el Profesor comprendió que había sido él quien pronunciara la última frase. Haciendo un esfuerzo, recuperó el dominio de sí mismo. Pero ¡en nombre de los cielos!, ¿qué era lo que le ocurría? La butaca de enfrente estaba vacía y él había estado hablando solo. Se sintió extrañamente asustado; se levantó y se acercó a la ventana. Le embargó un súbito deseo de alejarse de aquel lugar, de caminar sin rumbo, de empezar de una vez sus vacaciones en Truro. Que Groom, Kassen y la civilización velaran por sus propios intereses; él se sentía fatigado, fatigado, muy

fatigado.

A partir de Launceston, la carretera que cruza las tierras pantanosas situadas entre esta localidad y Truro se torna de difícil ascensión. En toda Inglaterra no existe probablemente ningún pedazo de territorio más desolado que éste y la mayoría de los conductores toman la carretera principal que atraviesa el pantano por temor a arriesgarse a sufrir un accidente a muchos kilómetros de un garaje. El Profesor, sin embargo, prefirió ir por la carretera secundaria, desechando el camino más conocido y seguro.

Confiaba en que el viento fresco de los pantanos le refrescase la cabeza; pero el ruido del motor y el rumor del viento acentuaron la somnolencia que ya le invadía. Se dio perfecta cuenta de ello cuando, al tomar una curva, fue a parar peligrosamente al borde de la carretera. Había estado dormitando durante unos instantes. Mientras luchaba para coordinar sus pensamientos, notaba una extraña sensación de ligereza en la cabeza. Una extraña ligereza y... algo más. En otras circunstancias habría detenido el coche y habría caminado un poco para recuperarse; pero ahora el pánico se había apoderado de él y aumentó la velocidad. Sentía la necesidad de correr cada vez más para no oír la algarabía de voces que zumbaban locamente en su cerebro. Se multiplicaban en una frenética confusión, apaciguándose tan pronto como el automóvil aceleraba. Repentinamente, tras un agudo *clic*, cesaron y ya no pudo oír nada más, excepto algunos ruidos suaves, ásperos y fugaces, que aumentaban gradualmente, cada vez más cerca, cada vez más alto, casi martilleándole o callando nuevamente, destacando apenas el susurro del motor y las palpitaciones de su corazón. De nuevo le acosaron, solo que esta vez, entre la vorágine diabólica de sonidos que sacudían su cerebro, oyó una voz, la de Groom, que hablaba calmosamente, como si procediera de una gran distancia.

*«En caso de que cambie de idea...»*

Entre gemidos, pisó el acelerador.

*«En caso de que cambie de idea... En caso de que cambie de idea... En caso de que cambie de idea...»*

Estas palabras se repetían al compás del ruido del motor. No podía huir de ellas, no podía alejarlas de su pensamiento. *«En caso de que cambie de idea...»* Siguió apretando el acelerador con más fuerza. El sudor le nublaba la visión. *«En caso de que cambie de idea...»* Esta repetición era enloquecedora. Entonces, gradualmente, pero con igual intensidad, una nueva frase se ajustó a aquel ritmo.

Pero ahora era la voz de Conway Carruthers, más potente, más opresiva, más intensa que la otra.

*«Esta noche parto hacia Zovgorod. Esta noche parto hacia Zovgorod. Esta noche*

*parto hacia Zovgorod».*

Profiriendo un grito, el Profesor se llevó las manos a la cabeza.

El coche se precipitó hacia la presa, a un lado de la carretera, con un impacto estrepitoso. El Profesor, abriendo los ojos una fracción de segundos más tarde, vio cómo el radiador se elevaba y bailaba por los aires delante suyo. A continuación tuvo la sensación de que se sumergía.

Cuando el Profesor abrió los ojos, reinaba la oscuridad y la luna se hallaba alta. Estaba tumbado al lado de la presa. Haciendo un gran esfuerzo, se sentó. Podía ver las huellas dejadas por su coche, volcado a un lado de la carretera. Le dolía terriblemente la cabeza. Alzó su mano hasta ella. A la luz de la luna, se dio cuenta de que le había quedado sucia de sangre. Se levantó medio aturdido.

Un riachuelo se escurría junto a la presa. Bajó con gran dificultad hasta allí y se lavó la cabeza. El agua estaba helada y le reanimó un poco.

Caminó hacia el coche.

Se hallaba éste totalmente boca abajo y suspendido en la pendiente entre la presa y la carretera. Reconocía que era inútil intentar moverlo. Sin embargo, aunque la tapa del motor había quedado aprisionada bajo el peso del vehículo, el Profesor consiguió sacar la maleta por una hendidura producida en su estructura. Con la maleta en la mano, regresó a la carretera.

Por un momento no supo qué camino tomar. Enfrente, a la izquierda de la carretera, el pantano brillaba con fulgores de plata. Repentinamente el Profesor empezó a hablar. Parecía que estaba repitiendo una lección aprendida de memoria.

—Y, además —decía muy despacio—, debemos salvar la civilización —hizo una pausa. Cuando prosiguió, su voz era más fuerte—: Lo primero que debo hacer es ponerme en contacto con Cator & Bliss. Esta noche parto hacia Zovgorod.

Se abotonó el cuello de la chaqueta y, con paso decidido, dejó la carretera y se encaminó hacia el sur, a través del pantano.

A la tarde del día siguiente, a la misma hora en que el profesor había estado almorzando en Launceston, un hombre con una maleta entró en el Imperial Hotel y pidió una habitación.

Dos cosas en él impresionaron al recepcionista. Una fue una gota de sangre seca en la sien. La otra fue la mirada fija y penetrante de sus ojos cenicientos. ¿Convendría que firmase en el libro de registro?

Le aproximó una pluma.

El hombre la tomó y firmó sin titubear.

El recepcionista apenas prestó atención al nombre que acababa de escribir.

Llamó al portero.

—Lleve el equipaje de Mr. Carruthers al tres-cinco-seis —exclamó.

### 3 — 19 y 20 de abril

Aquel hombre que se hacía llamar Conway Carruthers, con el sombrero calado hasta los ojos y la mitad del rostro escondido bajo una bufanda, abordó el tren Havre-París.

No había demasiados viajeros y le fue fácil conseguir un compartimiento vacío. Era preciso disimular, pensaba, durante aquel aprendizaje, porque podría ser reconocido. No obstante, gracias a la impecable organización del Departamento Y, contaba con un convincente *alias*. Cuando el nombre de Conway Carruthers provocase desconfianza o temor, presentándose como el Profesor Barstow, físico eminente, se vería libre de toda desconfianza.

Tomó el pasaporte y lo examinó.

Todo estaba en orden. Excepto por el nombre podría haberse tratado de su propio pasaporte. Se sonrió maliciosamente ante la idea de ver al influyente Profesor Barstow complicado en un asunto tan espinoso. Era casi tan divertido como la misma expresión de Groom confiando en Conway Carruthers del Servicio Secreto, creyendo que era un inofensivo científico. ¡Qué lejos estaba aquel fabricante de armas de conocer lo que le costaría su equivocación!

Llamó al camarero y pidió un *apéritif*.

Decidió aprovecharse del error de Groom, aceptando la oferta que éste le ofrecía en nombre de Cator & Bliss. El plan presentaba muchas ventajas. Como colaborador de Groom, podría, por ejemplo, tener acceso a sus fuentes de información, en Zovgorod. De cualquier manera, en sus circunstancias, no obtendría demasiados beneficios entrometiéndose en asuntos extranjeros. Solo en un punto coincidía su programa con el de Groom. Ambos deseaban el secreto de Kassen; ambos deseaban impedir la fabricación de la bomba atómica en Ixania. Lo que sucediera cuando el objetivo fuera logrado era otro problema.

Lo único que deseaba ahora era tener ocasión de descubrir el nombre del representante de Ixania, antes de abandonar Inglaterra. Decidió, pues, solicitar informes sobre Groom a su amigo, André Durand, de la *Sûreté* de París. Durand poseía los medios adecuados para prestarle una ayuda en este sentido.

En lo referente al plan de trabajo, Conway Carruthers siempre prefería lo sencillo y positivo a lo ingenioso y problemático. Las aventuras vividas le habían enseñado que, cuando estaban en juego intereses humanos, la precipitación era peligrosa. A decir verdad, lo inesperado sucedía con monótona regularidad, pero la precipitación conducía a un juego de doble oportunidad con la Suerte, en el cual todas las ventajas estaban en contra del jugador. Enemigos de mentalidad cautelosa lo corroboraban con astucia sobrehumana. En realidad, era su propia astucia la que los vencía.

Cuando llegara a París ya sería demasiado tarde para ocuparse en cualquier cosa, si no era en buscar alojamiento en un hotel. Al día siguiente, por la mañana, visitaría a Durand en la *Sûreté* y, luego, con un buen bagaje de informes, realizaría su trascendental visita a Groom, en el Ritz. Hasta entonces, toda reflexión sería inútil y arriesgada. Tomada esta decisión, se levantó. Apuró la bebida y se dirigió al vagón restaurante.

Escogió una mesa del final del vagón, desde donde podría ver a los que estaban comiendo, y pidió un *Sole Meunière*, con un suave vino francés. A continuación se acomodó para observar a sus compañeros de trayecto.

En aquellos momentos el tren marchaba a gran velocidad. Las tupidas cortinas de la ventana se balanceaban con inseguridad, en medio de la sombría luz ambarina de las lámparas de las mesas. El entrechocar de los cubiertos y el tintinear de los vasos se acompañaba al rítmico estrépito de las ruedas. El olor tibio del humo de los cigarrillos viciaba el aire. Cierta sensación de irrealidad se cernía sobre esta escena. Era teatral. *Primer acto: cuando el telón se abre, la escena está vacía. El juego brilla en el hogar. Una única lámpara ilumina tenuamente la estancia. Sombras inquietantes acechan en los ángulos del aposento. Todo está silencioso. De pronto se oyen unas voces que se van aproximando.*

Pero esta escena no estaba vacía; en ella había algunas personas que producían con el murmullo de sus voces apacibles y con sus movimientos vacilantes la misma impresión de lejanía.

Frente a Carruthers, al otro extremo del pasillo, un hombre gordo intentaba con infructuosa insistencia luchar contra el vaivén del tren y transferir la sopa del plato a su estómago. Un poco más lejos, un hombrecillo esmirriado, con aire de tenedor de libros, comía ostras y leía el *The Times*. Un hombre y una mujer, con las cabezas muy juntas sobre la mesa, hablaban animadamente en una lengua que sonaba como a ruso. Una inglesa entrada en años tomaba té. Todos eran diferentes, pero poseían el mismo denominador común: todos comían y bebían. Eso les restaba individualidad. En medio de la sombría luz ambarina, del entrechocar de los cubiertos y el tintinear de los vasos, semejaban un grupo de personas bondadosas y simples. El ruidoso masticar del hombre esmirriado, su expresión seria, preocupada, una migaja de pan en su labio superior, todo esto le procuraba un aspecto infantil. Estas personas, alejadas de este ambiente, quizás poseyeran una personalidad diferente. El hombre gordo podría ser un asesino, un forajido; el esmirriado, un ladrón internacional de joyas; el hombre y

la mujer hablando en ruso podrían... En aquel momento, la mujer levantó la vista. Por primera vez Carruthers vio su rostro.

Cuenta la historia que Conway Carruthers, del Departamento Y, era indiferente a los sentimientos del hombre común; un hombre de acero, frío y nada emotivo. Pero en este Conway Carruthers surgido de los pantanos de Cornualles, que había dejado tras de sí un auto volcado y una personalidad ajena, nació una nueva sensación. Experimentó un deseo incontrolable de conocer a aquella mujer.

Se podía encontrar rasgos como los de ella en las pinturas de la Escuela de Umbría. Con forma ovals, pálidas y delicadas, la estructura de la cara graciosamente modelada, los ojos negros y brillantes, el cabello oscuro y liso recogido detrás de la cabeza blanca y arrogante. Pero lo que le caracterizaba el rostro era su boca, franca, generosa, deliciosamente dibujada y al mismo tiempo con una sombra de inflexible resolución que intensificaba la intrínseca belleza del resto.

Vestía bien y con elegancia un traje de viaje que contrastaba agradablemente con su complexión pálida. Con los dedos descansando sobre la mesa, sus manos pequeñas y finas cruzadas descuidadamente, aparentaba, mientras observaba a los demás viajeros, un ademán de completo equilibrio y gran presencia de ánimo.

Por un instante sus ojos se encontraron con los de Carruthers que la estaba observando. Entonces se volvió y continuó conversando con su compañero. Poco después se levantaron y, sin mirar hacia Carruthers, abandonaron el vagón restaurante. Invasado por una extraña sensación de júbilo, Carruthers regresó a su compartimiento. Estaba convencido de que, en algún lugar, de alguna manera, sus pasos se cruzarían de nuevo.

Dormía cuando, una hora más tarde, el tren se detenía en la *Gare du Nord*.

A la mañana siguiente dejó pronto el hotel para visitar la *Sûreté*<sup>[\*]</sup>. Era una clara y soleada mañana de primavera. Mientras caminaba por el *Quai d'Orsay*, Carruthers pensó que le agradaría que aquel asunto que le ocupaba no fuera tan urgente para tener la oportunidad de quedarse unos días en París y gozar de aquella estación. Al poco rato llegó al magnífico edificio que albergaba a la *Scotland Yard* francesa.

[\*] Carruthers pasó la noche en París en un pequeño hotel, el Royal, situado en la ribera izquierda. Se inscribió como Barstow. Abandonó el hotel a las diez y media de la mañana sin su equipaje y pretendiendo aparentemente regresar. Pero no lo hizo y su equipaje fue vendido más tarde por la dirección del hotel para pagar la cuenta.

Al entrar, se acercó al *agent de police* que se hallaba en el escritorio situado al lado de la puerta y preguntó secamente por Monsieur Durand.

—¿Monsieur Durand? —repitió el hombre—. Pero ¿cuál? Aquí hay cuatro señores que se apellidan así.

Carruthers estaba intrigado. ¿Cuatro Durand? Nunca se lo hubiera imaginado.

Siempre, apenas preguntaba por su amigo Monsieur Durand, éste aparecía, los ojos brillantes de alegre reconocimiento, los brazos abiertos para recibirle con un «¡Ah, mi buen Carruthers!» y un beso en cada mejilla. ¿Qué habría sucedido?

Intentó nuevamente. Le explicó al *agent*, cada vez más suspicaz, que era a su amigo, al gran Durand, a quien buscaba, a aquel Durand de mil ideas audaces, a aquel Durand a quien Francia había premiado con el distintivo rojo de la Legión de Honor, al famoso *Chef de la Sûreté*.

Al fin, el *agent* esbozó una sonrisa. Un simple chiflado. Sería divertido bromear con él.

—¿Su nombre, por favor? —preguntó seriamente.

Carruthers se lo dijo.

El *agent* descolgó el teléfono que tenía al lado.

—*Chef de la Sûreté* —dijo, recalcando las palabras. Y prosiguió—: Monsieur Conway Carruthers desea verle, Monsieur Durand.

Carruthers aguardó esperanzado.

El *agent* colgó y se dirigió a Carruthers con gran afectación y sorpresa.

—Monsieur Durand lamenta no poder recibirle —le indicó, negando con la cabeza con aire de tristeza.

—Pero... —balbuceó Carruthers.

—Monsieur no puede verle —repitió el *agent* despectivamente.

Fue una buena broma, pero ya había ido demasiado lejos.

Carruthers le increpó. Era absurdo. Su buen amigo Durand siempre le había recibido. ¿Habría dado el nombre correctamente? Era inconcebible que no deseara ver a Conway Carruthers, a Carruthers que le había ayudado a salir con bien de tantas situaciones críticas, a Carruthers que le había cedido el éxito de tantas capturas famosas. Era increíble.

El *agent* empezó a irritarse. Si Monsieur no se marchaba inmediatamente, sería echado y él mismo se ocuparía de hacerlo.

Carruthers se marchó.

Así pues, era verdad. Durand, su buen amigo Durand al que con tanta frecuencia había ayudado, no quería recibirle.

Mientras emprendía el camino de regreso, sentía cómo las rodillas le temblaban levemente. Una gran amargura le llenaba el corazón. Durand le había traicionado. Pero logró sobreponerse. En sus ojos apareció un destello de acero y sus labios se contrajeron. Muy bien, sabría arreglárselas sin la ayuda de Durand. Siempre había actuado solo. Ahora también lo haría.

Su primera intención fue comprar una automática y municiones en una tienda del *Boulevard St. Michel*. Era una pequeña Browning, un minúsculo instrumento mortal. Carruthers estuvo diez minutos practicando en un salón de tiro, antes de proseguir su camino hacia el Ritz. No sabía cuándo usaría la Browning, pero presentía que debía ir bien preparado. Llamó un taxi.

Su sensación de placer se evaporó como el viento de primavera. Sentado en el taxi, trató de ordenar sus pensamientos, preparándose para su encuentro con Groom. Groom no debía ver en él más que a un simple científico. ¿Sabría guardar esta apariencia? Carruthers sintió que sería capaz. Al fin y al cabo, ¿acaso sus conocimientos de física atómica no eran semejantes a los de aquel Profesor, el tal Barstow? Carruthers sintió que así era. Una vez le hubiesen dejado examinar el trabajo de Kassen, el secreto ya no sería más de Kassen. Mientras tanto, debería ganarse la confianza de Groom. No sería difícil. Lo que sucediese cuando Groom descubriera al lobo bajo la piel del cordero, como sin duda llegaría a descubrir, no tenía importancia de momento.

Cuando bajó del taxi y franqueó la entrada de estilo rococó del Ritz, se sintió seguro del éxito.

El recepcionista fue muy cortés.

—¿Monsieur Groom? Cómo no. Si Monsieur tuviese la gentileza de esperar un momento.

Siguió una rápida conversación por teléfono. Luego se volvió con aire compungido y un profundo pesar reflejado en cada trazo de su rostro.

—Monsieur no tiene suerte —dijo—. Monsieur Groom se ha despedido del hotel hace diez minutos.

El primer impulso de Carruthers fue el de no creer al empleado. Se trataba de un artificio para desviarlo de la pista. Entonces, recordando que era como Barstow y no como él mismo que se había presentado, cayó en lo absurdo de esta idea. El empleado del hotel no tenía ninguna razón para engañarle. Empezó a hacer preguntas.

El empleado no podía estar más ansioso por ayudar. El conserje fue llamado para que colaborara. Sí, recordaba a Monsieur Groom; había sido muy espléndido. Había marchado en dirección a la *Gare de l'Est* hacía apenas diez minutos. Inmediatamente Carruthers pidió un horario de trenes. Le entregaron uno. Pronto encontró lo que buscaba. Groom pretendía indudablemente tomar el tren de Bucarest, para enlazar con el ramal de Zovgorod.

—¿Hay reserva de billetes en el hotel? —preguntó.

No, pero en la esquina había la oficina de registro de coches cama. Allí podría...

Depositando diez francos en la mano del hombre, Carruthers se apresuró a salir del hotel y poner rumbo hacia la oficina de registro de coches cama.

Allí de nuevo le favoreció la suerte. El hombre se acordó de Groom gracias a la descripción de Carruthers. Compró un billete para Zovgorod aquella misma mañana y reservó un compartimiento en el tren directo rumano, para Bucarest. El tren salía dentro de un cuarto de hora. Aún podría tomarlo si se daba prisa.

Carruthers bullía de impaciencia mientras le preparaban el complicado billete. Cuando estuvo listo, un taxi le esperaba, estimulado por cincuenta francos y la promesa de otros tantos si llegaba a tiempo de alcanzar el tren, el taxista, una vez dobló la esquina, lanzó su Renault a una velocidad de competición.

Consiguió aparcar en la estación con un minuto de sobra. Echando los cincuenta francos prometidos por encima del hombro del conductor, Carruthers saltó del coche y salió corriendo hacia los andenes. Le informaron de que el tren se encontraba en el *Quai 1*.

Los silbidos ya sonaban cuando Carruthers llegó al andén. El tren ya había arrancado cuando saltó al último vagón.

Caminó por el pasillo hasta el vagón directo a Rumanía. El primer compartimiento parecía que estaba vacío. Empujó la puerta corrediza y entró, antes de apercibirse de un letrero que indicaba *RESERVE*.

Súbitamente sintió una mano en su hombro.

Dio media vuelta.

—Así pues, decidió cambiar de idea, Profesor —exclamó Simón Groom.

## **4 — 20 de abril**

Carruthers no perdió su compostura ni por un instante.

—¡Ah, Mr. Groom! —dijo con calma—. Precisamente la persona que buscaba. Sí, cambié de idea, al final... Es, creo, un privilegio del científico.

Groom le miró un momento en silencio; entonces, mostrándole una silla, se echó en los almohadones opuestos y encendió un puro. Una leve sonrisa, no demasiado agradable, apareció en sus labios mientras expelía lentamente el humo azulado.

—Profesor Barstow —exclamó por fin—, me ha sorprendido usted.

Carruthers aguardó.

—Sí —prosiguió Groom, inclinándose hacia adelante—. Estoy sorprendido y, para ser sincero, levemente desconcertado.

Carruthers, llenando la pipa, sintió que los ojos grandes y redondos del otro le observaban fijamente.

—Comprenda —siguió diciendo—. Siempre tendí a enorgullecerme de mis apreciaciones de los hombres. Sin embargo, considero esta, digamos, *volte-face* de su parte casi increíble. A decir verdad, en mi fuero interior pensaba que usted podría, tras profunda reflexión, sentirse más dispuesto a aceptar mi oferta, pero, francamente, ni por un instante supuse que lo hiciese. ¿Me permite preguntarle qué le indujo a desistir de sus ideales... hum... poco prácticos?

Carruthers esperaba esta pregunta.

—Mr. Groom —dijo—. Seré igualmente franco con usted. Nunca desistí de mis puntos de vista sobre este asunto. Implícitamente sigo creyendo en ellos.

Groom alzó las cejas.

—No obstante —añadió Carruthers hipócritamente— decidí que debía considerar otros factores. Soy pobre, Mr. Groom. Hace mucho tiempo que me veo perjudicado en mis trabajos de investigación por falta de fondos. Me hice una pregunta. ¿Podía yo, haciéndome justicia a mí mismo, darme el lujo de rechazar su oferta? Decidí que no podía. En definitiva, su posible fracaso en el descubrimiento del secreto de Kassen es, de cualquier modo, improbable. ¿Por qué no ayudarle a acelerar el proceso?

Eligió cuidadosamente esta razón por considerarla la más probable que un hombre del calibre de Groom podría ver con simpatía. No se había equivocado. Una mirada al rostro de Groom le indicó que esta explicación fue suficiente para tranquilizar sus sospechas.

—Profesor —dijo con una sonrisa incisiva—, me doy cuenta de que es de los míos. Me alegro de mi buena suerte que me llevó a informarle de mis intenciones.

Carruthers se dio cuenta inmediatamente de la trampa que se le tendía. Groom trataba de averiguar si su presencia en el tren no estaba relacionada con las actividades de un tercer grupo.

Sonrió.

—Desearía —dijo— que su información fuese un poco más detallada de lo que ha sido. Es más por cuestión de azar que de razonamiento que estoy ahora con usted. No logré verle en el Ritz. El conserje puede corroborarlo.

Groom pareció mostrarse satisfecho.

—Bien, Profesor, puedo estar sorprendido y mi autoestima ciertamente se ve afectada, pero confieso que me complace verle. Sugiero que vayamos al vagón restaurante; tal vez podamos discutir mejor el asunto durante una buena comida.

—Mr. Groom —comentó Carruthers más tarde—, podemos discutir en puntos de ética, pero en materia de alimentación y de vinos mi admiración por usted es profunda.

Groom alzó los hombros.

—Se hace lo que se puede. ¡Pero esos trenes...! —levantó las manos impotentemente—. Tengo mis dudas de que no se nos indigeste el Burdeos; el vaivén es suficiente para arruinar cualquier vino.

—Una elección excelente —observó Carruthers.

—Quizás ahora podamos empezar a hablar de negocios.

Carruthers asintió con un gesto.

—En primer lugar, Profesor, deseo subrayar de nuevo la necesidad de un absoluto secreto. Es posible, aunque lo creo improbable, que nuestros competidores hayan oído hablar del descubrimiento de Kassen. Si llegara este caso, sabría luchar contra ellos. Otro punto de interés es que detrás de Kassen está el Gobierno de Ixania.

Cualquier movimiento indiscreto por nuestra parte puede representar el fracaso.

Carruthers, en su papel de ingenuo Profesor Barstow, mostró su conformidad con un solemne movimiento de cabeza. Interiormente pensaba si «fracaso» no sería una manera muy diplomática de describir el recibo de un balazo en la espalda. Pero no formaba parte de la política de Groom intimidar a su nuevo lugarteniente. Bruscamente cambió de tema.

—Así pues, estamos de acuerdo —prosiguió diciendo vivamente—. Ahora, Profesor, llegamos al asunto de sus honorarios. No es preciso decir que usted no descubrirá avaricia en Cator & Bliss. Como apunté antes, cualquier petición razonable por su parte recibirá nuestra más amable consideración. Presumo que ya habrá pensado en ello, ¿no?

Carruthers aparentó estar confundido.

—Bien —comenzó a decir inciertamente—, no soy hombre de negocios, Mr. Groom... Difícilmente sabría...

—¿Quizás —interrumpió el otro apaciblemente— me permitirá que le haga una sugerencia?

Carruthers se mostró aliviado.

—Justamente es lo que le iba a proponer.

Groom se arrellanó confortablemente.

—Como ya le indiqué, Profesor, cualquier trabajo en este asunto realizado por usted en interés de Cator & Bliss debe permanecer de nuestra propiedad única y absoluta. Además de esto, es preciso que se sujete a nosotros por medio de un contrato por un período, digamos, de cinco años; comprenderá que nos debemos proteger hasta el máximo. Imagino, sin embargo, que este contrato no llegará a resultar agobiante. Su actual trabajo con nosotros terminará el día en que nuestras fábricas estén capacitadas para producir el explosivo de Kassen.

—Lo que es suficientemente razonable —admitió Carruthers.

—Bien, Profesor; ahora vayamos con el aspecto financiero del asunto. He aquí mi proposición. En el día en que, según ya mencioné estemos realmente produciendo el explosivo de Kassen, usted percibirá unos honorarios de cincuenta mil libras.

Además de eso... —hizo una pausa solemne—. Además de eso, recibirá también diez mil libras por año, para cada año de nuestro contrato. En el caso de que Cator & Bliss decidiera otorgar a otros fabricantes el uso del método de Kassen, recibiría usted otros honorarios de cincuenta mil libras por contrato. En otras palabras, cien mil libras aseguradas para usted, con la posibilidad de otra cantidad considerable. Bueno, Profesor, ¿qué opina?

Carruthers permaneció silencioso un instante. Su primer impulso fue el de proferir una carcajada. ¡Así pues, Groom le tomaba realmente por el ingenuo profesor que representaba! ¡Honorarios, pero solo en el momento en que Groom fuese capaz de provocar las circunstancias favorables para que él realizase el trabajo, y además con la condición de que ese trabajo diese sus frutos! Cator & Bliss no perdía nada; el

Profesor Barstow se arriesgaba a perder mucho, incluso su libertad, posiblemente la vida. Tampoco tenía garantías de que, cuando hubiese desempeñado su parte en el negocio, Cator & Bliss se lo reconociese. Ciertamente, Groom le entregaría alguna suerte de contrato más, redactado como sería con sus «más» y sus «menos», no tendría el valor ni del papel en que estaría escrito. Por otra parte, Cator & Bliss se negaría sin duda a definir la naturaleza exacta de los límites de su trabajo en un contrato escrito que podría servir, más tarde, como evidencia de la naturaleza de sus operaciones.

Groom le observaba atentamente. Carruthers fingió estar perplejo.

—¡Es un buen pellizco de dinero, Mr. Groom!

El otro sonrió complacido.

—Ya le advertí, Profesor, que Cator & Bliss no tiene avaricia. Presumo que acepta nuestras cláusulas, ¿no?

—Naturalmente, naturalmente. Tan solo confío —añadió disculpándose— en que mi trabajo justifique la generosidad de su oferta.

Los ojos de Groom brillaron momentáneamente.

—Entonces estamos de acuerdo. El tren se detiene una hora en Basilea. Esto me dará tiempo para arreglar el contrato con nuestra oficina en la ciudad. Y ahora, ¿qué tal otro coñac?

—¡Ah, comprendo! ¡Una pequeña celebración! —exclamó Carruthers con una risita profesoral—. Bien, Mr. Groom; creo que me lo puedo permitir por una vez. ¡Gracias!

El rostro gordezuelo de Groom parecía más vivaz que nunca al pedir las bebidas. Cuando éstas llegaron, se volvió hacia Carruthers, con una ancha sonrisa en los labios y la copa levantada para un brindis.

—Por el éxito de nuestro...

No terminó la frase. Sus ojos, mirando por encima de los hombros de Carruthers, se contrajeron súbitamente. En un momento, su cara se impermeabilizó en una máscara de sospecha que Carruthers ya viera otra vez en aquel día.

Dos personas entraban en el vagón restaurante.

Los ojos de Groom las siguieron hasta que llegaron a la altura de la mesa. Las dos caminaron hasta otra mesa colocada un poco más apartada en el vagón. Carruthers, con sus cinco sentidos alerta, observaba con un creciente sentimiento de excitación las figuras del hombre y de la mujer que se alejaban. Cuando dieron la vuelta para sentarse, vio sus rostros. Estaba seguro. Eran el hombre y la mujer del tren de París.

Groom le estaba hablando.

—Excúseme, Profesor —le explicaba—. Por un instante creí haber visto un fantasma.

De nuevo levantó la copa.

—Como decía, Profesor... por el éxito de nuestra empresa.

Pero su rostro había perdido la vivacidad y a su voz le faltaba seguridad.

De regreso al compartimiento, la habitual locuacidad de Groom se había extinguido. Murmurando que tenía cualquier cosa que hacer, desapareció detrás de algo que parecía un voluminoso informe y leyó sin interrupción, deteniéndose apenas ocasionalmente para tomar notas.

Sus compañeros del expreso Havre-París habían sido, ciertamente, reconocidos por Groom y, ciertamente, este reconocimiento constituyó una desagradable sorpresa.

Carruthers, por su parte, estaba más que agradecido por este descanso. Descubrió que el papel del ingenuo Profesor Barstow era un poco difícil de representar. Además, eran muchas las ideas que debía reconsiderar.

¿Estarían aquel hombre y aquella mujer ligados de alguna forma a la actual empresa de Groom? Una vez más maldijo la vergonzosa traición de Durand. Durand debería saber alguna cosa. Durand... De pronto se le ocurrió una idea. ¿Representantes? Groom solo había hablado de una. La mujer, naturalmente, podría ser la esposa del hombre, o su *secretaria*. Encontró esta hipótesis singularmente deprimente. Por su imaginación cruzó instantáneamente la escena que había presenciado en el tren Havre-París. El hombre, a juzgar por las rápidas miradas que le lanzara, satisfacía con creces el papel de representantes del Gobierno de Ixania. Elegante, más bien lleno, recordaba a Carruthers a un viajante de comercio de Armenia. No era la clase de hombre, concluyó, que acaparase la atención de tal mujer. Parecía tratarla con una cierta deferencia, como a un superior. Súbitamente se le ocurrió que la presencia de la mujer podría ser el factor inesperado que dejara consternado a Groom. ¿Quién era ella? Obviamente, Groom no le facilitaría ninguna información. Cuanto menos supiese el Profesor Barstow, tanto mejor. Era preciso que lo averiguara por su cuenta.

Se levantó y, murmurando que iba a dar una vuelta, salió hacia el corredor, cerrando con firmeza la puerta del compartimiento. El primer paso a dar era averiguar en dónde estaban el hombre y la mujer misteriosos. Si sus conjeturas resultaban ciertas, también estarían en el vagón rumano con destino a Zovgorod.

Acompasando sus movimientos con los del tren, con el fin de aparentar la máxima tranquilidad para no levantar sospechas, comenzó a caminar por el pasillo. Al pasar por delante de los compartimientos, echaba una ojeada casual a sus ocupantes. Ya había llegado al final del pasillo y ya tenía la seguridad de que su teoría estaba equivocada, cuando les vio. Ocupaban ellos solos un compartimiento, el hombre aparentemente dormitando, la mujer leyendo un libro.

Carruthers no se detuvo y siguió andando hasta el final del pasillo. Allí se paró y, apoyándose en el pasamano, miró a través de la ventana. Girando un poquito la cabeza, tenía una visión ininterrumpida del pasillo del vagón rumano: unos pasos más allá, enfrente suyo se hallaba la entrada del compartimiento que, estaba prácticamente convencido, era el del representante de Ixania y de su acompañante; además de éste, al final del pasillo, estaba el compartimiento de Groom.

El tren rugió al pasar sobre un viaducto y por una falla. Observando el perfil del barranco a un lado, Carruthers pensó en su próximo movimiento.

En primer lugar, debía conocer a la mujer, hablar con ella. Pero ¿cómo? No podía pensar en revelar su verdadera identidad o trabajo, ni siquiera su mentira como Profesor Barstow. Le interesaba, pues, ponerse en contacto con ella como compañero de viaje. Pensó que no sería fácil. No parecía el tipo de persona que trabase conocimientos casuales. Consideró diversas oportunidades, para rechazarlas en seguida como absurdas y aún estaba imaginando la mejor manera de lograr su propósito, cuando la suerte intervino inesperadamente en el juego.

El tren ya había cruzado la falla y entró en un largo túnel. Súbitamente, se dio cuenta de que perdía velocidad. Cuando salió a la luz, se movía muy lentamente, mientras que de debajo de sus pies le llegó un continuo y penetrante rechinamiento. Unos pocos metros más lejos, el tren se detuvo con una fuerte sacudida. Inmediatamente se abrieron las ventanas y aparecieron cabezas por todos lados. Un grupo de funcionarios bajó hasta la vía y empezó a inspeccionar por debajo del vagón. Pronto fueron acompañados por el maquinista vestido con una larga chaqueta azul. Se originó una excitada aglomeración. El contratiempo parecía haber sido ocasionado por los frenos del vagón rumano y el maquinista comenzó a empujar la palanca que se proyectaba de unos de los vagones. Los funcionarios le secundaron y cada uno a su vez empujó la palanca, bajo la creciente vehemencia de los comentarios jocosos en las ventanas de los vagones.

Varios pasajeros decidieron entonces bajar y juntarse al grupo de funcionarios. Inmediatamente fueron seguidos por otros. Uno o dos examinaron la palanca con aire de entendidos. Pronto casi todos los viajeros estaban en la vía discutiendo el contratiempo y ofreciendo sugerencias y consejos a los funcionarios escarncidos y perplejos.

Carruthers, desde su situación privilegiada en la ventana, observaba divertidamente la escena. De repente, oyó abrirse la puerta del compartimiento de detrás.

—Perdón, Monsieur, ¿puede decirme qué ocurre? —dijo una voz clara en inglés.

Al dar media vuelta para responder, Carruthers trató de no demostrar alegría por su buena suerte.

—Aparentemente —dijo serio—, un problema de frenos. Como puede ver —señaló en dirección al tumulto de abajo— ahora están tratando de resolverlo.

Una leve sonrisa apareció en los labios de ella. Su belleza era más patente que nunca.

—¿Puedo preguntarle, Madame —prosiguió Carruthers—, cómo sabe que soy inglés?

La sonrisa se volvió más profunda.

—Si estuviésemos en Inglaterra —respondió—, los pasajeros habrían esperado pacientemente en sus compartimientos a que el tren reemprendiese la marcha. En el

continente, las cosas se hacen de otra manera.

Carruthers se rió.

—Madame es psicóloga —exclamó con una leve inflexión de labios.

Ella no respondió, pero miró ansiosamente hacia la asamblea que gesticulaba en la vía.

—Dígame, Monsieur —preguntó con seriedad—, ¿piensa que sufriremos mucho retraso?

—Creo que no, Madame —le aseguró—. Supongo que el freno ya está arreglado. Me parece que ahora es un problema de destreza para el maquinista.

Ella se mostró aliviada, aunque insistió con la misma resolución.

—Quizás no sea algo de fácil solución.

Mientras hablaban, sonó un silbato y se oyeron gritos de *en voiture* al tiempo que los pasajeros corrían hacia el tren.

Carruthers trató de hallar desesperadamente un medio de seguir la conversación. El tren ya se había puesto en movimiento y ella manifestaba deseos de querer regresar a su compartimiento.

—¿Va también a Bucarest, Madame?

Ella se mantuvo reservada. Se dirigía a Bucarest, sí, pero no para quedarse allí. No se prestó a mayores informaciones. Carruthers cambió de táctica.

—Yo también voy más allá de Bucarest. Me dirijo a Zovgorod.

Notó en ella inmediatamente un cambio casi imperceptible, cuando le respondió con cortesía:

—¿De verdad, Monsieur?

—¿Conoce Zovgorod? —preguntó displicente.

—Estuve allí —hizo una pausa; y al instante, girándose muy despacio, clavó sus ojos en los de él—. ¿Viaje de negocios, Monsieur?

El tono inesperadamente incisivo de la pregunta le halló desprevenido. Ella le observaba con atención. Recelando que había podido provocar sospechas con su pregunta, sonrió para tranquilizarla.

—Felizmente no. Simplemente me voy a dedicar a mi pasatiempo predilecto: la fotografía. Me han dicho que los alrededores de Zovgorod ofrecen perspectivas inigualables.

Ella arqueó las cejas.

—¿De verdad? Jamás oí hablar de eso. A Ixania apenas vienen turistas. Poco hay de pintoresco en el país que aún no haya sido explotado, con la ventaja de que más allá de sus fronteras el hospedaje en los hoteles es mucho más adecuado.

Habló con amargura y siguió mirando fijamente por la ventana, como si sus palabras hubiesen dado principio a una desagradable secuencia de ideas. Carruthers se dio perfecta cuenta de la futilidad de su explicación improvisada por la precipitación y confiaba en que los pensamientos de ella tomaran otro rumbo. Se sintió contrariado.

Se dirigió nuevamente hacia él.

—Fue mal informado sobre las atracciones de Ixania, amigo mío —dijo firmemente—. Le recomiendo que altere sus planes.

Carruthers levantó los hombros.

—Pueden no interesarme las novedades —repuso insulsamente.

Mentalmente determinó que una de sus primeras adquisiciones en Basilea sería una cámara fotográfica.

—Así y todo, altere sus planes, Monsieur. Ixania no es agradable para los visitantes, especialmente en primavera.

De nuevo encontró su mirada desconcertante. No tenía más dudas. Estaba siendo advertido. De alguna manera misteriosa ella había descubierto su identidad. Ignoraba, sin embargo, si le conocía como Conway Carruthers o como al Profesor Barstow, el consejero técnico de Cator & Bliss. Casi todo dependería de lo mucho que ella supiese.

Nada podía ganar mostrándose demasiado perceptivo. Sonrió incrédulamente y estaba a punto de responder, cuando, en un tono más alto, ella le interrumpió.

—Monsieur, ¿tendría la bondad de decirme a qué hora llegaremos a Basilea?

—A las ocho treinta, Madame.

—*Merci*, Monsieur.

Sonriendo graciosamente dio media vuelta y entró en su compartimiento, cerrando la puerta. Mirando con el rabillo del ojo, Carruthers descubrió la razón.

Al final del pasillo, observándoles, estaba Groom.

## **5 — 20 de abril (continuación)**

Anocheecía. El tren cruzaba los ricos campos del valle del Saona. Fue entonces cuando Groom se decidió a hablar de lo acontecido en el pasillo.

Acomodado en su rincón, Carruthers intentaba ajustar todas las piezas a partir de los hechos fragmentarios que había entrevisto y de las conjeturas que hiciera.

En primer lugar, Groom, el representante de una firma de armamento, estaba empeñado en impedir la fabricación del explosivo de Kassen. En segundo lugar, Groom deseaba garantizar el sistema para su uso particular. En tercer lugar, contrató o pensaba que había contratado a un *expert* para asesorarlo en esta última empresa.

En cuarto lugar, el representante en Londres de Ixania estaba, involuntariamente, conduciendo a Groom hacia su cuartel general en Ixania. En quinto lugar, la presencia de una persona en particular, en el tren, le había desconcertado. Todo lo demás eran puras hipótesis. Era casi cierto que la mujer del vagón rumano era la fuente del recelo de Groom. Esa mujer le había prevenido a él, Carruthers, de la inconveniencia de entrar en Ixania. Cerró los ojos. ¿Cuánto sabría ella? ¿Qué importancia tendría? Estaba convencido de su supina ignorancia sobre el caso en el que se había inmiscuido. Groom le había contado una historia suficientemente razonable —que habría ciertamente satisfecho al Profesor Barstow verdadero—, pero ¿sería verídica? ¿Sería incluso admisible? No, debía estar loco; era una invención, un sueño, una pesadilla. La sangre martilleaba en su cabeza. ¿En dónde estaba? ¿Qué hacía allí? ¿Quién era él? Se sentía desfallecer y perder el mundo de vista. Un ruido infernal agobiaba su cerebro. Caía en una especie de neblina que se le iba antojando formada por sombras vagamente familiares. En su cabeza la voz estalló en un rugido, hasta que, de una manera inesperada, fue muriendo en un susurro, y tan solo el persistente y rítmico traqueteo del tren quedó grabado en su subconsciente. Todo su cuerpo estaba empapado por el sudor. A pesar de su excitación, trató de sobreponerse. No era propio de Conway Carruthers desvariar.

Groom le estaba hablando.

—Soy el único culpable, Profesor —decía—. Debí habérselo contado. Ahora estaría usted prevenido.

—Me temo —repuso Carruthers— que no le comprendo.

Groom encendió su inevitable puro antes de responder. Carruthers sospechaba que su constante preocupación por el puro era un ardid para tomarse el tiempo preciso para sopesar las palabras cuidadosamente, sin aparentar que lo hacía.

—Me explicaré —dijo—. Sin embargo, hábleme primero de la mujer con quien conversaba esta tarde. ¿La conoce?

Carruthers fingió sorprenderse. En realidad, olvidado su momento de incomprensible flaqueza, estaba calmado y seguro de sí mismo como era habitual en él. Pensaba con agilidad.

—Por Dios, No. Ella parecía preocupada con el accidente ocurrido. La tranquilicé. Comenzamos a charlar.

—¿De qué hablaron?

Carruthers esperaba esta respuesta.

—¡Oh! De vaguedades. Me dijo que había estado en Ixania.

—¿Le dijo que se dirigía hacia allá?

—Desde luego. ¿Por qué no?

Para secreto deleite de Carruthers, Groom dejó escapar una agria exclamación de asentimiento.

—¿Qué razón adujo?

Carruthers sonrió.

—Dije que pretendía obtener fotografías en Ixania.

—¿Tiene alguna cámara?

—No.

—Debe adquirir una en Basilea. Sin duda será revisado en la frontera de Ixania.

Carruthers se rió interiormente cuando Groom expresó la misma idea que él había tenido antes. Llegado el momento, no sería un adversario débil. Pero entonces Carruthers sabría hacer su papel.

—No entiendo.

—Pronto lo comprenderá. Ixania, como seguramente sabe, es una república con un Presidente y lo que se llama una Cámara de Diputados. La república fue el resultado de la revolución de 1921 contra la monarquía. Fue una reacción innecesariamente sangrienta y, en consecuencia, típicamente ixania. El Rey, Mihail VII; estaba decidido a abdicar, el Ejército era republicano hasta su último hombre y el pueblo trabajaba en lo que probablemente fue uno de los últimos baluartes del sistema feudal en Europa. Sin embargo, con la escasa vista de toda organización revolucionaria, los republicanos quisieron ignorar el hecho de que gobernar, al igual que cualquier otro negocio, exige un aprendizaje. El resultado inevitable fue un período de anarquía y confusión. Igualmente inevitable fue la reintroducción, en el cuerpo gubernamental, de una rama de la clase reinante anteriormente. Digo reintroducción, pero ésta probablemente no es la palabra adecuada. Insinuación sería más apropiado. Para hacer justicia a los republicanos, he de admitir que éstos actuaron con cierta prudencia y el poder gubernamental fue nominalmente investido por el Presidente y por la Cámara. En realidad, la Cámara no se reúne desde hace tres o cuatro años. El pueblo observa un supersticioso respeto hacia ellos. Son precisos bastantes meses de aberración para penetrar en la veneración secular de los ixanios por los títulos y el alto nacimiento.

Se detuvo para examinar la ceniza del puro.

—Esta situación —aventuró Carruthers— no es ninguna novedad.

—Felizmente para nuestra industria, no —dijo Groom con calma—. Lo nuevo de la situación en Ixania es la manera como este pueblo permite al gabinete más corrompido e incompetente de Europa manejar los asuntos del país y, en consecuencia, pasar el tiempo perturbando otras naciones. Lo que allí existe es una especie de filosofía imperialista derrotada, mezclada de fascismo. Esa suerte de fantasía es espléndida cuando el país puede pagar sus deudas, pero los campesinos de Ixania son unos pobres diablos que no pueden saldar ni siquiera sus impuestos. El problema con el partido aristocrático consiste en que está formado por patriotas febriles y, por tanto, con notables excepciones, por ingenuos bienintencionados, pero ingenuos al fin y al cabo.

Groom meneó la cabeza tristemente, y prosiguió:

—En cierta ocasión alguien llamó a la industria de municiones sanguijuela internacional. Pero se olvidó de los nacionalismos exaltados.

Miró hacia arriba con su sonrisa fría, levemente desdeñosa, en los labios.

—No se puede culpar a los ingenieros de producir aquello que el mundo está tan ansioso por obtener. Si no lo hiciesen ellos, otros lo harían. El único poder que puede gobernar al necio es el divino.

—O la razón —añadió Carruthers.

—¡Ah! Pero estamos hablando de patriotismo —dijo Groom en seguida. Y prosiguió con aire pensativo—: De un patriota en particular; aquel que, Dios sabe cómo, consigue combinar la inteligencia con el patriotismo. Esta persona es el verdadero gobernante de Ixania. Su nombre es Condesa Schverzinski.

Carruthers se sobresaltó. ¿Sería posible que...?

—Una mujer extraordinaria, Profesor —siguió diciendo Groom gravemente—. Recuerdo pocos diplomáticos europeos capaces de superarla. Como negociadora es soberbia. Posee toda la pasión ixania por la intriga y el disimulo junto a un sentido de la realidad típicamente galo. Si le concediesen mejores antecedentes que los de su tierra natal, sería un poder en Europa. Muchas veces los mejores jugadores no pueden ganar con cartas bajas. Pero con el invento de Kassen como un triunfo, la situación ha variado sustancialmente. La semana pasada Ixania rechazó un acuerdo comercial con un Estado vecino, a pesar de que el Gobierno había demostrado antes que estaba conforme con los términos del mismo. Finalmente, pues, fue rechazado, después de que el Príncipe Ladislaus, hermano de *La Schverzinski* y líder del partido aristocrático, hiciese una declaración voluntaria al Gobierno. Sus instrucciones procedían, naturalmente, de su hermana. Ella tiene otros planes para restaurar la fortuna de Ixania.

—Muy interesante, Mr. Groom —dijo Carruthers con cortesía—. Pero no consigo...

—Un momento, Profesor; ya llegaré a ello. Desgraciadamente, la Condesa me conoce, debido a pasadas relaciones comerciales. Supongo que comprenderá que, en estas circunstancias, mi presencia en Zovgorod no es vista con agrado por el Gobierno. Confiaba introducirme desapercibidamente en Ixania. Estoy contrariado. No sé por qué razón la Condesa está acompañando al representante en Londres de regreso a Zovgorod. Era la última persona que yo esperaba que viajase en este tren. Pero ahí está; me reconoció tan pronto como me vio. No lo demostró, pero no soy tan imbécil como para no suponer que lo hizo. El interrogatorio a que le sometió a usted lo prueba.

—¿Entonces...?

—Exactamente, Profesor. La educada señora con la que hace unos minutos estaba usted hablando es Magda, Condesa Schverzinski.

Carruthers trató de digerir la información por un momento. Ahora se explicaba muchas cosas. Había sido, se recriminó irritadamente, fácil juguete en las manos de ella. Al verle con Groom, ella trató de descubrir cuál era su posición. Acordándose de su ridícula explicación, imaginó que ella sacaría sus propias conclusiones. Se dirigió

a Groom.

—¿Nos detendrán en la frontera de Ixania?

Groom movió la cabeza.

—Creo que no. Las relaciones entre Cator & Bliss y el Gobierno de Ixania son ostensiblemente cordiales. El representante de la compañía es *persona grata* en Zovgorod. El mal está en que seremos, sin duda, intensamente vigilados durante nuestra estancia. Ciertamente tomarán toda clase de precauciones para impedir que obtengamos cualquier información relacionada con Kassen o su invento. Es un contratiempo, pero nada podemos hacer. Tendremos que tomar otras medidas.

—¿Por ejemplo...?

Groom sonrió.

—Quizá sea preferible que no toquemos ese punto, Profesor. Creo que ya mencioné, sin embargo, que para ayudarnos me basaré en mi conocimiento del funcionalismo de Ixania... el conocimiento, más una vasta cuenta bancaria. En realidad es muy sencillo.

Profiriendo una especie de exclamación ininteligible se recostó de nuevo en el asiento y se dedicó a sus papeles. Ofrecía el aspecto de quien ya tiene el triunfo en las manos.

Inmerso en sus propios pensamientos, Carruthers miró por la ventana hacia las luces de una ciudad distante. No se sentía satisfecho consigo mismo. Conway Carruthers, el hombre de acero, parecía estar perdiendo el control. Cometió el error de menospreciar al contrario. Peor aún, fracasó incluso en reconocerlo. ¿Sería, quizás, porque el adversario era mujer, y muy hermosa? ¡Imposible! ¿Acaso no había resistido los ardides y astucias femeninos de un número incontable de espías bellísimas? ¿No eran sus cabellos sedosos y sus cuerpos insinuantes? ¿Y no se habían reclinado provocativamente en mullidos divanes, mientras sus ojos verdes revelaban promesas de insospechadas delicias a cambio de secretos que a él le estaba vedado revelar? ¿Y no había seguido adelante, divirtiéndose con la furia irresoluta y la infantil ingenuidad de estas mujeres? Naturalmente. En fin, quizás fuese porque ahora los ojos de ella eran castaño oscuros, porque sus cabellos eran de un negro brillante, porque su sonrisa le producía una curiosa sensación de vacío en el estómago, porque era infinitamente —como decían apreciativamente los italianos— infinitamente *simpática*. Tal vez... Pero se hallaba desprevenido, tan desprevenido como aquellos jóvenes ingleses dolientes de amor, que siempre arruinaban sus planes en el capítulo doce, dedicándose arrebatada pero indiscretamente a salvar a sus amedrentadas novias. ¡De ninguna manera! A partir de aquel momento, él, Carruthers, sería la inteligencia dominante.

Antes de que el tren llegase a Basilea, ocurrió un incidente al que Carruthers en aquel momento no dio importancia, pero que tendría que recordarlo más tarde.

Groom decidió no ir a comer y Carruthers empezó a hacerlo en silencio. Enfrente suyo hallábase un joven delgado, vestido con cierta dejadez, que habló al camarero en un francés fluido, pero con indudable acento americano.

No existe nada mejor que un vagón restaurante francés marchando a gran velocidad para promover encuentros casuales. Resulta difícil mantener una reserva formal cuando la sopa y el vino se derraman sociablemente por todos los lados de la mesa.

—Me han dicho —habló el americano por fin, estregando con aire triste la servilleta en la mancha de su chaqueta— que la estabilidad de los coches en los trenes franceses es la peor del mundo. ¿Será que *estabilidad* es la palabra correcta?

—¡Desde luego! Es una conspiración organizada por la industria de las latas de sopa.

Discutieron las iniquidades de los alimentos del vagón restaurante con bastante animación. El americano, aunque joven, aparentaba haber viajado mucho. Comenzaron a hablar de diversos lugares. Aprovechando una posible oportunidad de obtener informaciones, Carruthers decantó la conversación hacia la Europa oriental.

Se mencionó Belgrado.

—¿Ya ha estado en Zovgorod? —preguntó entonces Carruthers sin dar importancia a sus palabras.

El americano sostuvo su mirada una fracción de segundo antes de responder lacónicamente que «no». Parecía poco dispuesto a prolongar la conversación, pidió su cuenta, la pagó y saludando a Carruthers se levantó y abandonó el vagón.

El tren arribaba a las inmediaciones de Basilea, cuando Groom le transmitió las primeras instrucciones.

Tenían que esperar muchas horas hasta que el tren, al que se uniría el vagón intermediario, partiese hacia Bucarest. Él, Groom, iría a la oficina de los agentes de Cator & Bliss Ltd. en Basilea, en Badenstrasse, y allí mandaría redactar una carta haciendo constar con mayores detalles la oferta de la compañía al Profesor Barstow. Él la firmaría y la entregaría al Profesor, en espera de que el documento pudiese ser sustituido por un contrato legalizado. Carruthers expresó debidamente su agradecimiento.

El Profesor compraría lo que juzgase preciso —ropa, artículos para el aseo y una máquina de fotografiar— y se encontraría con Groom en el tren. Por si necesitaba dinero, había cinco mil francos que podía tomar a cuenta de sus futuros honorarios.

Carruthers dudó antes de aceptar el dinero, pero, reconsiderando que su propia eficiencia podría verse disminuida si se encontraba sin fondos, resolvió cogerlos.

En la estación se separaron. Groom desapareció dentro de un taxi; Carruthers marchó a explorar la ciudad en busca de una tienda abierta.

Descubrió que la tarea no era fácil. Excepto uno que otro café, Basilea estaba oscura y silenciosa. Inmediatamente llamó un taxi y preguntó al conductor. Estaba, averiguó, en la zona alemana de la ciudad. En otros sectores, sin embargo, había

tiendas abiertas. Indicando al chófer que lo condujese a la tienda más próxima, se sentó y observó las sombrías fachadas neogóticas que se habían ido transformando gradualmente en estuco pintado.

Diez minutos más tarde caminaba con una maleta nueva, repleta de compras, en busca de la máquina. El vendedor era servicial y le ofreció un pequeño instrumento admirable que no solo era capaz de sacar fotografías sorprendentemente nítidas, con poca luz artificial, sino que tenía la ventaja de ser plano y de tamaño ideal para ser llevado en el bolsillo interior. Compró un carrete y marchó muy satisfecho de su compra. Su inmediato pensamiento fue automático. Aparte de los diez cartuchos adquiridos en los almacenes, no tenía más municiones. Intentó comprar más, pero según advirtió tenía que someterse a ciertas *formalidades*.

Aún le quedaba cerca de una hora antes de la salida del tren y entró en un café. Sentándose en una mesa al final de la acera, pidió un *Vermouth-Cassis* y paseó su mirada por el periódico suizo que había sido dejado sobre la mesa

Un viajante de Dijon había asesinado a su esposa y al amante con una soga. Los propietarios de hoteles en Ginebra habían condenado como «inmoral» la sugerencia de que la Sociedad de Naciones fuese trasladada a Viena. Ocurrió un accidente fatal con unos mineros cerca de Grindelwald. Entonces, un pequeño párrafo reclamó su atención:

## MISTERIOSA DESAPARICIÓN DE UN SABIO INGLÉS

El misterio rodeaba la desaparición de un famoso sabio inglés que hacía pocos días se había tomado unas vacaciones. Dos días antes, un campesino había descubierto un coche volcado, con el equipaje, abandonado en una carretera desierta en la provincia de Cornualles. No se encontró ni rastro del dueño. Las investigaciones habían demostrado que el coche era propiedad de...

—*Verzeihung, mein Herr.*

Carruthers levantó la vista. Un alemán entrado en años intentaba pasar a través del estrecho espacio entre las mesas. Murmurando una disculpa, Carruthers se levantó para dejarle paso. Al hacerlo, echó una ojeada casual a la calle.

Un taxi, que se había detenido para que descendiera el pasajero, estaba en aquel momento arrancando. Un hombre caminaba enfrente. Cuando salió de la oscuridad y le iluminó la luz de uno de los faroles de la calle, Carruthers le reconoció. Era Groom.

¿Qué estaría haciendo en aquella parte de la ciudad? Badenstrasse no quedaba lejos de la estación. Dejando apresuradamente algún dinero en la mesa, Carruthers cogió el periódico, agarró su maleta y marchó del café. Podía ver la figura rolliza de Groom caminando con rapidez a lo largo del lado opuesto de la calle.

Esperando que los separasen unos setenta metros, comenzó a seguirlo manteniéndose en su mismo lado de la calle. De repente perdió de vista a Groom en una estrecha calle lateral. Carruthers corrió hacia la esquina. Llegó justo a tiempo de ver como Groom desaparecía por un pasaje a la derecha de la calle lateral. Moviéndose tan rápida y silenciosamente como le era posible sobre el resbaladizo empedrado, Carruthers llegó al pasaje y espió hacia dentro cautelosamente. Groom no estaba a la vista.

El lugar era oscuro y maloliente. Un único y anticuado farol sujeto a un poste en una esquina servía para iluminar la calle y el pasaje. Este último, formado por las paredes laterales de dos sórdidos edificios, se alargaba unos seis metros antes de desembocar en una alameda que daba la impresión de un callejón sin salida. Caminó despacio a lo largo del pasaje, procurando oír los pasos de quien pudiera acercarse. Inmediatamente ganó la oscuridad protectora de la alameda. A uno de los lados había lo que le pareció ser un almacén, por el olor acerbo que de allí salía. Al otro lado había tres casas en ruinas. Groom evidentemente había entrado en una de ellas. Estaban cerradas y en apariencia desiertas. Miró el reloj, bajo la pálida luz del farol. Disponía todavía de algún tiempo antes de regresar a la estación. Groom también tenía que tomar el tren. Si no se demoraba, tendría tiempo suficiente para descubrir qué curiosa maquinación atraería al director de Cator & Bliss a esa alameda insalubre.

Miró alrededor en busca de un lugar donde esconderse. Lo hizo en el almacén. Incrustada en la pared, dentro de unos espaciosos arcos de piedra, había una pesada doble puerta, aparentemente sin uso desde que los edificios adyacentes habían cortado su comunicación con la calle. Carruthers caminó hasta la sombra del más próximo de los arcos y esperó.

Durante quince minutos nada oyó, excepto pasos de transeúntes golpeando el empedrado de la calle lateral. Entonces percibió un murmullo de voces y una luz brilló por un instante detrás de las persianas de un ventanal en lo alto de la última casa. Dejando su maleta, se escondió rápidamente en el arco más cercano. Quien fuera que viniese, tendría que pasar cerca. Pegándose contra la piedra, escuchó atentamente. Las voces enmudecieron. En seguida llegó hasta el sonido de suaves pasos. Aguzando el oído, lo identificó como el ruido del andar sobre madera. Alguien bajaba las escaleras. Distinguió dos tipos de pisadas. Aumentó el sonido y se detuvieron. Hubo una pausa mientras sus pies cruzaban el pasaje empedrado. La puerta de enfrente se abrió y los dos llegaron a la alameda y comenzaron a caminar hacia la calle.

Carruthers tensó sus miembros mientras los hombres se aproximaban. Uno de ellos era Groom, no cabía duda; el otro era un hombre menos alto. Estaban casi junto a él y hablaban bajito. Cuando pasaron por un lado, el brillo de la luz del farol del fondo del pasaje iluminó por un segundo el rostro del acompañante de Groom. Era el representante de Ixania.

Logró oír un trozo de la conversación. Hablaban en francés. Groom tenía la palabra.

—Quedamos de acuerdo. El resto le será girado a su cuenta en el *Swiss Bank* en París, tan pronto como nuestro consejero técnico haya aprobado la información.

El otro murmuró algo parecido a un gruñido de asentimiento mientras se alejaban más allá de donde alcanzaba oírlos.

Así pues, era eso: soborno. Obviamente, Groom ya estaba haciendo uso de su «conocimiento del funcionalismo de Ixania». Sí, la Condesa Schverzinski era traicionada. Súbitamente, tensó de nuevo sus miembros y se pegó a la pared. La puerta de la casa que Groom y su acompañante acababan de abandonar se abría despacio otra vez. Un hombre dio un paso afuera y la cerró suavemente. A pesar de que su rostro estaba amparado por la oscuridad, era evidente que se sentía atemorizado, pues lanzaba inquietas miradas a su alrededor. De prisa y furtivamente siguió a los otros dos hacia fuera de la alameda. Carruthers percibió de soslayo un rostro fofo, semejante al de un conejo, mientras el hombre caminaba. Una vez fuera de la alameda, sin embargo, siguió en dirección opuesta a la de Groom. Carruthers oyó como sus pasos morían en la distancia.

No se tomó el trabajo de investigar la casa. Descubrió ya todo lo que le interesaba. Cinco minutos más tarde, considerando el terreno libre, cogió la maleta y llamó un taxi.

Groom ya estaba en el tren cuando Carruthers llegó. Le entregó la carta prometida con aire de realeza magnánima confiriendo honores. El representante de Cator & Bilis, exteriormente, parecía muy satisfecho.

## **6 — *Del 21 al 23 de abril***

Las treinta y ocho horas siguientes transcurrieron sin incidentes. Desde la ventana del compartimiento de Groom, Carruthers veía sucederse las montañas de Suiza y Austria en lenta retrospectiva. Más tarde, durante algún tiempo, cruzaron las planicies batidas por los vientos. La segunda noche contempló nuevamente luces de casas brillando en lo alto mientras escalaban la montañosa región de Transilvania. Se detuvieron en estaciones de las que nunca había oído hablar, aunque algunos nombres le parecían familiares: Budapest, Cluj, Sinaia, Ploesti. Pero los lugares solo se

diferenciaban por el nombre y la lengua en que estaban escritos los letreros. Experimentó el soñoliento tedio al que incluso los viajeros más habituados caen irremisiblemente.

Ocasionalmente veía en el vagón restaurante a la Condesa Schverzinski y al representante de Ixania, cuyo nombre, según se enteró por el empleado del coche cama, era Rovzidiski. Con el conocido americano cruzaba breves saludos. Pretendió matar el tiempo con una edición Tauchnitz del *Erewhom*, de Butler, comprado apresuradamente en un kiosco de revistas en una estación; pero sus pensamientos volaban de las estimulantes concepciones de Butler al asunto más actual en que se veía comprometido.

Si los planes de Groom proseguían sin obstáculos, no le costaría demasiado en hacerse con el secreto de Kassen. Se acercaba la hora en que él, Carruthers, debería luchar con dos grupos de enemigos. Ninguno de los dos podría ser despreciado. Por una parte estaba Groom, apoyado por recursos desconocidos, aunque sin duda procedentes de su organización internacional. Por otra, la Condesa Schverzinski, un enemigo más formidable todavía, de acuerdo con la apreciación seguramente cierta de Groom.

Reexaminó el problema.

No bastaba con solo poseer el secreto de Kassen. Era preciso también impedir su utilización en Ixania. Esta era una parte esencial en su cometido. Lo que sucediese después era otro asunto. Si la paz del mundo exigía que fuese destruido, destruido sería. Pero, mientras tanto, existía el problema de impedir su fabricación. ¿Destruir una parte esencial del equipo del laboratorio? Podría ser montada de nuevo. El sabotaje, bajo cualquier forma o concepción, no serviría más que para atrasar su producción, no para impedir la totalmente. ¿Matar a Kassen? Era improbable que la contingencia de su muerte no hubiese sido prevista y no se hubieran tomado las medidas pertinentes. Comprendió que nada podía hacer mientras no tuviese alguna oportunidad de inspeccionar el terreno que pisaba.

A las primeras horas de la tarde llegaban a Bucarest. Cuando el tren entraba en la estación llovía intensamente. Faltaba una hora para que el tren de Zovgorod partiese. La pasaron en un pequeño café cerca de la estación, en donde Groom aprovechó para relatarle con cierta complacencia una de sus anteriores visitas a la ciudad.

El tren de Zovgorod estaba principalmente formado por vagones de ganado vacíos, dos coches muy sucios y un vagón correo enganchado en la parte posterior. No llegarían a Zovgorod hasta las siete de la mañana siguiente. Carruthers no veía con optimismo los 380 kilómetros de viaje que tenían por delante. Groom reprimía el malestar provocado por el tedio con resignación filosófica y, para hilaridad de Carruthers, se hizo con un pulverizador y roció el mobiliario con agua de Colonia. Le confesó que era un poderoso desinfectante.

El primer pensamiento de Carruthers fue averiguar si la Condesa y Rovzidiski, el representante de Ixania, se encontraban en el tren. Descubrió que estaban en compartimientos separados en el coche inmediato. Quedó levemente sorprendido al darse cuenta de que aquel americano conocido viajaba en el mismo vagón.

Había, además, dos hombres que no le agradaron en absoluto. Vestían con cierto aire pueblerino, pero poseían un indefinible carácter de autoridad. El mayor, un hombre de unos cuarenta años, ostentaba dos profundas cicatrices en la cara, justo encima del ojo derecho. A su compañero, que aparentaba veinticinco años y gran brutalidad, le cruzaba el rostro un tipo de cicatriz más común a los duelistas. Ambos usaban bigotes de inconfundible estilo militar. Carruthers advirtió que ninguno de los dos llevaba equipaje. Los demás pasajeros del tren se reducían a algunos campesinos con sus familias.

Salieron con cuarenta minutos de retraso. Sin embargo, el tren, hasta que no se puso definitivamente en marcha, fue avanzando a sacudidas y muy lentamente. Arrellanado en su asiento, con el puro en la boca, Groom observaba a Carruthers con benévola sonrisa.

—Bien, Profesor —dijo alegremente—, lamento tener que atarle a tantas incomodidades. Pero puedo anticiparle que nuestro pequeño negocio nos llevará mucho menos tiempo del que pensaba en un principio. En dos o tres días, si no surgen inconvenientes, estaremos de regreso con todas las informaciones que precisamos en los bolsillos.

Carruthers trató de mostrarse tan sorprendido cuanto pudo. Groom dejó escapar una carcajada.

—¿Ha oído hablar de Azhoff? —prosiguió.

Carruthers indicó que sí.

—Es uno de mis competidores —dijo Groom— al cual profeso un gran respeto y admiración. El mayor error que cometió fue el permitir que los periódicos le descubriesen. Le llaman *El Hombre Misterio de Europa*. Los misterios siempre atraen al público, ya que siempre ofrecen algo escondido que hay que descubrir. Lo que no hace sospechar a los periodistas tampoco preocupa a la opinión pública. La publicidad puede constituir el alma del comercio común, pero es un veneno para nuestra industria. Me jacto de que en todo el mundo no existe un solo periodista que me conozca a mí o mi actividad.

Sonrió con complacencia como divertido con sus propios pensamientos. Carruthers no comprendía de qué manera Groom, con su imponente presunción, había conseguido pasar desapercibido incluso del periodista más obtuso.

—Mencioné a Azhoff —continuó diciendo— porque en una ocasión me dijo que en nuestros días un arma secreta era algo que no podía existir, que era un imposible. Naturalmente, algo hay en ello de verdad, ya que todos los detalles de un arma a la que llaman secreta pueden llegar a ser descubiertos pocas semanas después de haber sido fabricada. Las revistas de ingeniería y otras publicaciones técnicas los explican

con bastante claridad.

—Pero en este caso...

—Exactamente. En este caso nos encontramos por delante de todo el mundo. Eso significa que podremos estar en disposición de otorgar contratos para su fabricación a otras firmas. Creo que ya le hablé de su posición en lo que se refiere a estos contratos.

—Pero si tan fácil es descubrir el procedimiento, ¿las otras naciones no pueden menospreciar a Cator & Bliss y fabricar por su cuenta?

Groom pareció sorprenderse.

—Desde luego, Profesor, siendo usted un idealista, su punto de vista en ética comercial es extremadamente cínico. Verá: durante la guerra de 1914, una compañía inglesa de armamento fabricó para uso exclusivo del ejército británico una cantidad enorme de un tipo especial de espoletas. Terminada la guerra, los poseedores de la patente, una conocida firma alemana, reclamaron una elevada suma a la firma inglesa en concepto de *royalties*. El asunto, de hecho, se resolvió amistosamente. No intervinieron los tribunales, naturalmente, pero se arregló. Y honestamente —concluyó con severidad.

Carruthers ponderó este nuevo aspecto de la honestidad comercial. Esos ángeles moralistas serían, sin duda, más que ecuánimes en la tarea de combinar la necesidad de soborno y corrupción del funcionalismo con sus otros principios.

Miró hacia Groom disimuladamente. Caía la noche. Quien estuviese a cargo del tren había olvidado, aparentemente, encender las luces, pues se hallaban en una semioscuridad. Carruthers podía ver a Groom, levemente contorneado por la pálida luz del día, detrás del puro, sentado cómodamente en su asiento. De súbito, una rabia fría le poseyó... rabia contra esos monstruos que alimentaban la bajeza y flaqueza humanas. Aunque solo fuera por una vez —decidió—, serían vencidos, sí, incluso si con ello le iba la vida.

No se sintió capaz de seguir en el mismo compartimiento que Groom. Murmurando una disculpa, salió al pasillo.

Apoyándose en el pasamano de la ventana, contempló la oscuridad creciente. A lo lejos podía ver la línea de las montañas, trazada delicadamente sobre un pedazo de frío cielo azul iluminado por el sol poniente. Las nubes, oscuras y densas, seguían acechando encima. El ruido de la lluvia parecía resonar a través de la planicie como en medio de un gran silencio de expectación. Volvió su cabeza en dirección a la brisa refrescante.

A las dos de la madrugada cruzaban la frontera de Ixania. Despertado por la parada del tren, Carruthers se desperezó y descendió al andén de la estación fronteriza. La luna se levantaba y al percibir el ambiente circundante calculó que se encontraban en un lugar a gran altura.

El frío le calaba los huesos y, hundiendo las manos en el bolsillo de la chaqueta,

caminó arriba y abajo a fin de recuperarse.

Algunos soldados de apariencia indolente estaban reunidos en torno a una hoguera, a un extremo del andén. Se trataba, sin duda, de los guardias ixanios de la frontera. Flanqueaban la estación algunos almacenes de hierro oxidado. Al acercarse Carruthers a ellos, apareció un funcionario de aspecto respetable.

Groom y otros pasajeros del tren se unieron a Carruthers y el friolento grupo entró en uno de los almacenes. Buscó a la Condesa, pero ella no se encontraba allí. El americano le dirigió un saludo distante. Rovzidiski estaba de pie justo detrás de él. En aquel instante, a través de una ventana del extremo más alejado del edificio, vio cómo un lujoso Mercedes surgía carretera adelante. Unos segundos más tarde apareció la Condesa, seguida por uno de los soldados cargado con su equipaje. El funcionario la saludó con deferencia; entró en el coche y partieron inmediatamente. Oyó a lo lejos rechinar los neumáticos del Mercedes al tomar una curva. Evidentemente la Condesa tenía prisa.

Presentó su pasaporte. Tan pronto como el funcionario comenzó a leerlo se produjo en él un desagradable cambio. Su aire de negligencia aborrecida desapareció en cuanto ordenó a Carruthers que esperase y miraba los restantes pasaportes rápida pero atentamente. Llamando entonces a dos de los soldados, anunció que habría un examen rutinario de los equipajes en el tren.

Un murmullo de sorpresa se levantó entre los pasajeros mientras regresaban a sus compartimientos. Al disponerse a entrar, los ojos de Groom se encontraron con los de Carruthers en una mirada divertida de triunfo. Carruthers miró al funcionario.

El hombre no dijo nada, pero, sentándose a una mesa, se puso a copiar cuidadosamente los datos contenidos en el pasaporte de Carruthers. Esto hecho, entregó el documento con la correspondiente autorización y ordenó a Carruthers que regresara al tren.

Acompañado por los soldados, el funcionario de las aduanas examinó compartimiento por compartimiento. Ni siquiera los fardos de los campesinos se salvaron. Desoyendo el coro de protestas que había provocado, inspeccionó cada pieza de los equipajes que se encontraban en el tren. Groom y Carruthers, en el último compartimiento, recibieron el examen más minucioso de todos.

Groom, protestando con mal humor estudiado, tuvo que abrir sus dos pesadas maletas y someterlas a los golpes y empujones de uno de los soldados. Inmediatamente le tocó a Carruthers.

Siguiendo el ejemplo de Groom, se quejó furiosamente en inglés, francés y alemán. El funcionario no le prestó la más mínima atención y le ordenó bruscamente que abriese la maleta. En medio de una tremenda demostración de mala voluntad, Carruthers obedeció. El mismo funcionario efectuó el examen, removiéndolo todo y lanzando al mismo tiempo comentarios ininteligibles.

Completamente consciente de la Browning que guardaba en su bolsillo de atrás, Carruthers confiaba desesperadamente en que no creyesen necesario cachear en sus

ropas. Pronto se tranquilizó. Con un gruñido de satisfacción por parte del funcionario, su máquina fotográfica fue extraída de la maleta. Siguió un murmullo coloquial entre los soldados. Entonces, volviéndose a Carruthers, el funcionario le comunicó en un alemán deplorable que estaba prohibido entrar máquinas fotográficas en el país y que la suya le era confiscada.

Suspirando, en parte aliviado y en parte fastidiado, Carruthers entregó la máquina. El funcionario le extendió un recibo y, tras un saludo imperceptible, abandonó el vagón.

Cuando el tren se alejaba de la estación, Groom prorrumpió en carcajadas.

—Bien, Profesor —dijo jovialmente—, ¿qué se siente al ser objeto del interés de la Condesa Magda Schverzinski?

Carruthers sonrió con pesar. Era el propio «Profesor».

—Debo confesar, Mr. Groom —habló—, que después de lo que me contó, no me he sorprendido demasiado. Sin embargo, deseo de todo corazón que el Gobierno de Ixania se sienta satisfecho con solo esta inspección. Siento la pérdida de la cámara. Me hubiese gustado sacar algunas fotografías en Zovgorod... como recuerdo de mi visita. Siempre me interesó la arquitectura.

Esta respuesta pareció divertir a Groom.

—Bueno, Profesor —dijo solemnemente y con evidente intención humorística—, veremos lo que se puede hacer, Debo decirle que encontré este episodio divertido. Ha sido probablemente la única vez en muchos años que se han visto obligados a hacer, en esta estación, un examen aduanero normal. La única mercancía objeto de contrabando en Ixania son las cerdas para cepillos. Es prácticamente la única cosa que se exporta, en especial ahora que sus principales minas ya no funcionan. Mantienen una elevada tarifa de protección sobre ellas. Pienso que de tanto vigilar las cerdas se han debido de debilitar sus facultades. ¡Mire!

Encendió un fósforo y, hurgando en su bolsillo de atrás, sacó una réplica perfecta de la cámara que Carruthers acababa de perder.

—Guárdela, Profesor —dijo en un tono de voz concluyente—. Podríamos llegar a necesitarla. Ahora ya puede sacar las fotografías que desee en Zovgorod.

Groom se arrebuja una vez más en su voluminosa manta de viaje y, cerrando los ojos, pronto quedó dormido, a juzgar por sus resoplidos.

Carruthers, no obstante, no podía conciliar el sueño. Se esforzó en conseguirlo, pero la incomodidad del tren y sus pensamientos le mantuvieron despierto. Lo sucedido en la frontera le había impresionado. Todas las dudas que aún pudiesen acosarle, relacionadas con Groom sobre su situación, se habían disipado. Esto era realidad. Estaba luchando con gente poderosa y decidida. Él, a su vez, tenía que ser decidido. Los errores podrían ser peligrosos. Se encontraba muy próximo a conocer cuán peligrosos eran.

Al fin logró dar algunas cabezadas, aunque, inesperadamente, despertaba por completo y se mantenía alerta. Tenía la impresión de que algo fallaba. El tren parecía

marchar a gran velocidad. A través de la ventana podía contemplar la pálida claridad del cielo hacia oriente. En aquel momento, del otro lado del pasillo le llegó el inconfundible sonido de un disparo, seguido, tres segundos más tarde, por el de otros dos en rápida sucesión.

De un salto se situó en el pasillo. La luna había desaparecido y estaba aún muy oscuro para poder ver a su alrededor, pero tuvo la sensación de que dos siluetas se movían frente a él.

Una excitada babel de voces le indicó que las detonaciones habían sido escuchadas por otros. Inmediatamente se produjo un rechinamiento de frenos y él, perdiendo el equilibrio, se sintió empujado hacia delante. Evitó la caída agarrándose al pasamano. Los gemidos y gritos del otro vagón le dieron a entender que otros no habían tenido tanta suerte. El tren se detuvo bruscamente. Evidentemente, alguien había tirado de la empuñadura del aparato de alarma.

Entre él y el punto de donde parecía que provinieron los tiros había tres compartimientos vacíos. Cuando el tren se paró, oyó el ruido de la puerta exterior de uno de ellos. Corrió hacia el compartimiento más cercano y sacó la cabeza por la ventana. Pudo distinguir dos sombras moviéndose rápidamente en el campo.

Se apartó de la ventana y regresó al pasillo. Un guardia se acercaba con una linterna. Groom salió de su compartimiento y Carruthers le explicó lo ocurrido.

El guardia ya se encontraba cerca de ellos, inspeccionando los compartimientos uno por uno. De pronto se detuvo y gritó. Los pasajeros corrieron todos juntos hacia él. Empujando a Carruthers a un lado, Groom se abrió camino a codazos hasta donde estaba el guardia que, con la linterna vuelta hacia arriba, presentaba un rostro horrorizado. Carruthers le siguió.

Allí, con medio cuerpo sobre el banco y la otra mitad arrastrando por el suelo, yacía un hombre, al que la sangre le manaba abundantemente de una profunda herida en la cabeza. La luz de la linterna daba en su rostro, destacándolo horriblemente. Tenía los dientes cerrados, los ojos salvajemente fijos, la expresión completamente desfigurada por el terror. Pero el muerto era fácilmente reconocible. Era el rostro de Rovzidiski, el representante de Ixania en Londres.

Groom fue el primero en retirarse. Carruthers le siguió de regreso al compartimiento. Por una vez, aquel hombre gordo y de cabellos grises, olvidándose del tumulto, miró por la ventana silenciosamente. Carruthers, admirando su sangre fría, le oyó maldecir ininteligiblemente. Luego dio media vuelta y se sentó.

—Siento desilusionarle, Profesor —habló con amargura—. Reconozco que fui demasiado precipitado. Nuestra estancia en Zovgorod puede ser más larga de lo que esperaba.

Diciendo eso, se abrigó de nuevo con la manta y pronto empezó a roncar. Cuando le despertaron para el interrogatorio, unos quince minutos más tarde, aparentaba un

fatigado aspecto de martirio.

A las siete, hora en que el tren debía llegar, se encontraban todavía a sesenta kilómetros de Zovgorod. Nadie lograba dormir. Desorientados completamente por el crimen, los funcionarios del tren habían perdido la cabeza, lo cual era evidente porque tan pronto intimidaban a los viajeros como les pedían consejos y apoyo moral.

La situación era clara. Quien fuera que hubiese disparado contra el hombre, había tirado de la empuñadura del aparato de alarma y había abandonado el tren por la puerta que se encontrara abierta. Como no deseaba ser detenido para prestar declaración, Carruthers se abstuvo de advertir que había visto huyendo a dos hombres. Por suerte, también habían sido sorprendidos por otro pasajero. Esto, junto al hecho de que los dos pasajeros con bigotes militares, los cuales habían atraído la atención de Carruthers, no podían ser encontrados por ninguna parte, confirmó las sospechas de los funcionarios.

El asunto fue mucho más revelador para Carruthers.

Evidentemente, se sospechó que Rovzidiski mantenía tratos con Cator & Bliss mientras se encontraba en Londres. La Condesa Schverzinski le había escoltado hasta Ixania, no solo para impedir que prosiguiesen sus contactos con Groom, sino más probablemente porque el mejor lugar para luchar con él era Ixania, en donde podrían aplicar medidas drásticas si fuera preciso. Si presintiese que era objeto de sospechas, Rovzidiski podría sentirse tentado de permanecer en el extranjero. Desde luego, la Condesa no podía haber sido capaz de impedir su encuentro con Groom en Basilea, pero —recordó entonces al tercer hombre con cara de conejo— aquel encuentro sin duda no quedó en el olvido. Los asesinos de Rovzidiski habían subido al tren en Bucarest. Tras entregar al traidor, la Condesa había abandonado el tren discretamente en la frontera, dejándoles el camino libre para realizar el trabajo. Ellos consumaron el delito, detuvieron el tren y se dieron a la fuga en una parte del país en donde la persecución inmediata sería imposible. Una cosa era evidente: la Condesa Magda Schverzinski carecía de escrúpulos cuando de enemigos se trataba.

Groom, meditando en su rincón, se mostró reservado

—Sabía demasiado —fue su cautelosa respuesta a la tentativa de Carruthers de discutir el móvil del asesinato de Rovzidiski.

Sin aludir a los dos hombres que cometieron el asesinato, consintió en dar su opinión.

—Quizá recuerde usted la Sociedad de la Mano Negra, que prosperó hace algunos años en Macedonia. Ixania tiene actualmente una organización semejante. Se denomina, un poco ridículamente, la Sociedad del Puño Rojo y sus miembros, como en el caso de la Mano Negra, son en su mayor parte funcionarios públicos. Se califican a sí mismos de conjunto patriótico, pero su especialidad es el terrorismo político. La Mano Negra controló en cierta ocasión un inmenso poder político.

Estaban inmiscuidos en todo cuanto era prácticamente negocio del Gobierno y entre sus miembros se hallaban jueces, generales y ministros de estado. El Puño Rojo, sin embargo, no es de tanta envergadura. Según tengo entendido es, ante todo, un instrumento del partido aristocrático. Este caso parece trabajo de ellos.

Encendió un puro y añadió con petulancia:

—El problema real en este asco de país es que sus trenes carecen de vagones restaurante.

Carruthers empezó a imaginar si, cuando llegase la hora, él recibiría su propia eliminación con tanta calma. Sus ojos se encontraron con los de aquel hombre que tenía enfrente. Groom sonreía con su leve sonrisa desdeñosa; en sus ojos, sin embargo, se reflejaban otros pensamientos. Carruthers se estremeció involuntariamente. Por primera vez sintió miedo.

## ***7 — Del 23 de abril al 8 de mayo***

La ciudad de Zovgorod está bien situada. Levantada en una hondonada formada por tres valles, está al mismo tiempo bien protegida de los vientos que soplan por arriba, del helado Norte, y de los que vienen de abajo, del Sur cálido y arenoso. El clima, a pesar de formar parte de la Europa Oriental, es templado. Si la naturaleza gozara del don de convertir el río Kuder en navegable, Zovgorod podría haber adquirido una aceptable importancia comercial. Sin embargo, por el contrario, tuvo importancia estratégica. Por desgracia, ésta es poca honra para una ciudad balcánica. Se halla enclavada en el camino de los ejércitos provenientes del Sur que utilizan el valle para llegar al Norte y se encuentra en el punto en donde estas fuerzas pueden ser más rápidamente interceptadas por el occidente. Turcos, eslavos, latinos y teutones lucharon durante siglos sobre su suelo. Las oleadas de ejércitos conquistadores, unas veces de Occidente, otras de Oriente, irrumpían sobre ella y retrocedían, dejando siempre detrás suyo un reguero de sangre y cultura extrañas.

Esta última fue, a la larga, la herencia más provechosa. Cualquier rincón de Zovgorod evidencia su historia fragmentada. La infusión de muchas influencias occidentales en una arquitectura predominantemente bizantina produce, la mayoría de las veces, resultados extrañamente agradables. Un toque de austeridad la salva del sentimentalismo de lo pintoresco. La nueva civilización ha tenido pocas

oportunidades de impartir sus bendiciones sobre Zovgorod y las calles más antiguas poseen todavía una siniestra dignidad propia; una dignidad, dicho sea de paso, que ni siquiera el poderoso hedor de los sumideros logra disipar totalmente.

Los sumideros de Zovgorod han sido, sin embargo lo que especialmente sorprende a los escasos turistas excéntricos que sienten la curiosidad de visitarla. La naturaleza, tan previsora en lo que se refiere a los vientos preponderantes en Zovgorod, no hizo nada en favor de la disposición de las cloacas. El Kuder podría haber llegado a servir para tal propósito, pero incluso antes de que la concesión de la energía eléctrica fuese garantizada por un sindicato suizo que construyó una presa sobre él, era un río desagradable, ya porque inundaba las zonas bajas de la ciudad, ya porque se convertía en un viscoso incubador de fiebre tifoidea.

Pero aun en el caso en que la naturaleza hubiese obsequiado a Zovgorod con un completo sistema de sumideros y un vertedero local, cabe dudar de si sus habitantes se tomarían el trabajo de usarlos. Pues todo cuanto se lucró la ciudad con la absorción de culturas extranjeras, lo perdió rotundamente con la sangre foránea que las acompañaba. Se dice que los mestizos reproducen las peores características de los países. Tal teoría es, sin duda, incorrecta; pero ciertamente se podría encontrar una excepción en los burgueses de Ixania.

La mayoría de estos burgueses pertenece a la trigesimosegunda generación. La mayor parte vive en Zovgorod. El campesino ixanio no es ni más indolente ni más carente de valores morales que sus semejantes en los otros países. Tiene, por añadidura, la habilidad de producir, en los rincones de sus queridas vertientes, algunas de las más finas cerdas para cepillos del mundo. Hasta ahora, el principal negocio de Zovgorod consistía en suministrar un servicio de compra, venta y distribución, de una deshonestidad, incapacidad e ineficacia sin igual, para comerciar con éste y otros productos del trabajo campesino. Cada joven zovgorodiano aspira a convertirse en un hombre de negocios. Esto es en el caso de que no pertenezca a la casta del funcionalismo público. En tal circunstancia, los campesinos se sostienen igualmente, pero a través de la maquinaria más formal de los impuestos.

De todo esto y mucho más se enteró Carruthers en sus ocasionales conversaciones con Groom durante las comidas. Las demás horas del día apenas le veía.

Se alojaban en el Hotel Europa. Tal como Groom había comentado, su única ventaja era la de estar situado en el centro de la ciudad y ser, por lo tanto, de fácil acceso. También pregonaba el dudoso honor de ser el mejor hotel de la localidad, una distinción reflejada más en la magnitud de sus precios que en la comodidad de sus instalaciones.

Groom ocupaba la *Suite Real*. Se llamaba así porque, al parecer incluía una sala de visitas. Carruthers fue acomodado en una habitación menos pretenciosa al otro lado del pasillo. Disfrutaba, sin embargo, del lujo de un baño privado, refinamiento tenido aparentemente como una frivolidad innecesaria en el caso de la *Suite Real*.

Tan pronto como llegaron, Groom le comunicó que probablemente sus servicios

como consejero técnico no serían precisos por el momento, por lo que podía disfrutar de su tiempo como le viniese en gana.

Según había podido observar, Groom se pasaba la mayor parte del día recibiendo en su salita gran variedad de visitantes de apariencia sospechosa. Se le ocurrió pensar que quizás fuesen los agentes de Groom en Zovgorod. La mayoría parecía provenir del Próximo Oriente. A juzgar por la firmeza de sus propósitos que aparentaban cuando abandonaban la *Suite Real*, dedujo que Groom tenía algún plan preconcebido.

Por su parte, decidió que no podía hacer nada mejor que mantenerse en su papel de fotógrafo aficionado. Así pues, cámara en mano, callejeó por la ciudad sacando una que otra foto o efectuando un reconocimiento de sus alrededores.

Gran parte del tiempo lo pasaba en la Kudbek, la principal avenida de la ciudad, sentado en un bar e intentando descifrar, con la ayuda de un diccionario ixanio-francés que se compró, el periódico principal de Zovgorod, cuatro páginas de deficiente impresión en un papel execrable, escrito en el corrompido dialecto turco-eslavo del país. Se hallaba en esta forma ocupado en su decimoquinto día de estancia en Zovgorod, cuando ocurrió un incidente que habría de tener importantes consecuencias.

La Kudbek, llamada así porque cuenta con un pequeño puente sobre el Kuder, es una de las dos o tres calles más largas de la ciudad. Sus edificios son, en su mayor parte, comerciales, con cafés y tiendas en la planta baja. La Cámara de Diputados, el más nuevo edificio de Zovgorod, un abominable inmueble al uso neoclásico, corta el horizonte por uno de sus extremos. Enfrente se halla el antiguo Palacio Real, ahora sede de varios departamentos gubernamentales.

Carruthers estaba sentado en un bar cerca de la Cámara de Diputados.

Estaba en baja forma. No había descubierto nada que valiese la pena ni había perspectivas de hacerlo. A decir verdad, reflexionaba amargamente, había obtenido algunas excelentes instantáneas, pero eso era todo. Estaba tan lejos de lograr sus propósitos como cuando había subido al barco en Southampton. Los acontecimientos significativos, los encuentros accidentales, los planes escuchados al azar que otrora habían mantenido a Conway Carruthers activo, se empeñaban en no cruzarse en su camino. El incidente de Basilea sin duda encajaba en sus deseos, pero en realidad, ¿qué significaba? Nada sino un encuentro furtivo entre un negociante y un funcionario corrompido. Luego apareció un segundo espía y el oficial corrompido fue asesinado. Todo era perfectamente lógico. Todos los que estaban relacionados con el asunto parecían actuar con desconcertante rectitud y sentido práctico. No había astucia contra la que luchar. Ni siquiera podía oír las conversaciones de Groom con sus agentes: la puerta era muy pesada y la ventana carecía de medios de acceso. Por otra parte, no tenía mayor idea de dónde se encontraban Kassen y su laboratorio que cuando había comenzado. Si por lo menos lo hubiese sabido, ya tendría alguna cosa en qué ocuparse.

Suspiró y contempló las anchas aceras de la Kudbek.

Las rutinarias conversaciones de los transeúntes, los policías con el uniforme verde de todos los días, el usual vendedor de billetes de lotería seguían allí. Entonces sus ojos se fijaron en la aparición poco común de un carro de los usados por los campesinos ixanios que rodaba calmosamente sobre las vías del tranvía.

Se trataba de un vehículo de dos ruedas, con una gran lona que cubría por completo su contenido. El conductor estaba inclinado indolentemente sobre las riendas, masticando una paja. Cruzó la calle sin prisas, hasta que las ruedas del carro obstruyeron las dos líneas del tranvía.

Dos tranvías iban en direcciones opuestas. Los conductores de ambos tocaron las campanillas. El carro se detuvo. Los tranvías disminuyeron su marcha entre las imprecaciones de los conductores. El que conducía el carro parecía estar dormido. Los tranvías frenaron con un ruido ensordecedor.

De pronto, la lona fue retirada. Dos hombres jóvenes surgieron de debajo. Gritando desafiantes, reunieron tacos de panfletos del fondo del carro y empezaron a esparcirlos salvajemente por el aire. Impulsadas por una leve brisa, las octavillas volaban en todas direcciones, hasta que la calle quedó cubierta. Carruthers recogió una que cayó cerca de él.

Se produjo una gran confusión. Los pitidos de la policía y los gritos descontrolados de la multitud que inmediatamente afloró de todas partes se mezclaban con las voces de los jóvenes del carro y con el tañer rabioso de las campanillas de los tranvías.

Inesperadamente todo cesó. Un escuadrón de policía armada de revólveres dispersó a la multitud aterrorizada, mientras otros obligaban a salir a los agitadores, que seguían gritando, del interior del carro. Uno de ellos se resistió y fue golpeado brutalmente. Los tres juntos fueron conducidos a un coche particular que desapareció precipitadamente.

Carruthers miró la octavilla que había cogido. Estaba escrita en ixanio. Aunque con dificultad, consiguió traducirla.

Dedujo que se trataba de un manifiesto de una organización que se denominaba Partido de la Juventud Campesina, que exhortaba al pueblo de Ixania, de una manera un tanto vaga, a entrar en «acción». Qué implicaba la acción proyectada y cuáles eran sus finalidades estaba aparentemente dejado a la imaginación y al gusto de los lectores. El Partido de la Juventud Campesina, pensó Carruthers, tenía de todo para todos.

Seguía observando el alboroto con cierto humor, cuando una voz habló detrás de él.

—Perdóneme.

Se giró. Era el americano del tren.

Carruthers se mostró reservado. No había olvidado el extraño comportamiento de aquel sujeto. El americano acercó una silla a la mesa de Carruthers y sonrió abiertamente.

—Creo que le debo una disculpa, Profesor —dijo con amabilidad.

Carruthers arqueó las cejas.

—Permítame —dijo el otro—. Me llamo Casey... Bill Casey, del *Tribune*.

—¿Qué tal, Mr. Casey? —exclamó Carruthers cortésmente.

Casey pareció dolido.

—Me imagino que nunca habrá oído hablar de mí. Bueno, bueno, esto aclara alguna cosa, ¿no es verdad? Comprenda, Profesor. Cuando comenzamos a conversar en el tren y usted empezó a hacerme preguntas sobre Zovgorod, me mostré receloso pensando que podría ser un periodista inglés.

Carruthers sonrió.

—Presumo que tomó sus medidas para descubrir que no lo soy.

—Desde luego. Me costó un informe en el Hotel Europa.

—Siempre pensé que los periodistas gozaban de una francmasonería particular.

—¡Oh! Generalmente colaboramos. Pero en esta ocasión ocurre algo distinto. Alguien tuvo la sensación de que una gran historia se produciría en breve en Zovgorod. Por esto estoy aquí. Y es por ésto que no me siento particularmente ansioso por tener durante más tiempo a algunos de los muchachos a mi alrededor.

Carruthers pensaba rápidamente.

No caería en la trampa de nuevo. Se recostó en la silla y asintió amigablemente.

—Es muy amable por su parte al confiarme este hecho.

Casey esperaba sin duda una acogida más calurosa a su información.

—Tomemos algo —le invitó.

Carruthers aceptó. Pidieron las bebidas. Hubo una pausa.

—¿Qué tipo tan curioso aquel del tren! —dijo Casey, no sin indiscreción—. ¿Sabe usted quién era?

—Se llamaba... —Carruthers se contuvo en el momento justo—. Lo olvidé —añadió débilmente.

Casey se le quedó mirando.

—No lo publicaron —añadió secamente.

Casey enrolló un cigarrillo pensativamente. Prosiguió la conversación como si Carruthers hubiese hecho un comentario importante sobre el asunto.

—¿Tiene idea del motivo por el que le eliminaron?

—Ninguna, Mr. Casey. ¿Y usted?

—Sí —dijo Casey.

—Debería comunicarla a la policía.

Llegaron las bebidas. Casey levantó el vaso.

—Bien, a la salud de Ixania —miró por encima del vaso—. ¿Conoce a la Condesa Schverzinski?

Carruthers bebió con calma.

—Nunca oí hablar de esa dama.

—Estaba usted conversando con ella al salir de París.

—¿Realmente? Es curioso cómo se conocen las personas extrañas en los trenes, Mr. Casey.

Casey frunció el ceño.

—Está bien. Usted ganó, Profesor —se inclinó sobre la mesa—. Supongo —dijo seriamente— que no le importará hacerme una declaración.

Carruthers se sorprendió.

—¿Cómo dice, Mr. Casey?

Casey no le hizo caso.

—Naturalmente —prosiguió con persuasión— yo no la publicaría si no me daba su conformidad.

—No acabo de entender...

—Claro, ya sé —le interrumpió Casey con una sonrisa—; se encuentra aquí de vacaciones, obteniendo fotografías.

—Exactamente —dijo Carruthers.

—¡Basta ya de disimulos! —dijo el enviado del *Tribune* con voz censurante—. Escúcheme bien. Hay el presentimiento de que habrá jaleo en esta parte del mundo. ¡Estupendo! El astro de los corresponsales en el extranjero del *Tribune* se deja caer en la escena de la inminente revuelta. ¿Y qué encuentra? Prueba A: un miembro del Gobierno de Ixania, Rovzidiski, liquidado por la chusma del Puño Rojo, tres horas después de haber llegado al país de sus antepasados. Prueba B: el Gobierno de Ixania se exime de actuar contra los asesinos y el crimen es considerado como accidental por la prensa de Ixania. Prueba C: un sujeto llamado Groom, magnate de la industria de municiones, recibiendo pistoleros locales en su departamento del hotel. Prueba D: un científico muy conocido en el séquito de este magnate, haciendo... ¿haciendo qué?

—¿Es todo cuanto sabe, Mr. Casey? —interrumpió Carruthers, divertido.

—No —dijo Casey sin titubear.

Fingiéndolo ponderar esta actitud, Carruthers permaneció en silencio durante algunos instantes. Casey obviamente poseía informaciones que le serían útiles. No podía desperdiciar la oportunidad de conseguirlas. Casey le observaba atentamente.

—Tome algo más, Mr. Casey —dijo Carruthers.

Casey aceptó, manteniéndose a la expectativa. Carruthers encendió la pipa.

—Ahora, Mr. Casey —dijo lentamente—, ¿qué desea saber?

El otro se inclinó de nuevo sobre la mesa.

—En primer lugar —dijo lentamente—, ¿por qué fue asesinado Rovzidiski? En segundo lugar, ¿qué persigue Cator & Bliss en Zovgorod?

Carruthers examinó la cazoleta de su pipa. Se preparó para mentir convincentemente.

—No puedo responder a su primera pregunta, Mr. Casey, porque no estoy en el asunto. Puedo responder a la segunda, aunque exijo absoluta reserva. Le advierto que si se publicase esta información sería desmentida.

—De acuerdo. Le doy mi palabra.

—Cator & Bliss está vendiendo armamento militar al Gobierno de Ixania. Me encuentro aquí como consultor en cuestiones de balística.

La mirada de Casey se endureció. Sin prisas, introdujo la mano en el bolsillo y extrajo varios papeles. Separó uno.

—El informe sobre usted, Profesor —explicó sucintamente—. Me lo telegrafiaron desde Nueva York hace una semana.

Comenzó a leer.

—Henry Barstow: Miembro de la Royal Society, Doctor en Ciencias, etcétera, etcétera. ¿Qué es esto? Universidad tal y tal, Cátedra de Física: Miembro de la Royal Society, 1925. ¡Ah! Aquí están; publicaciones: *Análisis sobre la teoría atómica, Artículos Compendiados sobre las Transformaciones de Lorentz, Análisis de la Dinámica Einsteiniana*, autor del ensayo *Átomo, estructura del*, en la Enciclopedia Universal, nueva edición. ¡Vaya, vaya, vaya! Aquí no se habla de balística, Profesor.

Carruthers se rió, aunque no muy convencido.

—Está muy bien informado, Mr. Casey.

—Suficientemente bien informado como para saber, Profesor, que el técnico en balística de Cator & Bliss es el Mayor-General Lanceley-Pinton. Estuve en el Ejército británico.

—Muy interesante, Mr. Casey, pero no acabo de entender...

—Y el Gobierno de Ixania no está comprando armamento militar. Realizó un pedido de morteros de poco calibre a Skoda hace tres meses.

Se levantó. En su voz se apreciaba un cierto enojo.

—Supongo que debo de parecerle muy joven, Profesor; pero desde luego no soy tan inocente como para tragarme sus embustes.

Dio media vuelta.

—Nos encontraremos de nuevo, Profesor —dijo, y se marchó.

Carruthers le observó confundido mientras bajaba por la calle. Era cierto que se había librado del interrogatorio de Casey, pero, de igual manera, fracasó en su intento de conseguir las informaciones que buscaba. Además, su valoración de Casey le convenció de una cosa, de que el corresponsal en el extranjero del *Tribune* no se daría por satisfecho abandonando completamente al Profesor, como posible fuente de información. Podría incluso descubrir su duplicidad —la de él, Carruthers— y usarla como un arma, amenazándole con revelarla, para obtener la información que buscaba. Tan solo había un aspecto de la entrevista que le daba, por lo menos, un motivo de satisfacción. La pretensión de Groom de que era desconocido por la prensa mundial era, a fin de cuentas, una exageración.

El caballero en cuestión ya estaba comiendo cuando Carruthers regresó al hotel. Parecía menos preocupado y un poco más satisfecho que en cualquier otro momento desde el asesinato de Rovzidiski. Carruthers aprovechó la ocasión para preguntarle

cómo marchaban sus asuntos.

A Groom no le supo mal la pregunta.

—Comprendo su impaciencia, Profesor. Zovgorod no es una ciudad muy divertida. Creo que en breve podré usar sus servicios. Estoy en contacto con personas eficientes. Dentro de dos o tres días sabré si mis esfuerzos tuvieron éxito.

Saludó con complacencia la llegada del *wiener schnitzel* que había pedido.

—Por lo menos, Profesor —exclamó, seleccionando la mostaza alemana de la bandeja de condimentos que tenía enfrente—, ellos saben que debe cocerse el *wiener schnitzel*. Unas cuantas alcaparras más y treinta segundos menos en el aceite y estaría en su punto. Un cocinero alemán, gracias a Dios. Quienquiera que haya sido el primero en decir que los *maîtres* franceses son los mejores del mundo, es que no conocía la buena cocina alemana.

Empezó a comer ceremoniosamente. Carruthers pidió un *tyroler rostbraten* y comenzó a pensar con rapidez.

Si Groom estaba en contacto con «personas eficientes», significaba probablemente que había conseguido descubrir a alguien capaz y deseoso, como lo estaba Rovzidiski, de entregar informaciones vitales a cambio de un soborno sustancial. Las implicaciones de esa posibilidad le deprimieron. Obviamente, si tantas personas estaban en condiciones de saber lo suficientemente para los propósitos de Groom, las dificultades aumentarían. Sería más difícil que nunca impedir permanentemente la fabricación del explosivo de Kassen. Podía, seguramente, retrasar los planes de Groom, fingiendo que algún estadio del procedimiento sometido a su inspección carecía de valor, pero eso tan solo sería un recurso momentáneo. No llevaba a nada definitivo. Sus pensamientos abordaron el problema una y otra vez, sin llegar a ninguna conclusión.

Groom había dejado los cubiertos en medio de un suspiro de satisfacción.

—No sé si está o no al corriente —le dijo— de que Zovgorod se precia de poseer un Teatro de la Opera. Esta noche hay una representación de *La Flauta Mágica*. Le indiqué al *maître* que me consiguiese dos entradas. Si le gusta Mozart, puede venir conmigo. Pedí butacas de primera fila. No es obligatorio el traje de gala.

Carruthers aceptó con entusiasmo. Media hora más tarde entraban en un taxi.

Iban a ponerse en movimiento, cuando Groom, súbitamente, ordenó al conductor que se detuviese. Se giró para pedir disculpas a Carruthers.

—Perdone este retraso, Profesor, pero no quiero perder a mis guardaespaldas.

Con un gesto requirió la atención de Carruthers para que observara a dos hombres que se hallaban en el paseo, a pocos metros de ellos. Gesticulaban salvajemente hacia un taxi que pasaba.

—¿Cator & Bliss? —preguntó irónicamente.

—No, nuestra amiga la Condesa —dijo Groom solemnemente—. Puede comprobar que ella no deja nada al azar.

Viendo que los «guardaespaldas» habían conseguido un taxi, dio orden al

conductor de que partiese.

El primer acto estaba a punto de terminar cuando llegaron al teatro. En el descanso, su acompañante llamó la atención de Carruthers hacia la Condesa Schverzinski, que se hallaba sentada en un palco junto a un hombre de uniforme militar muy trabajado, salpicado de numerosas condecoraciones altamente decorativas. Iba deliciosamente vestida. Carruthers la contemplaba, fascinado por su belleza y su gracia, mientras recibía las visitas en el palco. Encontró penosamente difícil mezclarla, incluso indirectamente, con el asesinato de Rovzidiski.

Le indicaron que su acompañante en el palco era su hermano, el Príncipe Ladislaus. Un viejo caballero de aspecto benévolo, luciendo una única condecoración en su pecho, en el palco vecino, le besó la mano a través de la orla de separación. Groom murmuró que aquél era el Presidente. Un hombrecillo insignificante, con monóculo, fue calificado de Ministro del Interior. Era, explicó Groom, hijo del propietario de un bar, lo que justificaría tal vez la adopción del monóculo, símbolo de casta militar.

El rumor de las conversaciones fue suavizándose poco a poco y las luces se atenuaron. El maestro levantó la batuta. Se hizo el silencio. A continuación, Mozart se dejó escuchar de nuevo.

Aquella música quedaría grabada en Carruthers para mucho tiempo; fluyendo a través de su mente y en un constante *obbligato* como una voz aterciopelada en los pensamientos que la poblaban; guiándolos y controlándolos gentilmente, como los bancos de los ríos guían y controlan en su camino hacia el mar el caudal de agua en expansión. Cuando la música finalizó, se encontró sentado en medio de los aplausos frenéticos que quebraban el silencio. Una tranquilidad súbita y sedante parecía dominarlo. Era como si le hubiesen concedido un nuevo período de vida. Pero, en ningún rincón de su cerebro, las palabras surgieron. Tomaban cuerpo por un instante y morían; no obstante, por un momento, tuvo conciencia de la realidad. Se dio cuenta de que los días de aquel hombre que se denominaba Carruthers estaban contados, y que pronto debería morir. Jadeante, murmuró imperiosamente para consigo mismo: «Debo apresurarme».

La compañía se reunió en el escenario para recibir los aplausos finales. Pero les fueron entregados algunos ramos, y los aplausos no cesaban. Seguían oyéndose algunos «¡Bravo!». El maestro levantó la batuta. Los tambores redoblaron. El auditorio permaneció de pie. La primera nota triunfante del himno nacional rompió el silencio. En aquel instante, todas las luces del Teatro de la Opera temblaron a la vez y se apagaron.

## 8 — 9 de mayo

A la mañana siguiente, Carruthers se despertó temprano. Mientras permanecía en la cama contemplando los rayos de sol que entraban por la ventana, el incidente del teatro seguía grabado en su mente. El aspecto de Groom abriéndose camino aterradamente hacia la salida, los rostros desencajados de hombres y mujeres, la visión de todo cuanto se ofreció a sus ojos a la luz de un fósforo apresuradamente encendido, fluctuaba en su imaginación. Pero no le preocupaba tanto el pánico en sí como la misma ausencia de electricidad. Sentía un inexplicable deseo de descubrir todo aquello que le facilitase la comprensión. Aquel súbito temblor antes del apagón era curioso. Cuando un fusible se quema, la luz se apaga de pronto, sin temblar.

Tocó el timbre para llamar al camarero. Éste era suizo y hablaba francés. Tal vez fuese posible descubrir alguna cosa a través de él.

Cuando el camarero llegó, pidió el café y, en el momento en que el hombre iba a retirarse, le llamó nuevamente.

—¿Ha oído hablar del corte de electricidad en la Opera durante la pasada noche?

—Desde luego, Monsieur. Un suceso terrible.

—¿Ha ocurrido otras veces?

—No, Monsieur.

—¿Suelen quedarse a menudo sin luz?

—No, Monsieur; tan solo recuerdo una vez. También fue por la noche. No conseguía dormir y encendí la luz para leer. Apenas se mantuvo diez minutos. La electricidad aquí merece nuestra confianza. Está a cargo de ingenieros suizos.

—¿Cuándo ocurrió esto?

—Hará unos dos meses, Monsieur. Me acuerdo bien. Mi esposa iba a tener un niño.

Carruthers se quedó pensativo. El camarero se apresuró a tranquilizarle.

—No hay ningún motivo para alarmarse, Monsieur. No sucederá de nuevo — prosiguió diciendo con calma—. Sin duda, si no fuese por la estupidez de los ixanios, no escasearía en absoluto la luz. Los ingenieros suizos son los mejores. Pero esos puercos de ixanios...

De repente Carruthers tuvo una idea, una extraña idea, una idea fantástica; pero podía ser posible. Despidiendo al sorprendido camarero, saltó de la cama y corrió hacia el baño.

Cuando el café llegó estaba casi vestido. En diez minutos tomó el café y ya se disponía a salir.

Al introducir la cartera en el bolsillo, sus dedos encontraron un pedazo de papel. Lo sacó. Era el *manifiesto* del Partido de la Juventud Campesina. Sin pensar, lo colocó de nuevo en el bolsillo y abandonó el hotel.

Su primera idea fue la de comprar un periódico.

El apagón de la noche anterior se mencionaba en unas pocas líneas, destacando principalmente el nombre de los distintos personajes que habían tenido que soportar lo que se definía un poco extravagantemente como «un ultraje suizo». Esto, sin embargo, le decía todo cuanto deseaba saber.

Llamó un taxi y pidió al chófer que le condujese a la Biblioteca Nacional. Allí solicitó una *Encyclopaedia Universalis*. La bibliotecaria se enorgulleció de poder ofrecerle aquel trabajo internacional de referencia y, principalmente, en una edición inglesa.

La corta biografía del Profesor Barstow, que Casey le había repetido tan irónicamente en el bar, le indicó en dónde debía mirar. Buscó *Átomos, estructura de los*.

Se trataba de un largo artículo que ocupaba aproximadamente tres columnas en los tipos de seis puntos de la *Encyclopaedia*. Lo leyó cuidadosamente del principio al fin. Descubrió que era sorprendentemente fácil entenderlo y pronto poseyó la información que le interesaba. Allí, en el pulcro estilo del Profesor Barstow, estaban las frases que él instintivamente sabía que hallaría:

«Se ha demostrado que esta mudanza en la estructura atómica puede ser obtenida en las condiciones mencionadas. En un experimento efectuado recientemente, fue montada una carga con una tensión de un millón y medio de voltios, en una sucesión de condensadores dieléctricos de aceite, especialmente diseñados. La ionización del aire en las proximidades de los electrodos se realizó a un potencial relativamente bajo y se experimentaron dificultades en...»

Carruthers cerró el libro con fuerza y salió de la Biblioteca.

Su siguiente paso fue el de comprar un mapa panorámico de Zovgorod y de sus cercanías. Provisto de él, buscó un jardín público y un banco aislado. Mientras así lo hacía, se dio cuenta de la presencia de un hombre que le resultaba vagamente familiar, sentado a poca distancia. Entonces recordó. Era uno de los hombres que Groom le había señalado la tarde anterior; uno de los «gorilas». Evidentemente, era el único que le vigilaba. Su compinche era la sombra de Groom. Él, Carruthers, debía haber sido seguido en todos sus movimientos durante la última quincena. ¡Qué estupidez la suya no haberse dado cuenta antes! Apartó el asunto de su pensamiento por algún tiempo y abrió el mapa.

Su objetivo era la central productora de electricidad en Zovgorod. La descubrió fácilmente en el mapa. Se hallaba al noroeste, en los alrededores de la ciudad. Se recostó en el banco y empezó a razonar.

Zovgorod, como la mayoría de las ciudades, debería ser proveída de electricidad a

través de la estación central, por medio de varios conductos subsidiarios, cada uno de los cuales conduciría el fluido hacia una zona diferente de la ciudad. Cada línea debería tener su propio sistema de fusibles y de *separadores*, para poder combatir los pequeños circuitos y sobrecargas de corriente. Así era evidente que cualquiera que siguiese el procedimiento descrito por el Profesor Barstow en la *Encyclopaedia*, podría ocasionar una sobrecarga semejante, que significaría, aplicada en cualquier sector de la ciudad, el corte de luz solamente en las zonas abastecidas por el conducto subsidiario en cuestión. Sin embargo, la Opera y el Hotel Europa estaban situados bastante lejos uno del otro en el mapa. Por las declaraciones del periódico, que informaba del corte de energía por toda la ciudad, y por las de aquel camarero suizo del hotel, codujo que la falta de electricidad en Zovgorod no se limitó a una zona en particular.

Por ello se podía sospechar que el origen de las sobrecargas debería situarse entre la estación distribuidora de Zovgorod y la central hidroeléctrica de la presa que se encontraba en la parte superior del valle. Una vez localizada la fuente, tendría todas las oportunidades de encontrar el laboratorio de Kassen. Las mismas horas de falta de energía eran por sí mismas reveladoras. Según el camarero, a primeras horas de la madrugada; en la Opera, cerca de la medianoche. En ambos casos en los momentos en que la ciudad precisaba de menos electricidad; horas, en consecuencia, que Kassen escogería probablemente para llevar a cabo sus experiencias.

Reconsideró su plan de acción.

La energía de la presa sería sin duda conducida hasta Zovgorod a través de tendidos aéreos. En algún lugar de su recorrido debería existir un ramal que se desviaba hacia el laboratorio de Kassen. Los hilos le conducirían hacia él. Comenzaría por la estación distribuidora.

Lo primero que debía hacer, no obstante, era librarse del sujeto que le seguía. Miró el mapa nuevamente, se levantó y abandonó el jardín. Una rápida ojeada en el momento de encender la pipa le indicó que el agente se encontraba a unos veinte metros.

Caminó despacio, regresó a la Kudbek y, llamando un taxi, se hizo conducir a la Iglesia Ortodoxa, que el mapa indicaba que estaba situada en el punto opuesto al de la central eléctrica. Por el rabillo de los ojos vio que su guardaespaldas también había tomado un taxi.

Mientras iban por la Kudbek, Carruthers miró el taxi que le seguía por la ventanilla de atrás del coche. El agente, obviamente rendido a causa de una quincena de monótonos paseos, se había recostado en el asiento, dejando al conductor la tarea de no perder de vista el taxi de Carruthers. Éste también se recostó y esperó su oportunidad.

Se desviaron de la Kudbek a la altura de una complicada encrucijada de callejuelas laterales, al sur del Palacio Real. Aprovechando un instante en que el taxi trataba de abrirse camino entre la multitud aglomerada en la calzada y un coche

inmóvil que tenía enfrente, Carruthers abrió la portezuela derecha tranquilamente y, tirando en el asiento un billete como pago apresurado, se escurrió hacia la calle, cerrando gentilmente la puerta del taxi mientras bajaba.

Todo acabaría en unos minutos. Mezclándose con la multitud, vio cómo el desprevenido agente se dirigía hacia la Iglesia Ortodoxa. Pronto se encontró de nuevo Carruthers en la Kudbek, en donde subió a otro taxi, que, ahora sí, le llevaría a la estación distribuidora. Bajó del taxi al final de la calle en donde ésta se encontraba y continuó a pie.

Zovgorod, como muchas otras ciudades europeas, aún mantiene la nítida línea de demarcación entre campo y ciudad, herencia de sus tiempos de fortaleza. La carretera que conducía hasta la estación distribuidora comenzaba en la ciudad y se prolongaba por una colina entre los campos. La misma estación, un edificio de hormigón parecido a una caja, quedaba algo apartada de la carretera. Estaba circundada por una alambrada, pero Carruthers pudo ver lo suficiente.

A través de las ventanas percibió los contornos de dos inmensos transformadores. Se trataba, tal como había pensado, de la estación distribuidora. En un extremo, apoyados por una estructura de acero, estaban los aisladores y las llaves inmersas en aceite para facilitar la entrada principal de energía de los hilos aéreos. Ascendió un poco por la colina y comprobó la existencia de una larga procesión de torres que se extendía a lo largo del valle hasta desaparecer en una curva.

Aprovechó la ocasión para contemplar el paisaje.

Hacia arriba, por encima de los pastos y de los bosques de pinos de color verde oscuro, se elevaban macizos picos cubiertos de nieve que proyectaban sus esbeltas sombras en la ladera iluminada por el sol. Aquí y allá podía distinguir las cabañas de los pastores, con sus muros de piedra, apenas diferenciados de las montañas cenicientas de las cuales había sido arrancada, y los cursos de agua que semejaban manchas blancas al precipitarse hacia el río que se deslizaba más abajo. Pero no disponía de tiempo para contemplar el valle del Kuder; debía seguir las torres.

Dio media vuelta y regresó a la ciudad. Eran cerca de las once. Necesitaría alimentos para su caminata. Compró algunas provisiones y una botella de vino tinto y se puso en camino.

Durante la primera hora se mantuvo en la carretera que discurre a lo largo del valle cerca del río y, por algún tiempo, a una distancia que le permitiese tener las torres a la vista. El valle serpenteaba en una serie de «eses» torcidas. Los hilos eléctricos, ganado el máximo espacio posible entre el final de una «ese» y la otra, cruzaban y recruzaban el valle, ya elevándose cien metros o más por encima de la colina, ya descendiendo casi a nivel del río. Si las laderas del valle hubieran sido regulares y el camino de las torres uniforme, le hubiera sido posible seguirlas desde la carretera sin más complicaciones, pero el enorme contrafuerte de una roca que obstruía el paso le desvió del tendido, que tomaba una brusca curva hacia arriba y desaparecía detrás de un pinar.

Carruthers se detuvo y observó una parte del valle. A unos cien metros enfrente suyo había un camino ascendente. Se dirigió hacia allí. Se trataba de un sendero irregular, apenas de medio metro de anchura y evidentemente poco usado; pero llevaba la dirección deseada y él comenzó a subir.

Pronto averiguó que las prendas de lana no son las más apropiadas para escalar montañas en un día caluroso. El sendero comenzó a recortarse contra el borde de un precipicio; Carruthers avanzaba dificultosamente debido a la superficie resbaladiza y al paquete de la comida y el vino. Tras media hora de ascenso, descansó, comió, bebió el vino y dio unas cuantas pipadas. Unos cuarenta minutos más tarde, repuesto y libre de carga, prosiguió la ascensión con más facilidad. Al llegar al pinar ya comenzaba a anochecer. Sus pisadas sobre las piedras asustaban a los lagartos que tomaban el sol en las rocas calientes, obligándolos a correr lejos en un movimiento instintivo. No se oía más que el suave cantar de los grillos y el monótono zumbido de alguna cigarra a no lejana distancia.

Dio un rodeo por detrás de unos árboles próximos a una de las torres, tomó aliento y se dispuso a llegar hasta un claro provocado por el desvío lateral del tendido. Desde donde estaba podía ver los hilos dispuestos horizontalmente a lo largo de casi dos kilómetros hacia la cima. Agradecido por poder continuar la caminata por terreno llano, siguió adelante.

La mayor parte del tiempo aprovechaba los claros del bosque para ir avanzando y tan solo en alguna ocasión le era posible distinguir el valle. Cubrió la distancia rápidamente. Una vez en la cima, los hilos se escondían a su derecha, perdiéndose nuevamente de vista. Caminó directamente hacia otro sendero que llevaba a un pequeño promontorio, desde donde pudo considerar su posición.

Desde allí sus ojos contemplaron un cuadro admirable. Se hallaba en un punto más alto de lo que pensaba y el valle se abría a sus pies como en un mapa. A la derecha podía ver las torres surgiendo de entre los árboles a más o menos un kilómetro de distancia. Enfrente, bastante más lejos, en donde el valle se estrechaba formando un desfiladero, divisó la presa, semejante a una profunda cuña blanca incrustada en la roca oscura, a retaguardia. A la izquierda, levantado precariamente a los pies de una masa de rocas, se encontraba un grupo de edificios, los cuales, pensó Carruthers, deberían albergar las turbinas y generadores que proveían de electricidad a Zovgorod.

Hasta entonces, por más que escrutaba cada metro del tendido aéreo con la máxima atención, no logró descubrir ningún ramal de conexión. Si existiese tal conexión, ésta debería estar en cualquier punto del tendido, en la parte que se escondía a la derecha o en el lado opuesto del valle, cerca de la central de electricidad. No creía probable que el laboratorio de Kassen estuviese realmente en la central eléctrica o más allá de la presa. En la central de electricidad le faltaría a Kassen el aislamiento necesario para llevar a cabo sus experimentos; construir un tendido especial con el único propósito de llevar electricidad al laboratorio desde las

riberas del pantano, resultaría demasiado costoso. ¡No! Su objetivo se hallaba en algún lugar del valle.

Desandando parte del camino hasta el lugar en donde había dejado de seguir el tendido y empezó a caminar bajo los hilos por una pendiente gradual. A su derecha, los inmensos pinares semejaban rascacielos. A la izquierda, los árboles quedaban tan lejos que sus ojos se nivelaban con el follaje. Un sendero rústico, probablemente utilizado por los madereros que limpiaron el terreno para las torres, le facilitó el paso durante algún tiempo. Pronto el sendero se cortó, los hilos se desviaron hacia la izquierda y él se vio obligado a cruzar lo que parecía una cantera abandonada. Para hacerlo tenía que bajar por el borde de la cantera, hasta donde el suelo se alisara para poder atravesar el fondo de aproximadamente cien metros de anchura. Sin embargo, una vez alcanzase el otro extremo, no tenía que subir mucho para llegar hasta donde los hilos, considerablemente más en declive que antes, descendían para atravesar el valle. Quedaba apenas un grupo compacto de árboles entre él y el final de aquella parte sin explorar del tendido. Ya estaba resignándose a la idea de regresar el día siguiente para acabar la inspección del tendido, al lado de la central eléctrica, en el valle, cuando, enfrente suyo, percibió el brillo de los aisladores a través de los árboles. Entonces comprendió que la búsqueda había terminado.

Caminó cautelosamente hasta el pie de la alta torre de enfrente. Al lado de ésta había un pequeño guindaste de acero con dos pesados aisladores de caolín que soportaban la presión de los tensos cables recubiertos. Estaban orientados, casi en ángulo recto con los hilos de la central generadora, directamente hacia abajo de la colina, a través de un bosquecillo.

Siguió con calma el camino que éstos le señalaban. No iban muy lejos. Antes de que se diera cuenta ya había llegado al borde de un profundo barranco disimulado por los árboles. Miró por encima del borde. Allí, debajo de él, aislado por todos lados de las miradas curiosas, se encontraba un edificio de ladrillo en el cual desaparecían los cables.

Su estructura era insólita. En uno de los extremos se elevaba una torre cuadrada. Medía unos veinticinco metros de altura, pero su anchura le daba una apariencia achatada. Una única ventana en uno de los lados permitía ver que, a pesar de su altura, no se subdividía en pisos. Era hacia esta torre que se dirigían los cables. Adivinaba para qué propósitos. Anteriormente ya había visto edificios parecidos. Era un laboratorio de alta tensión.

Desde su posición podía ver la entrada. Sin duda se llegaba a ella por el edificio contiguo, largo, bajo y de tejado de vidrio. Algo le intrigaba. En el tejado de la torre había un foco cubierto con una lona. Decidió echar una ojeada más minuciosa al laboratorio.

A su izquierda, la vertiente del barranco era muy abrupta. Descendió con sumo cuidado. En un momento determinado tropezó con una gran piedra, la cual rodó hacia el interior del barranco con gran estruendo; pero no atrajo la atención de los

ocupantes del edificio, por lo que, tras aguardar unos instantes, prosiguió. Pronto se halló al mismo nivel del laboratorio. Podía ver la parte más alta sobre las copas de algunos nísperos jóvenes que crecían en un dilatado conjunto en el fondo del barranco. Caminó cautelosamente a través de éstos, unos doce metros. En seguida se detuvo. Una alambrada le cerraba el paso.

No fue solo la alambrada lo que le contuvo, sino la presencia de una lechuza muerta suspendida entre dos alambres. La examinó de cerca. La alambrada estaba electrificada. Cualquiera que entrase en contacto con ella, cuando la corriente estuviese conectada, quedaría instantáneamente electrocutado.

Valiéndose de la protección que le ofrecían los nísperos, se escondió y reconsideró este obstáculo. La lechuza, desde luego, llevaba muerta tan solo unas horas, probablemente desde la noche anterior, ya que por lo general estos animales no vuelan durante el día. Cabía dudar de que la corriente estuviese conectada, a menos de que estuviesen llevando a cabo algún experimento. Tenía que arreglárselas para averiguarlo.

Se sacó la cadena del reloj y, atándola en el extremo de un palito, se acercó a la alambrada. En el caso de estar conectada la corriente del metal, en contacto con los hilos adyacentes, provocaría un corto circuito, junto con un destello de luz denunciadora. También era probable que hiciese sonar un timbre de alarma, pero ya había pensado en ello y decidió correr el riesgo. Acercó la cadena a los hilos, pero nada ocurrió. Estaba desconectada. Un instante después saltaba al interior de la alambrada y se resguardaba detrás de unos arbustos.

Comprendió que si andaba en círculo podría aproximarse al edificio más bajo sin ser descubierto. Así lo hizo y pronto se halló a la sombra de las paredes de uno de los extremos. Se movió despacio por las esquinas y espió a su alrededor. Unos doce metros más adelante había una ventana. Una vez fuera del abrigo de los arbustos corría gran riesgo de ser descubierto.

En la eventualidad de tan infeliz circunstancia, en caso de que fuese hallado actuando furtivamente, no tendría ninguna probabilidad de evitar la misma suerte que Rovzidiski. Tratando de hacer el menor ruido posible, caminó con las manos en los bolsillos alrededor de la casa y miró por la ventana.

En el interior estaba el laboratorio. En un extremo estaba la puerta que, supuso comunicaba con la sala contigua al laboratorio de alta tensión.

La pieza que estaba observando ofrecía un curioso aspecto. Al fondo había un pequeño pulverizador de mineral, como los usados en metalurgia, y un oscilógrafo de rayos catódicos. En un rincón se distinguía todo el equipo de un químico analista y, algo inexplicable, un pequeño compresor hidráulico de ariete circular. Un pedal no muy grande de torno mecánico completaba el equipo de aquella extraña sala.

Mientras se movía para hallar algún modo de inspeccionar el edificio de alta tensión, percibió el ruido inesperado de un coche aproximándose en primera desde la parte baja del valle. Recordó la cantera abandonada. En ella debía de haber una

carretera que daba acceso al laboratorio. El coche se detuvo. Carruthers corrió hacia la última ventana y, pegándose contra la pared, esperó.

Al momento sonó un timbre eléctrico. Por la ventana vio como un hombre vestido con un mono entraba por la puerta del extremo y salía por otra, casi en el lado opuesto. Un momento después, el hombre regresaba, manteniendo la puerta abierta para alguien que pasó por ella. Carruthers se apartó antes de que pudiera ver el rostro del recién llegado, pero imaginó quién podía ser: la Condesa Schverzinski.

Le oyó dirigir algunas palabras imperiosas al hombre del mono, que entró en la sala de donde había salido. Segundos después apareció otro hombre. Carruthers le oyó cruzar con la Condesa algunas palabras que le parecieron un saludo. Su voz tenía una curiosa vibración que atenuaba el desagradable sonido gutural de los ixanios. Carruthers volvió un poco la cabeza y el dueño de la voz quedó a su vista.

Era un hombre bajo, de hombros estrechos, con una ancha cabeza braquicéfala apenas cubierta por algunos cabellos negros y lisos. Tenía la boca torcida, como si estuviese siempre a punto de soltar un epigrama amargo. Llevaba puesta una bata blanca llena de polvo. Carruthers dedujo que ese hombre debía ser Kassen.

Para su alivio, la Condesa comenzó a hablar en francés, sin duda para que sus palabras resultaran ininteligibles al hombre del mono que seguía en la puerta. Aquel hombre se retiró, dejando la puerta entreabierta.

—Debería ser más cuidadoso —estaba diciendo ella—. Si las luces se hubiesen apagado durante la representación, habría sido realmente grave. Aún así, tres mujeres resultaron heridas durante aquellos momentos de pánico y el Presidente anunció que abriría una investigación.

—¡Pobre imbécil! —exclamó Kassen irónicamente.

—Mi querido Jacob —dijo la Condesa fríamente—. Si no supiese que usted fuera de su trabajo es un ingenuo, me sentiría decepcionada. Podría llegar a persuadir al Presidente, si fuera preciso, de que una investigación sería mal recibida, pero eso inmediatamente alertaría su curiosidad. Cuanto menos misterio exista al respecto, mayor será el sigilo.

—Pero ¿qué puedo hacer? —respondió el otro, presa de rabia—. ¡Entre la una y las cinco de la mañana! ¡Cuatro horas de cada veinticuatro! ¿De qué me sirve esto? Ya hemos perdido varios meses.

—Nada se puede hacer. Estamos todos impacientes, pero usted debe poner todo lo que esté de su mano. Acuértese, Jacob, se trata de una orden. No use la electricidad antes de la una de la madrugada. Anoche aún faltaba un cuarto de hora para las doce. ¿Qué ocurrió?

La Condesa se mostraba muy autoritaria. Kassen respondió malhumorado.

—Me trata como si fuera un niño, Magda. No pude impedirlo. Las cosas marchaban bien. No pensé en el horario. Fue solamente cuando Kortner me llamó alarmado desde la central eléctrica cuando comprendí que era muy temprano.

La Condesa pareció condescender. Dijo algo en voz baja que Carruthers no logró

oír. Kassen rió brevemente.

—Y ahora, amigo mío —oyó que decía—, cuénteme las novedades.

—El proyecto va adelante —respondió Kassen—. La remesa de minerales de la vieja mina de Grad fue más aprovechable; había menos plomo. ¿Cuántas toneladas trajeron?

—Unas ochenta. Pero aún hay más, bajos los filones, si se necesitan. Espero que no. Ha habido muchos comentarios sobre eso por la ciudad y corre el rumor de que nuevamente vamos a fundir mineral.

—Querida señora —dijo Kassen dócilmente—, ochenta toneladas darán suficiente magdanita para volar toda Europa.

—¿Qué significa magdanita?

Kassen sonrió benignamente.

—Mi nuevo nombre para nuestro pequeño secreto. En su honor. Naturalmente, usted ya se lo había imaginado. Su nombre, Magda, será conocido por todo el mundo junto con el mío. Resulta tan apropiado. Poder y belleza dándose las manos. La magdanita deberá representarlos. Es deliciosamente apropiado, Magda. Mi cerebro contribuyó con su belleza. Dígame, ¿qué dará la belleza a cambio?

Su voz enronqueció. Carruthers percibió un rápido movimiento. Hubo una pausa.

—¡Qué ingenuo es! —exclamó ella, con un resabio de piedad en su voz. Déjeme, Jacob.

Calló de nuevo; luego siguió diciendo:

—En cuanto a este nombre, no me gusta. Esto que usted ha creado no es sino el medio para un fin. Será un medio infame, y me disgusta.

—La voz de Kassen se dejó oír con sarcasmo:

—Sin embargo, no dudará en usarlo, ¿verdad, Condesa?

—No.

—¿Y el coronel Marassin comparte su desagrado?

—El coronel Marassin es un soldado. Su entusiasmo es puramente militar.

—Y el suyo, querida Magda, ¿es el sentimentalismo del patriota?

—No, Jacob; es la impersonalidad del cirujano. Pero no he venido para discutir con usted. Deseo saber cuándo estará listo.

—Nada podré acabar si no llegan los mezcladores. Supongo que no habrán surgido impedimentos.

—No. Rovzidiski realizó esta parte del trabajo satisfactoriamente. Los créditos nos han sido otorgados esta semana. Pero deseo que se limiten los experimentos. La presencia de este tal Barstow, como colaborador de Cator & Bliss, me altera los nervios.

—¿Pueden hacernos algún mal? —dijo Kassen con ansiedad.

—No, pienso que no. Son vigilados constantemente. Sin Rovzidiski nada pueden hacer. Solo de mí o de usted pueden obtener la información.

—Este Barstow es un necio, pero con sus maneras de perro rastrero me viene

siguiendo los pasos. No necesitaría más que ojear las instrucciones de la fábrica para llevar a cabo el procedimiento de acondicionamiento. ¿Está segura de que la copia de Rovzidiski fue destruida?

—No debe tener miedo. El mismo coronel Marassin la buscó entre los papeles de Rovzidiski.

—Entonces, ¿por qué siguen aquí?

—Ese Groom es muy tenaz. Tiene muchos agentes en Zovgorod. Cada día le dan alguna información. Parece ser que intenta sobornar a uno de los hombres que trabajan con el Presidente, un sujeto llamado Prantza. Lo he empleado como secretario por algún tiempo.

—¿Quién es?

—No sabe nada. Por esto permito que esta situación se prolongue. Mientras Groom no persiga más que sombras, no hay para qué inquietarse.

—Estoy preocupado, Magda. ¿Cómo vamos a sustituir a Rovzidiski?

—La fábrica está terminada. Cuando llegue la maquinaria de Inglaterra, entonces ya pensaremos en el problema. Kortner podría ser transferido de la central eléctrica cuando llegase el momento. Creo que es un ingeniero capacitado.

—Pero ¿podemos confiar en él? Compréndalo, desde el asunto de Rovzidiski estoy preocupado.

—El coronel Marassin cuidará de Kortner. Una palabra suya a la policía de Berlín y todo habrá terminado para él. En cuanto a su preocupación, amigo mío, olvídela y recuerde Bonn o Chicago.

Kassen se rió. Carruthers pensó que era uno de los sonidos más desagradables que jamás había escuchado.

De nuevo empezaron a hablar en ixanio. Carruthers aguardó un instante; entonces, decidiendo que allí ya no había nada que hacer, empezó a caminar de regreso al resguardo de los arbustos. Tenía mucho que pensar. Muchas cosas que antes le intrigaron se habían ahora esclarecido. El inquietante coronel Marassin era obviamente el responsable de la muerte de Rovzidiski y probablemente el instrumento principal del Puño Rojo al que Groom se había referido. También había otras cosas: la mención de la fábrica, la noticia de que solamente dos personas poseían el secreto de Kassen, la posibilidad de que Groom estuviera destinado al fracaso. Desde aquel momento ya tenía en qué trabajar.

Llegó hasta la alambrada y la sorteó sin más problemas. Como no quería arriesgarse a ser visto en la carretera por la Condesa, de regreso a Zovgorod, comenzó a ascender por el mismo camino por donde había venido.

No había dado apenas seis pasos cuando oyó un ruido enfrente suyo. Podría ser un pájaro que iba a cantar, pero no quería correr riesgos. Se detuvo y, curvándose para librarse de las hojas denunciadoras, gateó hacia adelante, apoyándose sobre piedras sueltas. Escuchó el ruido del golpe en el momento justo. Con un movimiento rápido dio media vuelta. Su asaltante había perdido el equilibrio. Carruthers se

mantuvo tenso mientras su brazo le golpeaba. El hombre dio contra un arbusto y cayó inerte.

Carruthers miró la piedra que aún mantenía en las manos. El desconocido estaba fuera de combate y ya no sería ninguna dificultad.

Su primer instinto fue el de correr. Pero, aun cuando el ruido de los golpes podía haber pasado desapercibido, el de las piedras sueltas rodando hacia abajo le traicionaría. Sentía también curiosidad por saber quién era el asaltante. Todo seguía en silencio, ni la menor señal salía del laboratorio. Apartó las hojas y miró por entre ellas.

Allí, tumbado en el suelo, sangrando por un corte recibido en la cabeza, estaba Casey, el enviado del *Tribune*.

## 9 — *Del 9 al 10 de mayo*

Carruthers observó a Casey algo confundido. ¿Qué estaría haciendo allí? ¿Trabajaría para la Condesa? ¿O sería el representante de otra fábrica de armamento? ¿O, sencillamente, se trataría de un periodista activo y joven en busca de un reportaje? Era improbable, desde luego, que trabajase para la Condesa. En este caso hubiera dado la alarma. Solo podía ser una de las dos cosas. Pero ¿cuál? Si fuese la primera, sería más prudente considerarle un enemigo; si realmente estuviese relacionado con el *Tribune*, podría resultar un poderoso aliado.

Carruthers le sacó con cuidado de entre los arbustos y le tendió en terreno plano. El pulso era casi normal. Sus ojos demostraban que la contusión no era grave. No tenía agua a mano, pero el corte no sangraba demasiado. Carruthers se sentó y esperó. No pasó mucho tiempo hasta que la respiración de Casey se volvió jadeante y sus ojos se entreabrieron.

Miró a Carruthers y, como recordando, trató de levantarse. Carruthers le persuadió de que debía permanecer quieto y le obligó suavemente a echarse de nuevo. Inclinandose, le murmuró:

—No hable o le oirán. Espere hasta sentirse mejor y entonces caminaremos.

Casey cerró los ojos. Transcurrió media hora en el reloj, que se le antojó días en su imaginación, al cabo de la cual Casey se incorporó penosamente apoyándose en el brazo de Carruthers y le susurró que estaba bien.

Carruthers le acompañó de regreso hacia la cantera. Casey aún se sentía mareado y debía ser auxiliado continuamente durante el camino, pero, una vez en la carretera, les fue posible comenzar a andar con bastante rapidez. Carruthers recordó el riachuelo que había encontrado en la cima y se lo comunicó a Casey. A parte de esto caminaron sin cruzar palabra.

Solo volvieron a hablar después de que Casey se refrescó la cabeza y ambos bebieron agua del riachuelo. Enseñándole un paquete de picadura *Lucky Strike*, Casey se lo ofreció a Carruthers. Éste, no obstante, prefirió la pipa. Cada uno encendió su tabaco.

—Bien, Profesor —dijo Casey pensativo—, creo que son precisas algunas explicaciones.

Carruthers asintió.

—Sí, pero no ahora. Antes de seguir, sin embargo, tal vez podría decirme por qué intentó golpearme.

—Pensé que sería alguien del edificio que pretendía sorprenderme. Quise hacerlo yo primero.

—Tuve la misma idea al respecto —admitió Carruthers.

—Dígame, Profesor, ¿sabe qué lugar es aquél?

Carruthers reflexionó un instante, antes de responder evasivamente:

—Hablaemos de eso más tarde.

—Está bien. Adelante.

La herida de Casey no presentó complicaciones, aparentemente, pero el sol era fuerte y Carruthers le prestó su gorra para evitar consecuencias.

Cuando sobrepasaron la faja de árboles que fuera su primer objetivo, Carruthers observó la parte baja del valle. Un coche se deslizaba por la carretera, en dirección a Zovgorod.

—Vía libre —exclamó, y comenzó a descender.

—¿La Condesa?

Carruthers asintió.

Anocheía cuando llegaron a los alrededores de la ciudad. Detuvieron un taxi y se dirigieron inmediatamente a un restaurante. Se sentían terriblemente hambrientos.

De mutuo acuerdo decidieron posponer los comentarios hasta que hubieran satisfecho la necesidad más apremiante de alimentarse. Concluida la comida, Casey, encendiendo un cigarrillo, se recostó en la silla.

—Y ahora, Profesor, ¿tiene algo que contarme?

Carruthers, concentrando toda su atención en la pipa, respondió sin levantar la vista:

—Bien, Mr. Casey. He estado pensando que al comentar este asunto con usted me arriesgo a cometer una lamentable indiscreción. Me refiero a que sería lamentable para mí y para mis intereses particulares.

Casey comprendió.

—Entiendo lo que quiere decir, Profesor. Le gustaría saber quién es ese Casey y qué es lo que busca, antes de hablar.

—Eso —admitió Carruthers— es lo que pienso. Una tontería quizás, pero comprensible, considero yo.

—Tiene razón, Profesor. Voy a darle un informe sobre mi persona. Antes de eso, sin embargo, hay una pregunta que me gustaría que me contestara.

—Adelante, Mr. Casey —dijo Carruthers.

—Es sobre sus intereses, Profesor. Considero que deben ser los mismos que los de Cator & Bliss, ¿no?

—No, Mr. Casey. Aunque le parezca extraño, no lo son.

—Magnífico —exclamó Casey—. Ahora sabemos por dónde pisamos.

Hurgó en el bolsillo y extrajo de él un pasaporte, del cual separó un pequeño papel doblado.

—En primer lugar —dijo vivazmente—, vea mi pasaporte. Creo que todo está en orden. A continuación, aquí tiene mi carnet de periodista del *Tribune*. Conforme, ¿no es verdad? Hará aproximadamente tres semanas, nuestro corresponsal en Bucarest escribió que algo extraño sucedía en este país. Nada definido, ¿sabe?, pero se trataba de una serie de pequeñas circunstancias que, reunidas, originaban un inquietante interrogante. Por ejemplo, se registraron dos explosiones, suficientemente fuertes como para abrir en la roca virgen cráteres de más de veinte metros de diámetro y de una profundidad semejante. Las preguntas empezaron a brotar en Bucarest. Respondieron que estaban extrayendo piedras. El caso es que escogieron zonas curiosamente inaccesibles para hacerlo. Son zonas a las que no llega ningún medio de transporte. Además, han estado reclutando gente para el Ejército, ofreciendo una paga cada vez mayor. También realizaron algunas maniobras. Por lo general se considera a los ixanios como soldados bastante inconstantes, pero parece ser que estas maniobras fueron mucho más disparatadas que las anteriores. Cayeron mal al pueblo de Bucarest. ¿Ha oído hablar alguna vez de un ejército que ataca con centrales telefónicas? Pues bien, esto es lo que están haciendo estos sujetos. Sé algo de estrategia y he logrado ver sus mapas. En donde debería estar situada la artillería hay centrales telefónicas. Y aún hay más: maniobran siempre en retirada. ¿Puede explicarme esto?

—De hecho, sí que puedo —dijo Carruthers—, pero prosiga.

—Tuvieron lugar otros hechos, la mayor parte de carácter político. La impresión general, no obstante, es de que la pequeña Ixania intenta llevar a cabo una demostración de fuerza, es decir, que intenta hacer sentir su presencia. Esto intrínsecamente no es demasiado notable. El caso es que siempre busca pequeñas excusas para resultar poco amistosa a los Estados vecinos. Puesto que no había gran cosa que hacer en París y pensando que aquí encontraría buenos temas, la oficina me envió a Ixania para que escribiese una serie de artículos. *Un País de Europa Poco Conocido*, *El Corazón de Ixania*, *Irrumpiendo en los Balcanes*, y otros por el estilo...

Pero, entre unas cosas y otras empecé a pensar que había materia para algo más que para una serie de artículos. Lo comuniqué y me respondieron que permaneciese aquí un par de semanas más. Lo primero que me intrigó fue la muerte de Rovzidiski. La Condesa Schverzinski es quien manda aquí, y eran amigos. Regresaban juntos, si mal no recuerdo. ¿Por qué fue asesinado? Averigüé que había cargado con la responsabilidad de una nueva fábrica que debía construirse en las riberas del lago, sobre la presa. Nadie parece saber qué iban a hacer allí. Mi idea fue la de que se trataba de alguna cosa relacionada con las municiones. La aparición de Cator & Bliss en escena también parecía apuntar en esta dirección. ¿Estarían vendiendo armas a Ixania? Me costó un buen puñado de dinero, pero por fin conseguí saberlo. No era éste el caso. Los ixanios no tenían ninguna intención de comprar armas ni a ellos ni a nadie más. Ya habían efectuado un pedido de morteros de poco calibre a Skoda, lo cual creo que ya le he contado. Estaba intrigado. Particularmente por usted, Profesor. Era evidente que sabía algo, pero no sabía qué podía ser, o por qué, exactamente, se encuentra aquí. Espero saberlo antes de que la noche termine. De todas maneras he llegado a la conclusión de que la Condesa está en el centro de todo el negocio. Así pues, decidí no perderla de vista. Ha sido un trabajo agradable; es fácil de vigilar, pero no he conseguido descubrir gran cosa de esta fuente. Lo único que logré averiguar es que un grupo de fuerzas armadas, miembros de la denominada Sociedad del Puño Rojo, son los responsables de la muerte de Rovzidiski, y muy poco más; ¡ah!, también que disimulado en la parte alta del valle se encuentra un laboratorio, con el cual se muestran muy cautelosos. Allí estaba yo echando una ojeada por mi cuenta y riesgo cuando usted me sorprendió.

—Disculpe mi intervención, Mr. Casey —interrumpió Carruthers—, pero tengo verdadero interés por saber cómo logró conocer todo esto.

—Si cree que he estado actuando con inteligencia, se equivoca —respondió Casey con gran franqueza—. Tuve suerte. ¿Ha oído hablar del Partido de la Juventud Campesina?

Carruthers se quedó pensativo unos instantes y en seguida empezó a buscar algo en sus bolsillos. Encontró el *manifiesto* y se lo mostró a Casey.

—Los autores de eso, ¿no?

—Eso es. El líder es un individuo llamado Andrassin. Fue exiliado por sedición por el antiguo Gobierno monárquico, yéndose a Nueva York. Allí le conocí. Regentaba una librería en *East Side*. Acostumbraba a comprarle algunas veces. En cierta ocasión me vendió por casi nada un ejemplar del *Montaigne*, de Florio, encuadernado en pergamino. Se comportaba así con las personas que le agradaban. Es un buen tipo y muy inteligente. Solíamos conversar durante horas. Me habló de muchísimas cosas y logré ayudarlo a resolver alguna de ellas. Es socialista y se ponía furioso cuando pensaba en la opresión que deben soportar los campesinos. Al ser declarada la República, echó una cana al aire y se apresuró a regresar a su país. Ahora piensa que la república es casi peor que la monarquía. Si le oyese hablar sobre sus

compatriotas, usted acabaría pensando que el olvido es lo mejor para ellos. Pero así y todo intenta organizarlos y meter un poco de sentido común en sus cabezotas. Dice que son unos cretinos y que es preciso hablarles en su lenguaje de cretinos o no entienden nada.

—Ahora comprendo el tono casi religioso de esta octavilla —exclamó Carruthers.

—Los ideales —dijo Casey— son el principal producto de América. Es por esta razón que tuvimos que inventar los vendedores y la publicidad. Sin ello nunca podríamos hacer triunfar los ideales. Durante su estancia en los Estados Unidos, Andrassin se convirtió en un apasionado de los evangelistas exaltados, me refiero a su aspecto práctico. Reconoció que ellos sabían todo lo que era preciso conocer acerca del reclutamiento de la opinión pública. Es, como ya he dicho, un hombre muy inteligente. Di con él tan pronto como llegué. Me puso al corriente de un buen número de asuntos. Me dio un completo informe sobre Rovzidiski y otras cosas. Me dijo también que parte de lo que sucedía no lo comprendía demasiado. No había deducido nada en concreto, por desgracia, pero tenía la idea de que el partido capitalista, había logrado aprenderse toda esta jerga, iniciaba algún proyecto que podría llegar a ser muy desagradable para unos y para otros. Me dijo que el Partido de la Juventud Campesina estará preparado para cuando llegue la hora. Nunca he oído decir de un partido político que no estuviese preparado para cuando llegase la hora. El problema —concluyó Casey melancólicamente— es que nunca sabe cuándo sonará esta hora.

Encendió otro cigarrillo y expulsó el humo pensativamente durante algunos instantes, mientras se volvía hacia Carruthers de nuevo.

—Supongo que estará pensando —dijo— por qué diablos el *Tribune* se halla interesado por los problemas internos de Ixania.

—Desde luego —dijo Carruthers.

—El gobierno de Ixania trata de obtener un préstamo fabuloso en nuestro país. Si se está al borde del abismo, el momento para descubrirlo es ahora.

—Pero nadie, con certeza, prestará dinero a Ixania.

—¿Lo cree probable o no lo cree? Pero dejando de lado el hecho de que a los banqueros les encanta prestar dinero que no tienen a sus acreedores, a fin de que los acreedores puedan pagar a cambio lo que realmente no deben, Ixania insinuó que se había encontrado petróleo por aquí.

—Podrían vender la concesión.

—Podrían, pero no lo harán por la simple razón, Profesor, de que no hay petróleo; por lo menos eso es lo que yo creo. No consienten en que se realice ninguna perforación, ni revelan dónde se halla el petróleo. Me imagino que su proximidad con Rumanía daría hipotéticamente cierta veracidad a la idea. Si no hay petróleo, deben precisar angustiosamente este dinero para verse obligados a soltar un engaño de tal calibre. Nadie, excepto un banquero internacional, caería en estas redes. Estos tipos no necesitan ninguna clase de razones para prestar dinero: lo hacen o no lo hacen.

—Realmente precisan este dinero —dijo Carruthers.

—¿Para qué?

—Para elaborar dulces con él.

Casey pareció desconcertado.

Carruthers se inclinó sobre la mesa.

—Dulces grandes —dijo calmamente—, apenas un poco mayores que una bomba de Mills; dulces, Mr. Casey, que producirán en la roca virgen cráteres de más de veinte metros de diámetro y de una profundidad semejante; dulces que matarán a centenares de hombres.

Casey frunció las cejas incrédulamente.

—¿Insinúa, Profesor, que las cargas que produjeron aquellos cráteres no son mayores que las bombas de Mills?

—Apenas un poco mayores, Mr. Casey.

Casey suspiró.

—Bien, Profesor. Supongo que entiende de ello bastante más que yo. ¿Sabe que tengo interés en oírle?

Carruthers dudó por un instante. Luego se decidió.

—Lo que voy a explicar —dijo— quizás le parezca absurdo y fantástico. Admito que pueda antojársele así. Pero estoy convencido de que es la verdad. Por esta razón, quiero pedirle que se olvide de que es un periodista. Se trata de una realidad que no debe ser hecha pública hasta que se haya convertido en historia. He oído decir que un periodista es primero un periodista y después un hombre. Le estoy pidiendo que invierta los términos.

Casey le observaba curioso.

—OK, Profesor —exclamó con sequedad.

—En primer lugar, Mr Casey. Creo que tengo la obligación de decirle que no soy el Profesor Barstow.

Casey tomó esta declaración con calma. Se sacó un cablegrama del bolsillo.

—Antes de que prosiga, Profesor, creo que debo enseñarle este cablegrama.

Lo entregó al Profesor.

Carruthers lo leyó. Llevaba la fecha de doce días atrás.

BARSTOW DESAPARECIO LA SEMANA PASADA MISTERIOSAS CIRCUNSTANCIAS PUNTO  
SOSPECHA DE SUICIDIO PUNTO

El cablegrama estaba firmado por «NASH».

—Supongo —dijo Casey— que no le importará dejarme verificar su pasaporte, Profesor.

Con una sonrisa forzada, Carruthers le entregó el pasaporte por encima de la mesa. Casey lo ojeó y se lo devolvió.

—Parece estar en orden, Profesor. Confío en que no me hablará de esas

misteriosas circunstancias, ¿verdad?

Carruthers permaneció silencioso durante unos instantes. Sus pensamientos trataban de hallar el camino de regreso a través de una espesa bruma. Por un momento se olvidó de Casey. De pronto topó con un muro en la niebla. Volvió a la realidad y su mente recobró la lucidez.

—Me temo que lo ignore, Mr. Casey. Jamás he tenido el placer de encontrarme con el Profesor Barstow, ni sé nada acerca de él. Su pasaporte me fue entregado por personas responsables. Quién yo sea realmente no importa. Mi nombre es Carruthers.

Casey fijó su mirada en él unos segundos; luego asintió.

—OK —exclamó—. No hablemos de ello por ahora.

Carruthers llenó la pipa y la encendió.

—Conocí a Groom de una manera accidental —comenzó a explicar—. Me tomó erróneamente por el Profesor Barstow. Debemos parecernos físicamente. En cualquier caso, yo no le desengañé.

Dio una pipada, despidió una nube de humo y prosiguió.

—Ocurrió en un hotel de Launceston, en Cornualles...

***Segunda parte - Revolución. Casey prosigue la narración.***

## 10 — 10 de mayo

Cuando escuché por primera vez la historia de aquel hombre que se llamaba a sí mismo Carruthers, no la creí.

Eso es comprensible. Incluso ahora, mientras escribo bajo el resplandor incierto de la lámpara de pared parisiense, resulta difícil aceptar que lo que sucedió no fuera un sueño, resultado de la dispepsia provocada por los reflejos reprimidos. Pero mis ojos se posan sobre la cicatriz en mi pulso y me acuerdo vívidamente de cómo me dolía la herida mientras caminaba, colina abajo por el valle del Kuder. «Apenas un leve rasguño», dicen los novelistas. Quisiera que ellos mismos lo experimentaran. Pero estoy divagando demasiado. La referencia a esta confesión soñolienta de mi mente no es simple presunción. Es apologética. No es difícil comenzar desde un principio, cerner las impresiones de los hechos y ofrecer un relato lógico de aquellos días excitantes que viví junto a Carruthers.

Le llamaré Carruthers. Quienquiera que él fuese antes de llegar a Zovgorod, quienquiera que él sea ahora, nada tiene que ver con la imagen que conservo de él. Es solo como Carruthers que le recuerdo.

Su personalidad estaba extrañamente fragmentada. Daba la impresión de que se le veía a través de unos binóculos movidos dentro y fuera del foco de visión de una manera ajena a nuestra voluntad. En las cosas diarias de la vida era una nulidad, una sombra. Realmente, de pocas cosas puedo acordarme a este respecto. Solo recuperaba la individualidad en los momentos de crisis. En tales momentos era inmenso. Se creaba a su alrededor una teatralidad total, que siempre coartó mi completa confianza hacia él. Nunca se me ocurriría dudar de su capacidad de lucha en las situaciones más desesperadas. Así y todo, una vez superado este sentimiento, me pasmaba invariablemente el modo con que la suerte convertía en golpes de genio lo que, analizado a sangre fría, parecían decisiones estúpidas. Ahora me doy cuenta de que estaba equivocado al pensar así. Actuar de acuerdo con las circunstancias debe de estar determinado por alguna ley universal. Carruthers debía poseer el don de comprenderla subconscientemente. La personalidad que tan curiosamente había tomado prestada no era más que una máscara en gran medida estilizada; una matización que apenas tenía significado en un fondo especial.

Los camareros ya estaban apagando las luces cuando Carruthers terminó su historia, aquella noche en Zovgorod. Un reloj, en algún lugar, daba la una. Yo lo había conseguido todo, excepto acabar mis cigarrillos. La mesa estaba llena de ceniza y de copas de *Calsberg*.

—Y eso —dijo él, recostándose— es todo.

Encendí mi último cigarrillo sin responder. Centenares de preguntas acudieron a mis labios. Las examiné una a una. Para la mayor parte encontré fácil respuesta. Ya

conocía la reputación de aquel hombre al que Carruthers llamaba Groom. La lista oficial de directores de Cator & Bliss constaba de veinte nombres. Cualquiera de ellos podría ser el del hombre en cuestión. Si en China se llamaba Grindley-Jones, Harvourt en América del Sur y Coltington en el Próximo Oriente, bien podría usar el nombre de Groom en Europa, y sin duda aún reservaría otra identidad para la reunión de directores y asambleas generales. En cuanto a su encuentro con Carruthers, era, a fin de cuentas, perfectamente comprensible. Un hombre de negocios, bastante satisfecho consigo mismo en relación a un caso en que está interesado, se encuentra con un perito en el asunto en cuestión. ¡Qué golpe de suerte para él! Nada más apropiado que tratar de obtener los servicios del perito para protegerse de los bellacos. La muerte de Rovzidiski era una consecuencia inevitable de todo este caso. Era un trabajo típico del Puño Rojo. Consideró satisfactoriamente éstas y otras preguntas; pero había un punto que no lograba aclarar. Le expuse mi idea.

—Respecto a estas centrales telefónicas —le dije—, parece ser que podría darme alguna explicación.

—Me imagino —replicó él— que la bomba de Kassen es detonada eléctricamente. Las centrales telefónicas son como un medio práctico para centralizar el calor. Eso también explica las tácticas de retroceso. Se engaña al enemigo declarándose en retirada y entonces se le dinamita. La ofensiva consiste en minar al enemigo. Creo que también tendrán algún medio para proyectar las cargas explosivas. El pedido de morteros de poco calibre Skoda llena, probablemente, las lagunas que hay en este sentido. Pero las cargas son tan pequeñas y fácilmente disponibles, que el método para colocar los explosivos seguramente no les plantea ningún problema. Sería muy fácil lanzar un ataque insignificante, colocar las cargas y retirarse antes del contraataque.

—¿Y el enemigo no llegaría a habituarse a este truco?

—Sí, claro está. Pero cuando lo estuviera, entonces lanzarían un ataque real y mantendrían la posición. Dudarían en contraatacar y enfrentarse a la magdanita; mientras decidirían que se trataba de un engaño, el enemigo se retiraría de nuevo, dejando cargas como antes. Considere, asimismo, la cantidad de magdanita que un avión podría cargar. Sería un método infalible para llevar adelante una guerra. Las pérdidas del enemigo serían enormes; las de los que usasen magdanita serían pequeñas, ya que nunca atacarían con toda su fuerza.

Tuve que admitir la evidente verdad de todo este razonamiento.

Se quedó pensativo un instante y entonces me rogó, muy seriamente, que le garantizase que no mandaría la historia a mi editor.

—No debe preocuparse —le indiqué—. Si lo hiciese pensarían que estoy loco.

Pareció quedar satisfecho y me preguntó si le creía.

Le respondí que, francamente, no sabía qué pensar.

Me garantizó que el tiempo demostraría que lo que explicaba era verdad.

—Mr. Casey —prosiguió diciendo—. Estuve pensando en lo que me habló.

¿Puedo sugerirle que unamos nuestra fuerzas?

Dudé. Debo admitir que sus argumentos sobre la necesidad de llevar adelante la empresa que se proponía realizar me impresionaron. Pero tengo por costumbre no prestar atención a mis emociones. Se lo dije. Sonrió.

—No le estoy pidiendo su apoyo emocional. Pienso que una alianza nos resultaría mutuamente ventajosa. Usted conseguirá su historia; yo llevaré adelante mi propósito.

Chocamos las manos. En aquel momento el propietario nos informó de que el restaurante estaba ya cerrado y nos rogó que nos marchásemos. Nos excusamos y Carruthers entregó al hombre una propina espléndida. «Una ofrenda a los dioses», exclamó, cuando le dije que un ixanio jamás da las gracias a no ser que le tome a uno por un imbécil.

Abandonamos el restaurante y Carruthers me propuso que fuésemos andando hasta el Hotel Bucharesti, en donde me hospedaba. Durante el camino no habló. Le pregunté si tenía algún plan de acción en mente, pero me respondió evasivamente. Dijo que ya haríamos los planes al día siguiente y quedamos en que él pasaría por mi hotel. Rechazó entrar para tomar un trago y nos despedimos en la puerta. Me quedé observando su figura delgada y huesuda, alejándose por el paseo hasta que se perdió en la oscuridad. Entonces, otra figura surgió del vano de una puerta y comenzó a seguir sus pasos pausadamente. Al dar media vuelta para entrar, empecé a sentir un terrible dolor de cabeza.

Dormía aún cuando llegó Carruthers. Al abrir los ojos le vi sentado en la butaca.

—¿Qué tal está su cabeza? —me preguntó un tanto distraídamente.

—Estupenda —no era así, pero pensé que me ahorraría un poco de conversación con este comentario.

—Bien —sus ojos brillaron. Encendió la pipa y se inclinó sobre la mesa—. Groom dice que mañana conseguirá el secreto de Kassen.

Me senté en la cama y encendí un cigarrillo.

—Pero me pareció oír decir a la Condesa que él estaba sobre una pista falsa.

—Se equivocó. Groom tiene más triunfos dentro de la manga que ese Prantza. No olvide que puede tratarse de un ardid para despistar a los agentes de la Condesa. Se muestra muy seguro y habla de marcharnos pasado mañana.

—¿Qué hará? ¿Esperará que él lo consiga para robarlo después?

—No. Si tal hiciésemos no haríamos más que aumentar nuestras dificultades. Acuérdesse de que es posible que solo existan dos copias de la fórmula. Una la tiene Kassen y la otra la Condesa. Si Groom consigue una de ellas, harán una tercera y estarán mucho más pendiente de ella que nunca. Por otra parte, podemos fallar en conseguir la copia de Groom y es casi seguro que él mismo hará un duplicado. Cuantas más copias de la fórmula existan, más problemas tendremos en conseguirlas.

—¿Cuál es su idea, pues?

—Supongo que Groom pretende apoderarse de una de las dos copias. Posiblemente será la de la Condesa. La vivienda de Kassen está muy protegida. ¿En dónde vive ella?

—Posee una gran casa no lejos del Palacio Real. Ocupa todo el lado de una plaza y está situada en una propiedad privada.

Apretó los labios pensativamente.

—Allí es en donde debe guardar su copia. Dudo de que la deje al cuidado de otro que no sea ella misma. ¿Sabe si hay vigilancia?

—No he visto a nadie.

—Lo cual quiere decir que está muy bien vigilada.

—Pero no entiendo...

—Tiene razón; estas suposiciones son inútiles. Tenemos que averiguar cómo se propone Groom conseguir la información e impedirlo.

—¿De qué manera?

—Esta tarde, a las cuatro, tendrá una reunión con sus agentes.

—¿Cómo lo sabe?

—Oí como ordenaba al camarero que debería subir bebidas y cigarrillos a su habitación a las cuatro. Ya ha tenido otras celebraciones con anterioridad. Conozco los preparativos.

—¿Quiere decir que se trata de una de esas bandas de matones?

—Exactamente, matones.

—Bien, Mr. Carruthers —dije—, no sé cómo logrará, a no ser que se esconda en el armario, oír las conversaciones.

Su sonrisa fue la plasmación de la astucia satánica.

—Aquí es en donde me puede ayudar, Mr. Casey. ¿Podría venir al Europa a las tres en punto y pedir que le conduzcan a mi habitación?

—Naturalmente, pero...

—De camino hacia allá, Mr. Casey, me gustaría que me hiciese un pequeño favor. Yo mismo lo haría, a no ser que primero tuviera que salvar una serie de obstáculos para librarme del caballero que se ha convertido en mi sombra.

Accedí resignadamente.

—Quiero que entre en dos cabinas telefónicas y se apodere de los auriculares de los aparatos. Corte el hilo justamente en el lugar en que penetra en la caja, de manera que un trozo de él quede colgando de cada uno de los auriculares.

—¿Y si me sorprenden?

Pareció juzgar la posibilidad.

—Sí —admitió—, tendrá que ser prudente. Pero es esencial que los consiga.

—Supongo que va a improvisar un detectófono, ¿no?

—Sí.

—Pero ¿qué hará con auriculares de teléfono? Lo que necesita es un micrófono.

Sonrió maliciosamente.

—Se lo diré cuando venga —dijo—. Ahora debo ponerme a trabajar. Hasta las tres, Mr. Casey.

Caminó hacia la puerta. Súbitamente se detuvo y escuchó con atención. En seguida con un rápido movimiento abrió de par en par la puerta. Afuera había un camarero inclinado hasta la altura de la cerradura. Se enderezó sobresaltado.

—Su café, Monsieur —dijo en francés.

—¿Qué hacía aquí en la puerta? —pregunté.

—Traerle su café, Monsieur —dijo con el rostro sumamente lívido.

—No lo he pedido —repuse yo.

—Perdóneme, Monsieur, me dijeron que había llamado.

Pretendió salir. Carruthers se lo impidió y puso la mano sobre la cafetera.

—Tibio —dijo en inglés—. Hará unos diez minutos que está allí afuera. ¿Hablará inglés?

—No creo.

—Supongo que nuestra amiga la Condesa no emplearía a nadie que no lo hablase para este trabajo. La mayoría de los camareros saben un poco de inglés. Tenemos que impedir que hable. Procure atraer su atención.

Comencé a quejarme furiosamente de que el café estaba frío. El hombre, disculpándose, se inclinó para retirarlo. Carruthers se deslizó por detrás suyo. El confiado camarero no hizo ningún movimiento de defensa. Esperé a que descargara el golpe. Carruthers permaneció quieto y asintió con satisfacción mientras el camarero se marchaba.

—Todo está bien —dijo—. No lo entiendo. Seguramente dijo a la Condesa que sabía inglés. Su vocabulario de hotel no le ayudaría demasiado para enterarse de nuestra conversación. La llave estaba en la puerta. No puede haber oído gran cosa.

—Quizás ni siquiera pretendía escuchar —le dije maliciosamente.

—¿Aún sigue siendo escéptico, Mr. Casey? Me gustaría saber cuánto tiempo seguirá así.

Miró por fuera de la puerta, como si fuese a salir.

—A propósito. Mr. Casey —exclamó—. Me encantaría conocer a su amigo Andrassin. ¿Podría usted conseguirlo?

Asentí con la boca llena, y se fue.

Una vez terminado el café, me vestí con calma. Todavía quedaba tiempo hasta mi compromiso de las tres, pero debía conseguir los auriculares telefónicos y quería disponer de tiempo de sobra. Eran las once cuando salí del hotel y me dirigí hacia la Kudbek. Me acordé de que allí había algunas cabinas en la Agencia Postal.

Llegué al lugar demasiado rápido. Me detuve fuera y estuve unos instantes desconcertado. No hay nada peor para el amor propio de un hombre que el pensar que fue demasiado crédulo. Es un insulto a su inteligencia, motivo por el cual le resulta más difícil defenderse. No existe ninguna excusa ni justificación que pueda usar

como bálsamo para su orgullo herido. Ante la necesidad de actuar, y actuar muy infantilmente, pensaba yo, según mi interpretación un tanto apresurada de la historia de Carruthers, estaba agudamente consciente de que actuaba como un periodista novato en su primer trabajo. ¡El corresponsal en el extranjero del *Tribune* en Europa robando teléfonos, para escuchar lo que probablemente no sería más que una reunión de negocios normal y corriente, bajo las órdenes de una especie de alucinado mental con la manía de novelones sensacionalistas! Era una situación que me abochornaba. ¡Bombas atómicas! ¡Documentos secretos! ¡Agentes secretos! Me avergoncé hasta llegar a aborrecerme a mí mismo. Pero, con todo el odio de un hombre que se autoconsidera un imbécil, yo sabía que acudiría a la cita a las tres y que dos auriculares de teléfono, propiedad del Gobierno de Ixania, estarían guardados inquietamente en mis bolsillos. En conclusión, solo la evidencia de sus sentidos convencerá a un hombre, especialmente si se trata de un periodista, de que fue engañado por un lunático.

Me contuve y entré en Correos. La serie de cabinas telefónicas se me antojaban terriblemente ostensibles. Escogí la más alejada y penetré en ella, al tiempo que abría la navaja en el bolsillo de mi americana. Descolgando el auricular de la palanca, solicité el primer número que me pasó por la cabeza y comencé a serrar el hilo por el lugar en que se introducía en aparato. Era sorprendentemente duro y mi trabajo se vio entorpecido por la hoja sin afilar de la navaja y por no tener libre más que una mano. Por fin lo conseguí. Fingí que colocaba el auricular en su lugar, pero lo deslicé hacia el interior del bolsillo de la chaqueta que llevaba en el brazo. Salí de la cabina y caminé hacia fuera, sudando de miedo. No me sentía capaz de tomar el segundo auricular de la misma oficina y, después de algunas dificultades, encontré otra cabina, en donde repetí el proceso.

Empecé a andar hacia la Kudbek con los auriculares balanceándose en uno de mis costados. Entré sin vacilar en el bar más próximo. Sentí que merecía un trago. El bar estaba lleno, pero pronto distinguí una cabeza inconfundible, de blancos cabellos alborotados. Era Andrassin. A su lado había un hombre de mediana edad, de cara estrecha e inteligente, bigotes negros y ojos azul oscuro. Me dirigí a su mesa. Andrassin me acogió con gran entusiasmo e insistió en que me sentase en la silla vacía. Dejando la chaqueta cuidadosamente sobre las rodillas, me senté, rebosante de gratitud, y pedí un coñac. Andrassin movió los brazos efusivamente en dirección a su compañero.

—Mr. Casey —dijo radiante—. Quisiera presentarle a Toumachin.

Dirigió unas breves palabras en ixanio a Toumachin que asintió gravemente y me observó con sus ojos perspicaces. Andrassin nos miró con alegría y, entonces, se volvió hacia mí deshaciéndose en disculpas.

—Mr. Casey, en este momento estábamos planeando el derrocamiento del capitalismo. ¿Puede disculparnos unos instantes?

Le tranquilicé, y durante dos o tres minutos entre los dos se cruzaron fugaces

palabras. Andrassin habló la mayor parte del tiempo y el otro le escuchaba solemnemente. Ofrecían un notable contraste. Andrassin, despeinado, mudable y con los ojos brillándole de entusiasmo y vitalidad, era el admirable contrapeso del serio, sensato y reflexivo Toumachin. Cada uno, se comprendía fácilmente, era el complemento del otro. Lo que faltaba en Toumachin de libertad de imaginación, le sobraba a Andrassin; lo que faltaba en Andrassin de fuerza ejecutiva, lo aportaba Toumachin; un mismo propósito y una misma sinceridad les unía. Andrassin me hablaba de Toumachin como un muchacho habla de un héroe. Toumachin, era evidente, tenía a Andrassin en el mismo alto concepto.

Con un atropellamiento final de palabras por parte de Andrassin, la conversación terminó. Toumachin se levantó, se inclinó hacia mí y apretó nuestras manos. Luego se marchó.

—Ya se ha ido —dijo Andrassin, sin necesidad, aunque su observación prestó a su partida un toque dramático.

Era la manera de ser de Andrassin. Podría haber sido otro Reinhardt. De repente, se puso serio.

—Mr. Casey —dijo despacio—, estamos en el umbral de grandes acontecimientos.

—¿Más misterios, Andy?

—No. Mr. Casey, ya no hay misterios. Sabemos lo necesario y estamos preparados para actuar.

—¿Saben alguna cosa?

Sacudió la cabeza con severidad.

—Bueno, bueno —dije yo de buen humor—, ya me pondrá al corriente cuando sea el momento oportuno, al menos así lo espero.

—Toumachin tiene presentimientos —dijo con inusitada gravedad—, y cuando este hombre tiene presentimientos, yo también recelo.

—Sea lo que fuere —le insté—, olvídalo.

—Tiene razón, Mr. Casey; empiezo a sentirme viejo. Dígame, ¿qué está haciendo aquí, en nuestra tan alegre y próspera Zovgorod? —me preguntó irónicamente.

—Intentando ser un buen cazador de noticias, Andy. Ahora que recuerdo: hay un inglés que desea ansiosamente conocerle.

Me miró fugazmente y sonrió.

—Ya lo sé —dijo tranquilamente—. Se llama Profesor Barstow. Es un amigo de Groom, el comerciante en armamento. Le visité esta mañana.

—¿Le conoce?

Movió la cabeza. La luz se hizo en mi interior.

—Supongo que aquel camarero del Bucharesti es uno de sus amigos.

Lo confirmó con cierta timidez.

—Petar me desconcierta —dijo sonriendo—. Sus conocimientos de inglés no deben ser tan buenos como él cree. Me explicó que usted está enamorado de la

Condesa Schverzinski y que, con ayuda del inglés, intentará seducirla esta tarde a las tres.

Cuando me recuperé del efecto de tales novedades, volví al ataque.

—¿Qué significa esto de poner a sus perros tras de mi rastro, Andy?

Enrojeció un poco.

—Debe perdonarme, Mr. Casey, pero yo soy su amigo y lo hago por su bien. Usted se encuentra en la cima de una conspiración que puede explotar en cualquier momento —las metáforas nunca fueron el fuerte de Andrassin. Se puso más rojo—. Mr. Casey —dijo seriamente—, por favor, regrese a París. Ni Dios mismo le daría mejor consejo.

Dejé de reír y le miré. Nunca le había visto tan serio.

—Andy —le dije con mi mejor persuasión—, ¿no entiende que aunque me lo pida no voy a marcharme de ninguna manera?

—¿Cuándo ustedes los americanos comprenderán —exclamó con impaciencia— que a veces es necesaria un poco, aunque solo sea un poquito, de prudencia?

—No insista, Andy. Si hay la más mínima probabilidad de que algo ocurra aquí, yo me quedo. Después puede decir que la culpa ha sido mía. ¿De qué se trata? ¿De una revolución?

—No dice más que tonterías, amigo mío —exclamó enfadado.

Permanecimos silenciosos durante algún tiempo. Andrassin se comportaba comedidamente. Era obvio que tenía algo realmente serio en mente. Sorprendí su mirada. Hizo una mueca.

—Discúlpeme, Mr. Casey —exclamó—. Estoy muy preocupado. Debí imaginarme que no regresaría a París.

—OK, Andy. Olvidémoslo. Y ahora, ¿qué le parece si nos reunimos con Barstow? Su expresión cambió de nuevo. Balanceó la cabeza con firmeza.

—No, Mr. Casey. Me temo que no pueda complacerle.

Fue muy concreto.

—¿Por qué?

Miró a su alrededor y bajó la voz.

—Este tal Barstow —dijo— es un hombre marcado. Lo que ustedes llaman un «blanco» perfecto.

—¿Insinúa que alguien quiere matarle?

Se encogió de hombros.

—No digo tal cosa, sino que él se encuentra, de todos modos, en una posición muy delicada. No le consideraría un sujeto ideal para un seguro de vida.

La historia de Carruthers se asomó a mi mente. Experimenté una sacudida de excitación, pero fingí exasperarme.

—¡Por favor, Andy! ¡Por el amor de Dios! ¡Qué significa todo este misterio!

Andrassin balanceó la cabeza una vez más.

—Nada averiguará a través de mí, Mr. Casey. Es posible que ya haya hablado

demasiado —calló y añadió—: Sé más de lo que debiera.

Hice un último esfuerzo.

—Dígame tan solo una cosa. ¿El Profesor Barstow está de alguna manera mezclado en esta conspiración de que me habló?

Dudó; luego volvió a encogerse de hombros.

—Sí; lo está. Consciente o no, lo está. Es por esta razón que no le quiero ver. No me interesa correr riesgos innecesarios. En cuanto a usted, amigo mío, no se comprometa con él. Será mejor para usted.

Sabía que era inútil insistir. Cambió de tema bruscamente y habló de nuestros días en Nueva York con tal nostalgia que llegó a contagiarme. Mencionó a Goethe, Hobbes y, mientras se levantaba para marcharse, a Nietzsche.

—La acción no tiene sentido —dijo—. Simplemente nos ata la existencia. He desperdiciado mi vida, Mr. Casey —añadió sombríamente.

Nos despedimos y me quedé observándole caminar hasta que su figura baja y vigorosa y sus alborotados cabellos se perdieron entre la multitud.

Ya no volvería a verle.

## ***11 — Del 10 al 11 de mayo***

A las tres menos cinco de aquella tarde llegué al Europa y pregunté por el Profesor Barstow.

Carruthers me recibió entusiasmado, cerró la puerta con cuidado detrás de mí y le echó el pestillo. Entonces me preguntó con avidez si había traído los auriculares. Los saqué de los bolsillos. Los tomó profiriendo un grito de satisfacción.

—¿Ha traído su navaja? —me preguntó.

Se la entregué. Se llegó al timbre situado a uno de los lados de la cama y cortó el hilo, cerca del botón de llamada. A continuación arrancó de las paredes unos cuatro metros de hilo y destapó los aisladores.

Yo observaba estos preparativos con cierto recelo. Sin duda, eso estaba patente en mi rostro, porque me miró y sonrió.

—No debe preocuparse. No estoy loco.

—¿Qué hace?

Vamos a escuchar una conferencia. Para esto le pedí que trajese el segundo

auricular. Así podremos oír los dos.

—¿Qué usará en lugar de micrófono?

—Se lo enseño en seguida.

Acabó de manipular con el hilo del timbre, abrió la puerta de la habitación suavemente y señaló una puerta al final del pasillo.

—Es la habitación de Groom. Allí hay un teléfono. Será nuestro micrófono.

Tomó el extremo del hilo del timbre y me lo mostró.

—Como ve, el hilo del teléfono va por fuera de la habitación hasta aquella puerta —seguí con la mirada su dedo y vi el extremo sujeto en la pared al lado del batiente—. Me interesa que usted se quede al final del pasillo y silbe si viene alguien.

—Pero...

—Se lo explico ahora mismo.

Me dirigí al final del pasillo y esperé. Un camarero apareció a lo lejos y silbé a Carruthers, que estaba inclinado sobre el hilo del teléfono, trabajando en él. Desapareció en la habitación. El camarero se marchó y Carruthers reapareció. Le vi esconder el hilo debajo de la alfombra del pasillo; entonces se incorporó y me hizo una señal.

Regresé a la habitación con él. Colocó el hilo del timbre hacia dentro y cerró la puerta suavemente.

—Desvié los hilos del teléfono —dijo—. Oiremos la conversación a través del transmisor.

—¿El teléfono de la habitación de Groom está colgado? —pregunté inmediatamente.

Él asintió y sonrió. Mi ánimo se inquietó y suspiré con irritación.

—Entonces, ¿cómo supone que vamos a oír con el transmisor desconectado?

—Si el teléfono estuviese descolgado, alguien podría darse cuenta y lo colgaría de nuevo. El transmisor, sin embargo no está desconectado. Mientras Groom estaba desayunando aproveché para colocar un par de palitos de fósforo en la palanca, de forma que, sin que se noten, levantan el auricular.

Empezaba a verlo todo claro. Me alegré de su idea. Pero un pensamiento me desanimó.

—¿Hay centralita en el hotel?

—Sí.

—¿Qué me dice del telefonista?

—Ya pensé en eso. El teléfono está a cargo de un empleado en recepción. Le pedí que me consiguiese un horario de trenes. Mientras estuvo ausente, fijé una horquilla en el disco, a fin de que no pudiese indicar que la palanca estaba conectada.

—Imagínese que Groom intenta telefonar.

—En tal caso lo oiremos y estiraremos nuestro hilo por debajo de la puerta. Lo coloqué de manera que al mínimo movimiento se desprendiese.

Me alegré nuevamente de ello. Mis palabras no sonaban a falsas, porque me

felicitaba a mí mismo.

Pronto los receptores estuvieron atados y nos sentamos cerca de la puerta para oír y esperar.

A las tres y media Groom llegó a la habitación. El teléfono lo registraba todo y podíamos oír cómo se movía por la pieza. De pronto todo quedó en silencio durante largo tiempo y pensamos que la comunicación se había cortado, pero a las tres y cincuenta y cinco aproximadamente oímos como el camarero llegaba con las bebidas y la voz de Groom indicándole dónde debía colocar la bandeja. Hablaba en francés con un deje curioso, deje bien distinto a cualquier otro inglés-francés que hubiese yo oído con anterioridad.

Las agujas de mi reloj se habían movido hacia las cuatro y diez y ya comenzaba a pensar si Carruthers no se habría precipitado en sus conclusiones acerca de la reunión, cuando percibí que Groom recibía al primer invitado. Hablaban en francés. El desconocimiento del ixanio por parte de Groom era un buen golpe de suerte. El nombre de este primer invitado no fue mencionado y Groom ni siquiera le sugirió que tomase una copa.

Durante los diez minutos siguientes llegaron más invitados y podíamos oírles hablar bajo. Dos que estarían cerca del teléfono, parecían hablar, supuse, en griego. A las cuatro y media más o menos, el grupo estaba completo, ya que oímos la voz de Groom que les llamaba la atención. Todo quedó silencioso. Entonces Groom tomó la palabra.

—Ahora, amigos míos —decía Groom—, ya saben lo que quiero y cómo deseo que lo consigan. No debe haber ningún fallo. Saben en dónde está la caja fuerte. Prantza facilitó los detalles a Nikolai. Quiero todos los papeles que hay en su interior. Eso es todo. Si hubiese dinero o joyas, tómenlo y repártanselo entre ustedes. No me interesa el dinero —descubrí en su voz una sensación de desprecio hacia aquellos hombres a quienes hablaba—. En realidad —prosiguió— cuanto más parezca un robo común, más resultará. Respecto al principal motivo de su visita, daré la mitad del pago esta tarde y el resto cuando Nikolai me entregue los papeles.

Se escuchó un murmullo de protesta por parte del auditorio después de que estas palabras les fueron traducidas. Sobresalió la voz de un hombre.

—Se nos debe pagar ahora, Monsieur.

—No soy un estúpido, Nikolai —nos llegó la fría voz de Groom—; ya les he dado dinero para entregar a Prantza, del que sin duda habrán separado una generosa cantidad para ustedes.

Se escuchó otro murmullo, no tan expresivo.

—Debo añadir —prosiguió diciendo Groom con calma— que será inútil por su parte que intenten satisfacerme con cualquier documento sin valor o sacarme más dinero reteniendo cualquier parte esencial de los papeles que encuentren en la caja fuerte. Antes de que la segunda mitad del dinero les sea entregada, mi perito, aquí en Zovgorod, los examinará y verificará si se trata de lo que me interesa.

Hubo silencio. Groom prosiguió.

—En el momento en que se hayan hecho con los papeles, Nikolai los traerá directamente aquí. Los demás se diseminarán por diversas partes de la ciudad. Esto deberá ser inmediatamente después de las dos de la madrugada, en el caso de que la caja fuerte no ofrezca ningún problema. Nikolai podrá permanecer aquí conmigo hasta más tarde para salvaguardar sus intereses. Tan solo hay una cosa que quiero recomendarles: traten de hacer todo lo posible por no tener que matar a ningún guardia, a no ser que sea absolutamente necesario. Esto es todo. Entregaré el dinero aquí a...

No oí nada más. Carruthers había arrancado el hilo y lo estaba arrastrando hacia la habitación.

—Aprisa —dijo—, vayamos a un bar antes de que ellos lleguen. No quiero arriesgarme a que Groom aparezca y lo encuentre aquí.

Enrolló el hilo y, guardándose en el bolsillo, abrió la puerta. De la habitación opuesta llegaron algunos ruidos. Puse los auriculares en los bolsillos de mi chaqueta y abandonamos el hotel. Un taxi nos llevó a la Kudbek, en donde Carruthers insistió en que dejásemos los auriculares en una de las cabinas telefónicas antes de entrar en un bar.

Pidió un café fuerte y sacó la pipa. Yo pedí una cerveza y encendí un cigarrillo.

—Bien, ¿cuál es el próximo punto del programa?

Me dirigió una mirada divertida.

—Confiese, Mr. Casey —dijo— que vino con una disposición de completo escepticismo.

—Sí, lo admito. Pero ahora me he convencido.

No le dije, sin embargo, que esto se debía más al resultado de mi conversación con Andrassin que a nuestra clandestina misión de espionaje.

Carruthers parecía divertido.

—Bueno, ahora podemos continuar.

—¿Cómo?

—No hay duda, pienso que se propone apoderarse de la copia del procedimiento de acondicionamiento que está en poder de la Condesa. Evidentemente, ella no dio importancia al hecho de que Prantza sabía en dónde estaba su caja fuerte. También deben de haber obtenido de él la combinación. De cualquier forma, no conviene estropearles el juego. Nuestro principal objetivo es impedir la fabricación del explosivo. Todas las copias de la fórmula deben de ser destruidas, y solo mientras estas copias estén en Ixania tendremos la oportunidad de hacerlo.

—Pero ¿y Kassen? A no ser que le liquide, no veo qué hará con él.

—Deje que yo me ocupe de Kassen —dijo con mirada distante.

—Si eso significa que usted mismo va a matarle —le increpé con vehemencia—, no cuente conmigo.

Meneó la cabeza.

—No voy a matarle —dijo despacio—. Tengo una idea mejor.

Cualquiera que fuese su idea, yo no la aceptaba, y se lo dije. Me dio una palmada en la espalda, cosa que detesto, y me aconsejó alegremente que no me preocupase.

Volví a la carga.

—Óigame bien, Carruthers —le dije—. Parece ser que usted mordió más de lo que puede masticar. Creo que es mucho mejor informar al Cónsul americano de la situación y que él actúe como considere más oportuno. Este es un asunto internacional. Cuando llegué aquí estaba preparado para una revolución y Dios sabe para qué más, pero no estaba preparado para esta especie de confusión. Por otra parte, no crea que voy a inmiscuirme en asuntos de política. Le advierto que, si acaso fracasamos en este negocio y va proclamando por ahí que he tenido alguna relación con usted, lo negaré. Porque quizás me arriesgase si pensara que teníamos la mínima oportunidad de salir con bien, pero, francamente, pienso que no tenemos ninguna. Por ejemplo, ese asunto del robo. ¿Cómo piensa usted que vamos a enfrentarnos a una banda de ocho griegos dispuestos a todo como aquéllos?

—¿Ocho? Me parece que por lo menos eran diez.

—Ocho o diez, ¿qué importa? No tenemos ninguna oportunidad. Sugiero, y pienso que comprenderá el buen sentido común que encierra lo que le estoy diciendo, que ambos nos pongamos en contacto con nuestros respectivos consulados, comunicamos la noticia y dejamos que este asunto siga su curso. Si no se esfuerzan en hacer algo, entonces nadie podrá culparnos. Hicimos lo que pudimos. Usted puede frustrarlo, demorarlo, decir que el trabajo está incompleto, cualquier cosa que dé a nuestro pueblo la oportunidad de actuar.

Me recosté en la silla y terminó la cerveza. Me había sacado un peso de encima y me sentía mejor. Miré a Carruthers; estaba encendiendo la pipa. Sopló una nubecilla de humo y sus ojos se encontraron con los míos. Por alguna razón inexplicable empecé a sentirme arrepentido de mi explosión, como si hubiese cometido una herejía. Intenté sacar de mi mente los prejuicios, traté de convencerme de que tenía razón, de que mi propuesta era noble y lógica y de que debía avergonzarme de mí mismo por haber hecho caso de los insensatos planes de Carruthers. El penoso silencio se volvió opresivo.

—¿Y bien? —exclamé yo al fin.

—Tan solo hay dos obstáculos en su sugerencia —respondió—. En primer lugar, ¿piensa usted que el Cónsul americano le va a creer?

—¿Por qué no?

—Piénselo.

Pensé y cuanto más pensaba, más sabía que él estaba en lo cierto. Me imaginé a mí mismo intentando convencer a un cabeza dura de Washington de que había descubierto, en un laboratorio del valle del Kuder, una seria amenaza para el mundo bajo la forma de un explosivo atómico. Me imaginé su disgustada demanda de una confirmación, la virtuosa indignación de Ixania en respuesta a sus solicitudes

apologéticas por una explicación de la existencia del laboratorio de Kassen, de las extrañas maniobras del Ejército y de los cortes de electricidad. Y, lo peor de todo, me anticipé a las furiosas advertencias de mi editor, que sin duda se seguirían a la inevitable queja de Washington. El corresponsal de Bucarest me proporcionó ciertas informaciones; mi trabajo consistía en relatarlas, no en levantar castillos en el aire. Seguí imaginando más cosas.

—¿Cuál es la segunda objeción? —pregunté.

No me respondió en seguida. Cuando lo hizo, había tomado su aire profesoral y emanaba una enorme confianza en sí mismo. El cambio me impresionó. Me sentí dominado por sus palabras.

—Suponiendo que consiga persuadir al Cónsul de que no estamos locos y que él comunique todo el asunto a Washington, y suponiendo que acepten los hechos tal y como son, ¿qué harían? ¿Mandar un comunicado a Ixania? El único resultado sería el de poner a ese pueblo alerta. Por otra parte, no creo que el Gobierno de aquí sepa lo que la Condesa está planeando. El Presidente está al corriente hasta un cierto punto, probablemente, pero solo hará lo que el Príncipe Ladislaus le mande. ¿Puede imaginarse a los Estados Unidos enviando una expedición a Ixania, tomando como base únicamente su historia? Incluso si la Sociedad de Naciones interviniese, eso solo conduciría al desastre. No hay precedente ni existe ningún organismo internacional que pudiese servir de base de acción. ¿Puede acaso imaginarse una serie de estadistas sentados alrededor de una mesa para juzgar una necedad criminal como la de Kassen? Además, si el caso se agravase tanto como para llegar a interesar a la Sociedad, si las naciones oyesen hablar de eso, cada una de ellas realizará mil piruetas para apoderarse del secreto en el sagrado nombre de su seguridad. El único organismo al que podría interesar este caso sería a una policía internacional y, por desgracia, no existe.

Sabía que me vencería. Cedí. Estábamos, le recordé, sin ninguna duda en minoría. Lo admitió con satisfacción. Debíamos, señalé, conseguir ayuda si queríamos lograr la más mínima esperanza de éxito.

Consideró esta proposición durante unos instantes; luego movió la cabeza.

—Si son muchos —dijo, como si se estuviese dirigiendo a una academia militar— limitarán nuestra movilidad esencial. En principio, sin embargo, estoy de acuerdo con usted. Necesitamos aliados, o mejor, un aliado. Estuve pensando en su amigo Andrassin.

Esperaba esta propuesta y le hablé de la negativa de Andrassin, aunque silencié el resto de nuestra conversación. Carruthers recibió la noticia con calma.

—De momento —dijo— no importa. Cuando llegue el instante ya sabré como persuadirle.

Lo dudaba, pero no objeté nada.

—Mientras tanto —dije para provocarle— existe la dificultad de encontrar un medio por el cual dos hombres logren detener a otros diez sin armar jaleo.

—Tengo un plan —me respondió sin más—. Después de separarme de usted esta mañana, eché un vistazo a la casa de la Condesa. Es absolutamente vulnerable. El aspecto exterior, visto desde la plaza, es decepcionante. Por la parte posterior, el terreno se extiende considerablemente a lo largo del río. Allí hay un viejo embarcadero de piedra, que supongo fue utilizado como camino de ida y vuelta hacia el Palacio, el cual cuenta también con un embarcadero semejante. El río es, evidentemente, el medio de aproximación.

—Pero no es navegable.

—No, pero hay un camino que conduce al embarcadero; es un pasaje de la plaza. Una vez en el embarcadero, lo demás es muy fácil.

—¿Qué me dice de los guardias?

—Vi a dos hombres en la parte de atrás y a otro enfrente de la casa, pero el edificio está tan rodeado de arbustos que nos será fácil burlarlos. El único obstáculo será el hombre del embarcadero.

—¿Cómo pudo inspeccionar el terreno con el hombre del embarcadero?

—No había ninguno cuando fui. Pero supongo que debe de haber uno por la noche. Hay una hoguera y una barraca improvisada allá.

—Todo está muy bien, pero no veo cómo vamos a enfrentarnos a los hombres de Groom.

—Sabemos la hora aproximada en que llegarán. ¿No le sugiere nada esto?

—Absolutamente nada.

—Me explicaré.

Se inclinó hacia mí y discutimos rápidamente durante diez minutos. Cuando terminó, me sentí más miserable que nunca en toda mi vida. Mi opinión de Carruthers bajó a cero.

—¿Y usted cree —dije con amargura— que lo vamos a lograr con un plan tan descabellado como éste?

—¿Por qué no? —parecía completamente sorprendido.

Era un tipo extraordinario. Lo decidí de una vez por todas y para siempre.

—Lo siento mucho, Carruthers, pero pienso que no podrá contar conmigo. No me importa correr riesgos, pero es que en este plan no hay ningún riesgo y es el camino directo hacia la cárcel de Zovgorod, y me han dicho que no tratan demasiado bien a sus prisioneros.

Sonrió.

—Está bien, voy a ir solo.

Sentí una oleada repentina de irritación hacia él. Tenía que entender que su plan era absolutamente absurdo. Le hice ver todas las objeciones posibles, pues había muchas. Se las argumenté e intenté persuadirle durante más de una hora. No conseguí impresionarle. Me arrellané en mi asiento y pedí otra cerveza. Me sonrió con malicia. Me rendí.

—Tiene toda la razón —le dije con gran desespero—. ¿Cuándo empezamos?

Estas palabras salieron de mi boca sin darme cuenta de que las pronunciaba. Era un consentimiento involuntario producido por la exasperación. Creo que el mismo Theodore Roosevelt también las habría dicho. Carruthers tenía una manera de hacer que obligaba a uno a comportarse y a pensar como un lector de folletines.

Creo que puedo considerar las horas que transcurrieron a continuación como las más desagradables que jamás pude imaginar. La comparación más aproximada que se me ocurre es el recuerdo de aquellas horas que precedieron al partido Yale-Harvard, en 1922, cuando me esforzaba en pensar si mi tobillo resistiría.

Debíamos ponernos en camino hacia la medianoche. El hecho de que Nikolai fuese esperado por Groom en el Europa a partir de las dos de la madrugada significaba que las operaciones de la banda comenzarían después de la una. Según Carruthers, debíamos estar allá para cuando ellos llegaran.

Antes que nada, sin embargo, teníamos que despistar al «gorila» de Carruthers. Comimos y nos fuimos a sentar en un bar hasta las once y media. Entonces nos levantamos y caminamos hasta que encontramos una calle lateral desierta. Comenzamos a avanzar por ella y nos satisfizo ver al agente de la Schverzinski torcer por la esquina y seguir sin prisa nuestros pasos. Nos detuvimos en la esquina.

—Me parece que es un hombre diferente —dijo Carruthers—. Pondré de nuevo en práctica la táctica del taxi.

Acordando que nos encontraríamos delante de Correos veinte minutos después, me estrechó la mano, la agitó alegremente y, en voz alta, me deseó las buenas noches. Le respondí y él se dirigió a tomar un taxi que pasaba. Vi como el agente corría para darle alcance. Yo empecé a caminar hacia Correos. Al cabo de un cuarto de hora se reunía conmigo dándome la reconfortante noticia de que el agente marchaba tras un taxi vacío, camino de los bajos fondos de la ciudad.

Otro taxi nos condujo hasta el Palacio Real. Desde allí caminamos hasta la plaza en donde estaba nuestro objetivo. El tiempo era bueno, había refrescado y andábamos aprisa. La luna permanecía escondida y en la calle había poca luz. El brillo casi imperceptible de las estrellas constituía nuestra única iluminación. Pronto llegamos a la plaza. Estaba desierta. Podíamos ver la mole sombría de la casa de la Schverzinski. Estaba a oscuras, a excepción de un haz de luz que se proyectaba de una sala con recias cortinas en el primer piso. Carruthers se dirigió hacia la parte izquierda de la plaza, en ángulo recto con la casa, hasta que llegamos a un pasaje estrecho entre los terrenos de la Schverzinski y un jardín murado. Una verja de hierro forjado, con un único farol apagado, cruzaba el espacio entre los dos muros. En la parte interior había un portón, también de hierro forjado. Estaba cerrado.

Carruthers rebuscó en el bolsillo de su abrigo, sacó alguna cosa que brilló instantáneamente en su mano y manipuló en el portón. Pocos minutos después le vi oscilar las manos. Una sacudida, y el portón se abrió con un ligero rechinado.

Carruthers dejó escapar una imprecación entre dientes y me agarró del brazo indicándome silencio. Con el corazón en un puño, esperé que dieran la alarma. Aquel ruido, para mis nervios despedazados, se me antojó que haría estallar los oídos, pero pasó desapercibido por el guardia de enfrente. Permanecimos inmóviles cinco minutos; entonces Carruthers abordó el pasaje.

La callejuela descendía abruptamente. Los muros se elevaban cada vez más por ambos lados, de modo que impedían la mínima infiltración de luz. Tanteamos a lo largo del muro que se trataba de la entrada de la vivienda de los criados y que yo debía seguir adelante con sumo cuidado, ya que había un tramo de escalera enfrente. Un poco más tarde, le pregunté cómo había conseguido atravesar el portón en plena luz del día. Me respondió que lo había encontrado abierto, pero que como había notado que se utilizaba, se había ingeniado una ganzúa con dos tenedores del Hotel Europa.

Esta demostración de ingenio me animó y, por primera vez, experimenté una agradable sensación de excitación.

Llegamos al final de la escalera y sentí alivio al descubrir que en aquella parte los muros eran más bajos y podíamos distinguir nuestro camino.

Avanzamos un poco con más rapidez, y habríamos andado medio kilómetro cuando Carruthers se detuvo, juntó las manos y acercó su cabeza a la mía.

—Preste mucha atención ahora —murmuró—. Nos encontramos cerca del embarcadero.

Escuché y pude oír el ruido del agua. Enfrente, el muro parecía difuminarse en un negro abismo de sombras. Carruthers me llevó hacia allí y me indicó que estábamos al pie de una escalera que conducía al embarcadero. Aquel paso había sido hecho evidentemente para uso de los barqueros y de los criados de la casa, a fin de impedir que cruzasen por la finca.

Carruthers avanzaba dos o tres peldaños delante mío y vi la parte superior de su cabeza recortarse contra el horizonte. La luz de una hoguera iluminó uno de los lados de su rostro. Muy cerca, alguien tosió y oí el ruido de una cerilla al encenderse. Era el guardia. Carruthers se giró y me empujó escaleras abajo nuevamente. Retrocedimos un poco hacia el extremo del camino.

—Está a unos doce metros al final de la escalera —me dijo—. Voy a apartarle hacia el embarcadero echando una piedra al agua. Cuando le haga una seña, sígame inmediatamente. Una vez arriba, gire hacia la derecha y se encontrará con unos peldaños que conducen al jardín. El embarcadero fue construido en la parte alta para detener el flujo de la marea. En el otro lado hay un declive suave.

Agarró una gran piedra del camino y regresamos a la escalera. Escuché el silbido producido por el movimiento del brazo de Carruthers y el ruido que produjo la piedra un poco después. Hubo una pausa; percibí un movimiento en el embarcadero y el «ahora» susurrado por Carruthers. Le seguí de puntillas. El brillo de la hoguera semejaba el de un foco, pero no me atreví a detenerme hasta que noté la mano de

Carruthers en mi brazo tranquilizándome. Estábamos en lo alto de la escalera que llevaba al jardín. Al poco rato nos introdujimos de nuevo en la sombra.

Nos quedamos allí durante algunos minutos hasta que Carruthers echó a andar de nuevo en la oscuridad. Notaba la grama bajo mis pies y las hojas rozándome el rostro. Me dio la sensación de que andábamos en zigzag. De pronto, la silueta oscura que marchaba enfrente mío se paró y pude oír el arrastrar de unos pies entre los guijarros y el brillo de una luz. Desapareció todo y seguimos adelante hasta que la casa se mostró repentinamente a nuestros ojos. Nos detuvimos a la sombra de una pared y Carruthers, tras murmurar que me quedase allí hasta que él regresara, se alejó en silencio.

Yo temblaba de frío y alcé el cuello de mi chaqueta. Una claridad en el cielo señalaba la salida de la luna y logré distinguir encima de mi cabeza la silueta de un balcón bajo. Intenté mirar la hora en mi reloj, pero todavía estaba muy oscuro. En cierto momento oí un ligero ruido en la casa, pero eso fue todo. Deberían de haber pasado unos diez minutos cuando la llegada de Carruthers me sobresaltó.

—Entré allá dentro —me susurró— por una ventana de la vivienda de los criados. Creo que la habitación del final del balcón es la que nos interesa.

—¿Cómo lo sabe? —susurré a mi vez.

—Es la única que está cerrada. Venga.

—¿Y el guardia?

—Duerme, como buen ixanio.

Al final de la pared nos detuvimos y vi como Carruthers se encaramaba por el balcón. Me adelanté, tanteé una canal de desagüe y también me encaramé. Me arrastré hacia donde él se encontraba, junto a dos ventanas de estilo francés.

—Esta es la ventana —dijo.

Estaba cerrada, naturalmente. De nuevo maldije la absurda infantilidad de esta alocada aventura. Pero no había contado con la inesperada habilidad de Carruthers. Empujó la ventana por arriba y por abajo.

—Es de las de doble cerrojo —me dijo en voz baja—. El cerrojo ajusta por el centro y atranca la parte superior y la inferior. Cuando la madera se alabea es un juego de niños abrirla.

Una vez más puso en danza el tenedor amañado y, un minuto más tarde, percibí el girar del cerrojo y vi como se abría la ventana hacia dentro. Pisamos un suelo blandamente alfombrado. Carruthers ajustó y echó el cerrojo detrás de nosotros.

Lo primero que noté fue un fuerte perfume. Carruthers encendió un fósforo, protegiéndolo cuidadosamente con las manos, y descubrí la razón: un gran jarrón de lirios sobre un escritorio del siglo dieciocho colocado en el centro de la estancia. Había también dos butacas y un anaquel, y nada más. Antes de que Carruthers apagase el fósforo tuve tiempo de comprobar que las pesadas cortinas estaban cerradas.

—Creo que las cortinas nos cubrirán a los dos —me dijo.

—Nos acurrucamos entre los recios pliegues del terciopelo y allí nos quedamos, con las espaldas pegadas a la pared, a medio metro de la ventana. Una gran cenefa separaba la cortina de la pared, de manera que si nos manteníamos erguidos, nada podía denunciar nuestra presencia en la sala.

—¿Y ahora? —murmuré.

—Esperaremos.

Así lo hicimos. La luna se había levantado y proyectaba un rayo de luz al interior de la estancia, a través de la ventana; estiré mi brazo cautelosamente y vi en mi reloj que ya era más de la una. Carruthers había prohibido el más mínimo movimiento; tenía los dedos adormecidos y las pantorrillas me dolían a causa del esfuerzo. Comencé a pensar que pecamos de perspicaces al creer que nos habíamos anticipado a las intenciones de Groom. Pronto, no obstante, me percaté de que Carruthers se tensaba. Momentos más tarde nos llegó el ruido de hierros en la ventana. Hubo una pausa; entonces saltó el pestillo y la ventana se abrió contra la cortina detrás de la que estábamos escondidos. Contuve la respiración. Un hombre caminó despacio por la parte iluminada por la luna y se detuvo. Miró por encima de los hombros, avanzando luego cautelosamente. Se movió fuera de mi línea de visión. Noté que los hombros de Carruthers se apartaban de los míos al tiempo que se erguía a un lado. Desde allí podía observar una amplia parte de la sala. El súbito reflejo de un rayo de luz me advirtió de que el visitante había encendido una linterna. Podía oír el tictac de mi reloj en medio del silencio y apreté el pulso contra mi pierna para amortiguar el sonido.

Cualquier cosa que aquel hombre hiciese, lo hacía con mucho sigilo. Alargué la mano para advertir a Carruthers y encontré la suya moviéndose muy despacio fuera de la chaqueta. En ella tenía un objeto duro y frío. Palpé su contorno. Era un revólver. Súbitamente se produjo un peculiar estallido al otro lado de la habitación. Alargué la mano otra vez. Carruthers ya no estaba allí. A continuación escuché el ruido de un cuerpo que caía contra el suelo y la voz de Carruthers desde la cortina diciéndome «de prisa».

Salí de mi escondite y vi a Carruthers inclinado sobre el hombre al que había golpeado. Justo encima de su cabeza estaba la pequeña caja fuerte circular. Estaba abierta. Carruthers alzó la vista.

Me dirigí de puntillas hacia la ventana, me agazapé y me aproximé cautelosamente a la baranda del balcón. Ahora ya había suficiente luz. A través de la balaustrada pude distinguir debajo de mí la cabeza de un hombre. Di la vuelta y se lo indiqué a Carruthers. Lo encontré, con la linterna en la mano, leyendo atentamente las páginas de un manuscrito encuadernado con tapas oscuras. Estaba escrito en ixanio, pero varias páginas estaban llenas exclusivamente de fórmulas químicas incomprensibles en cualquier idioma.

De pronto, desde fuera de la ventana hubo una llamada de advertencia y una voz gritó suavemente «Nikolai». Carruthers apagó la linterna con rapidez y, dejando los

papeles dentro de la caja fuerte, cerró la portezuela y giró la combinación. Mis ojos advirtieron el brillo de una navaja en el momento justo. El hombre caído en el suelo, Nikolai, había vuelto en sí y se preparaba para saltar en el momento en que yo también lo hice. Aterricé directamente sobre él y ambos rodamos por el suelo. Consiguí dominarme y cuando tenía la navaja levantada para liquidarme, intervino Carruthers. Vi como aquel hombre caía contra el escritorio. Se produjo un estruendo al hacerse añicos el jarrón de lirios.

—¡La ventana! —vociferó Carruthers.

Mientras con gran dificultad me ponía en pie, le oí acometer de nuevo a Nikolai. Advertí una sombra por la ventana y corrí en su dirección. Atraído sin duda por el ruido, el hombre había trepado por el balcón. Mi puño le golpeó un lado del rostro y cayó. Al momento se puso en pie, y, antes de que pudiera repetir mi ataque, ya se disponía a saltar por la balaustrada. Le oí caer en el camino de abajo. Corrí hacia la habitación. Llegué justo a tiempo de ver a Carruthers que propinaba un golpe bajo a Nikolai, haciéndole saltar por encima de una de las butacas caídas. Carruthers no esperó a que el hombre se levantase, sino que me agarró por el brazo y me empujó de nuevo hacia detrás de la cortina. Pronto descubrí la razón. A pesar de la respiración jadeante de aquel hombre en el suelo, logré percibir ruido de pasos. Realicé un involuntario movimiento para huir, pero Carruthers me detuvo.

—Espere —me murmuró al oído.

Nikolai seguramente también escuchó el ruido, ya que se levantó y salió en dirección a la ventana. Oímos girar una llave en la cerradura. Carruthers me empujó otra vez contra la pared. Vi la silueta de Nikolai recortada contra la ventana y noté que se abría la puerta. Un instante después, dos disparos efectuados desde la puerta me ensordecieron. El hombre de la ventana quedó inmóvil y dejó escapar una maldición, y, a la luz de la luna, vi de soslayo su cruel faz contraída por el dolor. A continuación, saltó fuera y le oí caer en el jardín. Alguien gritó desde el exterior. Los disparos evidentemente habían despertado al guardia. Escuché nuevos pasos de alguien que corría y más disparos en el jardín. En aquel momento se encendieron las luces de la habitación.

El corazón me palpitaba con fuerza y, sin respirar, esperé a que nos descubrieran. En la habitación no se produjo ningún ruido. Luego llegó a mí un sonido familiar. La caja fuerte era abierta de nuevo. Volví la cabeza un poco. Carruthers podía ver la sala. La caja fuerte fue cerrada otra vez. También se cerró la puerta. El dueño del revólver se había marchado.

—Ahora —indicó Carruthers.

Diez segundos más tarde estábamos fuera de la sala y de pie en el balcón. Carruthers estaba a la expectativa. Vi el relampaguear de un disparo en el jardín y oí un grito.

Se giró hacia mí.

—Una vez alcancemos el pasadizo, caeremos sin duda en una trampa. Nikolai y

los suyos están allí. Debemos salir por delante.

Caminamos sinuosamente rodeando la casa; Carruthers se adelantó para hacer un reconocimiento. Un minuto más tarde me indicó que el camino estaba libre. Se escucharon algunos disparos más detrás del edificio, mientras nosotros caminábamos por la grama, cerca de la entrada, por la parte del garaje. Sin embargo, llegamos a la plaza sin mayores dificultades.

Una vez nos hubimos acomodado en un taxi, y tras recuperar el buen ritmo de mi respiración, empecé a hacer preguntas respecto a todo aquello que me tenía perplejo.

—¿Qué les ocurrió a todos los guardias del jardín? Diez hombres no habrán podido burlar al guardia del embarcadero como nosotros hicimos.

—¿No irá a pensar que aquellos asesinos cumplirían a pie juntillas las recomendaciones de Groom? Los pobres diablos fueron acuchillados —me respondió—. No hay nada mejor que la navaja para esta clase de trabajo. Es certera y silenciosa y el arma preferida en este rincón del mundo.

—Muy probablemente. Hay, sin embargo, una cosa que me desconcierta. ¿Quién disparó y después abrió tranquilamente la caja fuerte? No podía ser la Condesa.

—Pues lo fue. Ella me dio la última pista que me faltaba para descubrir la segunda copia de la fórmula de Kassen. Está en la caja fuerte. Corrió hacia ella inmediatamente para asegurarse de que no la habían vaciado. ¿Alcanzó a Nikolai?

—Creó que le hirió.

Se quedó pensativo.

—Ojalá le haya matado. Vio mi rostro a la luz de la luna. Pueden surgir problemas con Groom antes de lo que creía.

Se giró súbitamente hacia mí, con una nueva luz iluminándole el rostro.

—Una extraña mujer —dijo con calma—. ¿Lo vio? Disparó bajo y le hirió —hizo una pausa. Y, con un aire cómico de casualidad, prosiguió diciendo—: ¿No cree que su cabeza tiene una gracia casi de *Madonna*?

No respondí. Quizá la tensión de las últimas horas me había ocasionado una violenta reacción. Sentí un deseo irresistible de lanzar una carcajada, porque una idea fantástica se me acababa de ocurrir. Este hombre sorprendente se había enamorado.

Llegué al hotel a las dos y cuarenta y cinco minutos. Una hora y media más tarde dos individuos penetraron en la vivienda de Andrassin, lo sacaron de la cama y le golpearon hasta matarle.

Solo un hombre les vio cuando salían. Desvelado por el ruido, abrió la puerta al tiempo que los dos hombres desaparecían por la escalera. Distinguió el rostro de uno de ellos, no lo suficiente como para reconocerlo después, pero lo bastante para darse cuenta de que profundas cicatrices de duelo le cruzaban la cara.

## 12 — 11 de mayo

Fue Carruthers quien me comunicó la noticia.

La noche anterior, antes de despedirnos, habíamos acordado una cita en un bar de la Kudbek, a las once de la mañana. Pero, cuando se enteró del asesinato de Andrassin, vino directo al Bucharesti. Llegó a las diez y media.

Había recibido la información a través del camarero que le había servido el café de la mañana. Le había estado tanteando para averiguar si había trascendido lo sucedido en casa de la Schverzinski, y de una cosa se había pasado a otra. El periódico controlado por el Gobierno había dedicado algunas líneas insignificantes al caso en su última edición; pero Andrassin, al parecer, era respetado por el pueblo y los rumores y las habladurías empezaron a correr. En opinión del informador de Carruthers, el asesinato fue asunto de los enemigos de Andrassin y un ataque a la libertad.

Decir que yo estaba horrorizado sería decir muy poco. Me comporté, lo confieso, algo melodramáticamente, como suele comportarse todo el mundo bajo el peso de una fuerte emoción, y me encolericé ante la pasividad con que Carruthers se tomó la situación. Aboqué violentamente por la acción inmediata.

—Mataré a estas víboras —rugí— aunque sea lo último que haga.

—Sin lugar a dudas será lo último que haga —observó Carruthers juiciosamente—, si intenta hacerlo ahora mismo.

Me tranquilicé temporalmente. Carruthers rechazó mis disculpas con buen humor. Sin embargo, los sentimientos de horror y odio por el atentado arbitrario y brutal de que fue objeto aquella magnífica persona que había sido mi amigo persistían aún en mi mente. Caminé con desasosiego por la habitación. Carruthers, sentado en la butaca, estaba sumido en sus pensamientos. Mientras me desahogaba andando, mi mente reflejó mi último encuentro con Andrassin. Apenas había sido ayer. ¡O siglos atrás! Se me antojaba ahora una figura infinitamente trágica. Me lo imaginé una vez más perderse entre la multitud, con su rostro vivaracho y alerta, su mata de cabellos blancos y rizados, un hombre que sabía demasiado... Me detuve súbitamente y me volví hacia Carruthers. Los acontecimientos de la noche anterior habían apartado de mi mente mi conversación con Andrassin.

Carruthers me escuchó atentamente mientras le hablaba de los presentimientos y pronósticos de Andrassin. Cuando acabé, él, a su vez, se levantó y empezó a caminar por la habitación.

—Debía habérmelo dicho antes —exclamó al fin—. Ahora todo está claro.

—¿De verdad? —no me sentía en disposición de descifrar enigmas.

—Bueno, sí, la razón del asesinato de Andrassin. Lo que Andrassin sabía es lo que nosotros sabemos. Y ellos sabían que él lo sabía. Andrassin fue la primera

persona en la que pensaron tras la tentativa de anoche. Están convencidos de que Groom persigue una sombra. No se les ha ocurrido pensar en él. Andrassin significaba el peligro. Él lo sabía y no iba a quedarse con la boca cerrada. Tenían que librarse de él inmediatamente. Considere la hora. El robo fue a la una y media, más o menos; dos horas más tarde, Andrassin es asesinado y, por lo que el camarero me contó, por el mismo sujeto que liquidó a Rovzidiski: el Puño Rojo. Todo es evidente. Concuerta también con lo que usted me dice, eso de que Andrassin parecía planear la frustración de las intenciones de Kassen —calló repentinamente y me miró—. Casey —me dijo con énfasis—, *debemos* ponernos en contacto con este tal Toumachin ahora mismo. Es nuestra gran oportunidad.

—¿Cómo vamos a entrar en contacto con él? No sé en dónde vivía Andrassin y aunque lo supiese no nos serviría de mucho; en estos momentos no creo que encuentre a un joven campesino ni en un kilómetro.

—Bien, pero tenemos que encontrarle de alguna manera. La cosa se está poniendo seria. No he visto a Groom esta mañana. Me han dicho que se marchó temprano. Si Nikolai logró verme, y si Groom me reconoce por su descripción, estallará la guerra entre nosotros. Además, ahora tengo guardia doble. Dos de ellos me han seguido hasta aquí esta mañana. No me gusta nada todo esto.

—No sé qué podemos hacer —le dije desanimado.

Carruthers se quedó pensativo unos instantes. Entonces restalló los dedos.

—Ya lo sé. El camarero, el hombre de Andrassin, aquel que usted me dijo que él le había encargado que le vigilara. Debe estar enterado de lo que perseguimos. ¿Cómo se llama?

—Petar.

—Magnífico. Vamos a llamarle para que venga.

Toqué el timbre. Carruthers se dirigió hacia la ventana y se colocó de espaldas a la habitación. Me dejé caer en la butaca y encendí un cigarrillo.

Se oyó un discreto golpe en la puerta y Petar entró. Por naturaleza, él poseía la pálida complexión tan común entre los camareros, pero aquella mañana estaba lívido. Tenía los ojos hundidos, como si hubiese estado llorando. La indiqué que entrara y cerré la puerta.

—Petar —le dije con mi tono de voz más amistoso—, nosotros éramos amigos de Andrassin.

Su mirada pasó de mí a la espalda de Carruthers, pero no habló.

—Queremos saber en dónde podemos encontrar a Toumachin —le dije.

Sus labios se contrajeron. Su rostro se tornó inexpresivo.

—No entiendo, Monsieur. No sé nada de los hombres de quienes me habla.

—¿Pertenece al Partido de la Juventud Campesina, Petar? —le pregunté.

—No, Monsieur.

—Vamos, vamos, Petar. Está usted entre amigos y sabemos que es miembro de él. Movié la cabeza con violencia. Podía ver el sudor perlándole el rostro.

—Escúcheme, Petar —le dije para tranquilizarle—. Ayer por la mañana, cuando salí de aquí entré en un bar. Allí encontré a mi amigo Andrassin y me explicó que usted era amigo de él y de Monsieur Toumachin. Queremos vengar el estúpido asesinato de Andrassin. Pero antes tenemos que hablar con Toumachin.

Nos miró nuevamente, ahora dudando.

—Mi amigo aquí presente es inglés —añadí rápidamente—, y yo soy ciudadano americano. Conocí a Andrassin en Nueva York. Éramos buenos amigos.

El camarero seguía dudando. Entonces se decidió.

—Prospek Sa'Maria, once —exclamó de pronto—, y que la Virgen María bendiga el acero de su daga.

Su voz cobró inesperadamente una entonación exaltada. Luego se recobró, saludó y salió.

Miré a Carruthers.

Me hizo un signo.

—Ahora —dijo.

Me vestí apresuradamente. Diez minutos más tarde bajábamos las escaleras del Bucharesti. Súbitamente se me ocurrió una idea.

—¿Y sus guardaespaldas?

—No los he olvidado —dijo Carruthers—. Tendremos que intentar otro truco esta vez.

Miró arriba y abajo de la calle. Su rostro se puso rígido.

—Caminemos —me dijo.

Anduvimos más o menos un kilómetro. Entonces se detuvo.

—No me gusta eso —murmuró.

—¿El qué?

—No nos están siguiendo ni tampoco consigo verles.

—Tiene razón. Probablemente decidieron mandar este trabajo al infierno y entraron en un bar.

Movió la cabeza. Caminamos un poco más. Entonces nos detuvimos otra vez. Lo único que estaba a la vista era un taxi que circulaba. Carruthers se encogió de hombros.

—Quizá tenga usted razón —exclamó no muy convencido.

Llamamos el taxi. Se desvió de la calzada y nos introdujimos en él. Carruthers había averiguado que la Prospek Sa'Maria quedaba cerca de la Opera e indicó al conductor que nos dejara en sus alrededores. La puerta se cerró detrás de nosotros y partimos.

Rodamos durante unos tres minutos y entonces Carruthers gritó de pronto que habíamos tomado un camino equivocado. Las ventanillas del taxi estaban herméticamente cerradas y yo me sentía inexplicablemente soñoliento. Una sábana de algodón parecía envolver mi mente. Vi a Carruthers aferrarse a la ventanilla, como un espejo distorsionado, y luchar en vano por abrirla. Extendía el brazo hacia atrás para

romper el cristal, cuando sentí que caía sobre el asiento, a mi lado. Seguidamente yo perdí el conocimiento.

La primera cosa que vi cuando abrí los ojos fue un busto del último Zar de Rusia. Los abrí más y topé con un uniforme de oficial del Ejército ixanio. Quien lo vestía era un hombre joven y alto, con enormes bigotes y ojos desagradablemente redondos, como los de un bulldog. Estaba apoyado en una mesa, con las piernas cruzadas y un cigarrillo largo y delgado que le pendía en el centro de los labios. Me miró sin hablar. Mis ojos se posaron de nuevo en el Romanof y luego examiné la habitación.

Estaba echado en un sofá. A mi lado, en el suelo, se hallaba Carruthers. Tenía los ojos abiertos y vagaban por el techo pintado. La estancia estaba amueblada con gusto. A diez centímetros de mis ojos vi un antiguo brocado. Sin embargo, fue la ventana la que me dio razón de nuestro paradero. Su estructura era inconfundible. Nos encontrábamos en casa de la Condesa Schverzinski.

Carruthers se apoyó en el codo y giró la cabeza en dirección al oficial. Ese último expulsó una nube de humo y, con el cigarrillo en la boca, caminó indolentemente hacia la puerta. La abrió y cruzó algunas palabras con alguien que estaba en la parte de afuera. En seguida regresó a su lugar junto a la mesa.

Me volví hacia Carruthers y mi cabeza se estremeció de dolor. Él se sentó.

—¿La Condesa? —pregunté.

—Sí. Mezcle al Cónsul americano en el juego.

—*Taisez-vous* —exclamó rudamente el oficial.

Tenía un deje gutural atroz. Pensé que su francés sería muy limitado. El hecho fue confirmado por alguien que abrió la puerta y que pronunció unas pocas palabras, y a quien el oficial vociferó una orden en ixanio. Nos gritó «*Venez*» con voz autoritaria y tambaleándonos le seguimos al exterior de la habitación, bajo la mirada sospechosa de otro oficial que, revólver en mano, se había quedado en la puerta.

Fuimos trasladados a través de un extenso corredor de mosaico, en dirección a una pequeña puerta en el otro extremo. Nos encontrábamos a medio camino cuando a nuestra derecha se abrió una pesada puerta doble y apareció un hombre alto, delgado, de aspecto imponente. Gritó severamente una orden y nuestro grupo se detuvo. El oficial de los ojos redondos dio un paso en dirección al hombre y le saludó. Siguió un breve diálogo. El oficial evidentemente estaba hablando acerca de nosotros, porque le oí articular nuestros nombres como *Barstof* y *Carsej*. El hombre de la puerta asintió bruscamente, nos miró con semblante feroz y se retiró, cerrando con estruendo las puertas dobles.

Miré a Carruthers.

—El Príncipe Ladislaus —me murmuró.

El oficial de ojos redondos gritó «*Taisez-vous*» otra vez y nos dirigimos hacia la pequeña puerta. Ésta fue abierta cuidadosamente y nos introdujeron en el interior de una pequeña sala que reconocí al instante como el escenario de nuestra aventura de la noche anterior. Pero apenas tuve tiempo de echarle una ojeada. Sentada en el

escritorio, enfrente nuestro, estaba la Condesa. Dio una breve orden y la puerta se cerró detrás de nosotros.

Nos miró duramente unos instantes en silencio. Jamás la había visto de tan cerca. De lejos me había parecido una mujer bonita, pero ahora me di cuenta de que era una belleza. Mis pensamientos bullían, pero me costó relacionar el asesinato de Andrassin con aquella adorable criatura. Incluso ahora me siento inclinado a atribuir la ferocidad perturbada de aquella banda de asesinos que era el Puño Rojo más a Marassin que a la Condesa.

Toumachin, en cierta ocasión, pretendió definirla diciendo que si bien la falta de prejuicios en el hombre es una excelente cualidad, en la mujer supone una catástrofe cósmica. Pero en el continente existe una especie de debilidad por esta inclinación a la generalización superficial de los hombres y las mujeres. La Condesa estaba más allá de esas vulgares frases hechas de psicología. Y lo mismo ocurre en la vida real, con la mayoría de las personas.

Sin embargo, en aquella mañana no había tiempo para divagaciones psicológicas, vulgares o no, mientras mirábamos a la Condesa detrás del escritorio.

Carruthers inició el ataque.

—¿Qué significa este... este asalto, Madame? —rugió.

Los labios rojos de ella se abrieron en una sonrisa.

—¿Hace progresos en su pasatiempo, Profesor? —preguntó.

—Excepto por el hecho de que, por una inexplicable razón, me quitaron la mejor máquina en la frontera, sí los estoy haciendo. ¿Puedo preguntarle —prosiguió, con voz trémula de indignación— quién es usted y qué significa esta afrenta intolerable? Recuerdo, Madame, que nos encontramos en el tren de Bucarest. La juzgué muy correcta en aquella ocasión.

Me acordé de mi cometido y entré en acción.

—No sé qué diablos pretende usted —exclamé en la jerga de las películas de *gangsters*—, pero considero que esto le va a costar una buena dosis de explicaciones al Consulado americano y creo que lo mismo corresponderá al Profesor.

En este mismo tono seguí hablando sobre las relaciones de mi periódico (tal como Nash habría hecho), un pariente imaginario en Washington y la inviolabilidad del ciudadano americano en el extranjero.

Ella escuchó en silencio, dando vueltas impacientemente a un lapicero hasta que acabé. La contemplé pensativamente mientras respondía.

—Cualquier queja a su Cónsul, Mr. Casey, será recibida con una contraqueja, apoyada por testimonios, de que usted penetró aquí por la fuerza sin ser invitado. Nuestro *chargé d'affaires* en Washington solicitará al Gobierno que informe a su periódico de que, si desea destacar enviados en Zovgorod, debe tomar sus precauciones. Además, usted será conducido hasta la frontera y deportado como extranjero indeseable.

Inspiré profundamente y ya iba a replicar cuando ella me atajó con un leve y

desdeñoso movimiento de manos, al tiempo que se giraba hacia Carruthers. Me contuve. Tenía mucho que pensar.

—Y usted, Profesor Barstow —dijo con frialdad—, ¿qué se propone hacer?

—Me quejaré, desde luego —declaró precipitadamente Carruthers, con fingida indignación—. No puede alterar el curso de la justicia internacional de un modo tan arbitrario.

La Condesa le miró con interés.

—Pienso si no será en realidad el simple ingenuo que parece querer representar —dijo—. Sin embargo, esté tranquilo, Profesor. No deseo intercambiar una penosa correspondencia con su gobierno, ni con el de Mr. Casey. Deseo tan solo dejar constancia de que podría ordenar su expulsión de Ixania en veinticuatro horas. En su caso, Profesor, incluso sería preciso una ceremonia menor que en el de Mr. Casey, ya que él pertenece a la prensa. Las quejas están fuera de lugar.

—Estoy sorprendido, Madame —comenzó a decir Carruthers nuevamente.

Ella levantó la mano.

—Guardé su ira, Profesor. Ordené traerles hasta aquí para un propósito. Mr. Casey le dirá quién soy yo, puesto que él lo sabe perfectamente.

—La Condesa Schverzinski —exclamé yo fríamente.

Pareció divertirse.

—¿Una revelación quizá, Profesor?

—Una revelación realmente —dijo Carruthers con atrevimiento—. Su comportamiento es todavía menos disculpable.

Una arruga cruzó la frente de la Condesa.

—Esta representación ya no es divertida. Les explicaré por qué ordené que les condujeran hasta aquí.

Aguardamos sus palabras, como dos escolares ante su maestro. Entonces ella tomó algo que había sido un tenedor de encima del escritorio. Mi corazón dio un vuelco. Debió de caer del bolsillo de Carruthers durante la escaramuza.

—Como seguramente ya saben —dijo ella—, anoche hubo una intentona de robo en esta casa.

—Evidentemente no puedo saberlo —interrumpió Carruthers inmediatamente—. No puedo leer los periódicos de Ixania.

Ella sonrió de nuevo.

—¿Aún representando, Profesor?

Carruthers dejó escapar un indolente «¡Bah!». Ella siguió hablando.

—Este objeto fue hallado en el lugar del robo. Pertenece al Hotel Europa. Usted, Profesor, está hospedado en el Hotel Europa. Usted, Mr. Casey, visitó al Profesor aproximadamente por la tarde. Los ladrones penetraron aquí hacia la una y media de esta madrugada. Les interrumpí durante su trabajo. Ninguno de ustedes dos regresó a su hotel hasta cerca de las dos y media. ¿En dónde estaban cuando sucedió el robo?

Nos quedamos callados.

No parecía esperar ninguna respuesta a su pregunta, pero examinó el tenedor pensativamente. En su mano derecha brillaba un zafiro. Miró hacia arriba y prosiguió hablando.

—Vivimos una época turbulenta y, en estas circunstancias, los hombres pueden desaparecer sin que nadie llegue a saber por qué. Me gustaría que no se hiciesen ilusiones a este respecto: es por esta razón que les hice conducir hasta aquí. Quisiera advertirles de algo. Usted, Profesor, está bajo sospecha. Estoy segura de que es un hombre estimado. He oído decir que es inteligente. Pero se ha metido en un juego peligroso. El lugar para ejercer sus cualidades es el laboratorio. Es una lástima que lo abandonase para mezclarse en negocios que no le importan en absoluto. Le sugiero que deje a Groom y regrese inmediatamente a Inglaterra. Especialmente porque le doy veinticuatro horas para hacerlo. Si no se decide, se convertirá en un hombre señalado y no me voy a responsabilizar de las consecuencias. En cuanto a usted, Mr. Casey, puede quedarse en Zovgorod con una condición, es decir, que limite sus actividades estrictamente a su profesión. Puede ir y venir por donde quiera. Yo misma, de hecho, me congratulo de ofrecerle la primicia del punto de vista del Gobierno de Ixania sobre el nuevo pacto oriental de no agresión. Una indiscreción por su parte, sin embargo, significará su deportación inmediata.

Apretó un botón. La puerta se abrió. Quisimos marchar, pero nos instó a que nos quedásemos. Un oficial permanecía en la entrada. Le dio una orden brusca en ixanio y la puerta se cerró nuevamente. Se dirigió hacia mí.

—Tengo entendido que Andrassin era amigo suyo, ¿no, Mr. Casey?

Lo confirmé. No podía confiar en mi voz.

—Una pena que tuviese que morir. Un hombre muy inteligente. Sostuve algunas conversaciones con él. Tenía unos puntos de vista muy interesantes sobre el sistema bancario internacional, los cuales tengo intención de divulgar en un futuro próximo. Pero no había madurado. Era como un joven que acabase de leer *Los Derechos del Hombre*, de Paine, por primera vez. No tenía sentido de la proporción.

Las seis últimas palabras las pronunció muy despacio. No hice ningún comentario. Ella me miraba en los ojos. Parecía que había olvidado a Carruthers.

—La muerte es muy solitaria, Mr. Casey. Es mejor que siga así.

La puerta se abrió detrás de mí. Di media vuelta. En la entrada había un hombre. Era alto y delgado. Sus ojos pequeños eran de color azul pálido y redondos como cantos. Ni siquiera su abundante bigote lograba disimular la crueldad de su fina boca. Sobre su ojo derecho tenía dos profundas cicatrices de duelo.

—Este caballero —dijo la Condesa— es el Coronel Marassin, mi ayudante de campo.

El hombre se inclinó ligeramente. Devolvimos el cumplido.

—Deseaba que conociese al Profesor Barstow y a Mr. Casey —dijo la Condesa en francés— a fin de que pueda acordarse de ellos. El Profesor decidió, libre y espontáneamente, abandonar Ixania dentro de veinticuatro horas. Mr. Casey me ha

dicho que en adelante solo se dedicará al periodismo.

Los pálidos ojos de Marassin se posaron de uno a otro de nosotros.

—Yo mismo estaré en el tren de la frontera mañana por la mañana —dijo.

Su voz tenía una inesperada agudeza monótona.

—¿El Coronel pondrá alguna objeción si elijo un compartimiento lleno? —dijo Carruthers suavemente.

Hubo un silencio mortal. Vi cómo la mirada de Marassin se desviaba hacia la Condesa y una señal casi imperceptible de ella. Maldije la estupidez de Carruthers.

—En el tren en que vine a Zovgorod —prosiguió diciendo Carruthers afablemente— un pobre viajero, cuyo nombre desconozco, fue trágicamente asesinado. Sabe, Coronel, tengo la seguridad de que le he visto a usted con anterioridad, en alguna parte.

Vi la mano de Marassin moverse rápidamente hacia su bolsillo, pero se contuvo y sus ojos inexpresivos miraron a la Condesa.

—Es improbable —dijo ella fríamente—. El Coronel Marassin aparece en público en contadas ocasiones.

La Condesa se levantó y dijo a Carruthers:

—Encontrará al Coronel Marassin en la estación mañana a las diez, Profesor. Es todo.

La entrevista había terminado. Marassin se hizo a un lado. Caminamos hacia la puerta.

Carruthers miró hacia atrás. Se inclinó ligeramente.

—Adiós, Madame —exclamó.

Pero mis ojos estaban clavados en Marassin.

Una hora más tarde nos encontrábamos sentados a la mesa para comer, enzarzados ambos en un consejo de guerra incoherente.

—No tengo la menor duda —dijo Carruthers en respuesta a una pregunta que le acababa de hacer— de que Marassin fue el responsable de las muertes de Rovzidiski y de Andrassin. Y más aún: soy el próximo de la lista.

—Pero ¿con qué base harían eso?

—Ya oyó lo que dijeron. Soy sospechoso. Mi relación con Groom, la sospecha de que de alguna manera estaba mezclado en el asunto de anoche. A esta gente no le interesan las pruebas; actúa.

—Pero ¿por qué liquidarle en el tren? —pregunté—. Podían haber terminado fácilmente con usted esta mañana. Ese miserable de Marassin ardía en deseos de hacerlo. ¿Qué demonios le indujo a cometer la tontería de decirle que ya le había visto antes?

Carruthers sonrió irónicamente.

—No importa. Mi muerte ya había sido decidida.

Contemporicé.

—Escúcheme, Carruthers, ¿no dramatiza un poco la situación? Si hubiesen querido librarse de usted, esa era la oportunidad. Pero lo que desean es que se largue del país con la máxima discreción.

Movió la cabeza negativamente.

—No, no se sentirían a salvo aunque yo estuviera fuera del país. Puedo hablar. No saben qué es lo que Groom me explicó. Respecto a esta mañana, evidentemente que no podían matarme en casa de la Condesa porque usted sabía que yo estaba allí. El hecho de ser un periodista representaba un nuevo riesgo para ellos. Su idea es, probablemente, la de separarnos en circunstancias normales. Entonces, cuando ambos hayamos perdido el contacto, el pobre Profesor Barstow será baleado por cualquier facineroso o algo por el estilo: cartas de pésame, los criminales no quedarán impunes, uno o dos campesinos serán ahorcados...

Comprendí que tenía razón.

—Lo peor de todo —dije con amargura— es que ella nos controla. Se supone que no debo meterme en politiquerías. Conspirando o no, ¡bonita situación si me deportan!

Asintió distraídamente y dio unas chupadas a la pipa durante un tiempo. Entonces dijo:

—¿Qué cree que debemos hacer?

Me di cuenta de que la pregunta era puramente teórica, pero él parecía aguardar una respuesta.

—¿Me equivoco al pensar que no tiene usted ni la más remota idea de abandonar Ixania?

—Así es. Además del hecho de que no tengo ni la más mínima intención de morir, tengo trabajo que hacer aquí.

Le hice una pregunta que me estaba atormentando.

Respondió vagamente.

—Quien yo sea en realidad no tiene ahora ninguna importancia. Quizás luego se lo pueda decir.

Se sumió en un profundo silencio y vi cómo una arruga de asombro se iba formando en su rostro. A continuación su mano se agitó ligeramente en un gesto de impaciente denegación. Se volvió hacia mí.

—Debo esconderme. Solo eso.

—¿Pero en dónde?

Se encogió de hombros.

—Tenemos que ver a Toumachin inmediatamente. Tal vez él pueda ayudarnos.

Casi me había olvidado de Toumachin. Pero esta sugerencia parecía fuera de lugar. Mal conocía a aquel hombre. De todas maneras, probablemente estaría demasiado ocupado en proteger su propia vida para preocuparse de nuestro caso. Se lo dije.

Carruthers ignoró mi comentario. Comenzó a decir, como para sí mismo:

—Estaba escrito que esto debía suceder más tarde o más temprano. Tal vez sea mejor así. Ahora, al menos, sabemos cuál es nuestra situación.

Mi dolor de cabeza, efecto posterior de la droga administrada en el taxi, iba desapareciendo. Comencé a despejarme y a pensar.

—Óigame, Carruthers —le dije—. ¿No cree que estamos actuando muy estúpidamente? ¿No cree que sería mejor que cumpliésemos al pie de la letra las palabras de la Condesa y que nos marchásemos?

Negó con un movimiento de cabeza.

—No. Casey —dijo tranquilamente—, debe ser así. Yo, por lo menos, estoy metido demasiado dentro de este asunto para retirarme ahora, incluso si pudiera hacerlo, lo cual no deseo. No puedo pedirle, naturalmente, a riesgo de su trabajo y posiblemente de su vida, que continúe en este caso, pero si se siente con fuerzas de seguir adelante, me alegrará recibir su ayuda.

Fue una llamada a mis sentimientos que me irritó tanto como me impresionó por su moderación. Discutí el asunto. Entonces, él mencionó, casualmente, el asesinato de Andrassin y yo sentí que, me gustara o no, tenía que comprometerme de nuevo. Cuando, diez minutos más tarde, nos pusimos en camino para visitar a Toumachin, me olvidé de todo, excepto de la peligrosísima empresa que íbamos a acometer. Fue la última vez que pretendí que Carruthers, o yo mismo, nos comportásemos sensatamente, llegué a la conclusión de que era una pérdida de tiempo.

Pusimos en marcha nuestro ya familiar juego de localizar a nuestras sombras hasta que Carruthers me comunicó que los guardaespaldas habían sido retirados. Fue un toque de buena suerte. La Condesa había decidido sin duda que estábamos suficientemente disciplinados. Carruthers insistió, sin embargo, en acompañarme hasta los Consulados americano e inglés. Que los vagabundos diseminados por sus alrededores estaban allí para alguna finalidad, era evidente incluso para mis escépticos ojos. Pero no hicimos el menor intento para entrar. No lo lamenté.

Después de bastante trabajo localizamos la Prospek Sa'Maria. Era una de tantas callejuelas que formaban la parte antigua de la ciudad. El número once se hallaba en una fachada grande y lisa que agrupaba otras tres casas, todas, a juzgar por un letrero medio roto, divididas en alojamientos de una y dos habitaciones. Un timbre junto a la puerta sonó a distancia cuando lo apretamos.

Transcurrió más o menos un minuto hasta que la puerta fue abierta por una mujer despeinada de unos cincuenta años. Sin duda, se había ajustado el corpiño apresuradamente, pero sin éxito, porque sujetaba su busto de una manera peculiar.

—¿Toumachin? —dije.

La puerta se cerró con fuerza ante nuestras narices. Creo que en seguida percibí el sonar de un timbre eléctrico. Miré a Carruthers. Sonreía divertido.

—Tomando sus precauciones —exclamó.

Aguardamos durante unos instantes. Entonces miré hacia arriba y sorprendí una

cabeza que se escondía rápidamente en una de las ventanas. Poco después la puerta fue abierta nuevamente, esta vez por un hombre. Era bajito y moreno. Su mentón salido y su cara llena de arrugas le daban un aire de inflexibilidad, como si acabase, o estuviera a punto, de llevar a cabo una mala acción. Sus ojos oscuros nos observaron desconfiadamente. Tenía la mano en el bolsillo.

—¿Toumachin? —dije nuevamente.

Fuimos sometidos a un examen escudriñador e, inesperadamente, pensé, se nos instó a entrar con un movimiento de su cabeza. Cuando la puerta se cerró detrás de nosotros, vi que sacaba del bolsillo un antiguo revólver niquelado. Nos indicó que subiésemos por las escaleras de enfrente. Subimos casi tres tramos y ordenó que nos detuviésemos.

Nos hallábamos en un pequeño descansillo. Abrió una de las dos puertas que daban en él y entramos. Nos siguió y cerró la puerta. Era una habitación de techo bajo con una ventana larga y estrecha en un extremo, que se abría desde el techo hasta unos treinta centímetros del suelo. La cama, una mesa, una jofaina y algunas sillas constituían todo el mobiliario. En la mesa, con el revólver en la mano, estaba sentado Toumachin.

Cuando entramos se levantó. Entonces me reconoció y, dejando el revólver sobre la mesa, caminó hacia nosotros y me saludó cortésmente en francés. Le presenté a Carruthers. Vi brillar sus ojos, pero dudó un instante antes de invitarnos a tomar asiento. Su expresión solemne no traicionaba la curiosidad y el abatimiento que debía de sentir.

—Venimos —comencé— como amigos de Andrassin.

—¿Cómo supieron en dónde vivía?

—Por un amigo de Andrassin. Se lo explicaré.

Asintió.

—Andrassin me habló acerca de usted —dijo—, pero —indicó a Carruthers— ese hombre no es amigo; es, creo, un aliado de Groom, el comerciante de municiones.

Esperé que continuase.

—Monsieur Casey —dijo sin la menor emoción—, si esta visita resulta contraria a nuestros propósitos, me temo que no saldrán de aquí con vida.

—No lo es, Monsieur.

—Eso, Monsieur, ya lo veremos.

—Quizás —interrumpió Carruthers— deberíamos explicar el motivo de nuestra visita a Monsieur Toumachin.

Toumachin inclinó la cabeza.

—Sería, sin duda, lo mejor.

—Hemos venido hasta aquí, Toumachin —dije—, porque, en primer lugar, creemos que mucho de lo que vamos a contarle ya lo sabe; en segundo lugar, porque creemos que podemos ayudarle; y, en tercer lugar, porque también nosotros necesitamos ayuda. Creo que usted me conoce lo suficiente para creerme si le digo

que, si Andrassin no hubiese sido asesinado, habríamos depositado en él nuestra confianza. Es a su amigo y sucesor a quien nos dirigimos ahora.

Había pensado cuidadosamente mis palabras. Intenté jugar con su afecto indudable hacia Andrassin y lo logré hasta un punto inesperado. Se levantó de un salto y caminó hacia el extremo de la habitación. Cuando dio la vuelta, sus ojos oscuros estaban llenos de lágrimas.

—Incluso ahora —dijo tranquilamente—, cuando Andrassin está frío y sus amigos no se atreven a acercarse a su cuerpo mutilado, temiendo por sus vidas, no puedo creer que haya muerto. No, para mí él nunca morirá. Su espíritu se mantendrá siempre en el Partido que él fundó. Los que lo destrozaron deberán pagarlo con cada gota de su sangre.

Su voz se inundó de una súbita tempestad de ira. Tras su anterior impasividad, resultaba todavía más impresionante. Guardamos silencio. Por fin se giró hacia mí gravemente y con la expresión de nuevo tranquila.

—Dígannos por qué están aquí —dijo lacónicamente.

Esperé un instante, para ordenar mis pensamientos. Entonces comencé. No me referí a Carruthers sino como al Profesor Barstow. La perspectiva de tener que explicar y justificar lo que yo mismo seguía considerando uno de los aspectos más insatisfactorios de su historia era más de lo que podía afrontar. Por lo visto, también Toumachin pensaba que era costumbre de los profesores ingleses perderse en el extraño y salvaje Oriente una vez se libraban de la sujeción de sus laboratorios. Noté, sin embargo, que una o dos veces miraba lleno de curiosidad a Carruthers, el cual fumaba plácidamente en su pipa mientras yo proseguía con mi narración. Pasó casi una hora hasta que llegué por fin a los acontecimientos de aquel día. Los relaté sucintamente, mientras me recostaba en la silla para encender un cigarrillo que deseaba fumar desde hacía rato.

Toumachin miró interrogativamente al hombre que nos había conducido hasta allí y que había estado escuchando con gran atención. Este último asintió lentamente. Toumachin se acarició el mentón pensativo y levantó la vista hacia mí.

—Tal como dijo, Mr. Casey, ya sabíamos muchas cosas de las que nos ha contado. Pero también nos hemos enterado de otras. El Profesor tiene toda la razón al suponer que el Coronel Marassin pretende matarlo mañana. Luego hablaremos de eso. Lo que me interesa saber es: ¿Qué desea el Profesor? ¿Quiere el secreto de Kassen para él? —se giró inesperadamente y quedó frente a frente con Carruthers.

Carruthers le respondió:

—Lo único que deseo es la completa destrucción de los registros utilizables del procedimiento de Kassen. Deseo imposibilitar el uso de este presente de la ciencia para los fines pervertidos de la vieja civilización.

—¿No siente escrúpulos al destruir las pruebas de este descubrimiento?

—Ninguno. Lo que el hombre descubre una vez, puede ser descubierto nuevamente. Estoy convencido de que cuando se vuelva a descubrir la fórmula de

Kassen, el mundo estará preparado para entrar en posesión de su conocimiento como si se tratara de una bendición. Puede ser que nosotros no lo veamos durante lo que nos queda de vida, pero este momento llegará.

Toumachin se dirigió a mí.

—¿Fue idea del Profesor el venir a mi encuentro?

Asentí.

—Fue lo que yo había pensado —dijo. Se dirigió a Carruthers—. Mi intención era preservar el descubrimiento de Kassen en un lugar seguro, y tenerlo bien escondido hasta que considerase que su conocimiento no causaría ningún daño.

Carruthers le miró durante unos instantes. Luego movió la cabeza.

—Tal como yo pienso es mejor, Monsieur —dijo—. Mientras que este secreto permanezca, aunque sea remotamente, accesible a la humanidad, existe el peligro. Los hombres construyen acorazados y toda clase de armas. Se nos dice que estas armas son tan solo defensivas y que no se pretende, en ninguna circunstancia, usarlas ofensivamente. Pero siempre llega un momento en que el miedo arrebató la razón del pueblo. Sus líderes y estrategias saben que la mejor defensa es el ataque. El daño se ha consumado. Los instrumentos que se construyen para no ser usados jamás estarán desempeñando la función inevitable de su existencia. No podemos hacer un mundo mejor mientras los hombres, por más bienintencionados que puedan ser, posean armas de destrucción.

Toumachin acarició una vez más su mentón y miró alternativamente a mí y al hombre que permanecía en la esquina.

La habitación quedó silenciosa. Podía escuchar los lejanos compases de una canción que una mujer tarareaba en alguna parte de la casa.

—Tiene razón, Profesor —dijo finalmente Toumachin—. Mi sentido común me hace pensar así; pero la parte que hay en mí de político me dice que todo estaría bien si la fórmula de Kassen me fuese confiada. Me responderá, y con razón, que ya otros hombres han tenido ideas semejantes, y que, mientras un hombre normal sea fiel a sí mismo, el líder de un pueblo está sujeto a los temores y esperanzas de los que le rodean. Es verdad. Las conclusiones de la razón indican la única decisión realmente viable. La mentalidad de un pueblo reunido es la mentalidad de un niño. Es por esto que podrá notar una cierta infantilidad en la mayoría de los políticos que han triunfado. Reflejan la mentalidad de la masa —se interrumpió, acarició su mentón y sonrió ligeramente a Carruthers—. Muy bien, Profesor —dijo—, puede alegrarse de ser un adulto entre nosotros, los niños. Pero no debe de jugar con fuego, de lo contrario nos quemaremos o quemaremos a otros niños.

Se dirigió hacia el hombre de la esquina e intercambió unas palabras en ixanio con él. Entonces dio media vuelta hacia mí.

—Usted y el Profesor han hecho un buen trabajo en este caso. El Partido de la Juventud Campesina reconoce sus esfuerzos. Además, nosotros le saludamos, Mr. Casey, como al representante de la prensa americana. Si usted quiere, puede sernos de

incalculable valor. Estamos a punto de llevar a cabo un asalto al poder de este país.

—¿Una revolución?

—Una revolución si así quiere llamarlo. Es terriblemente necesaria. Ustedes, desde Zovgorod, no pueden llegar a conocer la situación de los campesinos del interior. Es, permítanme decirles, terrible. Ya conocen el carácter del Gobierno actual. La Cámara del Gobierno no se reúne desde hace años. Es un simulacro de democracia. No les cansaré con el recuento de las estupideces económicas cometidas desde la instauración de la República, con sus altas esperanzas y sus ínfimas capacidades. La Condesa Schverzinski tiene conciencia de todo ello, porque es una mujer inteligente, pero su credo político se basa principalmente en sus instintos heredados y, en parte, en su ambición personal. Desea poder y gloria para Ixania. Los campesinos no piden más que alimento para su estómago. Hace mucho tiempo que se desea un cambio.

—¿Tendrán éxito?

—Creo que sí. Tengo dificultades por impedir que una parte del Partido intente represalias por la muerte de Andrassin. Tuvimos una violenta discusión esta mañana. Poner las cartas boca arriba de esta manera nos sería fatal. Mientras tanto, a este respecto, los campesinos están siendo organizados. Ahora tan solo es cuestión de días hasta que estemos preparados para llevar a cabo el golpe que coincida con su marcha sobre Zovgorod. Tenemos, creo, que atacar por sorpresa. Nuestros planes han sido mantenidos por todos en secreto, excepto por la junta administrativa del Partido. Se puede confiar en todos ellos porque son hombres buenos y tienen la cuerda alrededor del cuello. Solo una cosa se interpone: el Ejército. Muchos soldados son simpatizantes; fueron reclutados entre los campesinos. Pero no podemos confiar plenamente en ellos. Si los oficiales les ordenan disparar, puede ser que obedezcan. Un hombre de uniforme pierde la capacidad de razonar por sí mismo. El...

—Un momento, Monsieur.

Nos volvimos hacia Carruthers. Me sentí un poco molesto por la interrupción.

—Dígame —exclamó Toumachin cortésmente.

—¿Cuántos hombres tiene el Ejército?

—Veinte mil.

—¿En dónde están acuartelados?

Toumachin se lo dijo.

Carruthers se sacó la pipa de la boca.

—Presumo, Monsieur, que el Ejército debe lealtad al Gobierno en el poder, ¿no?

—Sí, Monsieur.

—Parece ser entonces que si el Ejército pudiese ser concentrado en alguna parte alejada mientras se diera el golpe en la ciudad, el nuevo Gobierno podría ser establecido y sería factible la fidelidad del Ejército, su derecho constitucional y ordenar su regreso. De esta manera no habría ningún problema por desacato a las órdenes.

Inesperadamente el hombre que estaba en la esquina irrumpió con excitadas voces. Toumachin le escuchó y luego levantó la mano para que guardara silencio. Se dirigió a Carruthers.

—¿Cómo planearía la acción, Monsieur?

Carruthers acercó la silla a la mesa, pidió un mapa de Ixania y habló sin interrupción durante diez minutos. El hombre de la esquina se inclinaba sobre su hombro y se expansionaba con agudas exclamaciones de aprobación.

Cuando Carruthers acabó, Toumachin se recostó en su silla, acariciándose el mentón. Permaneció sentado durante quince minutos, sumido en sus pensamientos, mientras se tocaba con las manos su rostro de finos trazos y cruzado de arrugas. Al fin se levantó y me preguntó:

—¿Quién es ese hombre, Monsieur Casey?

—El Profesor Barstow —dije, sonrojándome.

Sonrió extrañamente, como solía hacerlo, e inclinó la cabeza. Inmediatamente se irguió y su voz descendió dos octavas por lo menos.

—No —exclamó con firmeza—. Este hombre nos ha sido enviado por el destino. He hallado al salvador de Ixania.

Dio media vuelta y, abrazando a Carruthers, estampó un beso en cada una de sus mejillas.

Transcurrió algún tiempo antes de que Carruthers achacase su sofoco al tabaco.

## ***13 — Del 11 al 21 de mayo***

Caía la tarde. Salimos de casa de Toumachin con mil precauciones para evitar ser reconocidos.

Teníamos mucho que hacer. Carruthers se refugiaría en una habitación desocupada, en el número once de la Prospek Sa'Maria, a última hora de la noche, y permanecería allí escondido. Yo debía aprovechar mi relativa inmunidad y, en consecuencia, actuar como una especie de *bureau* de información general para Toumachin, Beker —el pequeño y siniestro segundo de a bordo que nos había franqueado la entrada— y otros miembros fugitivos del Partido de la Juventud Campesina diseminados por el distrito. Toumachin estaba interesado, sin embargo, en que yo me trasladase a la Prospek Sa'Maria cuando comenzase el jaleo. No me

desagradaba la idea. Si salía con bien de este asunto, habría conseguido una historia sensacional «Crónica exclusiva bala por bala de la revolución de Ixania» y, si no fuera así, no tendría gran importancia. Toumachin debería tomar sus precauciones para controlar las actividades de Groom y el plan de Carruthers se pondría en práctica. Creo que no es necesario decir que tenía mis dudas acerca de la practicabilidad del famoso plan. La favorable acogida que le había dispensado Toumachin tenía que haberme impresionado mucho, pero no conseguí alejar de mi pensamiento que, aunque Toumachin parecía poseer una capacidad extraordinaria, los revolucionarios, la mayor parte de las veces, suelen fracasar en sus ideas.

Mientras nos dirigíamos hacia un bar, Carruthers me preguntó qué opinaba de las probabilidades que se nos ofrecían.

—Cincuenta por ciento —respondí diplomáticamente—, pero estoy convencido de que el mayor peligro está entre los propios seguidores de Toumachin. Ya oyó lo que él mismo dijo respecto de aquellos sujetos que quieren tomar represalias inmediatas para vengar el asesinato de Andrassin. Beker me dijo que se han escindido en dos grupos con ideas distintas: unos desean el asesinato del Presidente; otros son partidarios de la destrucción de la represa del Kuder. Así es como quieren demostrar su fuerza.

Carruthers se detuvo de repente.

—¿Qué ocurre?

—Tengo una idea.

—¿Buena?

—No lo sé.

Proseguimos en silencio y fuimos a salir cerca de la catedral.

Pedí un combinado, pero, recordando lo mala que era la ginebra en Zovgorod, me lo pensé y en lugar de ello bebí una cerveza pequeña. Carruthers tomó su inevitable café fuerte y dulce. Le hice una pregunta, pero miró vagamente a su alrededor y gruñó con aire distraído. Desistí y me refugié en mis propios pensamientos. Consistían principalmente en el examen general de las revoluciones más recientes. Había conseguido llegar a un estado de depresión casi suicida, cuando Carruthers volvió en sí del trance.

—¿Qué opina de Toumachin? —preguntó inesperadamente.

La pregunta me sorprendió. Le comuniqué mis impresiones, apenas esbozadas, pero pronto me di cuenta de que no me prestaba atención. Parecía tener algo en mente. Espere.

—Un juez bastante perspicaz de los hombres, a mi ver —dijo al cabo de unos instantes.

—Lo debe ser.

Pareció quedar satisfecho con mi idea.

Estas palabras sonaron más como una pregunta que como una declaración.

—Tenía que estarlo. Es un plan extremadamente ingenioso.

Movió la cabeza despreciativamente. Mi confusión aumentó. Le miré lleno de curiosidad. Jugaba con la taza vacía y tenía la mirada distante. Había algo en su actitud que me trajo vagos recuerdos. Pero ¿de qué? De repente, dio una carcajada.

—Sujetos emotivos esos extranjeros. Salvador de Ixania, ¡hum! Si no es porque es un tipo muy sagaz, pensaría que es muy sentimental.

Casi no podía creer lo que acababa de oír. Si no hubiera sido porque Carruthers estaba sentado a mi lado, hubiese jurado que acababa de escuchar al actor principal de una compañía de tercera clase representando, en inglés, un vulgar melodrama. Entonces lo recordé. Claro, eso era. Ahora comprendía porque su actitud me era familiar. Mi mente se trasladó a la *première* de una nueva obra en Nueva York y a una fiesta que tuvo lugar a continuación. Fui presentado al actor principal, un hombre reservado y de expresión recelosa. Le satisfizo oír que me había gustado la pieza, pero al mismo tiempo afectó sorpresa. Mientras charlábamos, me di cuenta de que la conversación se encaminaba casi imperceptiblemente a comentar su propia interpretación. Me acordé de la astucia con que trató de evitar cualquier discusión directa sobre ello, la manera tan estudiada con que empezó a hablar de la actuación de otros miembros de la compañía. Me pareció inevitablemente un vendedor de automóviles de la Quinta Avenida, vendiendo un *Rolls-Royce* y pregonando lo bien equipado que iba el coche, sonriendo confundido ante alguien que fuese lo bastante vulgar como para admirarse de la perfecta hechura de la máquina. Ahora, en el rostro de Carruthers, repugnantemente caricaturizado, reconocí el mismo sentimiento de aprobación bajo forma de modestia.

—Probablemente modificará su opinión en cuanto se lo piense un poco —dije bruscamente.

Se encogió de hombros.

—Probablemente tiene razón —dijo.

Pero yo sabía que él no pensaba así y comprendí que le había decepcionado.

Olvidamos este asunto y tratamos de nuevo lo que nos preocupaba, es decir, el traslado de Carruthers a la Prospek Sa'Maria. Después de algunas discusiones, decidimos que cuanto menos fuese visto Carruthers en el Europa, tanto mejor. Debería abandonar sus pertenencias, las cuales podrían ser sustituidas fácilmente, pero se percató de que había dejado todo su dinero, cuatro mil francos en billetes suizos e ingleses, dentro de la maleta. La posesión de dinero suficiente era esencial en aquellas circunstancias y yo me ofrecí para ir a buscarlo, así como todas sus demás propiedades, si me escribía una nota para la gerencia del hotel. Pronto tuve que arrepentirme de esta intención. Tenía que haber pensado que esta simplicidad mundana no agradaría a Carruthers. Puso toda clase de objeciones a mi propuesta, a ninguna de las cuales fui capaz de responder, para su satisfacción. Podía ser visto por Groom al salir. Los agentes de la Condesa podrían haber dado instrucciones a la gerencia. Había cientos de otros obstáculos semejantes, para los que desistí de hallar una respuesta. Acabé por comprometerme a entrar furtivamente a su habitación —

con precauciones característicamente extravagantes se había abstenido de entregar la llave al recepcionista— y hacer bajar la maleta por la ventana por medio de un cuerda. Él aguardaría en el paseo contiguo para recogerla. A continuación, yo saldría de la habitación también con ayuda de la cuerda.

Después de comprar la cuerda, comimos y nos quedamos sentados en el restaurante hasta las diez y media. Entonces nos pusimos en camino.

Mientras andábamos, Carruthers me estuvo explicando que me sería muy fácil llegar, sin ser visto, a la escalera que conducía a las habitaciones. El conserje de noche, que entraba en servicio a las diez, casi nunca permanecía en su sitio. Si acaso me hacían alguna pregunta, debía fingir que era un comprador extranjero de cepillos, ya que allí era donde éstos solían hospedarse. La perspectiva de pedir disculpas por entrometerme en el apartamento de otra persona y echar su equipaje por la ventana, pretextando que era un comprador de cepillos, no me infundía gran confianza. Pero discutir con Carruthers era perder el tiempo.

Un cuarto de hora más tarde, llegamos al extremo de la calle en donde estaba situado el Europa, Carruthers se separaría de mí en aquel punto y caminaría discretamente por las calles cercanas hasta su puesto debajo de la ventana. Con una recomendación final y completamente innecesaria para que yo tuviese cuidado, se introdujo furtiva y conspiradoramente en una calle lateral. Caminé hacia la entrada flanqueada de palmeras del Europa con una vivacidad que no sentía.

Decidí actuar sin tapujos. Si me descubrían, sería más ventajoso para mí abrirme un camino por donde pudiese evadirme, usándolo sin miramientos. Caminé hacia las escaleras que conducían hasta la puerta giratoria con un cigarro en la boca. Una vez llegué, me detuve para encenderlo y echar una rápida ojeada a la consejería. El vestíbulo estaba totalmente iluminado, pero, como el conserje no estaba a la vista, entré. Me hallaba en el centro del vestíbulo cuando, en un espejo situado enfrente, vi el reflejo de una figura uniformada y guarnecida con galones que salía de un pequeño aposento a la derecha de la puerta giratoria, imposible de ver desde la escalera. No dudé. Con la chaqueta abierta y aleteando a mis espaldas, y el cigarrillo despidiendo humo furiosamente, me arrojé hacia los pocos metros que quedaban hasta la escalera. Hasta entonces estaba a salvo. Subí los escalones de tres en tres hasta que alcancé el segundo piso. Me detuve un instante y, mirando hacia abajo por el centro de la espiral, distinguí al conserje tres tramos más abajo, subiendo rápidamente y mirando en todas direcciones como un pato mareado. Sin embargo, me pareció que solo trataba de encontrar ayuda. Corrí hacia la habitación de Carruthers. Llegué a ella sin topar con ningún obstáculo y entré. Carruthers me había advertido de que no encendiera las luces, y lo primero que hice fue tropezar con una silla caída en medio de la habitación. Dejé escapar una maldición, encendí un fósforo y, cubriéndolo cuidadosamente con la mano, miré a mi alrededor. La habitación estaba en un estado de confusión terrible. Las ropas de la cama estaban esparcidas por el suelo y el colchón aparecía abierto de arriba abajo. Las almohadas habían sufrido los mismos

daños y por todas partes reinaba el mayor desorden. Los cajones estaban abiertos y, mientras caminaba, mis pies se enredaban en su antiguo contenido. Me dirigí al baño, aplastando cristales con los pies. Otro fósforo me mostró la maleta de Carruthers con la cerradura machacada y todo lo que contenía esparcido por el suelo. Una rápida ojeada me cercioró de que el dinero había desaparecido. De repente me pareció oír un sonido ahogado en la habitación. Apagué el fósforo y me quedé quieto. Se produjo un silencio mortal durante unos minutos y concluí que comenzaba a imaginar cosas. Aquel lugar comenzó a alterarme los nervios. Me dirigí hacia la ventana de la habitación. La abrí con cuidado y miré hacia fuera. Carruthers estaba debajo mirando hacia arriba. Movié la mano. Tomé un pedazo de papel y un lápiz del bolsillo y escribí: «Habitación revuelta, dinero desaparecido», y desenrollé la cuerda. Até la nota a uno de sus extremos y la hice bajar hasta él. Entonces empujé lo que quedaba de la cama hasta la ventana y até el otro extremo de la cuerda al armazón. Acababa de completar estos preparativos, cuando noté que tiraban rápidamente de la cuerda. Me asomé a la ventana. Carruthers me hizo señas de que subiese la cuerda. Así lo hice. En su extremo estaba mi nota, en la cual Carruthers había añadido: «Déjelo todo y salga».

Dejé caer la cuerda nuevamente. Me estaba abotonando la chaqueta para descender, cuando oí un ligero *clic* en la puerta. Puse las piernas sobre el parapeto de la ventana. No fui más lejos. La puerta se abrió de par en par y un haz de luz proveniente del pasillo iluminó la habitación.

—Un solo movimiento y disparo —dijo una voz conocida.

Me quedé inmóvil. Estaba aún medio cegado por la inesperada luz y todo lo que podía ver eran dos figuras recortadas en el batiente de la puerta. Inmediatamente la puerta fue cerrada y se encendieron las luces de la habitación. Eran Groom y Nikolai. En la mano derecha de este último había una pesada automática, con un silenciador Maxim.

Groom me miró fijamente durante unos instantes. Entonces dijo:

—Entre en la habitación.

Así lo hice.

—Ponga las manos detrás de la cabeza.

Obedecí. Nikolai estaba a su lado, mirándome furioso. Era un griego de aire envalentonado, sucio, boca deforme y húmeda, y con una nariz que le bajaba hasta el mentón. Llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo. Los dedos de su mano útil se crispaban ávidamente sobre el gatillo de la pistola.

Groom le habló sin dejar de mirarme.

—¿Es éste uno de los hombres?

—Sí, Monsieur.

—¿En dónde está el Profesor Barstow? —me preguntó.

—No lo sé.

—Está mintiendo —dijo secamente—. ¿En dónde están los papeles que robaron

aquella noche?

—No sé de qué me está hablando.

—¿Quién es usted?

Se lo dije.

—Es usted un estúpido, Mr. Casey. Creo que debo explicarle, si aún tiene alguna duda al respecto, que si no me dice qué hicieron con aquellos documentos, será baleado dentro de cinco minutos.

Su rostro vivaz no perdió en absoluto su benignidad mientras pronunciaba la amenaza. Esbozó una sonrisa, no muy agradable, pero, al fin y al cabo, una sonrisa. Tan solo un ligero movimiento de los músculos de su boca y el brillo asesino en sus ojos traicionaron el hecho de que estaba hablando muy seriamente. Sentí un escalofrío en la espina dorsal.

—Escúcheme —le dije apresuradamente—. No cogí estos asquerosos documentos. Fueron devueltos a la caja fuerte.

—Entonces, las copias, Mr. Casey.

—No hay copias.

Movió la cabeza impacientemente y sus mejillas carnosas temblaron grotescamente.

—Mentir, Mr. Casey, no le servirá de nada —dijo, y su voz se volvió curiosamente aguda—. Voy a contar hasta cinco —prosiguió diciendo inesperadamente en francés—. Si entonces no nos lo ha dicho, de las dos, una: o usted no sabe nada o es un perfecto imbécil. En cualquier caso, Nikolai disparará, ¿oyó, Nikolai?

Los labios húmedos del griego se entreabrieron un poco, mostrando las encías. Vi bajar lentamente el silenciador hasta que apuntó a mi estómago.

Groom miró hacia él.

—No, Nikolai —le dijo—, al estómago no. Gritará y eso atraerá la atención.

El revólver se inclinó ligeramente.

—*Un* —dijo Groom.

—No quedará impune por esto.

—*Deux*.

—Ahorcan a los asesinos en Ixania, ¿no?

—*Trois*.

Me quedé callado.

—*Quatre*.

Guardé de nuevo silencio. Vi el antebrazo de Nikolai afirmarse para soportar el retroceso del arma. Me mordí los labios para dejar de temblar. Entonces, con un *clic*, las luces se apagaron.

Mientras me apartaba hacia un lado, vi la claridad y oí el disparo sordo del silenciador. Me eché al suelo. Percibí el ruido de una lucha, un grito de dolor y las luces se encendieron de nuevo. De espaldas a la puerta, con la automática en la mano,

estaba Carruthers. Enfrente suyo estaban Groom y Nikolai, ese último asegurándose el brazo herido. Me puse de pie de un salto.

—Mire si Groom está armado —dijo Carruthers bruscamente.

Encontré una pequeña automática belga de seis tiros en el bolsillo interior de Groom. Nikolai dejó escapar un gemido ansioso cuando le toqué. Pero no le hice caso. Bajo el brazo llevaba solo la pistolera vacía, pero en sus bolsillos encontré veinte libras en billetes ingleses de los cuales me apoderé. Carruthers no les sacaba la vista de encima.

—El revólver, en el suelo, detrás de usted —dijo—. Guárdese en el bolsillo.

Obedecí. Carruthers sonrió a Groom, quien le miraba fijamente, con cierta expresión de perplejidad en el rostro.

—Encuentro su comportamiento un poco extraño, Profesor —dijo al fin. Indicó a Nikolai, presa de pánico—. Él y yo descubrimos a ese hombre —me señaló— robando en su habitación.

—Le mandé yo —respondió Carruthers zumbonamente.

—¡Ah! En este caso —dijo Groom—, no hay nada más que decir.

Dio un paso hacia la puerta.

—Quédese en donde está —rugió Carruthers.

—Desde luego —exclamó Groom suavemente—. Pero me gustaría que apuntase esta pistola hacia cualquier otro lugar. Se dispara muy fácilmente cuando no se está habituado a manejarla.

—Lo cual, Mr. Groom, sería fatal para usted.

Los labios del otro sujeto se curvaron en una sonrisa.

—Sabe, Profesor —dijo despacio—, creo que empiezo a envejecer. Es la segunda vez que me engaño respecto a usted —tuvo una idea repentina—. Supongo, ¡hum!, que sigue siendo el Profesor Barstow, ¿no?

Carruthers sonrió abiertamente. Los ojos de Groom se contrajeron.

—No me equivocaré por tercera vez —dijo.

—Tiene razón —replicó Carruthers fríamente—. Voy a matarle. Déme el revólver que cogió usted, Casey, el que tiene silenciador.

—Pero... —balbucí.

—Démelo. Espere. Mire primero si está cargado.

Lo estaba y se lo entregué. Vi como lo levantaba y entonces miré a Groom. Su expresión había cambiado. La cara redonda, vivaz y sonriente se volvió cenicienta. Los mofletes carnosos se habían tornado flácidos. Le temblaba el labio inferior, como si quisiera decir alguna cosa. Súbitamente se giró como asfixiado, tuvo una náusea y vomitó. Carruthers le miró por un instante, luego levantó el brazo de nuevo. Nikolai cayó de rodillas. Me volví, pero no oí el disparo. Sentí unos golpecitos en el brazo.

—Venga, vamos a dejar todo esto —dijo Carruthers.

Salimos. Me sentía un poco inquieto. Llegamos a la calle sin cruzarnos con nadie.

—¿Cómo logró entrar con la llave en mi bolsillo? —le pregunté.

—Cogí la llave maestra de la garita del conserje de noche. Ya le advertí de que nunca está en su sitio.

No dije nada. Echamos a andar y nuestros pasos resonaban en las aceras desiertas. Pasado algún tiempo, dije:

—¡Qué suerte la mía que usted, al ver que yo no bajaba, sacase sus conclusiones sobre lo que estaba ocurriendo! ¡Muchísimas gracias!

—No me esperaba lo que ha sucedido. Tan pronto me enteré de que habían registrado la habitación, comprendí que aguardaban mi regreso. Naturalmente, Groom pensó que yo me había quedado con los documentos de Kassen. Escuché la última parte de la conversación por la cerradura.

Calló y añadió distraídamente:

—Groom es un hombre extraño, ¿no?

—Quizás. ¿Cree que era su intención balearme?

—Naturalmente.

—¿Por qué no le disparó?

—Me di cuenta de que no podía hacerlo —me confesó molesto.

Llegamos por fin a la Prospek Sa'Maria, en donde nos detuvimos. Le di el dinero que había tomado de Nikolai y saqué el revólver de Groom de mi bolsillo. Meneó la cabeza negativamente.

—Puede necesitarlo —dijo—. Es mejor estar bien preparado.

Suspirando, guardé la automática en el bolsillo. Convertirse de periodista en revolucionario es mucho más complicado de lo que ciertas personas creen.

Transcurrieron diez días hasta que no volví a ver a Carruthers. El día siguiente al de nuestro encuentro con Groom, el oficial de ojos redondos de la Condesa vino a mi encuentro y me interrogó, en su francés ridículo, acerca de las andanzas de Carruthers. Negué saber algo al respecto y, tras un último y amenazador «*Où se trouve cet homme, Barstof?*», se fue, no sin prometer que volveríamos a vernos. Como era de esperar, yo seguía en contacto con todos los asuntos del Partido de la Juventud Campesina. Habíamos convenido que Beker me telefonaría cada día en horas y desde cabinas públicas diferentes.

Pensando en la probabilidad de que mis llamadas telefónicas pudieran ser grabadas, nuestras conversaciones eran forzosamente reservadas, pero pude llegar a la conclusión de que todo marchaba según el plan de Carruthers, y que en breve se esperaba obtener los resultados.

Nada vi ni oí sobre la Condesa y Marassin. Debo confesar que me sentía apartado de todo. Los acontecimientos de los días anteriores me habían habituado a la acción dramática. La inactividad rutinaria en que ahora me encontraba, aparte de permitirme recuperar el sueño atrasado, no tenía atractivos para mí. Además, carecía de informaciones para transmitir a la Juventud Campesina y me daba la sensación de que

Toumachin quería mantenerme envuelto en celofán y lejos de sus proyectos mientras el plan iba madurando. Posiblemente tenía razón, porque yo intentaba, en consecuencia, devolverme el respeto a mí mismo telegrafando reportajes cautelosos a Nueva York. Eran, debido a las circunstancias, trabajos inútiles y no me sorprendí al recibir un telegrama urgente exigiéndome, con efectividad, una explicación a mi comportamiento. Me resultó difícil solucionar este punto. Estaba fuera de lugar telegrafiar para comunicarles, como respuesta, que estaba a la espera de que estallase una revolución. Era casi seguro que había un censor ocupado en mi correspondencia. Resolví el problema durante algún tiempo y luego mandé un mensaje que confiaba que pareciese lo suficientemente estúpido para ser secreto. Decía lo siguiente:

REMITIRE EN BREVE ARTICULO SOBRE PAJAROS IXANOS. SE PREPARAN PARA ABANDONAR NIDOS. PAJAROS VIEJOS MUY TIMIDOS. CASEY.

Recibí la respuesta al día siguiente. Era alentadora:

COMPRENDI. ARTICULO PAJAROS OK. PERO ESCRIBA PRONTO. SI NECESITA DINERO SE LO REMITIRE A ZOVGOROD. NASH.

Analiqué esta última frase y concluí que se trataba de una solicitud de información acerca del proyectado préstamo de Nueva York. Mandé la siguiente respuesta:

TENGO SUFICIENTE POR AHORA. NO MANDE MAS. PUEDE EXTRAVIARSE EN LA TRASFERENCIA. PAJAROS JOVENES DANDO VUELTA A HOJA NUEVA PERO LOS VIEJOS AUN TIMIDOS. CASEY.

Quería indicar por este medio que el préstamo debía ser cancelado por el momento y que una revolución estaba en el aire. La respuesta de Nueva York me indicó que mi texto fue comprendido.

RETENEMOS DINERO COMO INDICA. CONTENTO CON HOJA NUEVA. ME GUSTARIA ESTAR AHI CUANDO LE DIESEN LA VUELTA. CONFIO NO ME DESILUSIONE. NASH.

Eso me dio ánimos y pasé los dos días siguientes en un estado mental mucho más agradable. Llegué incluso a acudir a la entrevista prometida por la Condesa acerca del Pacto Oriental, pero me comunicaron que ella no podía recibirme. Sin embargo, fui recibido por el Príncipe Ladislaus. Concluí que se trataba de uno de esos individuos sin personalidad y que solo saben llevar uniforme. Comprendí que si la Condesa hubiese estado cerca, él no se hubiera atrevido ni siquiera a abrir la boca. Pero como

ella se hallaba ausente, me hizo sentar en una silla y, con pomposa palabrería, me habló de mil tonterías durante más de una hora y media. Cualquier prefecto de Oriente Medio se habría desenvuelto mejor en este asunto del Pacto Oriental. Di las gracias cuando acabó.

Pero, dos nuevos días que se sucedieron sin ocurrir nada, me hicieron desear otra entrevista con el Príncipe. Pasaba la mayor parte del tiempo, cuando no estaba a la espera de las llamadas telefónicas de Beker, sentado en los bares, leyendo números atrasados del *Time*, enviados por el representante del *Tribune* en Bucarest. Una tarde, mientras estaba dedicado a estas ocupaciones, un hombre se sentó a mi lado. Me giré y reconocí a Beker. Me sorprendí al verle y se lo dije, mientras me daba la vuelta para saludarle.

—No, Monsieur Casey —replicó—, todavía no me conoce. Soy del interior. Hace poco que he llegado a Zovgorod. Comprenda —añadió con un gesto altivo de su austero rostro—, acostumbraba a usar barba.

—¿Cómo está Barstow? —pregunté.

Sus ojos se iluminaron. Escuché un largo panegírico de las virtudes del «Profesor», de su habilidad de organización, de su brillante táctica e ingeniosidad. El Profesor, me dijo Beker sin demostrar ni pizca de envidia, había caído simpático a Toumachin. De pronto pareció confundido y dudó un instante. Esperé. Entonces prosiguió, escogiendo las palabras cuidadosamente.

—El Profesor, su amigo, Monsieur, se inclina en sus gustos tal vez por lo macabro, ¿no?

Yo, tratándose de Carruthers, me esperaba cualquier cosa, pero le pregunté qué quería decir con aquello. Pareció más confundido que nunca y siguió expresándose más recelosamente.

—Lleva un retrato de la Condesa Schverzinski en su cartera. Entenderá, Monsieur, que eso es *drôle*, porque, al igual que nosotros, no puede por menos que odiarla.

Me acordé de la explosión sentimental de Carruthers en la noche del robo.

—Quizás —sugerí— para que le recuerde que debe odiarla.

Bajó la cabeza solemnemente y comenzó a hablar. No puedo acordarme exactamente de las palabras que usó, pero el cuadro que evocaban era vívido. Al parecer, Carruthers se pasaba horas contemplando la fotografía de una manera indiscutiblemente sentimental. Según la filosofía de Beker, este fenómeno solo se podía interpretar de un modo. En su opinión, Carruthers se sentía morbosamente atraído por la Condesa. Razonó extensamente sobre las implicaciones de ese caso. Llegué a la conclusión de que «macabro» sería una palabra demasiado leve en boca de Beker, al escuchar detalladamente las conclusiones a que él y Toumachin habían llegado. Me preguntó con interés si yo opinaba que él tenía razón. Le respondí que sus razonamientos eran probables y pareció que con ello se aliviaba. La curiosa sensación de irrealidad que yo había experimentado en mis contactos con Carruthers,

Beker y Toumachin evidentemente también lo habían sentido. Les había preocupado y ellos inmediatamente la interpretaron de una manera característicamente continental. Sin embargo, yo pensé entonces, y realmente aún lo sigo pensando, que Carruthers se comportaba a veces como un simple adolescente. Era como un colegial que aún no hubiese dejado atrás los juegos de indios y sufriese su primer ataque de *apasionitis*. No obstante, incluso ahora que lo estoy escribiendo, esta definición me parece completamente inadecuada y hasta desleal al referirla a un hombre que era muchas cosas alternativamente, ninguna de ellas mensurable con los patrones comunes del bien y del mal, pero todas inmensamente humanas. A los ojos de Beker era un gran hombre. A los míos era simplemente Carruthers.

Beker me traía noticias. Los campesinos de las ciudades del interior estaban dispuestos para poner en acción el gran plan, aunque no me explicó en qué consistía exactamente este plan. Conocía el esbozo, pero, de común acuerdo con Beker, Carruthers había reexaminado muchas de sus ideas, y en aquellos momentos se había complicado bastante, si bien me tranquilizó diciéndome que era un asunto de mecanismo infalible. La hora clave estaba ya muy cercana. Luego se despidió de mí, prometiéndome que se pondría en contacto conmigo en el momento en que comenzase el baile. Sentí tal escalofrío de excitación que inmediatamente telegrafíé a Nueva York.

PAJAROS COMIENZAN A CANTAR. HASTA PRONTO. CASEY.

Me sentí un poco ridículo después de haberlo hecho. Si todo se viniese abajo, yo me convertiría en el hazmerreír de la redacción. Decidí no pensar más en ello.

He escrito sobre muchas naciones y muy extensamente sobre la revolución ixania, sobre la situación política que la provocó y sobre las dramáticas veinticuatro horas en que fue dado el golpe de estado por los campesinos. Pero nada conté de la extraña atmósfera que le precedió. Estas abstracciones sutiles son vistas con desagrado, insensatamente, creo yo, por estudiantes y políticos. Parece que estas personas piensen que las revoluciones pueden ser dadas a conocer al pueblo sin temor de que éste sospeche, como los programas de nuevos armamentos y las alianzas secretas. Dudo de que no hubiese ni un hombre ni una mujer en Zovgorod, a excepción de los miembros del Gobierno, que, durante la semana anterior a la tentativa del Partido de la Juventud Campesina de hacerse con el poder, no notase que algo flotaba en el aire. Pocos, desde luego, eran los que sabían alguna cosa —lo cual era una buena baza, ya que la organización de informadores de la Condesa era fuerte—, pero aquellos días cálidos y soleados se cernían sobre una ciudad en *suspense*, una ciudad en la que los bares se vaciaban temprano y las persianas estaban cerradas. Si la Condesa y sus amigos no se hubiesen mantenido tan apartados del pueblo, no habrían podido dejar de sentir la inquietud popular.

El día 21 de mayo me disponía a dar mi habitual paseo mañanero por la Kudbek.

Tan pronto como salí del Bucharesti noté que algo ocurría. Cuando llegué a la Kudbek me convencí. Grupos de personas ociosas hablaban excitadamente y, pensé, de un modo un tanto furtivo. Lanzaban miradas ansiosas en todas direcciones. El rumor casual de las conversaciones en los bares se había convertido en un susurro apagado. Estaba claro que tenían algo que discutir. La policía, con un despliegue de fuerzas nada usual, parecía inquieta. Vi como un hombre era detenido porque chocó contra un policía cuando corría por el paseo. Compré un periódico. No me aclaró nada. Pregunté a un camarero de un bar qué ocurría y él fingió no comprenderme. Media hora más tarde, un destacamento de caballería cruzó con estrépito en dirección a la Cámara de los Diputados. Se escucharon uno o dos *bravos*, pero eso fue todo.

Aquel día Beker no debía llamarme sino hasta después de comer, pero pronto me batí en retirada hacia el hotel, en espera de que me llamase antes. No había ningún recado para mí y me senté a esperar. Entonces me acordé de Petar y toqué el timbre. Apareció otro camarero y me informó, después de presionarle, de que Petar estaba enfermo. Saqué mis propias conclusiones sobre la verdad de lo que me había dicho y maldije a Beker porque no me había telefoneado.

Esperaba su llamada hacia las dos y media. Me pasé todo el tiempo fumando frenéticamente e intentando no olvidar las instrucciones de Toumachin de que solo fuera hacia la Prospek Sa'Maria al caer la noche. En el momento en que por fin llamó, yo estaba furioso de impaciencia y me arrojé al teléfono con un largo y corrosivo discurso a flor de labios. No tuve ocasión de soltarlo.

—Perdón —dijo la voz de Beker rápidamente—. El tabaco.

Colgó.

Tomé el sombrero y la chaqueta y salí. *Tabaco* era la clave que habíamos combinado para significar *Venga pronto*. No era necesario que me dieran prisa. Evitando las calles principales, salvé la mayor parte del camino corriendo. Sin embargo, cuando me iba aproximando al barrio, dejé de correr y comencé a andar aprisa. Las calles estaban extrañamente silenciosas. Un grupo de hombres situado en una esquina se dispersó cuando me acerqué. Ni un alma se dejó ver en la Prospek Sa'Maria.

En el número once hubo la misma representación de abrir y cerrar de puertas que la primera vez en que Carruthers y yo habíamos ido allí. No obstante, cuando Beker apareció, me obligó a entrar rápidamente y me hizo subir por las escaleras.

La habitación de Toumachin estaba como el cuartel general de un escuadrón durante una gran batalla. Él y Carruthers estaban junto a una mesa, inclinados sobre unos mapas a gran escala. Media docena de ixanios, a los cuales no reconocí, estaban diseminados por la habitación. Entre ellos había una mujer. Conversaban entre sí en voz baja. Toumachin me saludó efusivamente, mientras Carruthers, con aire preocupado, volvía a sus mapas. Los demás me miraron cuando llegué, y Beker me presentó a cada uno de ellos como el representante de la prensa americana en Zovgorod. Me dijeron que la mujer era una «líder de Oriente». Me fue imposible

memorizar sus nombres. A continuación, Toumachin me llevó hasta la mesa y me ofreció una silla.

—Mr. Casey —dijo con actitud de aquel que trata de negocios—, ahora cumplimos nuestra promesa. He aquí la situación. Ya conoce el esquema general de nuestro plan. Uno de los objetivos es concentrar el Ejército lejos de Zovgorod mientras actuemos aquí. Para ese propósito, iniciamos nuestra campaña instigando dos levantamientos locales de campesinos, uno en Grad, al Norte, otro en Kutsk, al Sur. El levantamiento de Kutsk comenzó anoche. Según nuestras indicaciones, los líderes del Partido en esa zona se apoderaron de los edificios municipales y proclamaron un Gobierno independiente. El Gobierno envió desde aquí un destacamento de cuatro mil hombres para acabar con la insurrección. El destacamento partió esta mañana. Ésas y las tropas de otras zonas llegarán a su destino mañana por la mañana, a más tardar. El levantamiento en Grad ha sido preparado para esta madrugada. El Partido trabaja según las mismas instrucciones que las de los hombres de Kutsk. Más de cinco mil hombres de otras demarcaciones fueron enviados a Grad esta tarde. Llegarán más o menos mañana al mediodía. Quedará entonces tan solo un batallón de reserva en Zovgorod. Aparte de esas, las tropas más próximas estarán a veinticuatro horas de distancia de la ciudad. Como ya le dije antes, tenemos muchos simpatizantes en las filas del Ejército y no debe preocuparnos demasiado la proporción de legalistas en aquel batallón. Kutsk fue escogida en primer lugar porque es pequeña. De esta manera, el Gobierno, creyendo que la insurrección era tan solo un disturbio local, envió más tropas para la represión de esta localidad que si se hubiese producido antes el levantamiento en Grad.

—Bastante ingenioso, Toumachin —le dije—, pero ¿qué me dice de los pobres diablos de estas dos ciudades? Estarán metidos en un buen jaleo.

—Se retirarán hacia las montañas en el momento en que las tropas se aproximen a las ciudades. Estarán bastante seguros por el momento. Llevaría semanas cercarlos. Pero no permitiremos que las cosas lleguen a este punto. Del Este y del Oeste, pequeños grupos de hombres de otras ciudades van dirigiéndose hacia Zovgorod. Los pequeños grupos no llaman la atención. Están en ello desde la semana pasada. Mañana habrá dos batallones de partidarios nuestros a las puertas de la ciudad, dispuestos a penetrar a la hora señalada. En el momento en que los soldados hayan traspasado un cierto punto, sus líneas de comunicación serán cortadas por un grupo destacado para esta misión. La hora prevista es la una de la madrugada. Los hilos telegráficos serán interceptados y las vías del ferrocarril serán bloqueadas. Hemos estado planeando ocupar la estación de radio y el aeródromo, Zovgorod permanecerá aislada durante veinticuatro horas. En este tiempo ocuparemos la ciudad y proclamaremos la ley marcial. Las comunicaciones serán entonces restablecidas y las tropas retiradas de Grad y Kutsk y los oficiales serán o no serán encarcelados, según sus declaraciones de lealtad al nuevo gobierno. La Cámara de Diputados será, inmediatamente, convocada, disuelta y proclamada una nueva elección. Ese será el

momento en que usted prestará sus valiosos servicios. Tendrá los telégrafos completamente a su disposición. Nuestra primera preocupación será la de asegurarnos la aprobación y el reconocimiento de Bucarest, después de París, Londres y Nueva York. Su influencia hará que esto sea posible.

—Pero... —balbucí desconcertado.

—Monsieur Casey estará más que a la altura de este trabajo —interrumpió Carruthers complacidamente.

Hubiese querido asesinarle. Dios sabe lo que le habría contado a Toumachin. Algunas personas tienen las más fantásticas nociones del poder individual de los periodistas. Pero no tuve ocasión de protestar. Toumachin me lo estaba agradeciendo ostensiblemente y un excitado coro de voces de aprobación y felicitaciones se levantó entre los demás. Decidí dejar bien claro a Carruthers, en la primera ocasión que se me presentase, mi posición de periodista imparcial, y que él se encargase de dar las explicaciones.

Llevé a Beker aparte y le pedí noticias de Groom. Fue ambiguo, aunque sospeché que lo hacía intencionadamente. El Profesor había trazado el plan según sus creencias; todo, sin duda, sería revelado a su tiempo. Busqué a Carruthers. Fue más explícito.

—Francamente —dijo—, no sé qué pretende o qué espera conseguir. De momento, no puede moverse sin que yo lo sepa y si no actúa esta noche no tendrá ninguna otra oportunidad más.

—Como ve, Monsieur —interrumpió Toumachin, que se hallaba junto a nosotros—, el Profesor venció. El caso ya no está en las manos de Toumachin.

—Bien —dije, mirando furioso a Carruthers—. Parece ser que la Juventud Campesina ha pensado en todo.

Carruthers se llenó de envanecimiento y Toumachin no parecía descontento. Entonces se me ocurrió una idea.

—A propósito, ¿qué me dicen de todos aquellos que pretendían asesinar al Presidente y destruir la represa?

Podría jurar que intercambiaron miradas de complicidad.

—¡Oh, aquéllos! —exclamó Carruthers impensadamente—. Desviamos sus energías hacia otros derroteros —y sonrió afectadamente a Toumachin.

Ese aire absurdo de autosuficiencia me irritó tanto como me alarmó. Parecían no comprender que no solo estaban jugando furtivamente a conspiraciones políticas, sino que intentaban derrocar un Gobierno constituido. Pensé que Andrassin lo habría desaprobado. Pero cuando les miré nuevamente, mi irritación desapareció. Toumachin había regresado a su mesa; los demás a sus conversaciones. La expresión de todos ellos era severa y sus miradas firmes. No había ni un solo rostro estúpido o deshonesto entre ellos. La cara alargada y enérgica de la mujer, de rudos trazos campesinos, era bella. Fue entonces cuando comprendí la razón de mi malhumor. Fue el pensar que yo, Casey, podría fallar a esta gente honrada, que no estaba a la altura

de la misión que Carruthers y Toumachin me habían confiado. Debían saber ahora que habían exigido demasiado de mí, más de lo que yo poseía. Me giré para hablar a Toumachin, para decirle que tomase mejores resoluciones, cuando oí, de pronto, sonar un timbre en la habitación.

Se hizo un silencio mortal. Beker se dirigió con calma hacia la ventana, miró al exterior durante un segundo y en seguida fue en dirección a la puerta y desapareció. A mi vez, miré a mi alrededor. Los hombres se habían agrupado, instintivamente sin duda, en torno a Toumachin. La mujer no se movió. Me di cuenta de que Carruthers estaba a mi lado, cerca de la puerta. Se oyeron entonces las pisadas de Beker en la escalera. Cuando entró miró a Toumachin, pero habló a Carruthers.

—Es Plek —dijo sin tomar aliento—. Le han disparado, pero ha conseguido llegar hasta aquí. Hace media hora que Groom y sus hombres han salido en automóvil en dirección al laboratorio de Kassen.

## ***14 — Del 21 al 22 de mayo***

Todos guardaron silencio. Luego, Carruthers miró a Toumachin, el cual asintió.

—Llévese a Beker —dijo—. No puedo disponer mucho de él, pero vale como dos o tres de los otros.

—¿El automóvil? —preguntó Beker.

Toumachin asintió de nuevo.

—Deben estar preparados.

—Casey debe venir —dijo Carruthers.

Yo lo aprobé.

Toumachin apretó los labios. Me miró. Debió comprender de qué lado se inclinaba la balanza, porque sonrió ligeramente y se encogió de hombros.

—Tenga cuidado, Monsieur —me dijo—, no podemos arriesgarnos a perder a nuestro paladín americano.

No había tiempo para explicaciones en aquel momento. Carruthers, tras un breve «Vamos» dirigido a Beker y a mí, saltó fuera de la habitación hacia la escalera. Le seguimos corriendo. Cuando llegamos al portal, tuvimos que pasar junto al cuerpo de un hombre tendido en el suelo. La mujer que nos había abierto la puerta levantaba su cabeza e intentaba darle un poco de agua. El lado derecho de su pecho estaba

empapado de sangre. Tenía la boca abierta y el blanco de los ojos surgía entre los párpados semiabiertos...

—Plek —murmuró Beker—, está muerto. Un mártir de la revolución.

Cruzamos el portal y caminamos en dirección al río. Carruthers comenzó a correr, pero Beker advirtió que podríamos llamar la atención, y pasamos a andar aprisa. Aquel barrio parecía una madriguera de conejos y era oscuro como la pez. Beker nos condujo a través de incontables alamedas y pasajes estrechos. Aquí y allá, algunas luces brillaban débilmente detrás de las ventanas más altas. De vez en cuando se oía el ruido de algunos pasos cansinos y un rápido cerrar de puertas. Pero no nos topamos con nadie hasta que llegamos a un pequeño patio. Noté, al cruzarlo, que pisaba una plancha de hierro. A continuación, oí como Beker emitía un silbido peculiar. Un instante después una luz cegadora iluminó nuestros rostros, al tiempo que delante de nosotros una puerta se abría de par en par, mostrando un gran turismo Buick negro convertible con el motor en marcha. La luz provenía de una lámpara suspendida del techo del garaje. El coche se puso en movimiento y en seguida, dando leves sacudidas, se detuvo a nuestro lado. Un hombre salió de la parte del asiento del conductor y regresó al garaje, seguido de Beker. Carruthers fue tras ellos, mientras me indicaba que permaneciese en donde estaba. En seguida Beker fue hacia un teléfono colocado en una de las esquinas del garaje y las luces se apagaron.

Le oía hablar, pero el ruido del motor ahogaba su voz. Carruthers regresó.

—Entre —me dijo.

Me siguió y yo comencé a hacer preguntas.

—¿Cuál es el plan? —pregunté.

—Vamos a ponerle un freno al señor Groom de una vez para todas —dijo, riéndose para sí mismo.

—¿Qué lugar es éste?

—Pertenece a la Juventud Campesina. Está conectado por teléfono con aquel otro lugar. Toumachin les llamó para que nos preparasen el coche.

—Y ahora, ¿qué esperamos?

—Beker está tratando un asunto muy importante. En realidad, estoy bastante contento de que Groom decidiese llevar a cabo el asalto del laboratorio esta noche. Si lo hubiese dejado para mañana, habría sido deportado antes de intentar cualquier cosa. Y no tendríamos esta dosis de excitación.

Debía recordar esas palabras.

Se negó a responder a otras preguntas, limitándose a sonreír y a decirme que esperase a verlo por mí mismo, como si yo fuera un niño pidiendo un caramelo. Pasaron más o menos uno o dos minutos y Beker y el chófer subieron al coche. Beker articuló un rápido *bien* y partimos.

Durante unos instantes el Buick se fue introduciendo en varios patios semejantes a aquel del que habíamos salido. Carruthers explicó que eran restos de la antigua ocupación otomana y que estaban prácticamente deshabitados desde la epidemia de

cólera de 1907. Por fin llegamos a una calle más ancha y el coche se lanzó camino adelante. Pronto dejamos la ciudad detrás de nosotros y las oscuras prominencias del valle empezaron a surgir a nuestro alrededor.

Había comenzado a llover con fuerza y yo veía en la lejanía siluetearse las montañas a la luz de los relámpagos. La carretera estaba llena de baches y la lluvia, mezclando el polvo con la tierra, originaba un lodo traicionero. El Buick saltaba y resbalaba, a cuarenta kilómetros por hora. Me parecía que íbamos a ciento cuarenta. No podíamos ir más rápido, seguramente, y, así y todo, nos salimos de la carretera dos veces. Era el comienzo adecuado de una noche durante la cual el corazón me daría mil vuelcos, llegando incluso al extremo de querer salirse del pecho.

Los interrogantes que uno se plantea resultan tan cautivantes como infructíferos y, con frecuencia, me quedo pensando en qué habría acabado aquella noche si la suerte hubiese sido diferente para nosotros. Al final llego a la misma conclusión, es decir: si el destino hubiese sido menos benigno, estaría tan muerto como Plek, Marassin y el oficial de ojos redondos, pues actuamos con un margen de seguridad tan ancho como un cabello. El tiempo, sin embargo, me llevó a considerar una cosa en su perspectiva real. Esta cosa fue la muerte de Kassen. Cualesquiera que hayan sido los verdaderos hechos que ocasionaron el fin de aquel brillante hombre, creo que Carruthers siempre deseó que él muriese. A mí me había dicho que tenía «otros planes» para Kassen; pero eso, ahora estoy seguro, no era más que un artificio diplomático. Le interesaba mi ayuda y no podía permitir que mis melindres fueran un obstáculo para la prosecución de sus fines. Durante su conversación con Toumachin dijo, en efecto, que el secreto de Kassen tenía que ser colocado fuera del alcance de todos los hombres. Sin lugar a dudas, la muerte de Kassen constituía un ingrediente esencial para la elaboración de todo ese estado de cosas. Tal vez el modo de matar a ese hombre fuese el objeto de los pensamientos de aquel extraño conglomerado que constituía la mente de Carruthers. Durante todo el camino en que el Buick rodó por el valle del Kuder en dirección al laboratorio, vi su cara una sola vez, a la luz del fósforo que sostenía para encender su pipa. Estaba tranquila y pensativa. Así podría ser la del profesor Barstow real mientras contemplaba una abstracción matemática. La personalidad de Carruthers parecía en muchas ocasiones desbordar su propio cuerpo.

Seguimos rodando por la carretera del valle durante unos veinte minutos; Carruthers se inclinó y pidió al chófer que apagase las luces y se detuviese. Beker salió con nosotros e, indicando al conductor que se adelantase medio kilómetro y nos esperase, seguimos el camino a pie.

La lluvia amainó un poco, pero los relámpagos surcaban el horizonte y la carretera era un puro charco. Era imposible evitar en la oscuridad los baches colmados de agua y pronto me quedé salpicado de lodo hasta la cintura. Durante cinco minutos andamos sobre llano, después Carruthers dobló hacia la izquierda y el terreno comenzó a elevarse. Pensé que entonces nos debíamos hallar en la carretera

que conducía a la cantera. Allí la superficie era tan firme cuanto podían permitirlo las corrientes de agua que inundaban el suelo y que sentía murmurar por todos lados. El grado de inclinación era ahora cerca de uno con diez y estuvimos escalando casi un kilómetro antes de que Carruthers nos advirtiese del ruido y nos hiciese marchar en fila india. Avanzamos cautelosamente hasta que divisé los contornos de la cantera casi encima nuestro. Carruthers se detuvo. Murmurándonos a Beker y a mí que nos quedásemos allí, desapareció frente a nosotros en la oscuridad. Apenas podía distinguir que en aquel punto se degeneraba en un sendero pedregoso. Carruthers regresó instantes después con la noticia de que a unos cien metros más adelante había un coche con un hombre en su interior.

Convocamos una especie de consejo de guerra; es decir, Carruthers nos indicó lo que debíamos hacer. Un minuto después me encontré siguiendo a Beker fuera de la carretera a la derecha en dirección hacia arriba por un declive acentuado, en medio de un lodazal y de un grupo de árboles clavados en el suelo, creciendo casi perpendicularmente con el terreno. Resbaló dos veces y Beker se cortó en la pierna con una roca de cantos afilados, pero al alcanzar los árboles de nuevo tuvimos donde sujetarnos. Por fin llegamos al extremo y salimos al sendero, un poco más arriba del nivel de base de la cantera. Sin ninguna intención de ahogar nuestros pasos, comenzamos a caminar por el sendero en dirección al coche. Avanzamos unos cincuenta metros cuando lo vimos. Era un gran *Sedan* con las luces apagadas. Vi la portezuela del lado del conductor que se abría despacio. Entonces, elevando un poco la voz, Beker dijo algo tranquilizador en ixanio y el hombre salió. Se nos quedó mirando con incertidumbre mientras cubríamos los últimos tres o cuatro metros. Nos hallábamos tan solo a dos metros de él cuando consiguió distinguarnos claramente. Lanzó entonces un gruñido de sorpresa y buscó su revólver. Su mano no lo alcanzó. Una sombra se movió súbitamente detrás de él, se oyó un *pop* silencioso y el hombre cayó al suelo.

Carruthers le cacheó rápidamente y nos hizo una señal. Atamos al hombre con una cuerda que encontramos en la caja de herramientas, le amordazamos con dos pañuelos —uno en la boca y el otro para asegurar el primero— y le arrastramos hacia los árboles. Mientras Carruthers murmuraba que ya no había por qué preocuparse para cortar la retirada de Groom, manipuló en el cepillo del distribuidor del motor y se lo metió en el bolsillo. Reemprendimos la marcha hacia el laboratorio. Estaba más cerca de lo que suponía. El sendero se transformó en una vereda. Nos detuvimos ante una pequeña cancela. Carruthers la examinó y afirmó bajito que formaba parte de una cerca electrificada que rodeaba el laboratorio. La cancela, sin embargo, estaba abierta, balanceándose con la brisa. La cruzamos.

Avanzamos cautelosamente por la vereda. La estructura bien conocida del edificio era ya visible. Estaba a oscuras, excepto un débil punto brillante en el laboratorio de alta tensión en el otro extremo. Reinaba el mayor silencio. Carruthers nos hizo un signo pidiéndonos atención.

—Existe una entrada al laboratorio en el edificio bajo. Usaré este camino. Ustedes encontrarán otra puerta en la parte más alejada de la pared del edificio de alta tensión. Beker y Casey intenten entrar por allí. Quiero que se escondan allá dentro, pero no hagan nada hasta que yo dé la señal. Entonces, disparen. Comenzó a caminar y Beker y yo nos giramos para andar, cuando de pronto nos quedamos clavados en el suelo. Un agudo grito se dejó oír desde el laboratorio. Comenzó con ¡*Aaah!* prolongado y terminó con un chillido horripilante. Se interrumpió repentinamente como si alguien hubiese tapado la boca de aquel que lo había emitido. Beker y yo nos quedamos inmóviles. Mi corazón latía con fuerza y me temblaban las piernas. Un escalofrío sacudió mi espina dorsal. Escuché maldecir a Beker y sentí que su mano se aferraba a mi brazo. Entonces oímos la voz de Carruthers susurrando «Adelante» y comenzamos a andar vacilantes entre los arbustos goteantes en dirección al objetivo. Llegamos por fin a la pared y nos detuvimos para tomar aliento antes de emprender el camino hacia el edificio de alta tensión.

Algunas piedras sueltas esparcidas por el suelo entorpecían nuestra marcha obligándonos a detenernos a cada paso. El estómago se me revolvía de miedo, no tanto por la misma situación, sino por oír aquel grito una vez más. Me había alterado terriblemente los nervios. Para empeorar las cosas, las ramas balanceantes de los árboles interceptaban cualquier vestigio de luz, de manera que yo tropezaba continuamente con Beker en la oscuridad. Sin embargo, por fin conseguimos llegar hasta allí y, al dar la vuelta a una esquina del edificio, topamos con una pequeña puerta que daba acceso a él. Beker se adelantó y, cogiendo el pestillo con las manos, lo hizo girar despacio. Despacio cedió la puerta y un haz de luz rasgó la oscuridad. Beker avanzó y el haz se ensanchó hasta permitirnos ver el interior.

Jamás había visto el interior de un laboratorio de alta tensión. A mis ojos de inexperto se me antojaba en gran manera como la escenografía de una vieja película alemana sobre el *futuro*. Colgados del techo, en el centro de inmensos aisladores de vidrio, había dos grandes globos de cobre. Debía haber un dispositivo para levantarlos y bajarlos. Dos tubos brillantes de cobre bajaban verticalmente de los globos hacia otro par de aisladores hundidos en el piso de cemento y de allí se dirigían hacia una parte en donde hileras e hileras de grandes receptáculos de metal se apoyaban en la pared. En la parte superior de cada receptáculo surgían dos aisladores más pequeños, semeando dos cuernos. Podía ver también parte de un tablero con interruptores. Tan solo iluminaba el local una fuerte lámpara pendiente del techo, con un reflector laqueado. El efecto general era altamente decorativo. Sin embargo, muy poco decorativa sería la escena que se desarrollaría en tan dramático escenario.

Había cinco hombres de pie formando un semicírculo en el centro del laboratorio. Entre ellos reconocí a Groom y a Nikolai, este último aún con el brazo en cabestrillo; pero fue el hombre del centro quien atrajo mi atención. Atado a la silla en que se sentaba, vestido con un mono marrón, daba la impresión de un mecánico. Apoyaba la cabeza sobre el pecho y parecía estar inconsciente. Pensé que había sido él quien

había gritado. Pronto sabría por qué. Uno de los componentes del grupo avanzó amenazadoramente, blandiendo en la mano algo que semejaba un bastón pequeño. Vi, mientras el hombre lo blandía, que temblaba, y comprendí que era una porra de goma, el *Totschláger*, o *golpea-hasta-la-muerte* de los nazis y el instrumento persuasivo de muchos interrogatorios de la policía. El hombre de la porra hizo como que iba a descargarla sobre la rodilla del mecánico. La cabeza de éste se levantó hacia atrás y soltó un rugido de terror. Lo entendí todo. Un golpe en la rótula es suficientemente ruin en momentos normales. Cuando el golpe es dado con una porra de goma, el dolor es insoportable. Además, la rótula no queda adormecida con tanta facilidad como otras partes del cuerpo, de manera que a medida que se anda, el dolor se va intensificando. Este instrumento, me explicó un detective de Nueva York, es todavía más desmoralizador para la víctima que muchas de las torturas más refinadas.

El hombre de la porra repitió por dos veces la amenaza de golpear, pero el de la silla se había desmayado y ya no respondía. Otro sujeto dio varios puñetazos en el rostro del mecánico. Le hicieron recuperar el conocimiento y él levantó la cabeza con penoso esfuerzo para evitar los golpes. Nikolai dio un paso al frente y le habló en ixanio. Le vi apuntar amenazadoramente hacia el hombre de la porra. Groom fumaba plácidamente durante el interrogatorio. El mecánico evidentemente, no podía, o no quería contarles lo que deseaban saber, porque Nikolai le golpeó con su mano libre e hizo un gesto al perito en porra, regresando a su sitio. Ese último avanzó nuevamente y, mirando fijamente al mecánico, levantó el brazo. El hombre de la silla se encogió y gritó con voz ronca. Beker, a mi lado, comenzó a respirar fuertemente. Mi mano apretó el revólver en el bolsillo. No pensé, ni me preocupó, si lo que estaba a punto de hacer iba o no contra las órdenes de Carruthers. Sabía tan solo que no podía permanecer allí y oír gritar otra vez al hombre que estaba en la silla. Con el brazo di un empujón a la puerta y ésta se abrió de par en par. Yo penetré en el laboratorio.

Con frecuencia sigo pensando si la exhibición pirotécnica que tuvo lugar tras mi tremenda y dramática resolución puede atribuirse a mi furia ciega o al hecho de que yo nunca en mi vida había disparado una automática. Un poco de ambas cosas, creo. En mi excitación, debí apretar con mucha fuerza el gatillo, porque adorné mi entrada en escena con una especie de descarga de fusilería. Los dos primeros disparos alcanzaron la pared opuesta, el tercero y el cuarto hicieron volar pedazos de cemento del suelo. En el instante siguiente noté un golpe paralizante en la muñeca y la pistola cayó al suelo estrepitosamente. Vi al hombre que había disparado levantando el arma de nuevo, mientras los demás venían en dirección a mí. De pronto hubo una explosión ensordecedora detrás mío y el hombre cayó de bruces en el suelo. Hubiera muerto al instante si Beker no hubiese decidido apoyar mi inútil esfuerzo. Sin embargo, antes de que pudiese disparar nuevamente, otro jugador entró en la partida. De la puerta situada al otro extremo del laboratorio nos llegó el estampido seco de un silenciador, los vidrios se rompieron ruidosamente y la luz se apagó. Beker me agarró el brazo. El recuerdo siguiente más nítido que perdura en mí es el haber tropezado

con una piedra mientras tratábamos de cubrirnos.

—*Vite* —exclamó anhelante Beker, mientras seguíamos adelante torpemente.

Escuchamos unos gritos detrás de nosotros.

—¿Es el Profesor? —dije jadeante, mientras regresábamos a la vereda.

—El Profesor sabe cuidarse perfectamente a sí mismo —me respondió Beker.

Inesperadamente oímos los disparos de la automática de Carruthers en el laboratorio, seguidos de un grito de dolor y del fulgor del fuego intermitente. Ya no nos perseguía nadie. Nos detuvimos y nos quedamos a la escucha. Otro grito llegó a nuestros oídos y percibimos más fuego.

—*Sacré chien!* ¡Qué locura! —murmuraba Beker.

Luego, tras decirme que permaneciera allí para curarme la herida, regresó al laboratorio.

Allí me quedé, y muy agradecido, porque me sentía mareado y la muñeca me comenzaba a doler. Coloqué la mano sobre ella y un espasmo de dolor me sacudió el brazo. Mi mano quedó húmeda y a la débil claridad del cielo aprecié que estaba sangrando abundantemente.

Improvisé un torniquete con el pañuelo y un lápiz para apretarlo y lo apliqué en el antebrazo justo encima de la herida. Me lo até con furia. Me sentía amargamente avergonzado de mi imprudente comportamiento. No era improbable que hubiese estropeado completamente los cuidadosos planes de Carruthers. Traté con gran atención de percibir algún atisbo de vida en el laboratorio, pero nada oí, salvo el agua escurriéndose entre los arbustos. No sabía exactamente cuál era mi posición. Me hallaba en la vereda, pero desconocía en qué punto. Caminé despacio por el camino por el que Beker me había conducido. Unos metros más y llegaría a la cerca. Me detuve y, con bastante nitidez, oí que alguien se movía en los arbustos de enfrente. Me aparté de la vereda, me agaché entre el follaje y esperé. Desarmado, con la muñeca herida y el dolor acrecentándose a cada minuto, no podía hacer nada más. Aquel ruido seguía. Daba la sensación de que alguien se dirigía hacia el portón. Súbitamente, un rayo de luz procedente del techo del edificio hendió los aires. Carruthers —o Groom— había averiguado la manera de accionarlo. Cualquiera que hubiese sido, el área del interior de la cerca se convertía en una zona peligrosa para el lado contrario.

El rayo osciló como un dedo inmenso y comenzó a atravesar los arbustos. Iluminaba una escena siniestra. La neblina que ascendía del suelo, debido a la luz del foco, subía en espiral sobre el brillo de las hojas húmedas como si fuera humo. Enormes mariposas revoloteaban y remolineaban en torno al haz de luz y, en un momento dado, una pequeña lechuza se lanzó al aire, batiendo las alas furiosamente. La luz se inclinó hacia abajo despacio. De repente, la claridad y el estruendo de un tiro rasgaron la oscuridad enfrente mío. La luz se movió algunos metros más y quedó inmóvil.

Allí, iluminado como si estuviese en un escenario, se encontraba Nikolai.

Cuando la luz le descubrió, se agachó y se arrastró hacia un lado. La luz le persiguió. Corría hacia adelante y hacia atrás, pero, aunque algunas veces yo no le consiguiese ver, el hombre del foco ni le perdía de vista. Nikolai debió de comprender que había caído en una trampa sin salida, porque aunque zigzagueaba entre los arbustos, presumiblemente para convertirse en blanco difícil para una pistola, caminaba directamente hacia la cerca, en un lugar próximo adonde yo me escondía. Se hallaba a tres metros de distancia, cuando dudó y, entonces, girándose de improviso, se lanzó irreflexivamente hacia ella. Se encontraba completamente bajo la iluminación del foco, cuando me di cuenta de que se agarraba al hilo superior, preparándose para sortearla. En el momento en que tocó el hilo tuve la impresión de que se quedó rígido, su cuerpo se dobló, sus pies se alzaron del suelo y sus rodillas se plegaron despacio, como si estuviese bajo un peso insoportable. Entonces, inmóvil en esta postura, quedó colgando de la cerca. No hizo ningún otro movimiento. Escuché el leve sonido de un timbre eléctrico en el laboratorio.

La luz alumbró rápidamente las cercanías del edificio y se apagó. Un hilillo seguía brillando todavía pálidamente, cuando oí el arrastrar de unos pasos en la vereda y la voz de Beker llamándome por mi nombre. Me levanté y él me vio.

—Todo bien, Monsieur. La electricidad está ahora desconectada. Venga.

Abrí el portón y nos estábamos aproximando al laboratorio cuando oí la puesta en marcha del motor de un coche, abajo en el sendero.

—Groom —me explicó Beker—. Se escabulló con otro sujeto antes de que conectásemos la cerca. No tiene importancia. No estamos ansiosos por tener que dar cuentas al Consulado británico por su muerte. Pero el coche no arrancará. Tendrán que dar un largo paseo.

—¿Y los otros?

—Nikolai está en donde ya vio usted. El hombre al que disparé está muerto. El Profesor mató a otro cuando intentaba subir la escalera hasta el foco. Tiene el cuello roto —se interrumpió, pero en seguida añadió—: El Profesor es un gran luchador.

—¿Qué le ocurrió al pobre diablo de la silla?

—Creo que está muerto. El corazón débil, seguramente. Aquel tratamiento habría acabado con hombres más fuertes.

Nos encontramos con Carruthers en el pequeño laboratorio, rodeado de documentos. Estaba hurgando en los cajones de un escritorio en un rincón. Se incorporó cuando entramos.

—Nada nuevo —dijo sumariamente—. No encuentro nada. Busqué en las habitaciones, en todos los lugares más probables. Tendremos que volver a basarnos en el plan original —y se dirigió hacia Beker—: ¿Los hombres están allá?

Beker asintió.

—Escúcheme —le interrumpí—, estoy tremendamente disgustado por lo que ha sucedido, Profesor. Creo que no he nacido para esta clase de trabajo.

Miró la expresión crispada de mi rostro y rió disimuladamente.

—Yo no me preocuparía, Casey —dijo—. Yo mismo estuve a punto de estropearlo todo cuando comenzaron sus fuegos artificiales. Consiguió que empezaran a bailar.

—Si no hubiese sido por Beker, quien bailarían sería yo.

El rostro rudo de Beker se relajó en una sonrisa.

—De todas maneras —dijo Carruthers—, ¿cómo tiene la muñeca?

Se la enseñé y examinó el torniquete con ojo profesional.

—Se curará —fue su veredicto—. Pero tendrá que vendarla. Vea si encuentra algunas tiras de algodón.

Carruthers empezó de nuevo su búsqueda. Beker desapareció fuera. Yo entré por una puerta y me encontré en un cuarto con un pequeño compartimiento que se usaba como baño. Descubrí un rollo de gasa en un pequeño estante de hierro esmaltado colgado en la pared y lo llevé al laboratorio. Carruthers estaba inclinado hacia el suelo, haciendo una hoguera con las hojas de papel llenas de anotaciones y cálculos que había descubierto.

—¿Encontró algodón? —me preguntó cuando entré.

Le dije que sí,

—Bueno. Le haré un vendaje.

Me mostró la pila de papeles.

—Los documentos que me interesan no están aquí, pero no quiero correr riesgos. Puede que entre éstos haya algo que podría dar a una persona entendida la pista necesaria —hizo una pausa—. Sabe —prosiguió diciendo—, me siento como un criminal al destruir todo este brillante trabajo —y pensativamente esparció con los pies los restos carbonizados.

—¿Qué hará ahora? —le pregunté.

—¿Se acuerda de que me habló de aquellos exaltados que deseaban destruir la represa?

—Sí...

—¿Qué hay con ellos?

—Bien, les voy a dar la oportunidad de que exploten algo. A cien metros de aquí están seis de aquellos anarquistas exaltados, con cien kilos o más de nitroglicerina y el equipo necesario para producir una explosión. Están deseosos por iniciar el trabajo. Retrasaba el *picnic* para mañana, pero en cuanto supe que Groom comenzaba a desesperarse, decidí que no podía postergarlo por más tiempo. Hace ya tres días que nuestros hombres están en un pueblo al otro lado de la montaña. Antes de salir, Beker les telefoneó para que se situaran en sus puestos inmediatamente. Ahora están colocando la carga en su sitio.

—¿Así pues, usted hará explotar este tabuco?

Asintió solemnemente.

—Sí. No quiero arriesgarme. El explosivo de Kassen no debe tener ni la más mínima posibilidad de sobrevivencia. La copia de Kassen puede estar en cualquier

lugar, pero todo esto de aquí debe desaparecer.

Percibí ruido de pasos contra las piedras y también un murmullo de voces.

—Es mejor salir, ¿no?

—No es necesario apresurarnos. Quisiera retrasarlo hasta mañana, si es posible. No quiero alterar los planes de Toumachin, alarmándole antes de que él se ponga en movimiento.

—¿Y Kassen? La Condesa todavía tiene su copia.

—No permitiremos que huyan con su copia. Toumachin se ocupa de eso.

Comenzó a vendar mi muñeca y se concentró en eso durante algún tiempo. Me dolía mucho. Yo seguía pensando que, a despecho de los planes de Carruthers, el secreto de Kassen estaba tan vivo como el día en que llegamos a Zovgorod. Volar laboratorios no nos iba a ayudar y era una actitud bastante pueril, pensé. Pero empezaba a comprender a Carruthers y no mencioné mis dudas. En cualquier caso, no me sentía muy inclinado a discutir.

Carruthers terminó rápidamente la cura y me dio el rollo de gasa para que lo sujetara mientras lo cortaba. Mi mano derecha nunca fue demasiado firme. Me puse nervioso y dejé caer el rollo. Rodó por el suelo. Repentinamente Carruthers dio un grito excitado. En un instante se arrodilló y comenzó a desenrollar la gasa. Pronto comprendí qué buscaba. A medida que la gasa se iba desenrollando, aparecían tiras de papel. Estaban todas llenas de una minúscula caligrafía.

Carruthers recogió la última y se levantó con los ojos brillándole.

—Lo conseguimos —gritó alegre, moviendo los papeles excitadamente ante mi cara—. Es la segunda copia del procedimiento de acondicionamiento de Kassen.

Tomé los papeles y los examiné atentamente. Tenía razón. La semejanza de esos escritos y los de la caja fuerte de la Condesa era exacta. Un instante después, Carruthers me agarró por el hombro y me encontré bailando con él por el laboratorio. La celebración no duró demasiado. Alguien tosió y una voz seca exclamó en un perfecto inglés:

—Tremendamente divertido, pero me temo que tendré que pedirles que levanten las manos.

En la puerta, mirándonos con una superficial sonrisa en sus retorcidos labios, estaba un hombrecillo de hombros estrechos y cabeza grande. Detrás de él, empuñando pistolas alemanas, se hallaban Marassin, el oficial de ojos redondos y otro hombre uniformado. Podía distinguir a más gente por encima de sus cabezas. Nos quedamos inmóviles y en silencio. Me sentía incapaz de articular palabra. El hombrecillo avanzó hasta el centro de la habitación y se curvó en un saludo ante Carruthers.

—Profesor Barstow, ¿no? Mi nombre es Kassen. Debe de haber oído hablar de mí.

—¿Y quién no? —exclamó Carruthers fastidiado.

Kassen agradeció el cumplimiento con un gesto. Me ignoró y lanzó una mirada

por la habitación. Miré receloso su rostro, pero permaneció inexpresivo cuando topó con el montón de documentos carbonizados. Comenzó a hablar sin ni siquiera girar la cabeza.

—Espero que su visita le haya resultado instructiva, Profesor —sus ojos se clavaron en la venda desenrollada—. ¡Ah, sí, veo que lo ha sido, naturalmente!

Reunió cuidadosamente los papeles que Carruthers había dejado caer, se los puso en el bolsillo y se encaminó hacia el laboratorio de alta tensión, dejándonos bajo la mirada inhumana de Marassin. Este no dijo ni media palabra, pero, mientras yo le observaba, me sacudió una onda de desagradable temor. Solamente un movimiento incesante de los músculos de su barbilla indicaba que él existía. Tenía una apariencia cadavérica que encontré indescriptiblemente repelente. De pronto, Kassen gritó algo y el tercer hombre del trío, el que llevaba una lámpara de mano, fue a su encuentro en el otro edificio. Instantes después, Kassen regresaba. Sus ojos brillaban de odio. Rugió algo a Marassin, en seguida se dirigió hacia Carruthers y le golpeó en la boca. Carruthers permaneció impasible.

—Así pues —dijo Kassen, con la voz trémula de ira—, creyó conveniente torturar a mi asistente hasta matarlo y destruir después mis registros.

—No, Monsieur —respondió Carruthers pausadamente—, eso es trabajo de otra persona.

Kassen se apartó con mirada de descreimiento.

Parecía furioso y yo deseé que Beker no tardara en regresar. Mis ojos buscaron involuntariamente la ventana. Los ruidos habían cesado y pensé que los anarquistas habían levantado el campamento. Debió leer mis pensamientos, porque dejó escapar una carcajada casi imperceptible.

—No debe esperar ayuda del otro miembro de su expedicioncita —dijo—; tuvimos la suerte de encontrarlo en la carretera —se volvió hacia Marassin—. Mande traerlo aquí.

Marassin dio una orden por encima de su hombro y oímos un carraspeo afuera. Perdí la esperanza. Con Beker capturado, estábamos perdidos. Entraron dos soldados. Entre ambos se encontraba el dueño de la porra de goma. Era el hombre que había escapado con Groom.

—Cachéenlo —ordenó Kassen.

La porra fue la primera cosa que apareció. Kassen la sopesó con la mano pensativamente durante unos instantes y en seguida se dirigió a Carruthers.

—Un arma excelente, Profesor. Quizás le sorprenda conocer que poseo un sentido extraordinario de justicia poética. Si el pobre Vasa estuviese vivo, seguramente se la dejaría manejar —se encogió de hombros—. Pero como no lo está, tal vez al coronel Marassin le encante hacerlo.

Se giró hacia Marassin, el cual dio un paso al frente. Los músculos de su barbilla se seguían moviendo, pero ahora sus ojos brillaban extrañamente. Entregó su arma a su compañero de ojos redondos, tomando la porra de las manos de Kassen.

—Hay que atarlos —dijo.

Nos encontrábamos en apuros. Si negábamos conocer al sujeto de la porra, empezarían a buscar a Beker. Si no decíamos nada, pasaríamos un mal rato. El caso es que había un factor decisivo: moriríamos de todas maneras, pero, mientras no capturasen a Beker, podíamos contar aún con una pequeña probabilidad de salvación.

Nos sujetaron, nos hicieron sentar y nos ataron a las sillas. Las ataduras me causaban dolor en mi muñeca, pero conseguí permanecer callado. Nada podía ganar, y quejarme era una invitación a la tortura. El dueño de la porra, imaginándose sin duda lo que iba a ocurrir, sollozaba y suplicaba incesantemente, pero fue tratado de la misma forma. Marassin blandió la porra amenazadoramente.

—Creo que deberíamos empezar por el dueño —dijo Kassen.

Marassin avanzó hacia el gimoteante ocupante de la silla, a mi lado, levantó la porra y la dejó caer pesadamente sobre los hombros del hombre. Este gritó y sentí crujir sus huesos. Hubo una pausa; después Marassin blandió de nuevo la porra. Kassen levantó la mano.

—Por favor, coronel —pidió en francés—, yo no tengo el estómago de sus militares. Además, he pensado en una mejor manera de acabar con estos hombres. Supongo que han de ser eliminados, ¿no? ¿No es eso lo que desea la Condesa?

Marassin pronunció una o dos frases ininteligibles en su monótono tono.

Kassen balanceó la cabeza comprensivamente.

—No habrá fallos, coronel.

Habló en ixanio durante algunos momentos y, precedidos del hombre de la linterna, fuimos conducidos hacia el laboratorio de alta tensión.

Observado éste desde el interior, ofrecía una apariencia aún más grotesca. Kassen fue directo a los interruptores, encendiendo una docena de poderosas lámparas. El asistente, retirado de la silla probablemente por Carruthers y Beker, estaba tendido en el suelo. Le habían rasgado la ropa cerca de la rodilla, quedando expuesta una zona sanguinolenta.

Siguiendo las órdenes de Kassen, nos obligaron a sentar contra una de las paredes vacías. Luego, él se alejó para poner en movimiento una gran rueda en el extremo final del laboratorio. Oí la exclamación de Carruthers y, mirando hacia arriba, vi que los dos globos de cobre colgados del techo comenzaban a descender lentamente. Excepto por el rugir de la bobina del engranaje, reinó el silencio hasta que los globos quedaron cerca del suelo. Kassen regresó junto a nosotros.

—El ambiente debe de serle familiar, Profesor —dijo afablemente—. Por supuesto no tan grandioso como en el que usted ha trabajado, pero los mejores cerebros científicos siempre han conseguido arreglárselas con un equipo mediocre. No necesito laboratorios de millones de dólares para complementar mi capacidad.

—Se ha expresado muy bien —dijo Carruthers tranquilamente.

Kassen sonrió.

—Estoy satisfecho, Profesor, de que se lo tome todo con tanta filosofía. En

realidad, lamento que no tengamos tiempo suficiente para discutir profundamente mi último trabajo. Le advierto que logré cambios de estado y polimeraciones en la estructura de ciertas sustancias. Me gustaría contarle también como conseguí establecer lo que voy a llamar, por falta de una expresión más adecuada, suspensión coloidal de la proporción de átomos en esas sustancias; pero debo suplir este placer por otro muy diferente. Voy a matarle. Cometió la impertinencia de meterse en lo que no le importa. Fue advertido. No hizo caso. Por esto, usted y sus estúpidos amigos deben morir. Sufirán una muerte rápida, pero con cierto período de anticipación. En resumen, pretendo descargar un millón de voltios en sus cuerpos. El Profesor comprende lo que voy a hacer; pero en honor de Mr. Casey —se inclinó hacia mí—, antes realizaré una demostración para que él pueda sentir las mismas sensaciones estimulantes.

Una docena de respuestas afloraron a mis labios, pero Carruthers nada dijo y creí más oportuno seguir su ejemplo. Me consolé al pensar que Beker ya no podía estar muy lejos.

Kassen fue hacia el tablero de interruptores y accionó dos de los grandes.

—Los condensadores se están cargando —nos informó—. Dentro de unos instantes oirán cómo comienzan a funcionar las turbinas por las vibraciones de la corriente.

Escuchamos en silencio. Marassin permanecía inmóvil a nuestro lado. Los demás hombres parecían interesados. Muy débilmente, al principio, llegó a nosotros un rumor desde las hileras de receptáculos. Se sucedieron unos dos minutos. En este tiempo, el rumor se transformó en un zumbido sonoro y furioso. Entonces noté que un brillo azul contorneaba cada uno de los dos globos de cobre.

—Ionización del aire —nos explicó Kassen.

El brillo azul se intensificó y se extendió. Experimenté una sensación casi agradable encima de mi cabeza. Mi cabello parecía erguirse. Kassen se balanceaba como impulsado por una leve brisa. Súbitamente, el zumbido aumentó hasta el semitono de diapason. Inmediatamente escuchamos un estallido ensordecedor, como el de un gigantesco látigo, y entre ambos globos surgió, durante unos segundos, una enorme llama blanca y azul. Simultáneamente, los interruptores del tablero saltaron con estrépito. El aire quedó saturado de un inusitado olor acre.

—Este olor, Mr. Casey —dijo Kassen—, se debe principalmente al ozono. También hay un poco de ácido nítrico producido por el arco. Un espléndido espectáculo, ¿no? —hubo una pausa—. Ya que hemos conseguido la expectación de nuestro auditorio, pasaremos al segundo acto —añadió agoreramente.

Nos levantaron de las sillas otra vez y nos colocaron entre los dos globos. El sujeto de la tercera silla estaba medio consciente y su cabeza oscilaba de un lado hacia otro mientras lo levantaban. El espacio entre los dos globos era pequeño y nuestras sillas se tocaban. Le oí quejarse bajito.

—¿Y ahora, Carruthers? —murmuré.

—Esperemos a Beker —replicó, pero noté que su boca permanecía cerrada de una manera no usual.

Marassin explotó en una palabrería excitada y Kassen respondió con algunas palabras.

—Nuestro amigo el coronel empieza a impacientarse. No podemos decepcionarle —dijo.

Se dirigió de nuevo al tablero y ya iba a accionar los interruptores cuando se nos presentó una prórroga inesperada. Se produjo una súbita conmoción afuera y la Condesa irrumpió en el laboratorio.

Echó una ojeada en torno suyo, nos vio y se volvió imperiosamente hacia Kassen.

—Me han dicho que Kortner telefoneó a la central de electricidad para comunicar que el foco estaba siendo usado. ¿Cuál es la explicación?

—La explicación son esos hombres, mi querida Magda —respondió él en tono conciliador—. Marassin y yo les descubrimos cuando estaban saqueando el laboratorio. Torturaron también a Vasa, para obtener la información que él no poseía. Está muerto. Como deferencia a la ciudadanía americana de Mr. Casey, estaba a punto de electrocutarlos. El coronel Marassin me explicó que están condenados a muerte.

Ella nos miró rápidamente. Vi a Carruthers sonreír levemente. Parecía dudar. En seguida se recuperó... Iba a salir cuando se volvió hacia nosotros, presa de furia.

—Le advertí, Profesor. Le advertí, Mr. Casey. No quisieron seguir mis instrucciones y tendrán que sufrir las consecuencias.

Temblaba de rabia. En aquel instante me di cuenta de cómo era realmente: fanática y no muy sana mentalmente. Se controló con un tremendo esfuerzo y se dirigió a Kassen.

—¿Falta algo?

Kassen parecía intimidado.

—No, querida. Nada salvo algunas relaciones que quemaron —murmuró.

—Entonces consuma la ejecución.

Dio de nuevo la vuelta para salir. Kassen caminó hacia los interruptores. Marassin se estaba apartando y saludaba rígidamente, no sé si despidiéndose de la Condesa o en deferencia a nuestra próxima muerte, cuando de repente la puerta del laboratorio que se hallaba a nuestra derecha se abrió violentamente, y una salva de tiros fue descargada. Vi caer a Kassen y a tres de los otros hombres, entre ellos al oficial de ojos redondos.

Marassin se batió en retirada atrayendo a la Condesa hacia la puerta que se abría detrás de él, contestando al fuego desde el exterior, mientras huía. Siguió otra rociada de tiros y los dos sujetos que quedaban, los cuales disparaban salvajemente contra un blanco invisible, rodaron por el suelo. Marassin, sin embargo, estaba ileso y había desaparecido. Beker corrió hacia dentro, seguido de cinco campesinos esqueléticos de feroz apariencia, portando rifles. Tres de ellos apuntaron en dirección de la Condesa y

Marassin. Los otros dos tomaron posesión defensiva junto a la puerta.

Beker nos libró de las cuerdas. Debí delirar un poco, porque me alteró sobremanera el aceite que se escurría hasta el suelo desde un agujero de bala en los condensadores de alta tensión. Nadie me prestó la menor atención. Carruthers se inclinó sobre Kassen, aparentemente bien muerto, así como el hombre de la silla, golpeado varias veces en la cabeza.

Los tres acompañantes de Beker regresaron desanimados, informándonos de que la Condesa y Marassin habían escapado en coche. A continuación, comenzaron a rebuscar en los cuerpos.

—¿Tiene un fósforo? —preguntó Carruthers.

Beker le enseñó una caja.

—Encienda uno, Beker.

Beker obedeció, asegurándolo.

Con gran solemnidad, Carruthers sacó de su bolsillo un puñado de papeles y los acercó al fósforo. Las llamas comenzaron a lamerlos. Sujetó los papeles por un extremo hasta que se quemaron, destruyendo el resto con los pies.

—Ahora solo queda su trabajo —dijo a Beker.

El otro asintió.

Minutos más tarde, Carruthers y yo bajábamos por la montaña en dirección al coche sabotado de Groom. Éste, evidentemente, había soltado al hombre que habíamos atado, porque no lo encontramos por ninguna parte.

Carruthers volvió a colocar la pieza que sacó al motor, el cual comenzó a funcionar normalmente. Subimos al coche.

—Esperemos un minuto —dijo Carruthers.

Aguardamos en silencio.

La lluvia había cesado y el cielo estaba despejado. El aire era fresco y agradable. Me sentía soñoliento y tan solo el dolor palpitante de mi muñeca me recordaba que no acababa de despertar de una pesadilla. Miré automáticamente hacia el indicador luminoso del reloj de Carruthers. Marcaba las doce y cuarenta y cinco. Dentro de quince minutos comenzaría la revolución en Ixania. Bajo la burlona calma de las estrellas, me parecía algo muy remoto.

Súbitamente oímos un ruido; al instante, el estrépito de una gran explosión sacudió el coche. Una claridad iluminó el cielo por la parte del laboratorio. Carruthers puso el motor en marcha, retrocedió hacia la cantera y aceleró en dirección a la carretera del valle.

—Kassen, su laboratorio y una copia del secreto —murmuró—. Ahora a por la segunda copia.

## 15 — 22 de mayo

Al aproximarse a Zovgorod recibimos la primera notificación de que había estallado la revolución.

Una barricada interceptaba la carretera. Estaba custodiada por una docena o quizá más de campesinos armados, hombres rudos y entrecanos, dos de los cuales saltaron al estribo cuando nos acercamos. Carruthers se sacó del bolsillo una pequeña tarjeta y se la mostró. Fue recibido con gritos excitados y con *bravos*. Nos hicieron paso y seguimos adelante.

En la ciudad todo estaba silencioso, pero, al llegar al centro, comencé a divisar grupos de hombres de pie resguardados a la sombra de las esquinas. Detrás de uno de esos grupos vi la silueta de una ametralladora.

Evitamos circular por la Kudbek y a través de las calles laterales nos dirigimos hacia la casa de la Condesa. A medio kilómetro de la plaza en donde se halla situada, fuimos detenidos por uno de los piquetes. El jefe del grupo se acercó a la ventanilla del coche y nos saludó.

—¿Ha llegado la Condesa Schverzinski? —preguntó Carruthers en francés.

—Hace media hora, Monsieur —fue su respuesta.

—¿Ya se han ocupado de la servidumbre y de los guardias?

Hace dos horas, Monsieur.

—Magnífico. A partir de este momento nadie podrá entrar o salir en esta área sin un pase.

—*Bien*, Monsieur.

Proseguimos.

—Buen trabajo de equipo —comenté.

—Me ha llevado una semana prepararme para cualquier emergencia —me respondió—. No puedo arriesgarme, Casey —siguió diciendo en aquel tono retumbante que reservaba invariablemente para las frases más banales—. Hay mucho en juego.

Aparcó el coche al extremo de la manzana y seguimos a pie. La casa estaba a oscuras, a excepción de un único aposento iluminado en el segundo piso.

—¿Vamos a tomar el mismo camino de la otra vez? —le pregunté mientras nos acercábamos.

—No es necesario que seamos tan informales, ya que no hay ni criados ni guardia de por medio —respondió.

—¿Cómo se le ocurrió que era preciso quitarlos de en medio?

—Póngase en el lugar de la Condesa. Si una revolución le pillase desprevenido, ¿qué haría? Supongo que tomaría lo que fuese de más valor y abandonaría el país.

Esa explicación razonable no me convenció del todo, pero no hice comentarios.

Comprendía que Carruthers siempre consideraba sus increíbles conjeturas como obras maestras de previsión. Pero, conjeturas o no, sus órdenes habían sido cumplidas, porque un reconocimiento minucioso nos cercioró de que el edificio estaba desguarnecido.

Avanzamos hasta la entrada. Enfrente había un Mercedes, con el radiador aún caliente. Dimos un rodeo a la casa. Entonces me acordé de que con el brazo medio fuera de combate no podía encaramarme como en la otra ocasión. Se lo dije a Carruthers.

—No debe preocuparse —me respondió—. Esta noche no vamos a escalar nada.

Le seguí hasta la entrada de servicio, en donde tanteó la puerta. Estaba abierta. Entramos y nos encontramos en la cocina. Carruthers encendió un fósforo.

Todo denunciaba la partida apresurada de la servidumbre. Un paño de cocina y un delantal estaban tirados al suelo. Encima de la mesa, dispuesta para cuatro personas, quedaban los restos de una comida medio empezada. De la cocina pasamos a un pasillo al que daban varias puertas y que acababa junto a una escalera que conducía al primer piso. Nos detuvimos y prestamos atención. Creí oír unos movimientos ahogados arriba.

—Se preparan para marchar —murmuró Carruthers.

No dije nada. Aquella casa me crispaba los nervios. Una vez viajé en un trasatlántico gigantesco, porque a alguien se le ocurrió que daría materia para un buen reportaje. La dio, pero este reportaje nunca fue publicado. La agobiante solidez de los camarotes y de los pasillos desiertos ejercía un efecto profundamente depresivo incluso a los marineros. En consecuencia, escribí algo que podría haber sido el resultado conjunto de Edgar Allan Poe y de George Elliot. Los objetos inanimados, cuando carecen del calor de los seres humanos para los que fueron creados, me revelan un curioso aire de tragedia. Había experimentado esta misma sensación en un teatro vacío, y ahora, mientras seguía en la oscuridad de aquella antigua casa con Carruthers, me sacudió de nuevo. Traté de imaginarme lo que había sucedido allí aquella noche: los guardias, sorprendidos en sus puestos ante la presión de los cañones de las armas y por las amenazas proferidas; el dueño del delantal, que lo arrojaba al suelo mientras se apresuraba a obedecer la orden de dejar el *goulash*, ahora frío y gelatinoso en los cuatro platos, el registro rápido y metódico en la casa y, en seguida, la orden brusca de abandonarla. Mientras alejaba impacientemente estas imaginaciones, se me ocurrió una pregunta.

—¿En dónde está el Príncipe Ladislaus? —susurré.

—Partió hacia Belgrado hace seis horas. Fue muy sensato.

Quedé sorprendido. El Príncipe no me había dado la sensación de ser muy listo. Se lo dije a Carruthers. Se rió entre dientes.

—Fue advertido. No podíamos correr el riesgo de que se quedase en el país. En su condición de líder del partido aristocrático tendría que ser fusilado. Eso provocaría problemas al nuevo Gobierno. Tiene relaciones poderosas en el extranjero.

—Habrá avisado a la Condesa.

—No tuvo tiempo.

Me sujet  el brazo, pidiéndome silencio y comenzamos a subir las escaleras. No conseguí distinguir nada. Cont  nueve escalones hasta que llegamos a una puerta colocada formando un extraño ángulo en la pared. Carruthers me tom  la mano derecha y me la levantó por encima de mi cabeza. Mis dedos tocaron madera. Not  que ten  forma de cuña y deslicé la mano hacia arriba y hacia abajo. Entonces me di cuenta de que nos encontrábamos debajo de la escalera principal que llevaba del vestíbulo a los pisos superiores y que se hallaba detrás de la puerta usada por el servicio. Carruthers se adelant  y vi su silueta cuando la puerta se abrió ligeramente.

Aguardamos all  durante cinco minutos. Las horas de mayor oscuridad ya habían pasado y gracias a la puerta entreabierta los objetos comenzaban a adquirir forma. Tenía frío, mi muñeca me dolía y estaba hambriento. Pero antes que nada deseaba beber.

Transcurrió algún tiempo sin que oy ramos más ruidos encima; de pronto se abrió una puerta y escuchamos pasos sobre nuestras cabezas, como si alguien comenzase a bajar las escaleras. Los pasos llegaron hasta el vestíbulo y siguieron adelante con un taconeo contra el suelo. Otra puerta fue abierta y todo qued  silencioso de nuevo. Inmediatamente, la puerta situada enfrente nuestro se abrió despacio y vi la figura de Carruthers lanzarse adelante.

Entramos en el vestíbulo. Un haz de luz se escapaba de una puerta medio abierta en un extremo. Carruthers se dirigió hacia all  sin prisas. Nos detuvimos cerca de la puerta. Del interior llegaba un rozar de papeles. Vi como Carruthers levantaba la automática, avanzaba y abrió la puerta de golpe.

Estábamos en el despacho de la Condesa y ella era quien lo ocupaba. Se hallaba de pie cerca de la caja fuerte, aún vestida de calle. Tenía en la mano un fajo de documentos. Una pila de papeles carbonizados en la chimenea explicaban lo que había estado haciendo. En el momento de entrar nosotros, otro grupo de papeles vol  de su mano al suelo. No volvió la cabeza.

—Entren —dijo distraídamente.

Obedecemos. Carruthers apuntaba el arma.

—Le esperaba, Profesor —observó, mientras arrojaba el resto de los papeles al fuego.

Yo sent  un estremecimiento, pero Carruthers permaneció impasible.

—La perspectiva de Madame merece mil elogios —dijo cordialmente—. Supongo —a nadi  en seguida— que ya sabe por qué estamos aquí.

Se gir  y se nos quedó mirando sonriendo. Era como si estuviera concediendo una audiencia al embajador de un país amigo.

—Desde luego, Profesor desde luego —respondió—. Lamento que no podamos atender su petición.

Carruthers frunció el entrecejo.

—¿Nosotros?

—El coronel Marassin está detrás de ustedes.

Experimenté una amarga sensación de miedo. Habíamos caminado directamente hacia una trampa. Al final, seríamos vencidos por un hombre y una mujer dentro de una casa rodeada por amigos. Fuimos unos ingenuos al suponer que podíamos medir nuestras fuerzas con esta clase de gente.

—El coronel Marassin puede atenuar su deseo de matarles si usted da un paso al frente muy despacio y guarda la pistola —le dijo la Condesa en francés.

Carruthers dejó caer el brazo y el arma le fue arrebatada.

Marassin avanzó por la habitación hasta colocarse junto a la Condesa.

—Mi hermano —prosiguió diciendo ella afablemente— me dejó un mensaje antes de su forzada partida. Parece ser que la ciudad está en manos de fuerzas rebeldes.

—Alguien habrá tenido un descuido —murmuró Carruthers—. Pero su información es correcta, Madame.

Ella suspiró.

—A veces, las cosas más pequeñas deciden el destino de las naciones. Si yo no hubiese sido llamada al laboratorio habría recibido el mensaje a tiempo de advertir a las tropas de Grad y Kutsk para que se hicieran cargo de la situación. Supongo que ahora eso es imposible, ¿no?

—Zovgorod está incomunicada del resto del mundo desde hace una hora, Madame.

Aceptó la noticia sin discutir.

—Fue lo que pensé. Después de todo tengo un gran consuelo. El Gobierno de los campesinos parece tener un cerebro más organizado que el de los estúpidos demócratas que derrocaron la monarquía. Grad y Kutsk fueron buenas ideas.

Carruthers se inclinó ligeramente.

—Madame es muy amable.

Ella arqueó las cejas.

—¿Y ahora? —le miró penetrantemente—. Debí habérmelo imaginado. Usted posee cualidades no usuales en un profesor. Me doy cuenta de que le subestimamos. Cierta vez pensé en ello, pero el Coronel Marassin me aseguró que era usted tan estúpido como aparentaba. Le confieso, sin embargo, que aún estoy un poco asombrada. Los fabricantes de armas generalmente no alcanzan su meta apoyando los movimientos radicales. Fomentan formas más agresivas de dictadura.

—Tiene usted la razón —respondió Carruthers—. Me temo, Madame que soy un incomprendido. Mr. Groom también cayó en el error de juzgarme por la apariencia.

—¿Entonces para quién trabaja, Profesor?

Sorprendí una mirada distante en el rostro de Carruthers.

Parecía haber perdido toda la confianza en sí mismo. La Condesa esperó en vano la respuesta. Al fin desistió.

—No importa —exclamó. Pero, dígame, ¿en dónde está Groom ahora?

Carruthers recobró un poco la confianza en sí mismo.

—Mr. Groom está en este instante vagando en la oscuridad camino de Zovgorod. Mr. Casey y yo usamos ahora su coche.

—Así pues —dijo ella pensativamente—, ¿no se llevaron nada del laboratorio?

—Nada, Madame. El laboratorio, sin embargo, ya no existe. Algunos exaltados estaban deseosos por volar la central eléctrica, pagando con la misma moneda la indigna acción del coronel Marassin al asesinar tan estúpidamente a Andrassin. Por suerte, otra parte más responsable del Partido de la Juventud Campesina ha podido desviar la empresa hacia canales más inofensivos. El laboratorio ya no existe, ahora no es más que un gran agujero en el suelo.

Habló en francés, sin duda pensando en Marassin. Un leve movimiento de los labios del hombre demostró que había acertado de lleno. La Condesa palideció, pero no aparentó ninguna otra emoción mayor.

—¿Murió alguien? —preguntó con calma.

—A causa de la explosión, Madame, no creo. Pero en la confusión que siguió a la tentativa del Coronel de preparar una ejecución, un civil llamado Kassen fue baleado mortalmente.

La sentía respirar profundamente. Miró a Marassin. La cara de éste permanecía inexpresiva. La mano que sujetaba la pesada automática no se movió ni siquiera una pulgada. Sus ojos nos miraban sin pestañear.

—Comprendo —exclamó la Condesa finalmente.

Caminó hacia la ventana y permaneció allí durante unos instantes, mirando a través de la oscuridad. En seguida dio media vuelta hacia nosotros.

—En realidad, ¿cuál es su intención? —preguntó.

—Impedir el uso del descubrimiento de Kassen y destruir toda evidencia de su existencia —respondió Carruthers rápidamente.

—¿Por qué?

—Para proteger la civilización, Madame —dijo Carruthers, un tanto afectadamente, en mi opinión.

Ella profirió una exaltada exclamación.

—Habla como un político. ¿Qué significa eso de civilización? Una conspiración de mediocridad. ¿Qué ventajas se obtienen del barbarismo? Lo que hicieron fue volver la vida un poco más confortable para sus cuerpos repugnantes y mil veces más desconfortables para el espíritu. Inventaron virtudes como la humildad y la misericordia, porque la mayoría es humilde y débil y teme a los que son más fuertes. Porque el esclavo deseaba la debilidad del amo, creó supersticiones morales para dominarlo: «Todos los hombres son iguales a los ojos de Dios». He aquí la locura tiránica de la impotencia animando a los hombrecillos que se arrastran por la tierra a pedir a los que viven arriba que bajen y compartan el aire impuro de la democracia, o de lo contrario se exponen a perder sus almas inmortalles.

Las últimas palabras parecían quemarle en la boca y casi fueron escupidas.

—¿Debemos entender que en su esquema de cosas, Ixania está en la cumbre? —le preguntó Carruthers.

—Ixania es una nación pequeña. Usted, Profesor, no pertenece a una nación pequeña, ni usted, Mr. Casey —añadió, resaltando por primera vez mi presencia—. Por esto ustedes no saben los que esto significa. Sin colonias, sin recursos naturales, con el dinero justo para afrontar las necesidades más básicas, luchamos para subsistir. Hace muchos años que no se edifica en Ixania, los campesinos mueren de hambre, la población decrece, nuestras explotaciones disminuyen. Necesitamos capital y no lo tenemos. Nuestra pobreza la provoca el hecho mismo de ser independientes. Nuestro territorio ya habría sido anexionado hace tiempo por algunos de los países más poderosos si contásemos con una buena renta. Llegó el momento en que Ixania debe tomar por la fuerza lo que quiere o morir de hambre. Un milagro nos procuró los medios. Usted, miembro de un país que siempre tomó por la fuerza lo que deseaba, con sus absurdas nociones de la santidad de la vida humana destruyó esos medios. Tiene mucho por qué pagar.

—Si los campesinos fueran robustos y estuviesen bien alimentados, si la población creciera, si prosperasen los negocios y fructificara el dinero, tendrían aún ansia de conquistas —respondió Carruthers—. Ixania es improductiva, porque así la han hecho. Sus hombres de negocios chupan la sangre vital del país, de modo que nada queda para alimento del cuerpo. Sus suelos están en gran parte sin cultivar porque los ricos, que deberían fertilizarlo, mantienen un Ejército tan innecesario como inadecuado desde el punto de vista defensivo. Creo que el Gobierno campesino cambiará este estado de cosas. Cometerán errores, es cierto, pero nunca la equivocación de creer que una guerra pueda producir alguna cosa, a no ser destrucción y miseria. Cierta hombre, por el que he perdido todo respeto, se refirió a usted como una patriota. Patriotismo a altas esferas es el otro nombre de la ambición personal, deshonestidad intelectual y avaricia.

La Condesa no parecía haber escuchado. Movi6 la mano despacio y con impaciencia.

—En otras circunstancias —dijo—, podría encontrar divertida esta discusión. Siento tener que abandonarles ahora. El coronel Marassin está ansioso por matarles. No me interesa lo que pueda sucederles.

Cruzó unas rápidas palabras con Marassin, el cual respondió con dos monosílabos estridentes y apuntó con la automática sugestivamente. Se giró hacia nosotros.

—El Coronel está impaciente. Discúlpenme.

Iba a pasar por delante de nosotros, cuando Carruthers la detuvo.

—Puesto que nos van a matar a sangre fría, Madame —le dijo pausadamente—, creo que la costumbre nos otorga pedir un último deseo.

—¿Cuál es, Monsieur?

Era obvio que tenía prisa.

—Que nos enseñe la copia del procedimiento de acondicionamiento de Kassen que tiene en su poder y la queme en nuestra presencia.

Mi corazón dio un brinco. La fatuidad de esa tentativa de obtener un aplazamiento era penosamente evidente. Traté de imaginarme que en dos minutos una bala me haría saltar la tapa de los sesos. Marassin probablemente tenía una infalible puntería. Me consolé pensando que por lo menos no padecería. Me gustaría saber cómo sería recibida la noticia en el despacho del *Tribune* de Nueva York.

—Usted comprenderá que su petición es absurda —dijo la Condesa.

—Considérelo, Madame —dijo Carruthers ansiosamente—; creo que aún no se ha dado cuenta de su posición. Esta casa está cercada por gente armada. Si logra cruzar el cordón de aislamiento, no ganará gran cosa. Nadie podrá salir de Zovgorod durante las próximas doce horas sin un visado de Toumachin.

—Agradezco la información, Monsieur —respondió tranquilamente—. Pero me temo que un grupo de campesinos estúpidos no será capaz de alterar mis planes. En cuanto al secreto de Kassen, Profesor, he de llevármelo conmigo y nadie me lo impedirá. La envidia de los estúpidos siempre destruyó a los grandes hombres, pero la obra de esos grandes hombres les sobrevivió. Mataron a Jacob Kassen, el hombre más brillante que este siglo ha producido, pero su trabajo también le sobrevivirá. Eso se lo garantizo.

Un atisbo de esperanza se apoderó de mí cuando noté que mientras la Condesa hablaba, Carruthers se había desplazado a la derecha, de manera que ella se encontraba ahora entre él y Marassin. Este no podía disparar sin temor a alcanzar a la Condesa. Le vi moverse dudoso para apuntarnos desde un ángulo diferente. Carruthers le atacó en una fracción de segundo en que se hallaba fuera de guardia. Abriendo la boca como si fuese a responder, Carruthers se agachó súbitamente y se arrojó en vuelo rasante contra las piernas de Marassin. Marassin hizo fuego dos veces y una lluvia de revoco se desprendió del techo sobre mí mientras los dos rodaban por el suelo, luchando desesperadamente. Yo, lamento decirlo, quedé tan sorprendido que, por un instante, me sentí paralizado, incapaz incluso de pensar. Escuché un susurro junto a mí y entonces me acordé de la Condesa. Antes de que pudiese hacer algo, ella ya había apagado las luces y cruzaba la puerta. Oí girar la llave en la cerradura cuando agarraba el pestillo. Del otro extremo de la estancia llegaba un ruido de lucha encarnizada, mientras yo buscaba con desespero el interruptor. A la débil luz que llegaba de la ventana vi momentáneamente a los dos hombres abrazados levantarse y caer nuevamente al suelo. Un coche arrancó frente a la casa. En ese instante mis dedos tocaron con el interruptor y lo accioné. Las luces se encendieron y vi a Carruthers de pie, tambaleándose, empuñando la automática de Marassin. Un segundo después vi a Marassin, con el rostro ridículamente alterado por la ira, coger una estatuilla de bronce de encima del escritorio y levantar el brazo para arrojarla. Grité para advertir a Carruthers, pero antes de que cualquier sonido saliese de mi garganta, él ya había disparado dos veces.

Por un instante Marassin pareció quedar petrificado. El brazo medio levantado se mantuvo así durante unos segundos. En seguida comenzó a toser levemente y el brazo bajó sin fuerza. La estatuilla cayó al suelo con estrépito. El hombre se dobló a su lado.

Carruthers miró a Marassin unos instantes, luego miró hacia mí. Estaba jadeante y se pasaba la lengua por los labios febrilmente.

—¿Se siente bien? —le pregunté.

Me indicó que sí.

—¿A dónde ha ido ella?

—Cerró la puerta. Mientras estaban caídos en el suelo, oí partir su coche. No debemos preocuparnos: no conseguirá ir muy lejos.

Guardó la automática en su bolsillo y caminó hacia la ventana.

—Salgamos por aquí. Puede saltar sin valerse del brazo. Esa mujer es capaz de sortear cualquier obstáculo y no me sentiré tranquilo hasta que vea quemar por mí mismo esta última copia.

Se encaramó en la ventana y dio un paso hacia el balcón. Echó una última mirada a Marassin, ahora inmóvil. Le seguí y un minuto después estábamos corriendo como si toda la Sociedad del Puño Rojo nos persiguiera.

Al llegar al coche de Groom me sentía considerablemente más animado. Carruthers ya lo había puesto en movimiento cuando me arrellané satisfecho en el asiento a su lado.

Nos detuvimos unos instantes al pasar junto al piquete. No fueron necesarias explicaciones. Un hombre se estaba sujetando el brazo roto; otro estaba caído en el paseo, con un mal golpe en la cabeza. La Condesa había dirigido el Mercedes directamente contra el cordón de aislamiento. No tuvieron tiempo de apartarse. El jefe me informó que ella se había adentrado por la calle que llevaba a la salida occidental de la ciudad.

Carruthers aceleró y nos arrojamos en su persecución. Llegamos a la barricada de la carretera occidental cinco minutos después. Nadie había visto a la Condesa ni a su coche.

—Habrá dado un rodeo —dijo Carruthers, mientras dábamos media vuelta—. La carretera más próxima hacia la frontera está al Sudeste y creo que ella tomará mejor este camino que el de Grad o Kutsk. Tengo entendido que esta carretera llamada del Sudeste no es mejor que un paso de ganado y discurre por la parte montañosa del país. La lluvia la habrá cortado por varios lugares, pero quizás se haya decidido a correr el riesgo. De cualquier modo, nos lleva una buena ventaja y no podemos hacer nada si no es confiar en un golpe de suerte. Iremos por la carretera del Sudeste.

Partimos de nuevo a gran velocidad para atravesar la ciudad. Contábamos con la desventaja de tener que evitar el centro, puesto que Carruthers insistió en que cuanto

menos jaleo hubiera en esta parte, mejor sería para los planes de Toumachin. Por cierto que nuestra carrera era excitante. El coche de Groom era muy veloz y Carruthers conducía como un as del volante. Los neumáticos rechinaban casi continuamente mientras rodábamos por las estrechas calles de los alrededores de la ciudad. En doce minutos, según marcaba el reloj del cuadro de mandos, llegamos a las barricadas de la carretera del Sudeste.

A la luz de los faros vimos confirmadas nuestras suposiciones. Los caballetes estaban siendo colocados en su antigua posición en medio de la carretera. Muchos de ellos estaban rotos. Mientras nos aproximábamos, Carruthers disminuyó la marcha y guiñó los faros cinco veces.

Los hombres de la barricada dejaron caer los caballetes que cargaban y se agruparon a un lado de la carretera. Fuimos saludados con un coro de gritos y varias manos señalaron aguadamente la dirección que llevábamos. Nos lanzamos a través del espacio que quedaba al lado de la barricada y aceleramos nuevamente.

—Habría dado un rodeo —dijo Carruthers mientras llegábamos una vez más a la máxima velocidad—. No habrán pasado más de diez minutos desde que embistió aquella barricada.

Parecía que volábamos. Al principio, la carretera estaba normal, pero tan pronto como empezamos a subir por la falda de la montaña comenzaron los problemas. La carretera se iba empinando gradualmente, sobre colinas pequeñas y agudas, seguidas de trechos en superficie plana. Era difícil considerar si eran peores las colinas o la planicie. En las primeras bailábamos sobre la carretera y derrapábamos peligrosamente. En la planicie nos hundíamos en pequeños charcos de barro, que con frecuencia nos amenazaban con atollarnos cuando quedábamos atrapados en ellos hasta los ejes. En ciertos momentos casi era imposible seguir la carretera, pero el cielo se iba aclarando y pasado algún tiempo pudimos apagar los faros, ya que éstos, proyectando sobre el suelo, eran más un obstáculo que una ayuda, especialmente cuando se trataba de seguir la carretera en lo que más bien parecía un campo arado y regado. Las únicas viviendas que divisamos fueron un grupo de cabañas de piedra en la base de uno de los declives. Rodamos por algún tiempo por una campiña ondulada, sorprendiendo en el camino algunas cabras monteses muy flacas.

No había ninguna señal de nuestra presa, y era difícil que encontrásemos alguna, ya que la ondulación del terreno escondía la carretera algo más de cien metros. Con los faros encendidos, seguimos planicie adelante durante unos veinte minutos. En seguida, la carretera marcaba una curva acentuada hacia arriba y modificaba sensiblemente su trazado. Las piedras sustituían al barro. Carruthers aumentó la velocidad, a pesar de los rebotes. Apretando la espalda contra el respaldo y los pies contra la rampa del suelo, sentía mi vida pendiente de un hilo mientras avanzábamos. En algunas curvas aterradoras, el *camber* de la rueda se deslizaba hacia el lado contrario en laderas de un desnivel de diez a veinte metros. Carruthers conducía extraordinariamente bien y solo disminuimos la velocidad una vez para aflojar la

marcha en una curva suicida.

El radiador se calentó mucho, antes incluso de que llegásemos al punto más alto de la carretera, pero lo conseguimos.

Luego venía una larga pendiente. Tras una hora aproximada de camino, divisamos el Mercedes por primera vez. Un diminuto puntito de luz parecía oscilar enfrente nuestro en la oscura masa de la montaña, borrosamente recortada contra el azul oscuro del amanecer. Recorría lentamente una carretera en diagonal con la montaña, y pensé que estaría subiendo una espiral semejante a la que acabábamos de dejar. Se lo indiqué a Carruthers, quien se mostró de acuerdo.

—No podemos calcular a qué distancia se encuentra —dijo—. Nos parece que va despacio a causa de la distancia, aunque es posible que la carretera esté en malas condiciones para correr. De cualquier manera, solo nos queda una hora y media de camino para llegar a la frontera, si vamos aprisa. No olvide que estamos atravesando el mayor desfiladero de Ixania. Tenemos que alcanzarla pronto.

Estábamos subiendo otra vez, y la luz desapareció de nuestra vista. Si Carruthers conducía antes aprisa, ahora lo hacía como un demente. Cerré los ojos y me agarré con fuerza. En un momento determinado tuve la sensación de que nos decantábamos en una curva y acabé por decidir que después de todo importaba lo mismo que tuviese los ojos abiertos.

Dos minutos más tarde, al aproximarnos, me di cuenta de que habíamos sufrido una ilusión respecto a la montaña al localizar el Mercedes. No era tan alta como nos había parecido y la carretera discurría por la ladera. La marcha atenuada del Mercedes no se debía ni a la distancia ni al declive en espiral, sino a una larga curva que la rodeaba.

El Mercedes había estado resiguiéndola y lo que habíamos visto fue el reflejo de sus luces traseras.

Evidentemente Carruthers había llegado a la misma conclusión.

—Llevamos una diferencia no mayor a tres minutos —le oí murmurar.

El camino había mejorado, aunque Carruthers tuviese que prestar atención para evitar los pedruscos que se desprendían de los taludes y cubrían la carretera en algunos tramos.

Cuando llegamos al final de la curva de la montaña, el cielo se había aclarado considerablemente. Enfrente nuestro se abría un profundo paso entre dos picos enormes, cubiertos de nieve apenas visible a la pálida luz de la luna, desvaída tras una barrera de nubes. Debajo, la carretera que llevaba el paso zigzagueaba sobre un precipicio. A medio camino estaba el Mercedes, rodando despacio. Comenzamos a descender.

Subir una montaña a pie o en automóvil es siempre más fácil que bajarla. Los siguientes quince minutos vivimos en una continua expectación de muerte. Llegué a pensar que encontrarse ante un revólver era una situación infinitamente preferible a la que me encontraba ahora. Carruthers dejaba el coche libre en los declives, frenaba

cuando nos acercábamos a las curvas y se deslizaba por ellas apenas con las ruedas laterales. En cierto momento tuve la impresión de que la rueda izquierda trasera había quedado pendiente en el precipicio y que oscilábamos peligrosamente. Sin embargo, Carruthers consiguió remontarse a la carretera y proseguimos. Al llegar al fondo comprobé que apenas dos curvas nos separaban de la Condesa, y que ésta se estaba arriesgando menos que Carruthers. Tras dos pavorosos minutos, la distancia quedó reducida a una curva y percibimos el exhausto rozar del Mercedes. Comenzábamos a ganar terreno.

El ruido del motor impedía probablemente que ella se percatase de nuestra proximidad, pero debía de haber visto nuestro coche, porque aumentó la velocidad. Comprendí el porqué de la prisa de Carruthers. Si ella conseguía llegar a la recta que llevaba al paso, nunca la alcanzaríamos. El coche de Groom, a pesar de su rapidez, no lograría dar alcance al Mercedes en una recta. Quedaban tan solo dos curvas para llegar al fondo. En la primera, ella no se encontraba a más de veinte metros enfrente nuestro. La tomó con pericia, pero Carruthers, con su táctica de frenar y deslizarse, ganó algunos metros. Cuando nos lanzábamos a la recta en dirección a la última curva, Carruthers tomó la automática de Marassin.

—Así que salgamos de la curva —dijo lentamente—, voy a reventarle los neumáticos traseros.

Los dos coches se dispararon hacia la curva. Era un agudo giro hacia la derecha, con un pico de roca proyectándose sobre la carretera. Oí el rechinar de los frenos del Mercedes y Carruthers se tensó contra el respaldo al tiempo que frenaba. Vi al Mercedes deslizarse y llegar al centro de la curva, cuando de pronto me pareció que la Condesa perdía el control. El Mercedes iba a gran velocidad y, en lugar de completar la curva, se desvió de súbito y se lanzó directamente contra la cuneta. Segundos después volcaba estruendosamente por un terraplén.

Nos detuvimos bruscamente poco antes de la curva, saltamos del coche y corrimos hacia la cuneta.

Durante unos instantes no vimos nada, pero pronto surgió una llamarada unos dieciocho metros más abajo. Cuando conseguimos llegar al fondo del barranco, el Mercedes se había convertido en una masa crepitante. Estaba tumbado de lado, aplastado entre dos rocas. Aunque el calor era intenso, conseguimos acercarnos lo suficiente para darnos cuenta de que la Condesa no se hallaba en el interior. La encontramos a poca distancia.

Carruthers se arrodilló a su lado, levantándole la cabeza. El resplandor del coche en llamas iluminaba dramáticamente la escena. Ella debió morir instantáneamente. Despacio, Carruthers sacó del bolsillo de su chaqueta un fajo de papeles y me los tendió.

—Quémelos, Casey —dijo con voz entrecortada.

Los tomé y caminé en dirección al coche. Algo hizo que mirase hacia atrás, cuando me hallaba a la mitad del camino. Aún de rodillas, Carruthers había levantado

el revólver de Marassin a la altura de su cabeza. De un salto me llegué a él. Quitándole el revólver, lo arrojé lejos, en las sombras.

—Es mejor que los queme usted mismo —le dije.

Con los hombros curvados, se tambaleó en dirección a la hoguera y los arrojó a las llamas. No esperó a que se quemasen. Dio media vuelta y comenzó a subir hacia la carretera. Comprendí, por vez primera, que era un hombre de mediana edad, cuando le vi de nuevo a la trémula claridad del fuego.

Apenas había amanecido cuando fui despertado por la sacudida del coche al detenerse ante una barricada en las afueras de Zovgorod. Carruthers, a la luz matinal, me pareció enfermo y cansado. Hablaba con el guardia mientras los demás nos abrían camino. Desde la ciudad llegaba hasta allí el ruido de las ametralladoras. El guardia se marchó, regresando luego con algunos bizcochos, que fuimos mordisqueando mientras seguíamos adelante.

—¿Cuánto tiempo hace que me he dormido? —pregunté.

Sonrió ligeramente.

—Desde que arrancó el coche.

—Le han dicho lo que ha ocurrido en la ciudad.

—El personal de Toumachin se ha instalado en el Palacio y en la Cámara. Todos los destacamentos de campesinos situados fuera de la ciudad han entrado y patrullan por las calles. Todo ha salido bien. Solo los cuarteles representan un problema. Gran parte de las tropas los han abandonado, aunque muchos oficiales se pasaron al bando de los campesinos cuando el Ministro del Interior les ordenó que disparasen contra los rebeldes. Otros, a las órdenes de algunos oficiales del Puño Rojo, están sitiados en los cuarteles. Es allí en donde se dispara. No podrán aguantar mucho tiempo.

Pronto comencé a cabecear. Recuerdo haber entrado en mi habitación del Bucharesti y que me senté en la cama. Las ocho horas siguientes las pasé durmiendo.

## ***16 — A partir del 22 de mayo***

Los acontecimientos que constituyeron el golpe de estado del Partido de la Juventud Campesina de Ixania y la consecuente formación de un Gobierno son muy conocidos, por lo cual me limitaré a realizar una breve recapitulación de los hechos.

Para esclarecer la situación, es necesario que me remonte a aquellos instantes en

que Carruthers y yo nos debatíamos en el lodo de la carretera del Sudeste de Zovgorod, en persecución de la Condesa Magda Schverzinski. En Zovgorod, en las primeras horas de aquella madrugada, sucedieron muchas cosas, la mayoría de las cuales permanecieron veladas por el silencio. Gran parte de los ciudadanos se fue a dormir aprensiva bajo un Gobierno y despertó, no menos aprensivamente bajo otro.

Todo el golpe fue dado con gran firmeza y eficacia y tan solo se registraron tiroteos en los cuarteles, antes de que algunos oficiales y sus pocos subordinados se rindiesen, y en una calle cercana a la catedral, en donde un escuadrón de policía intercambió disparos con un piquete armado.

A la una, las comunicaciones fueron rápidamente interrumpidas.

Una hora después, Toumachin y su Consejo ocuparon la Cámara de Diputados. Esta maniobra no encontró resistencia. Toumachin había tenido la precaución de requisar algunos automóviles oficiales para tal ocasión y la compañía de guardia del edificio presentó armas meticulosamente cuando los rebeldes penetraron en él. Estas mismas tropas continuaron su guardia fielmente durante cinco horas, hasta que sus jefes descubrieron la verdad sobre la situación. Cuando tal ocurrió, un batallón de infantería simpatizante de los campesinos fue enviado para reducirlos. Los oficiales, un sargento y cuatro soldados fueron los únicos miembros de la caballería que rechazaron aliarse con el nuevo Gobierno.

A las tres, campesinos de las provincias del Este y del Oeste, infiltrados silenciosamente en la ciudad desde las dos, se apoderaron del Palacio Real, de las estaciones ferroviarias y del aeródromo, de las agencias telegráficas, centrales telefónicas, periódicos e imprentas. Las columnas en puestos avanzados montaron ametralladoras en todos los lugares estratégicos, organizando un cordón *protector* en torno a la residencia del Presidente. Todas estas providencias estaban acabadas a las tres y media.

En este momento, la situación alcanzó su punto crítico. La policía, de la que desconocíamos el número de simpatizantes, se había agrupado cerca de la catedral, bajo las órdenes del Ministro del Interior, al que las circunstancias sacaron apresuradamente de la cama. Con anterioridad ya habían tenido un choque con uno de los piquetes y las cosas comenzaban a ponerse feas. Lo que ocurrió a continuación no resulta muy claro, pero parece ser que el Ministro, completamente desanimado y ante la imposibilidad de comunicarse por teléfono con los cuarteles, corrió él mismo a llamar a los militares. Sin embargo, al presentar su petición de apoyo al Comandante, esta unidad se negó aparentemente a recibir órdenes de nadie, a excepción del Ministro de la Guerra. En ese ínterin, Toumachin y su Consejo visitaban las casas de los demás ministros, obligándoles a salir de la cama, y, mientras los políticos estupefactos aún se refregaban los ojos soñolientos, les anunciaban la caída del Gobierno y les pedían que dimitiesen, bajo pena de verse con sus bienes confiscados. Todos cedieron así que fueron informados de la situación, a excepción del Primer Ministro y del Ministro de Hacienda, los cuales tenían la mayor parte de

su fortuna invertida en armamento en el exterior. Estos dos quedaron bajo severa vigilancia. Entre los que se rindieron estaba el Ministro de la Guerra, cuyos intereses en la industria de las municiones habían sido limitados, en apariencia, aunque no lucrativamente, a las gratificaciones de cargo. Tres minutos después de firmar la renuncia, llegó un mensajero del Comandante, pidiendo instrucciones. El ex-ministro estaba a punto de volver a meterse en la cama. Mandó la única respuesta viable, es decir, que no siendo ya Ministro de la Guerra, no podía dar instrucciones.

En este estado de cosas, Toumachin y sus compañeros habían ido a entrevistar al Ministro de Agricultura y la guardia permitió estúpidamente que el enviado del Comandante regresase al cuartel con el mensaje del Ministro. El resultado fue que el Comandante decidió arriesgarse a actuar bajo las órdenes del Ministro del Interior, ordenando a sus subordinados que limpiasen las calles de campesinos insurrectos. Los resultados podrían haber sido desastrosos para el bando de Toumachin si el Comandante no hubiese sido tan imprudente de levantar los ánimos de sus soldados pasando revista a la tropa y haciéndole un discurso. La mayoría de ésta había sido reclutada entre la masa campesina. Cuando el Comandante exhortó a los soldados a ametrallar sin piedad a los revoltosos, se escucharon algunos murmullos. Pero cuando, en el auge de la perorata, el Comandante se refirió a los rebeldes como a «esos camellos campesinos», una de las formas de tratamiento más poco delicadas en Ixania, el murmullo se convirtió en un rugido. Al mando de oficiales no comisionados, los soldados se negaron a obedecer órdenes y, tras zurrar mortalmente al Comandante y a otros dos oficiales, salieron del cuartel en dirección a la Cámara de Diputados profiriendo entusiásticos gritos.

Mientras tanto, Beker estaba ya de regreso a la ciudad, inspeccionando los destacamentos de las calles. Algunos soldados decidieron, quién sabe por qué extraños procesos de la lógica, que la ocasión era propicia para el saqueo. Por suerte Beker logró detenerlos antes de que llegasen a la Kudbek, hablar a los cabecillas y persuadirles para que se dividieran en compañías. Dos de ellas fueron enviadas a cercar los cuarteles, una al Palacio y la última a la Cámara de Diputados. Fue una decisión inteligente en una situación delicada, porque los soldados, libres de disciplina, habrían sido una fuente de preocupaciones.

Esa decisión fue comunicada sin pérdida de tiempo a la policía, la cual, tras escucharla, anunció su intención de permanecer neutral, aunque alerta. Eso se acomodaba admirablemente a los propósitos de Toumachin, quien a las cuatro y cuarenta y cinco recibía al Jefe de la Policía. Éste era un hombre sensato, quien, después de asegurar a Toumachin que su único deseo era el de mantener el orden, confesó que él, personalmente, simpatizaba con los anhelos de la Juventud Campesina. Con gran tacto Toumachin decidió retirar algunos piquetes de las calles, insinuando que estaría satisfecho si los sustituía la policía. Cuando el jefe se marchó, Toumachin había ganado un aliado. Los piquetes fueron debidamente retirados de las calles principales. Esa previsión evitó, probablemente, muchos conflictos entre

policías, soldados y campesinos, contribuyendo ciertamente a la rápida consolidación de la posición de estos últimos.

Inmediatamente después de las cinco, Toumachin y el nuevo Gabinete se dirigieron al Presidente con las renunciaciones de los ministros, excepto las del Primer Ministro, Ministro de Hacienda y Ministro del Interior, este último miembro ahora de la guarnición sitiada en los cuarteles. Fueron recibidos en la habitación del Presidente. El anciano era presa de un lamentable estado de temor por su vida, mostrándose en seguida de acuerdo en aceptar las renunciaciones presentadas y a solicitar las que aún faltaban. Toumachin le presentó dos documentos para firmar.

El primero declaraba a Toumachin Comandante en Jefe del Ejército. El segundo proclamaba la ley marcial. Ambos fueron firmados por el Presidente. De esta manera, Toumachin se convirtió con dos trazos de pluma, en Jefe del Gobierno y dirigente del país, hasta las elecciones generales y la subsiguiente revocación de la ley marcial.

A las ocho y treinta, una edición especial del *Noviny*, de Zovgorod, estaba en la calle. Anunciaba el cambio de Gobierno y la fecha de las nuevas elecciones.

La población estaba nerviosa y alterada. Durante la mañana se registraron uno o dos *incidentes* y unas treinta personas fueron detenidas, pero por la tarde todo estaba tranquilo. Este proceso fue acelerado por la publicación de una segunda edición del *Noviny*, dando a conocer una larga lista de reformas inmediatas propuestas por el nuevo Gobierno, además de una declaración de que no habría persecución para los adversarios políticos.

Todo esto era ya una vieja historia cuando me desperté una hora después.

Me enfadé mucho con Carruthers, enviado por Toumachin para despertarme, y también me puse furioso conmigo. Si hay algo peor que fracasar en un reportaje, es dormirse él. La información de que aún se tardaría una hora para que los hilos telegráficos que comunicaban con Bucarest fueran reparados no consiguió ablandarme. Me dije a mí mismo que mi obligación era estar allí, testimoniando los hechos. Ahora tenía que basarme en los comentarios. En aquel instante no se me ocurrió pensar que, desde nuestra llegada a la ciudad a las seis no había ocurrido nada realmente notable para testimoniar.

Carruthers, después de tomar un baño y de afeitarse en mi hotel, se veía limpio, aunque muy pálido. No había dormido. Me dijo que mi agotamiento era consecuencia natural de la tensión nerviosa de la noche anterior. Probablemente tenía razón. Yo ya había estado tres días y tres noches sin dormir durante otro reportaje, pero en aquella ocasión no había estado trabajando con la continua expectación de una muerte inesperada.

Me di cuenta de que mi muñeca había sido vendada convenientemente, que ya no me palpitaba y que, a no ser por cierta falta de flexibilidad, estaba casi curada. Noté que lo único que deseaba era comer. Respondiendo a mi llamada apareció Petar, muy sonriente y acompañado de una espléndida comida. Ni siquiera la pipa de Carruthers, que él fumaba sin parar mientras yo comía, consiguió disminuir mi apetito.

A las dos, Petar anunció que el coche que había sido enviado por Toumachin para conducirme hasta la Cámara ya había llegado. Terminé de arreglarme rápidamente y quince minutos después me hallaba sentado al lado de Carruthers, detrás de un policía armado y un chófer militar. Solo entonces comprendí que no había hecho ninguna tentativa para sacudirme la responsabilidad en que Carruthers me había comprometido.

—Mire, Carruthers —comencé—. Hace tiempo que quiero hablarle respecto a...

—Ya sé —me interrumpió sonriendo—. Pero espere a que hayamos conversado con Toumachin.

—De acuerdo. La responsabilidad es suya, no mía —objeté furioso.

Él sonrió.

Minutos después nos deslizábamos entre las baterías de ametralladoras en la puerta de la Cámara de Diputados. Tras subir las escaleras, fuimos conducidos por un laberinto de pasillos hasta una sala en el primer piso, escoltada por soldados con bayonetas caladas.

Debíamos de estar en una antesala, porque de detrás de una puerta doble en una de las paredes, llegaba un murmullo de voces. Evidentemente éramos esperados, porque así que entramos el ordenanza nos saludó militarmente y se dirigió en seguida hacia el teléfono de encima de la mesa. Escuchamos como pronunciaba la versión en ixanio de nuestros apellidos. Saludando de nuevo, se encaminó a la puerta. La abrió y entramos.

La escena que se ofrecía a nuestros ojos era impresionante. Toumachin se encontraba sentado detrás de un inmenso escritorio, recubierto por encima de cristal. Enfrente suyo, sentados en butacas de cuero, había tres hombres, uno de ellos inconfundiblemente compatriota mío. Todos estaban serios. El resto estaba compuesto por uno o dos hombres y por la mujer que había estado en la habitación de Toumachin la noche anterior.

Toumachin se levantó y extendió la mano para saludarnos.

—Ya me he enterado de sus aventuras de esta noche —dijo—. El Consejo y yo les estamos agradecidos por su esfuerzo —se inclinó ligeramente hacia los tres hombres—. Permítanme presentarles a sus excelencias Monsieur Englebert, Cónsul de los Estados Unidos. Monsieur Chappey, Cónsul de Francia y Monsieur, *chargé d'affaires* de Rumanía —hizo un gesto en nuestra dirección—. Profesor Barstow y Mr. Casey, del *Tribune* de Nueva York.

Apretamos las manos que se nos tendían de todas direcciones. Englebert me miró con curiosidad.

—Ayer por la noche recibí un mensaje de Washington relacionado con usted, Mr. Casey —dijo maliciosamente—. Me pedían que le impidiese hacer travesuras. Por lo visto llegó demasiado tarde.

—Supongo que tendré que presentar cuentas a mi editor, señor —le respondí—. Es una pena que no haya entrado en contacto con usted antes, pero las circunstancias

eran un poco fuera de lo común.

Me sonrió.

—Monsieur Beker ya me ha estado contando sus extraordinarias experiencias. Creo que he oído decir a Monsieur Toumachin que ha aceptado el puesto de encargado oficial del nuevo Gobierno.

Fue más una pregunta que un comentario. Dudé; luego me decidí. Me dirigí hacia Toumachin, el cual no nos había dejado de observar.

—Monsieur Toumachin —le dije—, ¿me concede unos instantes para conversar con mi Cónsul?

—Lo comprendo muy bien, Monsieur —me respondió cortésmente.

Salimos a la antesala.

—Escúcheme bien, señor —comencé a decir así que nos quedamos solos—. Estoy en apuros respecto a esta gente.

Asintió.

—Es lo que me pensaba. No es porque sí que los periódicos ordenan a sus corresponsales que no se mezclen en política.

—Todo eso está muy bien —proseguí—, pero ocurre que he conseguido un magnífico reportaje, señor. Por desgracia, no sé por qué se les ocurrió pensar que yo soy una especie de magnate internacional; pero, aunque deban perder ciertas ilusiones, necesitan realmente de alguien que se ocupe de su campaña de prensa y a mí, personalmente, me gustaría ayudarles. Sin embargo, sépalo bien, si ello ha de ocasionar problemas u obstáculos a su departamento o al diplomático rumano o a cualquier otro, entonces todo se ha acabado en lo que a mí respecta.

Se encogió de hombros.

—Creo que por este lado no debe preocuparse. Técnicamente no hubo revolución. Toumachin procedió con gran sensatez, manteniéndose siempre dentro de la constitución. No anticipo ninguna complicación. Algunos diplomáticos de los países vecinos estuvieron aquí antes de llegar ustedes. Es una lástima que el diplomático inglés esté cazando en el Norte, de lo contrario podríamos sacar nuestras propias conclusiones por él. Pero al francés, por lo menos, no le preocupa demasiado lo que ocurre aquí, y mucho menos a los demás, a no ser que esta gente comience a hacer negocios raros. Sin embargo, creo que usted no ha comprendido bien el significado de su posible utilidad para Toumachin y los suyos.

—¿Cómo?

Contempló pensativamente mi corbata.

—Bien, no sé de qué manera Toumachin le enfocó el asunto. Supongo, no obstante, que le habrá dejado la impresión de que usted debería actuar como una especie de ministro extranjero extraordinario, con el destino de Ixania pendiente de sus manos.

—Más o menos —admití.

Asintió con la cabeza.

—Fue lo que pensé. Es la manera de ser de los ixanios. Si llevase tanto tiempo como yo en esa tierra olvidada de Dios, sabría que un ixanio dice siempre la mitad, o el doble, de lo que debe decir. De cualquier manera, nunca dice exactamente lo que desea. Creo que ha subestimado su importancia para el Gobierno de Toumachin. Considero que el principal problema que por ahora se les plantea es el financiero. Apuesto diez contra uno a que desean pedir algunos préstamos a corto plazo. La única manera de conseguirlo es fomentar, lo más rápidamente posible, una impresión favorable en los mercados internacionales: planes de reorganización, establecimiento de nuevas industrias y cosas por el estilo. Eso es lo que esperan de usted, Mr. Casey.

—Comprendo.

—Hablando no oficialmente —siguió diciendo con mirada distante—, yo le aconsejaría que se lo pensara bien. Lo que este país necesita... —calló y me miró—. ¿Republicano o demócrata, Mr. Casey? —me preguntó sonriendo.

—Ambas cosas —respondí sin reflexionar.

—Venga a comer al Consulado así que tenga tiempo —me dijo—. Traiga también al Profesor Barstow. A mi esposa y a mí nos gustaría oír el relato de sus aventuras —dudó un instante—. A propósito, ¿quién es aquel señor de aire tan poco profesoral?

—Por supuesto que no es el Profesor Barstow —dije sonriendo,

—¡Ah... ya! —exclamó él.

Y yo, por primera vez, comprendí qué significaba la palabra *diplomacia*.

Diez minutos después me convertía en Funcionario Público de Ixania.

Los diez días siguientes viví prácticamente aislado del mundo exterior. Instalado en un despacho de la Cámara de Diputados, con un estenógrafo bilingüe en francés y un telegrafista, bombardeé las agencias de noticias internacionales con reportajes a favor de los campesinos de Ixania que en ocasiones incluso ruborizaban al entusiástico Beker. Tenía que dar también la delicada noticia de la muerte de la Condesa Schverzinski, tratando de que el accidente que sufrió con su coche no pareciese una maquinación del nuevo Gobierno. Como medida de precaución se convino en que su funeral se celebraría en Belgrado. El Príncipe Ladislaus exigió una fabulosa suma a cambio de su cooperación y como la situación era demasiado grave para regatear, le enviaron inmediatamente el dinero a través de un banco italiano.

Después de haber aceptado la propuesta de Toumachin, me sentí culpable de haber desertado del *Tribune* y en el instante en que las comunicaciones fueron restablecidas, calmé mi conciencia enviando a Nash un reportaje totalmente en exclusiva sobre el caso, no omitiendo nada, excepto el secreto de Kassen. Toumachin y Carruthers habían insistido en este punto, llegando a amenazarme con censurar mis reportajes si no me mostraba de acuerdo. Estaba más que dispuesto a satisfacerlos, porque, ahora que todo había concluido, comprendía mejor que nunca la futilidad de intentar narrar la historia convincentemente. En el reportaje telegrafiado

especialmente al *Tribune*, añadí una posdata explicando las circunstancias y pidiendo mi dimisión. Esta posdata dio lugar a la siguiente respuesta:

REPORTAJE OPTIMO. LAMENTO NO PODER ACEPTAR DIMISION. NO SEA ANIMAL. INFORMANDO AL GOBIERNO IXANIO LE PRESTAMOS POR SEIS MESES. HANSEM CUIDARA TEMPORALMENTE DEL TRABAJO EN PARIS. ENVIE NOTICIAS DE PRIMERA MANO. NASH.

Le mandé una extensa y emocionada carta de agradecimiento, telegrafíé a Hansem en París y me dispuse a ilustrar a los magnates de las finanzas sobre las posibilidades de Ixania.

Dos días después, me hallaba redactando unas líneas en donde afirmaba vehementemente la solidaridad de la opinión pública en Ixania y la certeza de una mayoría aplastante de votos para el Partido de la Juventud Campesina en las elecciones, cuando Carruthers irrumpió en la sala. Hacía dos días que no le veía y, contento por ofrecérseme una excusa para interrumpir el trabajo, le invité a un trago.

No me respondió y, sentándose en un canto de mi mesa, comenzó, absorto, a dar chupadas a la pipa vacía. Me di cuenta de que parecía desalentadoramente enfermo y delgado, y se lo dije. Murmuró que «todo» estaba «bien». Pensé que algo tenía en mente.

—¿Todo OK? —dijo por fin.

Le aseguré que todo estaba en orden. Asintió vagamente y comenzó a jugar con la pipa. Siguió hablando sin mirarme.

—Me marcho a París hoy por la noche.

Quedé sorprendido. Había oído decir a Beker que le harían tentadoras propuestas para que se quedase en Zovgorod; pero no dije nada y esperé que continuase.

—Comprenda —dijo pausadamente—, mi trabajo aquí ha terminado. Ya no queda nada por hacer.

Se puso en pie, con esfuerzo, como si los pies le pesaran como el plomo.

—Me voy en el tren de la noche.

—Es el tren en el que mandan a la Condesa a Belgrado, ¿no?

Dijo que sí y dio la vuelta para salir. Le agarré por el brazo.

—Escúcheme, Carruthers —le dije—. Usted está enfermo. ¿Por qué no se queda aquí un tiempo, hasta que se mejore, y ver qué ocurre? Se lleva usted a las mil maravillas con el Gobierno. Harían todo lo que les pidiese.

—Se olvida de que yo no soy el Profesor Barstow —me respondió con voz cansada—. Acabarán descubriéndolo más tarde o más temprano.

—No debe preocuparse —le tranquilicé—. Ayer mismo Beker me preguntó que quién era usted realmente. Sabe usted bien que no son estúpidos. En realidad, tienen la sospecha de que es un agente soviético. Por lo que sé, pueden tener razón. Los ingleses suelen proceder de la manera más inesperada. Supongo que no tiene ganas

de contármelo todo, ¿verdad? Francamente, tengo curiosidad.

No le dije que aquel mismo día el Cónsul británico me había estado sondeando a ese respecto, pero acabé por averiguar que en las últimas veinticuatro horas Carruthers había estado jugando al escondite con el representante de su país.

Tuve la impresión de que por fin iba a contármelo; pero no. Sus ojos parecían buscar algo. Evitaron los míos.

—No importa —murmuró—. Mi trabajo ha terminado.

Antes de que pudiese impedirlo, ya se había marchado.

Aquella noche, a las nueve, me hallaba en el andén de la estación ferroviaria de Zovgorod. Conmigo estaba el Cónsul británico. Sonó el largo y fuerte silbido que avisaba la inmediata partida del tren.

—No creo que logre alcanzarlo —dijo el Cónsul melancólicamente.

El tren comenzó a moverse lentamente dejando atrás la claridad de las luces. El Cónsul dijo con mucha educación que «no valía la pena preocuparse» y me invitó a compartir una caja de whisky que acababa de recibir de Inglaterra.

Al regresar al hotel encontré una nota. Decía:

Apreciado Casey.

Siento mucho no haberme despedido. Tengo la seguridad de que su curiosidad le hará prosperar: una vez periodista, siempre periodista. Me voy en el tren de la tarde. No se preocupe por mí. Espero quedarme en París con mi amigo, el *Chef de la Sûreté*. Es un gran tipo. Adiós, amigo mío. No creo que nos encontremos nuevamente, aunque... ¿quién sabe? No olvide a

Conway Carruthers.

Fue la última vez que oí hablar de aquel hombre que se llamaba Carruthers. Dos días después, la Agencia Havas informó de que el Profesor Barstow, el conocido sabio inglés, fue atacado en el expreso Basilea-París.

**17 — Octubre**

Pasaron algunos meses antes de que pudiera dedicarme al problema en el que había perdido tantas horas de infructíferas conjeturas, es decir el de la identidad de Carruthers. En setiembre, sin embargo, Toumachin y su Gobierno lograron congraciarse política y financieramente con Londres, París y Nueva York, y mi prestación de servicios llegó a su fin. A principios de octubre regresé a París para proseguir el trabajo que durante mi larga ausencia tan bien había llevado a cabo Hansem.

Una de las primeras cosas que hice cuando llegué fue buscar en los periódicos franceses atrasados noticias relacionadas con el incidente del expreso Basilea-París.

Las informaciones eran sorprendentemente parcas. El Profesor Barstow fue hallado entre Mólheim y Belfort, víctima aparentemente de una grave conmoción. Una profunda herida en la cabeza sugirió la posibilidad de que quizás había sido atacado por un ladrón de trenes. Los ocupantes de los compartimientos vecinos no pudieron aportar ningún esclarecimiento sobre lo sucedido. Evidentemente, el trabajo del ladrón había sido interrumpido, pues cuando encontraron al Profesor aún había dinero en sus bolsillos. Nada constaba de la misteriosa desaparición del Profesor Barstow en Inglaterra, cinco semanas antes. Pero aún resultaba más curiosa la omisión de cualquier referencia al incidente en los periódicos controlados, directa o indirectamente, por el grupo francés de armamento. El único comentario aparecía en una hoja de tendencias izquierdistas. Declaraba amargamente que aquella podía ser una nueva afrenta por parte sin duda de la masonería.

Uno o dos días después visité las oficinas del *Chemin de Fer de l'Est* y pregunté si podría, y cuándo, entrevistarme con el *Chef de train* del expreso en cuestión. Me respondieron que Monsieur Abadis llegaría de Basilea al día siguiente.

Fui al encuentro de Monsieur Abadis en la *Gare de l'Est* y, después de algunas inevitables explicaciones, le convencí para que me hablara de algunos de sus recuerdos del día 26 de mayo de aquel año.

Al principio se mostró receloso, pero se fue calmando a medida que fue dándose cuenta de que yo estaba más interesado en los demás pasajeros del vagón en que fue encontrada la víctima que en el propio Profesor Barstow. Estaba ansioso por poder corroborar una de mis teorías. Le pregunté si en el vagón había alguna otra persona con pasaporte inglés. Y sí que la había. El en persona había interrogado a los otros ocupantes del coche, con la esperanza de que alguien hubiese visto al ladrón. ¿Podría Monsieur Abadis describir al inglés? Sonrió tolerantemente. Pasan por sus manos tantos pasaportes ingleses, y después de tanto tiempo... Se encogió de hombros. Describí a Groom y sus ojos se iluminaron. Sí, sí, ahora se acordaba de aquel caballero. ¿Su nombre? ¡Ah! Eso era pedir demasiado. ¿Groom? Movié la cabeza lentamente. ¿Grindley-Jones? No, no era éste. ¿Coltington? ¡Sí, sí, sí!... Mr. Coltington, eso era; ahora lo recordaba. Aquel caballero había bajado del tren en Belfort, cuando había llegado la policía. Denis, el encargado del coche cama, había comentado que era muy extraño que hubiese abandonado a un compatriota cuando

éste se hallaba en apuros.

Le hice otra pregunta.

—¿Qué dijo Monsieur Barstow al recuperar el conocimiento?

Los labios de Monsieur Abadis se cerraron. Era obvio que había recibido instrucciones.

No insistí. Había descubierto lo que me interesaba. Groom, evidentemente, convencido de que Carruthers se había quedado con el secreto de Kassen, hizo un último y desesperado esfuerzo para apoderarse del mismo. Cuando me fui, dejé al *Chef* algo más rico con un centenar de francos.

Quince días más tarde tuve la oportunidad de ir a Londres por unos días, y aproveché para hacer algunas indagaciones respecto al Profesor. En su casa de Wimbledon me informaron de que se encontraba internado en un sanatorio de Brighton. Tomé el primer tren que salía para esta localidad.

La enfermera jefe que me recibió en el sanatorio fue atenta pero firme. El Profesor Barstow no podía recibir visitas. Pedí por el médico de plantilla. Había marchado, pero regresaría dentro de dos horas. Esperé tres.

El doctor me miró receloso cuando se enteró de lo que deseaba. Era evidente que no le gustaban los americanos.

—¿Por qué está tan ansioso por ver al Profesor Barstow? —me preguntó—. ¿Pariente de él?

Yo ya había preparado mi historia.

—No, pero he leído algo acerca de la desaparición del Profesor y, al ver su fotografía en un periódico, días atrás, me pareció reconocerle como a un hombre que conocí en un hotel de Zurich, en mayo pasado. Me gustaría salir de dudas.

Se mostró más comprensivo.

—Eso es distinto. Estamos bastante ansiosos por establecer las andanzas del Profesor Barstow durante su reciente e infortunada... hum... enfermedad. Bastante ansiosos, puedo decir, en vista de algunos... —se sumió en un forzado silencio e hizo sonar un timbre en su mesa. Estuvo mirando a través de la ventana hasta que apareció la enfermera.

—¿Está despierto el Profesor Barstow? —le preguntó.

—No, doctor. Duerme.

Se dirigió a mí.

—Si no hacemos ruido, Mr. Casey, podrá verle. No debe ser molestado.

—Déjeme aclarar un punto, doctor —dije—. ¿Quiere decir que el Profesor sufre pérdida de memoria?

—Bueno, en cierto modo... así es.

—¿Y no se acuerda de nada de lo que le ocurrió en mayo?

—Pues... no. Aunque quizás... —se levantó.

Seguido de la enfermera jefe, me condujo hasta una habitación al final del edificio. El piso de los pasillos estaba recubierto de linóleo. Todo estaba muy limpio.

Abrió la puerta cuidadosamente.

Oscurecía y los últimos rayos de sol iluminaban el cuarto a través de la persiana. Entramos caminando de puntillas.

El hombre estaba echado de espaldas en la cama, con los dedos sujetando suavemente la sábana sobre el pecho. Miré su cabeza levemente inclinada, con los cabellos grises despeinados por la presión de la almohada. Bajé la vista hasta aquellos largos dedos que había observado tantas veces mientras apretaban con nerviosa destreza el tabaco en la pipa y mis pensamientos reflejaron el instante en que aquellos mismos dedos empuñaron la pesada automática alemana, levantándola hasta la cabeza, descansando ahora tan pacíficamente en la blanca y pulida almohada.

El hombre de la cama tosió una vez en medio de su sueño y se volvió de costado. Los dedos desaparecieron bajo la sábana. El doctor me llevó hasta la puerta.

—¿Y bien? —me preguntó cuando ya habíamos salido.

Moví la cabeza.

—No, no es el mismo hombre.

Suspiró.

—Un caso extraño —comentó, mientras bajábamos de nuevo las escaleras.

Me mostré de acuerdo.

La playa estaba casi desierta cuando regresé a la parada del autobús. En el horizonte, los últimos rayos de sol lanzaban sus destellos entre las nubes. Las olas lamían perezosamente la arena. Del mar comenzaba a soplar una suave brisa. Me subí el cuello y seguí andando. Hacía frío para aquella época del año.

## ***Epílogo***

Esos casos de doble personalidad suelen ocurrir. C. C. Jung, en su obra *Selección de Artículos sobre Psicología Analítica*, describe el caso de una joven alemana que sufría períodos de amnesia, o pérdida de memoria, durante los cuales manifestaba una personalidad completamente diferente.

En su estado normal, esta joven apenas sabía leer y escribir y su nivel de inteligencia era bajo. En su segunda personalidad, sin embargo, hablaba con gran soltura el inglés culto y muy mal el alemán. En su auténtica personalidad, esta joven nunca había aprendido inglés y, por supuesto, ignoraba incluso los rudimentos de dicha lengua. La explicación era curiosa.

Durante algún tiempo, con anterioridad a las primeras manifestaciones de amnesia, esta muchacha había estado viviendo con unos parientes en cuya casa se alojaba un estudiante inglés. Había escuchado con bastante frecuencia hablar esta lengua. En esa época no influyó para nada en su conciencia. Cuando surgió la segunda personalidad, utilizaba simplemente este registro para sus propias intenciones.

### *Declaraciones de George Alfred Rispoli, camarero en el Imperial Hotel, en Plymouth*

Me llamo George Rispoli y soy camarero en el Imperial Hotel, en Plymouth. El 19 de abril de este año, serví el café del desayuno a un caballero llamado Carruthers, en la habitación 356. Me acuerdo claramente de este caballero, porque la doncella me contó que cuando había arreglado la habitación había descubierto una mancha de sangre en la almohada y también porque tuve que ir hasta la ciudad para comprarle un billete a París. Además, me dio una buena propina. A eso de las diez me llamó pidiendo un café. Cuando entré, estaba de pie, de espaldas, y mirando por la ventana. Llevaba puesta una bata sobre el pijama. Me pidió que dejase la bandeja y le consiguiese una guía de trenes, lo cual hice. Cuando regresé con la guía, continuaba mirando por la ventana. Le recordé que el café se estaba enfriando y, sin volverse, me ordenó que se lo sirviera: sin leche y con tres terrones de azúcar. Me lo advirtió.

Obedecí y salí de la habitación. Poseía un timbre de voz un poco agudo, pero no desagradable. No logré en absoluto ver su rostro.

Una hora después volvió a llamar pidiéndome el billete a París, de primera clase, para los barcos de la Compañía Cunard, de Southampton al Havre. Me mandó comprarlo; lo cual hice. Luego él se marchó, dejando diez *shillings* para mí. Eso es todo.

Firmado: G. Rispoli.

*Nota.* Según indicación del ama de llaves del Profesor Barstow, él siempre tomaba leche con el café. En la página 32 del *Conway Carruthers, Depto. Y*, se lee lo siguiente: «Carruthers sorbió el café pausadamente. Le gustaba fuerte, negro y dulce; estimulaba su mente aguda e incisiva. Siempre que se enfrentaba a algún problema, buscaba refugio en el café y en su pipa».

*Del Tribune, de Nueva York, 24 de mayo de 193...*

#### UNA CONDESA MUERE EN ACCIDENTE

Según noticias recibidas de Zovgorod (Ixania), la Condesa Magda Schverzinski ha muerto hace dos días, cuando su coche volcó en una carretera de la montaña, en la región del Kuder, precipitándose por un terraplén de tres metros de altura.

El General Toumachin, jefe del nuevo Gobierno campesino de Ixania, envió un mensaje de condolencia al Príncipe Ladislaus, hermano de la Condesa, que actualmente se halla en Belgrado. Atendiendo la solicitud del Príncipe, el cuerpo será trasladado a Belgrado para los funerales. (Obituario, en página 8.)

*Del Giornale d'Italia, julio de 193...*

#### VISITANTE ILUSTRE

El Príncipe Ladislaus, de Ixania, compró el Palazzo del Fiori, en Viareggio. Pretende instalarse allí durante el mes de setiembre.

*De un periódico comercial de Londres, de la semana que termina en 10 de setiembre de 193...*

#### DESARROLLO COMERCIAL DE IXANIA

A la decisión del Gobierno campesino de Ixania de desmovilizar sus fuerzas armadas, que ocasionó tanta conmoción en los círculos políticos durante el mes

pasado, sigue ahora la información de que el país concluyó algunos tratados comerciales con los países vecinos.

Entre los objetivos de estos tratados cuentan los cepillos, las maderas y el azúcar de remolacha.

El Gobierno ha impulsado especialmente la fabricación de este último producto con la construcción de una nueva fábrica de dulces, con maquinaria servida por la Dunwiddy & Helpman Ltd., subsidiaria de Cator & Bliss Ltd.

Se esperan aún más grandes resultados de este proceso de reorganización. Se comenta en algunas esferas que la electrificación de la red de ferrocarriles de Ixania forma parte de un plan de reconstrucción de los transportes que incluye además la construcción de carreteras y de un nuevo aeropuerto cerca de Zovgorod, que se utilizará como estación de abastecimiento de los servicios de correos transeuropeos.

En nuestra columna de *Ofertas y Demandas* de esta semana, aparecen unas notas del Gobierno de Ixania relacionadas con la provisión de fertilizantes y tractores Diesel.

*Extracto de un artículo titulado Zonas Peligrosas en Europa, publicado en un diario de Londres el 20 de octubre de 193...*

*Investigaciones posteriores han revelado que el autor del mismo figura en un puesto destacado en la lista de accionistas de Cator & Bliss Ltd.*

«... pero una cosa está clara: la Causa de la Paz no puede ser comprometida por los actos unilaterales de desarme de esta clase. Al anunciar la política de desarme absoluto a la que obligó a participar a sus infelices compatriotas, dijo el jefe del Gabinete de Ixania:

*"Si un agresor o grupo de agresores invadiesen ahora el territorio ixanio, nuestro Ejército y la Fuerza Aérea actuales serían incapaces de impedirselo. Se estima que un Ejército en número suficiente y equipado adecuadamente para defender a Ixania en esta emergencia costaría un mínimo de cincuenta millones de libras para los equipos y otros diez millones actuales para mantenerlo; eso sin calcular las pérdidas indirectas que produciría la retirada de diez hombres de cada mil capacitados para la actividad productiva. ¡No podemos disponer de este mínimo fabuloso y malgastar nuestras economías en defensas que están muy por debajo de tal mínimo!"*

»Eso no pasa de locura idealística. Una Ixania desarmada es una causa potencial de guerra. Todas las formas de presión deberán ser ejercidas sobre este Gobierno de campesinos incultos para restringirlos en su política de agresión pacifista.

El paraíso de los tontos que la Sociedad de Naciones...»

*Del Tribune, de Nueva York, 4 de febrero de 193...*

CORRESPONSAL DEL *TRIBUNE* RECIBE UNA MEDALLA

La Orden de la Estrella Roja de Ixania fue concedida por el Presidente de este país a William L. Casey, as de los corresponsales en el extranjero del *Tribune*. La distinción es consecuencia de la publicación del libro de Mr. Casey, *Ixania Hoy y Mañana*, en el que M. Toumachin, Jefe del Gobierno, ha colaborado con una introducción.

*De un periódico sudamericano, del mes de agosto de 193...*

ECOS SOCIALES

En el Hotel Paradiso, anoche, Su Excelencia el Ministro de la Guerra, señor Patiago, celebró una recepción en honor de un grupo de amistades. Entre los invitados se hallaban Su Excelencia el Ministro de Hacienda, señor Guadalez y el señor Harcourt, famoso deportista inglés.

*Del Proceedings of the Society of Physicists, del mes de julio de 193...*

«El Profesor Barstow recibió una calurosa acogida con ocasión de la lectura de su artículo titulado *Algunos Comentarios sobre las Observaciones de Kalmen respecto a la Teoría de los Quanta de Planck*. Esta ha sido la primera vez que el Profesor Barstow reaparece en las reuniones de sociedad en este año, tras una larga y grave dolencia. Nuestras sinceras felicitaciones por su restablecimiento. Las observaciones del conferenciante fueron seguidas con gran interés por la concurrida audiencia. Al iniciar la conferencia, el Profesor Barstow declaró, para complacencia de los presentes, que su convalecencia le dio la oportunidad sin precedentes de considerar tranquilamente lo que describió como *Las Inciertas Aventuras del Profesor Kalmen en el Tiempo y en el Espacio*. Las transformaciones de Lorentz, sostuvo, no podrían ser tomadas como punto de partida para...»